

PILAR DE ARÍSTEGUI



El árbol de fuego



Lectulandia

El árbol de fuego narra la apasionante historia de una mujer independiente y luchadora que desde su ciudad natal, San Sebastián, llegará al Londres cosmopolita de los años sesenta. Tras su boda con un importante funcionario británico, viaja a Nairobi, donde los acontecimientos sociales y políticos marcarán su existencia, inundándola de pasión, aventura y dificultades insospechadas. En África la protagonista encontrará un mundo nuevo: crepúsculos inolvidables, la musicalidad del swahili, aromas y colores fascinantes, y la inmensidad de una naturaleza salvaje. De repente, un encuentro cambia el rumbo de su vida...

En su obra más personal, Pilar de Arístegui nos invita a recorrer el paisaje de una historia comparada con *Memorias de África*, y lo hace con la misma maestría narrativa que demostrara en *La diamantista de la emperatriz* y *La Roldana*, que el *Abc* calificó de «joya literaria» y Luis María Anson de «excelente novela histórica».

Lectulandia

Pilar de Arístegui

El árbol de fuego

ePub r1.1

nalass 04.10.14

Título original: *El árbol de fuego*
Pilar de Arístegui, 2012

Editor digital: nalass
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mi marido Carlos que, haciendo «de necesidad, virtud», nos llevó a Kenia.

A mi hija Pilar y a mi hijo Álvaro, que compartieron la magnificencia keniana y el dolor de aquellos años.

A mi hija Alejandra, internauta sabia, por descubrirme ese mundo apasionante.

Agradecimientos

A Luis María Anson, cuyo libro *La negritud* me abrió una ventana a un mundo desconocido.

A Julia, Madre María de san Ignacio, cuyo ejemplo y recuerdo me acompañaron toda la vida.

Al equipo de Ediciones B, Marta Rossich, Carmen Romero y Lucía Luengo, por su entusiasmo y dedicación.

A todos mis amigos y lectores que, con su interés y apoyo, hacen que siga escribiendo.



Inicio

Salvo mi hermana Julia, y Laura cuando conseguía verla entre alguno de sus viajes, nadie en mi entorno se interesaba por mi vida pasada ni sentían curiosidad por un lugar tan alejado como Kenia.

—¿Qué tal, pochola? Contenta de estar aquí, ¿verdad?

Y cuando la memoria me asediaba y yo intentaba iniciar el relato de lo que había sido mi vida, zarandeada por el dolor, y exaltada por el descubrimiento de personas y sucesos inesperados, alguien preguntaba:

—¿Quieres más natillas?

Yo comprobaba que no me escuchaban, que su mirada se había hecho transparente, que un mundo tan lejano como había sido el mío, no podía interesarles durante más de cinco minutos. La realidad cotidiana, con sus luces y sus sombras, sus anhelos y sus decepciones, constituía su único horizonte.

¿Cómo iba yo a contar, sin aburrirles, de amaneceres y crepúsculos gloriosos? ¿Sobre esa sensación incomparable de participar en el inicio de la creación? ¿Sobre la felicidad entrañable de abrazar a la hija añorada durante, me parecía, siglos? ¿Sobre la pasión entreverada de ternura, complicidad, éxtasis y amor profundo que encontré en un hombre único?

Nunca lo hubieran entendido. Es más, percibía que, en el fondo de sus corazones, anidaba un reproche que acallaban para no ser tachados de intransigentes, racistas, clasistas o cualquiera de los términos que en la sociedad actual se emplean para descalificar a toda persona que ose ser diferente.

Excepto Julia. Su mente era una senda abierta hacia sus semejantes, a quienes no juzgaba. Al contrario: para ella, el ser humano era tan interesante, que intentaba desentrañar el misterio que cada uno lleva dentro. Su ejemplo me orientó en los muchos avatares que me asediaron, y que a menudo me sumergían en una profunda confusión.

Estoy segura de que cada etapa de mi vida, cada sorpresa inexplicable, cada persona que marcó mi mundo tienen un sentido. Y debo admitirlo: he sido muy rica. En afectos.

El amor es la gran fuerza que mueve el universo. Por amor se cometen disparates, se sufre, se goza, se crece... Y se realizan las obras más generosas de las que es capaz el ser humano. La búsqueda de ese ideal me acompañaría a lo largo de mi atribulada existencia, de mis penas y mis alegrías, de una vida que ha sido plena, con sus errores y sus aciertos, en la que al fin encontré la paz.

LIBRO I

SAN SEBASTIÁN

1957-1967

Aquel que canta al dios un canto de esperanza,
verá cumplirse su deseo.

ESQUILO

Uran Etxea

Mi hermana Julia era el sueño de toda madre. Su perfecta sintonía con su progenitora era, y lo fue siempre, una mar en calma que yo envidiaba pero que no lograba nunca imitar. Julia es prudente, serena, y tiene un corazón generoso. Yo la admiraba, más aún cuando comprendí que no me parecía a ella. Marichu se apoyaba en su hija mayor, quien, a pesar de su juventud, ofrecía siempre el juicio sensato sobre los problemas que, por desgracia, se acumularon en nuestro hogar.

Nuestra madre, en los tiempos en que formábamos una familia casi feliz, era una persona risueña que cantaba mientras se ocupaba de nosotras y de las tareas del hogar, para que, cuando llegara su adorado marido, nos encontrara dispuestas a hacerle la vida lo más agradable posible: la lámpara encendida junto a su sillón, el más cómodo de la casa; las zapatillas preparadas para aliviar sus cansados pies; la comida, sencilla pero humeante, siempre puntual y bien sazonada; y nosotras, peinadas, con las manos lavadas y una amplia sonrisa pintada en el rostro, mientras ella besaba a nuestro padre con devoción.

A lo largo de los años, me he preguntado muchas veces si lo que mi madre sentía era verdadero amor, o más bien una especie de adoración a un ídolo que resultó ser de barro.

Mis abuelos maternos, originarios de un pueblo de Zamora, habían consentido que su única hija se trasladara al País Vasco con Miguel, su marido, en busca de una vida mejor para todos nosotros. Mi padre trabajaba en la estación, y aunque su sueldo no permitía locuras, mi madre se encargaba de que cualquier necesidad cotidiana fuera una fiesta. Era menuda, de rostro amable y un glorioso pelo castaño aureolaba sus finas facciones. Pero su mayor atractivo residía en su inagotable caudal de alegría; en su agradecimiento a la vida, por todos los bienes que, decía ella, había recibido de su Creador, y que le hacían sentir una felicidad que derramaba, como si fuera un maná, sobre todos nosotros.

Un día, mientras Julia estaba en la escuela, Marichu quiso quitar unas cortinas para lavarlas. La escalera en la que estaba subida cedió y, con un estruendo espantoso, cayó mi madre contra el duro suelo de cerámica. El dolor contrajo sus facciones, y conteniendo las lágrimas me dijo:

—¡Corre, Mayte, corre! ¡Ve a avisar a tu padre a la estación!

Eché a correr por la avenida de Francia.

No pude tardar mucho, pues nuestro piso del barrio de Gros distaba pocos minutos, pero a mí me pareció una distancia insalvable. Y sin embargo, al llegar a la

estación y ver a mi padre, me quedé atónita: quien yo creía que era un marido enamorado estaba haciendo, en ese momento, unas ridículas carantoñas a una joven pizpireta, que yo odié con la intensidad que produce la juventud y la sensación de peligro. Él, al verme, se extrañó y dijo, sin comprender que algo grave sucedía:

—Mayte, ¿tú aquí? ¿Qué ocurre?

Esa fue su inteligente deducción.

En cuanto a mí, el ídolo había iniciado su descenso.

Una cura equivocada, o la múltiple rotura de los huesos de su pierna, dejaron a mi madre la marca indeleble del estúpido incidente en una cojera que fue empeorando su movilidad a medida que pasaban los meses. Y un mal día, acababa yo de cumplir ocho años, vi cómo Miguel se marchaba con las pocas pertenencias que cabían en una exigua maleta. Ya nunca le daría el nombre de «padre».

Por la noche hube de sufrir el llanto quedo de mi madre, que me destrozaba el corazón. Me incorporé angustiada, intuyendo lo que sucedía, pero ahí estaba Julia, alerta, fuerte, como siempre. Ella me abrazó, me dio un beso y me dormí en su regazo, confiada en que mi hermana mayor hallaría un remedio a la pena de nuestra madre.

Pasaron varios días brumosos de invierno, y una tristeza infinita se infiltró poco a poco en el reducido espacio de nuestra casa, creando una atmósfera que corroía el ambiente.

Pero ni una queja salió de los labios de Marichu. Ella, tan religiosa, rezaba entonces con una intensidad que revelaba una profunda desesperación. El pequeño piso que ocupábamos había sido mi refugio, a pesar de la absoluta sobriedad en que vivíamos. Sin embargo, la ausencia de mi padre era una traición que envenenaba mi vida. Por suerte, a solo dos calles me aguardaba la mar. Y cuando la vida se me antojaba insoportablemente injusta, o bien la pena callada de mi madre me laceraba el alma, acudía a la llamada vivificante de la rompiente, en el Paseo Nuevo. Yo, que me sentía tan impotente, buscaba refugio en el espectáculo grandioso de las olas en pleno furor, que me inspiraba un sentimiento de apabullante admiración. La espuma al batir el agua turbulenta contra las rocas, me exaltaba hasta envolverme una euforia embriagadora, que cegaba el paso a la tristeza.

Volvía a casa regenerada.

Aunque entonces no supiera expresar mis sentimientos, mi madre comprendía y, según su costumbre, daba gracias a Dios por enseñarme el poder curativo de la mar.

Unas semanas más tarde, Marichu nos hizo sentar a la mesa camilla que albergaba el reconfortante brasero, y con calma teñida de invencible tristeza nos explicó la nueva situación.

—Vuestro padre —contuvo un sollozo—... está de viaje y tardará en volver. No tenemos medios para continuar en esta casa. Buscaré otro lugar. Ya veréis cómo os

gustará. —Y mirándome con pena continuó—: Mientras tanto, tendré que trabajar unas horas al día para mantenernos, y no quiero que tú, Mayte, te quedes sola en casa.

—Madre —interrumpió Julia—, puedo salir yo a trabajar. Soy joven y fuerte.

—No, hija, no. Tú debes seguir con tus estudios. Así podrás defenderte en la vida.

—¡Yo también puedo trabajar! ¡Quiero ayudar! —anuncié, decidida.

—No será necesario vuestro sacrificio. No os preocupéis; saldremos adelante —dijo, pero sus ojos estaban nublados por las lágrimas—. Mayte, he visitado a la madre Asunción, y te ha aceptado en el colegio. Empezarás en breve.

Julia, que ya tenía doce años, estudiaba en el colegio del Alto de Miracruz, en la sección reservada a las niñas pobres.

Yo me sentí importantísima al incorporarme al mundo de Julia, sin comprender que mi vida acababa de dar un giro definitivo. Nada sería lo mismo.

Así, mi madre comenzó a trabajar de interina, lo que le hacía volver a casa exhausta, pues a las muchas horas, se le añadía el esfuerzo de arrastrar su pierna mal curada.

Por esas fechas, se acercaba la fiesta grande de San Sebastián, y mi madre decidió que necesitábamos un poco de distracción.

Llegamos temprano a la iglesia de Santa María, en la parte vieja de nuestra hermosa ciudad. Mi madre no se hubiera perdido esa ceremonia por nada del mundo, y habíamos de anticiparnos, pues su maltrecha pierna no le consentía permanecer en pie. El tranvía que nos condujo hasta El Bulevar estaba abarrotado, pero un chico, que a mí me pareció guapísimo, le cedió el asiento.

Era el mes de agosto, pero ese día, como sucede con frecuencia en el norte, había amanecido gris y fresco, y así se había mantenido. La iglesia conservaba una temperatura agradable y lucía unas espléndidas flores blancas, que aromaban el templo con un sutil perfume.

Marichu, Julia y yo nos adentramos en la oscura nave de la iglesia con respeto reverencial y el sentimiento de anticipación que, en muchas ocasiones, supera la realidad.

Poco a poco, con la parsimonia que merece un rito sagrado, unos rotundos sacristanes comenzaron a encender las velas, que chisporrotearon con inusitada alegría, en un canto glorioso de luz. Mis ojos contemplaban, asombrados, las llamas titilantes, que desprendían una magia reconfortante.

En las naves laterales se iban acomodando todas aquellas personas previsoras que aspiraban a tener una buena visión de la solemnidad. Las primeras filas frente al altar estaban reservadas a las autoridades, que entrarían por último en el templo repleto de gente.

Y de repente, las voces cálidas de los *arrantzales*, los marineros, se elevaron en una *Salve Marinera* que envolvió mi corazón de niña, inundándolo de una dulce

emoción.

Ahora, cuando los recuerdos se adentran por los senderos de mi mente, logro entender lo que sucedió en el instante en que dieron inicio a la ceremonia: mi alma tuvo la revelación de la belleza. Tan solo el ser humano es capaz de comprenderla.

Los animales sienten de manera imperiosa el instinto de reproducción. Y está bien que así sea. Pero apreciar la belleza significa un salto cualitativo. Es un acto intelectual, un ideal. Es un don de Dios.

Y ese fue Su regalo en aquel atardecer de agosto. Su don me acompañaría toda la vida.

Una tarde en la que Julia me hacía escribir unas interminables planillas con letras inverosímiles, apareció nuestra madre con la fatiga pintada en el rostro pero esbozando una insólita sonrisa.

—La madre Asunción me ha mandado llamar. ¡Es un ángel! Me ha recomendado a unos conocidos que viven en Ategorrieta. La casa se llama Urane Etxea, «la Casa del Agua», y necesitan una persona de confianza para la portería.

—Madre, ¿de verdad tenemos que marcharnos de esta casa? —pregunté, alarmada—. Nos alejaremos de la mar...

Sentí el brazo protector de Julia sobre mis hombros. Ella ya lo había comprendido.

—Ya os dije que no puedo pagar el alquiler de este piso. Nos iremos a vivir a una casita que está en la entrada del jardín.

—¡Vivir en un jardín, como los ricos! —exclamé, y el entusiasmo me hizo aplaudir.

—Madre, no puede usted aceptar ese empleo —dijo Julia—. Tendrá que hacer duras tareas que no debería realizar.

—¡Menuda aguafiestas! —exclamé, agitada—. ¡Por una vez que viene algo bueno, y esta no quiere!

—No, Julia. No te preocupes. Ya he hablado con doña Solita Irigoyen. Hay un jardinero que viene durante el día y se encarga de esas labores pesadas.

—¿Y qué ha de hacer, pues? —preguntó mi hermana.

—Tengo que estar siempre atenta y vigilar quién acude a la casa, pero también recibir el correo o cualquier paquete que llegue para ellos.

Yo escuchaba con atención y me parecía estupendo que mi madre tuviera que pasarse el día sentada mirando por la ventana para ver quién salía y quién entraba.

—Yo puedo hacer alguna labor que necesiten... —añadió Julia.

De inmediato, sentí no haber tenido yo esa idea.

—Gracias, hija, pero no será necesario. Tendré mucho tiempo, pues es una casa tranquila, y coseré lo que me pidan. Estando sentada, no me fatigaré.

Permanecemos las dos calladas, expectantes. Julia, temerosa del futuro, y yo, imaginando aquel jardín que se me antojaba un bosque mágico.

—Además —continuó nuestra madre—, estaremos al lado del colegio. Iréis dando un paseo. ¡Dios me ha escuchado!

Julia cogió con ternura la mano de Marichu y la besó con todo el amor del mundo.

«Eso es lo que debería haber hecho yo», pensé.

Pero mi hermana siempre se adelantaba, enseñándome el camino.

Unos días más tarde, abandonamos nuestra casa. Toda la curiosidad de mis pocos años hizo que el viaje en trolebús desde el piso del barrio de Gros hasta la villa de Ategorrieta fuera como el descubrimiento de un nuevo mundo.

Al llegar, el jardinero nos hizo esperar en la entrada de servicio.

—A que venga la señora y que ella disponga —dijo.

Cuando esta apareció en la puerta, creí ver a la Virgen. Era alta, rubia, y con voz melodiosa preguntó:

—¿Y estas niñas tan monas, Marichu...? ¿Cómo se llaman?

Yo la miraba embobada. Observaba la rutilante seda de su vestido azul, su pelo brillante peinado en un moño precioso, el lujoso collar de perlas... Cuando se acercó a darme un beso, su perfume me acarició como una pluma.

Tras unas palabras de bienvenida y buenos deseos sobre nuestra estancia allí, nos invitó a comer en la cocina.

—Ya he mandado comprar algunos alimentos para vuestra casa. Pero hoy comed y cenad aquí. Y a partir de mañana, ¡vida normal!

Los primeros tiempos fueron felices. La casa, de tamaño reducido, se parecía a la casita de chocolate de *Hansel y Gretel* que había visto en los viejos cuentos que alguna vez prestaban las monjas a Julia, para despertar mi gusto por la lectura.

Mi hermana y yo compartíamos un exiguo dormitorio con una ventana que daba al jardín. Era mi reino.

Afuera, un seto de camelias perfumadas, que el jardinero mantenía no muy alto, separaba nuestra casita del portón de entrada. Ese olor peculiar me acompañaría toda la vida. Al otro lado de la vivienda se extendía un bosquecillo formado por unos cuantos castaños, que en otoño se vestían de un suntuoso manto de oros y ocres.

Yo jugaba a que ese reducido territorio era otro país al que me trasladaba volando a lomos de una amable cigüeña. Mantenía largas conversaciones con seres imaginarios, que me tenían en mucha consideración, alabando mis muchas cualidades. Y mi madre era una gran señora cubierta de perlas y enfundada en un vestido de terciopelo granate, como uno que llevaba Solita Irigoyen en fechas importantes. Todos estos parlamentos los realizaba en voz alta, hasta que mi madre me oía y me devolvía a la brusca realidad.

—¡Mayte, deja de soñar! Despierta y ve a hacer tus deberes. ¡Ay, qué niña esta!
—se quejaba.

Julia me tomaba de la mano y me llevaba hasta la mesa de la cocina, donde nos poníamos a estudiar.

Por la ventana yo seguía observando ese cielo por donde la grácil cigüeña volvería para transportarme, en sus alas, en pos de la libertad.

La complicidad

Mi vida en el colegio se desenvolvía sin problemas. Descubrí que me gustaba estudiar, y espoleada por las ansias de saber de Julia, nos adentramos en un juego que consistía en una suerte de intercambio de conocimiento.

Poco a poco, entendí la diferencia que existía entre las niñas que entraban por la puerta principal y nosotras, que lo hacíamos por la de atrás. Cuando la campana anunciaba el final de las clases, yo me acodaba en la ventana y las veía marcharse, alegres, confiadas, las unas en sus coches particulares y las otras en el autobús del colegio, charlando, riendo, haciendo planes para el paseo o el cine del sábado.

Yo me sentía fuera de ese mundo. Y lo que era peor: tenía la certeza de que nunca sería el mío. Sin embargo, de vuelta a casa, todo parecía cobrar sentido. Mi madre nos esperaba con su sonrisa y sus cálidas caricias, y, extrañamente, yo me sentía acogida en la mansión de los Irigoyen.

Edurne, la cocinera, me llamaba cuando tenía galletas recién horneadas, pues sabía que me encantaban. Allí, al sabroso aroma, acudían también los hijos de la casa, Martintxo, Laura y el pequeño, Pello. Y se organizaba una tertulia, en la que ellos hablaban de películas que yo no había visto, de excursiones en pandilla para hacer una chocolatada que yo no haría, y de visitas a Francia, que, por lo que ellos contaban, se me antojaba el paraíso que yo nunca vería. Pero ellos me trataban como si yo fuera una más. En esa casa no sufría la distancia que las diferencias imponían en la escuela.

Edurne, solícita, me acariciaba la cabeza, y cuando ellos se habían marchado, me daba doble ración de las codiciadas galletas. Yo volvía a casa con el trofeo, pero con un cierto resquemor en el corazón que no sabía bien de dónde procedía.

Un día, era sábado, mientras comíamos las tres, me atreví a preguntar:

—Madre, ¿por qué no vamos también nosotras al cine? Debe de ser muy divertido...

—Me parece buena idea, Mayte, pero tendrá que ser en una ocasión muy especial. Iremos el día de tu cumpleaños.

—¡No, no, hay que esperar mucho! ¡Es en julio!

—Hija, es muy caro. No nos lo podemos permitir.

—Esta tarde iremos a jugar con las niñas de Trincherpe —intervino Julia—. ¡Venga, te acompañaré!

—¡No quiero! —contesté, irritada—. Son muy aburridas, y no tienen ningún juguete. ¿Por qué los niños Irigoyen tienen tantos juguetes, van al cine y hacen tantas

cosas que yo no puedo hacer?

Fue Julia quien respondió a mi demanda:

—Mayte, sé razonable. Tienes que aprender a esperar. Ya verás cómo, poco a poco, nuestra vida irá mejorando. Hoy jugarás con las niñas de...

—No quiero esperar —interrumpí—. Además, Izaskun, la cocinera del cole, dice que no tenemos que tratar a esas niñas, que son *tipula* —dije, enojada por la falta de conocimiento de mi hermana.

No tendría que haberlo dicho. Antes de que mi madre pudiera intervenir, Julia gritó con un furor desconocido:

—¡No vuelvas a decir eso en tu vida! ¡No sabes lo que dices!

Yo acerté a balbucir:

—Pero... pero lo dice Izaskun.

—¿Sabes lo que significa *tipula*? —continuó mi hermana—. Quiere decir «cebolla», y les llaman así porque son tan pobres que solo pueden comer pan untado con cebolla.

—¿Por qué son tan pobres? —pregunté, asustada por la ira de mi hermana.

Esta vez fue mi madre quien aclaró mis dudas:

—Son personas que vienen de otros lugares de España porque en sus pueblos no hay trabajo y tienen que dar de comer a sus familias.

—Piensa que su pobreza no es una enfermedad —añadió Julia, más calmada—, que, al ser personas que sufren, hay que tratarlas con más cariño, y ayudarlas en lo posible. Desde luego, no hay que ofenderlas con el desprecio que demuestra Izaskun.

Entonces mi madre quiso completar la lección que me estaban dando:

—Tu padre y yo también vinimos aquí para intentar progresar y daros una vida mejor...

Y ahí fue cuando toda la rabia que se había ido acumulando en mi interior, y de la que ni yo misma era consciente, explotó con la violencia de un volcán:

—¡Si mi padre...! ¡No es ya mi padre! ¡Él tiene la culpa de todo! De que seamos pobres como las niñas de Trincherpe, de que no tenga juguetes como los Irigoyen, de que no pueda ir al cine como las niñas ricas del colegio... ¡Él tiene la culpa de todo!

Esa tarde la pasé cobijada bajo las ramas de los castaños, esperando a una cigüeña que no apareció.

Unos días después, no sé si a consecuencia de mi estallido de rabia y rebeldía, aparecieron dos novedades en mi vida.

Edurne era una mujer cálida que había entendido mi corazón desolado y las enormes dificultades que mi madre debía sortear. Con los años, he comprendido que fue ella quien medió para que en Uran Etxea cambiara ligeramente la actitud hacia nosotras.

La primera vez que Laura Irigoyen se acercó a traerme una de sus muñecas, pensé

que el mundo era un lugar maravilloso. Laura era rubia como su madre, y sus ojos azules y su sonrisa espontánea iluminaban su rostro de niña plácida.

La madre Asunción, por su parte, me llamó a su lado y me hizo muchas preguntas. El resultado fue que todos los sábados yo volvía a casa con un libro que tenía que leer y devolver el lunes. Julia llevaba dos años haciendo lo mismo. Mi madre se unió con entusiasmo y voracidad a nuestra actividad. Luego comentábamos nuestras lecturas durante toda la semana.

En una de esas sesiones apareció doña Solita, quien, al ver nuestro interés, ofreció prestarnos los libros de sus hijos. Y así fue como, a las lecturas de las buenas monjas, añadimos las extraordinarias aventuras de Julio Verne, o las épicas de Walter Scott, que me abrieron un mundo desconocido en el que ya no necesitaba aguardar a mi cigüeña, pues a través de las mágicas palabras de tinta, me trasladaba a todos los confines de la Tierra y del tiempo.

Descubrí el mundo medieval y caballeresco con *Ivanhoe* y *Quentin Durward*; los abismos marinos con *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y los países lejanos, en los que bellas princesas eran salvadas por intrépidos señores, con *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Mi madre observaba, atenta, el efecto que en mí producían dichas lecturas, y años después supe que también existía un coro de «hadas buenas», compuesto por la madre Asunción, Edurne y doña Solita, que asesoraban a Marichu en mi educación.

Llegó el verano, y con él el calor y el buen tiempo. Los domingos mi madre nos llevaba a la playa de la Concha, donde yo me reencontraba con la mar adorada. El espectáculo de la bahía inundada de sol, las aguas relucientes y la isla de Santa Clara flotando en el mar azul zafiro, me dejaban sin aliento. De nuevo la contemplación de la belleza me reconciliaba con el mundo. Algo en mí se conmovía y me incitaba a la bondad. La armonía del universo cauterizaba mis heridas y resquemores.

Julia se sentaba, tranquila, junto a nuestra madre, conversando y acompañándola como era su costumbre. La playa estaba abarrotada y mi madre me recomendaba:

—¡Ten cuidado! Fíjate bien dónde estamos. ¡No vayas a perderte!

Yo pasaba entre las filas de toldos de rayas de colores verdes, azules y blancos, donde se sentaban las familias alrededor de unas mesitas llenas de los típicos manjares de un día en la playa: una dorada tortilla de patatas, unos filetes empanados, que para mí encerraban toda bondad gastronómica, y unas crujientes bolsas de patatas que ofrecían unos activos vendedores. Cuando aparecía el barquillero, se desataba el delirio de los más pequeños, y también el de los mayores, pues caían en la tentación de las aromáticas garrapiñadas, para tomarlas con el café que salía, humeante, de los herméticos termos.

Yo miraba a esos seres felices sintiendo la angustia del abandono, pero en seguida la corriente de la vida me llamaba con fuerza desde la mar. Y entonces me precipitaba

entre la espuma de las olas, sintiéndome el habitante más feliz del planeta. Imaginaba que era un delfín, como esos de los que hablaban los libros, y que recorría diversos mares donde encontraba criaturas marinas desconocidas, las cuales me aceptaban como a su igual. Me deslizaba entre las aguas silenciosas, encontrando en ellas la paz que muchas veces ansiaba en el mundo de los hombres. Las algas de esa mar, verdes y sedosas, las transformaba en inusuales tocados o refinados broches que adornaban mi traje de baño.

La isla de Santa Clara, en el centro de la bahía, flotaba majestuosa, como una reina marinera que pudiera en cualquier momento soltar amarras y navegar, mar adentro. De vez en cuando, entre chapuzón y chapuzón, miraba en lontananza para comprobar que seguía ahí, la isla silente y acogedora, mi isla. Y me decía a mí misma: «Algún día lograré que madre me deje nadar hasta allí, hasta los confines del horizonte.» Se me antojaba que en ese lugar solo podía existir amor y felicidad.

Una única cosa me molestaba sobremanera: la incómoda falda plisada que me obligaban a ponerme sobre el traje de baño, y que me impedía moverme libremente cuando venían las olas. Ni corta ni perezosa, salí del agua, me acerqué a mi madre, y de un tirón me quité la fastidiosa prenda.

Julia la cogió al vuelo y me dijo:

—Póntela. Si las monjas se enteran... ¡Menudo lío!

—¿Por qué? ¡Me voy a hundir con esa tela mojada!

—Son las normas, Mayte. Nos aceptan en la escuela, nos dejan libros para que nos distraigamos, pero tenemos que hacer lo que dicen.

—Pues es una tontería.

Aunque lo dije para salvar la cara, tuve que obedecer. Lo peor que podía pasarme era quedarme sin baño, sin las lecturas que iluminaban mis domingos, y encima conseguir que Julia se disgustara.

Me encaminé refunfuñando a la orilla, pero antes mi curiosidad me hizo dar otro paseo por delante de los toldos. Unas facciones que yo creía olvidadas aparecieron ante mí. Pero no me miraba. Ya no existía para él. Estaba embobado contemplando a una mujer joven que sujetaba con ternura su mano. Parecían felices, viviendo a espaldas de nuestro dolor. No habíamos sabido nada más de él, ni jamás se había vuelto a preguntar si habíamos salido adelante en la extrema dificultad en la que nos había abandonado.

Aquel que hubiera debido protegernos nos había dejado en la estacada. Un odio amargo, intenso, llenó mi corazón. Di media vuelta y, como hiciera en anteriores ocasiones, me sumergí en la mar para que enjugara mis lágrimas.

Cuando volví, mi madre me dijo preocupada:

—Has estado demasiado tiempo en el agua... Tienes los ojos rojos de la sal. Anda, ven que te seque.

Con suma dulzura, me secó el pelo con una toalla y me envolvió en otra más grande que había tenido al sol.

—Para que estuviera calentita —me susurró—, cuando a mi sirena le diera por volver a la tierra...

«Jamás querré a nadie como la quiero a ella —pensé, y en seguida decidí—: él está muerto. Ya no tiene nombre. Nunca me casaré.»

Así fue como, en mi mente de niña, enterré a mi padre.

Cuando llegó el otoño, reiniciamos el colegio y la rutina, que yo tanto esperaba, de los libros del domingo. En ese jueves, yo elucubraba con ilusión cuál me tocaría esta vez. Si me daba prisa, podría intercambiarlo con el de Julia, y así leería dos.

Estábamos sentadas tomando un chocolate caliente, pues el día había estado húmedo y desapacible, y oímos que llamaban a la puerta. Sorprendí una mirada cómplice entre mi madre y mi hermana, en el momento que Sebas, el jardinero, me dijo:

—Anda, corre, que el ama quiere verte.

Siempre me gustaba ver a doña Solita; me encantaba su hablar pausado; su presencia reconfortante, como si no conociera la dificultad de la vida; su perfume, y sobre todo, sus brillantes ojos azules, que, como los de su hija, destilaban bondad.

—Mira, pochola, creo que te va a gustar lo que voy a proponerte.

Y me miró. Aguardando. Ella nunca ordenaba, sino que aconsejaba, proponía o sugería. Yo, por mi parte, quedé pendiente de sus labios.

—El domingo vamos a ir a casa de unos amigos. ¿Quieres acompañarnos? Creo que te gustará.

—¿Qué hará mi hermana Julia?

—Que venga también. Díselo tú como si hubiera sido idea tuya.

—Pero mi madre se quedará sola en domingo...

—Bueno... que hable conmigo.

Al contarle la conversación, mi madre se quedó desolada:

—Pero niña... —yo odiaba que me llamara niña—, ¿cómo te has atrevido a pedir tanto?

Y se fue rauda a remediar el descaro de su hija.

Más tarde, madre me contó que Solita la esperaba con gesto afable.

—¡Menuda chica espabilada tienes! —comentó Solita, divertida.

—Ay, doña Solita... ¡Ya puede usted perdonarla! ¡Qué ocurrencia, meternos a todas en la excursión!

—No te preocupes. Lo que ha hecho habla en favor de la pequeña. Os quiere y desea compartirlo todo con vosotras.

—Es una niña que ha sufrido mucho la ausencia de su padre. Y lo que más me inquieta es que guarda tal rencor, que desde hace un tiempo se niega a hablar de él.

—Deberás tener paciencia y tino para que lo olvide poco a poco —prosiguió Solita—. Unas personas son más sensibles que otras.

—Sí, sí, claro... Es cuestión de tiempo.

—Marichu, que nos acompañen las dos niñas, así Mayte se sentirá más a gusto. Vamos a ir al caserío de unos buenos amigos, con los que tengo confianza, pero tampoco puedo abusar y llevar una tropa.

—Doña Solita, le agradezco de corazón todo lo que hace por nosotras. Ni por un momento se me ocurrió complicarles la existencia. Hemos logrado vivir en paz gracias a usted... y a la madre Asunción.

—Te repito, no te aflijas. Además, déjame decirte que tienes dos hijas extraordinarias, tú lo sabes, y haré lo que esté en mi mano para ayudarte a que estudien y el día de mañana puedan valerse por sí mismas.

—El Señor pone ángeles en mi camino...

Marichu no pudo terminar la frase. La emoción de verse apoyada y protegida por alguien que, hasta unos meses antes, era una perfecta extraña, le conmovió sobremanera.

Solita la tomó de la mano:

—¿Cómo no voy a respaldarte? Eres una mujer valiente con dos niñas a tu cargo... A fin de cuentas, ocupándome de ellas yo también las disfrutaré. ¿Ves lo egoísta que soy?

Un sentido abrazo selló la amistad de las dos mujeres. Con el tiempo, una avisaría a la otra de un grave e inminente peligro.

Las Peñas de Aya

El resultado del conciliábulo entre doña Solita y mi madre fue que a las once de la mañana, después de oír misa en la iglesia cercana, estábamos las dos vestidas con nuestras mejores galas, y yo nerviosa como un flan.

Julia llevaba una sencilla falda azul marino y una camisa blanca, pero al ser espigada y tener un cuello esbelto, resultaba elegante como una palmera.

Tras un viaje en coche por interminables curvas, llegamos al antiguo caserío Anderregui, que se hallaba en la falda de las Peñas de Aya, unas imponentes rocas escarpadas que más tarde habríamos de subir. Entramos por una deliciosa avenida bordeada de manzanos cargados de fruta y fuimos recibidos por la anfitriona que tenía a su lado a una niña muy rubia, que se cogía de la mano de su madre.

—¡Qué alegría que estéis aquí, Solita! ¿Qué tal el viaje? ¿Se han mareado los niños?

—No, Menchu, no... ¡qué va! Si es una carretera buenísima...

—Vaya mentira... —le susurré a mi hermana—. ¡Estábamos todos malísimos!

—¡Calla, Mayte, que se acerca!

En efecto, Menchu Vidaurre se aproximaba.

—Vosotras debéis de ser Julia y Mayte. Bienvenidas. ¡Vamos, todos a jugar, que dentro de poco estará la comida y no habrá quien os haga venir! —Y se volvió tranquila hacia los mayores. Pero se detuvo de repente y con voz preocupada nos gritó—: ¡Cuidado si vais al río! Aunque es poco profundo, las rocas son muy resbaladizas.

En efecto, nos dirigimos en tropel hacia el otro lado del jardín en busca de aventuras acuáticas, liderados por los chicos de la casa, Juan y Vicente.

El descenso hacia el arroyo por los prados húmedos era una experiencia parecida a tirarse por un tobogán. Entre risas nos encontramos a la vera de un riachuelo de aguas transparentes, donde, con gran alborozo, los chicos empezaron a pescar los mosquitos zapateros que se mantenían inmóviles sobre el agua.

El agua, en cualquiera de sus manifestaciones, ejercía un potente influjo sobre mí, y decidí meter las piernas.

—¡Ven, Laura! Vamos a probar lo fresquita que está.

Dicho y hecho. Me quité los zapatos y los calcetines y los puse al resguardo de las bromas de los chicos. El frescor líquido revigorizaba mi cuerpo y tranquilizaba mi espíritu. Siempre tenía ese efecto en mí. La luz se filtraba a través de las hojas de los árboles, creando pozos de claridad en el río cuyas márgenes eran acariciadas por las

ramas de unos avellanos que se curvaban por el peso de los frutos aún verdes.

Laura me observaba. Era evidente que dudaba entre la diversión que yo le ofrecía y la compostura a la que su madre la tenía acostumbrada. Para mi amiga, yo representaba otro mundo más libre, más dinámico.

Nos salpicaron, respondimos, y cuando ya estaba a punto de armarse una buena, sonó el tañido de una campana.

—¡Venga! —nos conminó Vicente, el hijo mayor—. Ya está lista la comida. ¡El último que llegue, castigado!

Julia se había quedado un poco apartada y subía la cuesta ligera, pero nosotros la sobrepasamos en un santiamén. Acudimos a la llamada de la señora de Vidaurre sofocados, mientras Julia se aproximaba unos pasos detrás, pero tranquila y compuesta.

Me fijé en que Menchu le decía a Solita:

—Oye, Solita, esta chica, Julia, es muy singular, ¿no? —preguntó Menchu.

—Sí, es una joven extraordinaria. La madre Asunción tiene la mejor opinión de ella, y a mí, a medida que la conozco, más me gusta.

—Pero además tiene un no sé qué... —continuó la señora de la casa—, una distinción natural que la hace destacar sin proponérselo.

—Es cierto, Menchu. Son unas niñas encantadoras. Mira que, al principio, cuando nuestra querida monjita me pidió que contratara a su madre, se me hizo cuesta arriba.

—¿No te causaron buena impresión?

—No, no es eso. Es que yo prefería un matrimonio... ya sabes, un hombre es siempre más útil.

—¿Y ahora, Solita?

—Debo admitir que Marichu es la persona más responsable que conozco. Está siempre atenta y es discreta. Además, arregla con primor cualquier prenda. La verdad es que estoy contenta.

—O sea que no te arrepientes de tu decisión...

—Mira, para serte sincera, la madre Asunción me dijo que una buena cristiana hace el bien entre los que tiene más próximos. Que eso del Domund estaba muy bien, pero que la mayoría de las veces, el prójimo lo tenemos muy cerca.

Oímos la risa cantarina de Menchu, y su voz que respondía a Solita:

—Sí, ya sé cómo es la madre Asunción. No hay manera de decirle que no. Vamos, los niños a su mesa.

La pequeña rubita se cogió a las faldas de su madre, pero ella, con suavidad, la llevó hasta nosotros y la sentó en uno de los bancos junto a la sólida mesa de piedra preparada para los niños.

—Carmencita, quédate con tus hermanos. Ahora no puedes estar con los mayores. Antes de sentarnos bajo el frondoso roble que cobijaba nuestra mesa, me había

quedado embobada mirando las cosas tan maravillosas que lucían en la de los señores: unos platos tenían pintados unos ágiles ciervos, otros unas etéreas perdices, y por último, unos más chicos, donde unos feroces jabalís campaban a sus anchas en densos bosques.

La cristalería parecía salida de un cuento de hadas. Cada copa era diferente: gallos orgullosos de su plumaje, tímidos conejos, astutos zorros, liebres veloces y dulces tórtolas, se contoneaban, volaban o saltaban en sublimes prados, pintados sobre el cristal tan sutilmente, que temí pudiera romperse con solo mirarlo. Una vez más, la belleza me transportaba a un mundo lejano que me llenaba de asombro.

Mi hermana Julia tuvo que tirar de mí para hacerme volver a la realidad.

Durante la comida, Julia, percatándose de la timidez de la pequeña Carmencita, se ocupó de ella con tanto tino, que la niña se acurrucó a su lado sin dejar de hacerle mil preguntas propias de su edad.

Una vez terminada la comida, los niños nos fuimos a jugar en el jardín mientras los mayores tomaban el café. Carmencita continuaba pegada a Julia. Cuando nos cansamos de los columpios, arremetimos con los manzanos, y en ese momento la voz del señor Vidaurre preguntó:

—¿Quién quiere ir de excursión al castillo del inglés?

Con la excitación del momento todos contestamos a coro:

—¡Yo, yo, yo...!

Ya en el coche, nos fue contando la razón del nombre del castillo:

—Veréis que es un sitio precioso. El castillo, totalmente en ruinas, está rodeado de un bosque misterioso de hayas y robles. Dicen que un inglés, enamorado de una princesa de estas tierras, al ser rechazado por ella, se encerró aquí y nada más salía para tomar el aire que ella respiraba. Nunca quiso ver a nadie. Cuando murió, su alma en pena quedó vagando, y todavía busca en las noches de luna a su amada. —Luego nos observó y preguntó como quien no quiere la cosa—: ¿Quién va a ser el primero en internarse entre los árboles encantados?

Yo ya no sentía tanto entusiasmo por el dichoso bosque, pero no quería demostrar mi temor. Paso a paso, bien pegadita a Julia, nos encaminamos hacia las ruinas. El lugar era de verdad impresionante. Unos árboles altísimos rodeaban con sus poderosas ramas aquellas paredes de piedra, que parecían a punto de desmoronarse. El otoño pintaba con sus cálidos colores las hojas de hayas y robles, en una espléndida sinfonía de ocre, rojos y oros.

Caminábamos mi hermana y yo por uno de los estrechos senderos, disfrutando del paseo y de las distintas figuras que componían los haces de luz que penetraban a través de los árboles. De repente una figura, que a mí me pareció monstruosa, inmensa y envuelta en una tela de arpillera, se abalanzó sobre nosotras emitiendo sonidos guturales. Mi corazón dejó de latir, y cuando ya me veía arrastrada al infierno

por el maldito fantasma del inglés, oí, detrás de nosotras, una risa sofocada y la voz enojada del señor Vidaurre:

—Ya está bien, Vicente, la misma broma de siempre. No tiene gracia. La pobre Mayte está lívida.

Lo cual, por supuesto, sirvió para incrementar el regocijo de los dos hermanos, que aparecieron bajo la tela muertos de risa, y encaramados en unos zancos.

—¿De dónde habéis sacado esos zancos? —pregunté—. En el coche no cabían...

—Los dejamos en el castillo antes de que vinierais. —Y se ahogaban de risa con sus propias carcajadas.

Entonces nos dirigimos hacia las Peñas de Aya e iniciamos la ascensión. Yo iba pendiente de agarrarme fuerte a las ramas y los arbustos en caso de resbalar. La vista en la cima me dejó anonadada: la mar se extendía hacia el infinito mientras el sol acariciaba las aguas, vistiéndolas de oro; playas de arenas blancas bordeaban las tierras de España, y más allá, las de Francia; oscuros farallones punteaban el océano y altas montañas engalanadas de verdes se recortaban en un límpido cielo.

El silencio se apoderó de todos nosotros. Al volver a la realidad, vi a mi hermana sentada en una roca, al borde del precipicio. Me miró en cuanto le puse la mano en su hombro: sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Julia? —pregunté, asustada.

—Acabo de ver la grandeza de la creación del Señor.

Los niños Irigoyen habían empezado a dar clases de inglés, y Laura, cuando se acercaba a jugar conmigo, me enseñaba algunas palabras de esa lengua incomprensible. A mí me parecía el colmo de la felicidad aprender un idioma en el que hablara con mi amiga y nadie pudiera entendernos.

Era nuestro secreto, y esa complicidad con ella me hacía quererla más. Poco a poco, la dulzura de Laura fue apoderándose de mi corazón magullado. Con frecuencia venía a merendar con nosotras el bizcocho que hacía mi madre y que sabía a gloria.

Una tarde de clima benigno, cuando jugábamos las dos en el jardín, detrás del seto de hortensias azules, decidimos componer algunas frases en el idioma extraño que Laura aprendía. No sé cuánto tiempo llevaría ahí, pero al cabo de un rato noté que doña Solita nos observaba con gran asombro, y al ver que la habíamos descubierto, me preguntó:

—Mayte, ¿dónde has aprendido tú inglés?

—Laura me enseña, y yo luego repito las palabras hasta que me aprendo lo que significan —respondí con el orgullo y la satisfacción que me proporcionaba estar en el secreto.

—Bien, muy bien —dijo ella.

Y nos dejó con nuestros juegos y quimeras.

Al día siguiente mi madre me anunció con expresión satisfecha:

—Tengo una buena noticia: vas a dar clase con tu amiga, ¿eh? ¿Qué te parece, Maytechu?

Cuando me acerqué a la casa para la primera lección me temblaban las piernas de pura felicidad. Apretaba los cuadernos de tapas brillantes que mi madre me había comprado.

—Cuídalos bien, te han de durar.

Eduarne me acompañó hasta una salita del piso de arriba que resultó ser el cuarto de estudios de los Irigoyen y el lugar donde daríamos las clases de inglés. El señor Peñalba, el profesor, era un pelirrojo con piel pecosa, ojos marrones y unas cejas casi invisibles. Tenía una actitud reservada pero era muy amable y hablaba siempre en un tono de voz suave, lo que hacía que aquellas desconocidas palabras sonaran como un idioma mágico.

Al cabo de un tiempo, después de una de las lecciones, doña Solita me felicitó delante de mi madre por el empeño que ponía en aprender. Tras marcharse la señora Irigoyen, mi madre me abrazó para darme la enhorabuena.

—Hija, ¡cómo me gusta que te esfuerces y trabajes! Así llegarás a ser persona de provecho.

Julia me observaba, complacida.

—Madre, no me esfuerzo. Lo hago porque quiero ir siempre a esa casa. ¡Es todo tan grande, tan bonito!

—Mayte, debes agradecer todas las bondades que tiene contigo doña Solita, pero ten presente que aquella no es tu casa. Tu sitio es este.

De nuevo, la otra Mayte, antes de que yo pudiera reprimirla, aquella que estaba enfadada con el mundo, se desbocó con una furia incontenible.

—¡No quiero estar aquí!

—Pero Mayte... —comenzó mi madre.

La interrumpieron mis gritos.

—¡No, no, aquí todo es pequeño y feo! Yo quiero tener vestidos bonitos, quiero ir de excursión a Francia, quiero ver películas... —Me paré un instante, miré fijamente a Marichu y le lancé—: ¡Quiero ser hija de Solita!

Una sonora bofetada me devolvió a la razón. Allí estaba Julia convertida en una diosa vengadora, con la mirada echando chispas. La había visto enfadada en otras ocasiones, pero nunca de ese modo, con esa fuerza justiciera.

Mi madre no decía nada.

Su mirada henchida de tristeza me perseguiría durante años.

La señorita de compañía

Habían pasado cuatro años desde que llegáramos a la villa de Ategorrieta y nuestra situación había mejorado de manera notable. Julia ya había cumplido dieciséis años, y pedía con insistencia a mi madre que le dejara trabajar para completar nuestra parca economía. Mi madre se negaba siempre, pero ella volvía a la carga con su habitual tesón.

—Madre, ya es hora que empiece a ser útil.

—Pero hija, primero tienes que completar tu educación... Solo así estarás segura de poder defenderte en la vida.

—Puedo...

Mi madre jamás la dejaba terminar:

—Además, ¿crees que no has ayudado bastante? Ahora y siempre, ha sido tu fuerza la que me ha sostenido en las horas amargas que hube de pasar.

Yo observaba la escena y escuchaba lo que esas dos mujeres, sacando lo mejor de ellas mismas, estaban a punto de decirse.

—Nunca te he visto quejarte... —susurró Julia—. Nunca te lamentaste, ni en los momentos más angustiosos...

—No podía permitírmelo. Teníamos que sobrevivir...

—Sí, ¡pero qué sola debes de haberte sentido! ¡Qué angustia al tener que criar a dos niñas, sin medios ni parientes a quien recurrir!

—Qué cosas dices... Tenía dos hermosas razones por las que luchar.

—Sí, pero jamás dejaste que el veneno del resentimiento hiciera mella en ti.

—¿Cómo podía consentir que se instalara en esta casa? Hubiera sido nuestra perdición. ¡Pobres y encima amargadas!

En ese momento ambas se echaron a reír, y al ver mi expresión de desconcierto, la hilaridad se hizo incontenible. Nos abrazamos las tres y al cabo de unos instantes Julia añadió, acariciando la mejilla de nuestra madre:

—Nos has regalado un valioso ejemplo: no dejarse vencer.

Yo, con mis doce años, no alcancé a comprender en aquel momento la hondura de esas palabras, pero de manera extraña quedaron impresas en mi mente de niña y volvieron a ella cada vez que la vida, o yo misma, me envolvió en sus borrascas.

Un poco más tarde, en un pequeño salón de la casa, Solita Irigoyen escuchaba a mi madre con atención.

—Marichu, no debes preocuparte por la insistencia de Julia.

—Ya le agradecería que hablara con ella. A usted la respeta mucho y le hará caso.

—Bien está que la chica se forje un porvenir, pero quizá deberías dejar que te ayudara.

—Que no, que no. No quiero que se vea como yo: sin estudios ni instrucción y con dos niñas pequeñas.

—Estar aquí con nosotros no ha sido tan malo, ¿no?

—¡Ay, doña Solita, disculpe! Qué atolondrada soy... ¡No era mi intención quejarme! Con lo generosa que ha sido usted conmigo y con las niñas...

—¡Marichu, mujer, que era una broma!

Tras un silencio, mi madre, preocupada, volvió a insistir:

—Hablará con Julia, ¿verdad?

—Veré qué puedo hacer. Es muy obstinada, y también un rato lista. Encontraremos una solución.

La solución vino de mano de una niña rubita que habíamos conocido en esa inolvidable jornada de campo en las Peñas de Aya. Menchu Vidaurre, su madre, estaba buscando a una señorita bien educada y responsable para acompañar a Carmencita los días en que esta no tenía colegio. Habló con su amiga Solita y ella tuvo una idea luminosa.

La oronda cara de Edurne, la cocinera, asomó por la ventana mientras hacíamos los deberes.

—La señora quiere verte —le anunció a mi madre—. Y vosotras, ¡mirad lo que os traigo!

Al marcharse mi madre, se sentó y comentó con malicia:

—Yo sé de una que va a salirse con la suya...

La acribillamos a preguntas, con la inagotable curiosidad de la juventud, pero ella defendía su secreto como si en ello le fuera la vida.

—Edurne, como eres la más buena de todas —intentaba yo embaucarla—, ¿a que me vas a decir lo que pasa?

—¡Que no! ¡Zalamera!

—Me tienes inquieta —añadió mi hermana—. ¿Es una mala noticia?

—Mala no es. Si lo fuera, ¿estaría yo tan contenta? —respondió la cocinera.

—¡O sea que es buena! —exclamé, excitada—. ¡Dímela, dímela, por favor!

En ese momento entró mi madre. Un silencio expectante inundó la habitación.

—La señora Vidaurre quiere contratar a una señorita de compañía para su hija Carmencita. ¿Os acordáis de aquella niña que conocisteis en Anderregui?

—Y ¿por qué se lo dice a usted? —pregunté, despistada.

—Doña Solita le ha recomendado a Julia. —Y mirando a su hija mayor añadió—: Eres demasiado joven, y así se lo he indicado a doña Solita, pero ella dice que eres muy responsable y que el otro día la convenciste para que te ayudara a encontrar un trabajo.

Así que Julia empezó a trabajar un jueves, que era el día que teníamos fiesta. Hasta entonces, aprovechaba las tardes de casi todos los jueves para ir a hacer compañía a los niños enfermos del Hospital de San Juan de Dios, a los que leía cuentos o distraía jugando al parchís o a la oca.

Ese jueves mi madre y yo aguardamos la vuelta de Julia con impaciencia. Salí mil veces a la verja de la casa, deseando verla bajar del autobús. Mi madre mostraba la misma preocupación, con el agravante de no haber sido nunca partidaria del dichoso empleo. Temía que los estudios de su adorada hija se resintieran, o bien que su salud sufriera con tanto trajín. Por fin apareció Julia. Una sonrisa complacida iluminaba su rostro.

—¡Cuenta, hija! ¿Cómo te han tratado? Y la niña, ¿es educadita? ¡Estamos en ascuas!

Mis preguntas fueron bien distintas:

—¿Cómo es la casa? La señora de Vidaurre, ¿es simpática? ¿Es guapa? ¿Lleva vestidos bonitos?

Julia sonreía mientras esperaba a que termináramos.

—Os lo voy a contar —dijo al fin, y entonces, animadas por el mismo impulso, nos sentamos alrededor de la mesa camilla, testigo de tantas confidencias.

Julia iba a comenzar su relato cuando la cara ancha y rosada de Edurne asomó por la puerta entreabierta.

—Te he visto entrar desde la casa. ¿Ya me dejáis pasar? —Y se acomodó a nuestro lado.

Y así, las tres aguardamos, expectantes, la crónica del primer día de trabajo de Julia.

—No me costó mucho encontrar la casa. La verja que da al Paseo de los Fueros estaba abierta, así que comprendí que me esperaban...

—¡Qué chiquilla más lista! —comentó Edurne—. A la primera y ya encuentra...

—Edurne, no interrumpas —dije, irritada—. ¡Me muero de ganas de saberlo todo!

Una mirada de mi madre me devolvió la compostura.

—Doña Menchu me esperaba en un saloncito con Carmencita...

—¿Cuántos años tiene? —preguntó mi madre.

—Ocho. Es la niña que conocimos cuando fuimos a Anderregi.

—Qué casualidad, tú... —otra vez Edurne.

—Es una niña despierta, muy curiosa, y su madre quiere que la acompañe al cine, a pasear...

—¡Qué suerte, Julia! ¡Al cine!

—También debo ayudarla a hacer los deberes del colegio y enseñarle a ordenar su cuarto. Creo que va a resultar un empleo agradable.

—Y hoy, ¿qué habéis hecho? —quiso saber nuestra madre.

—Conocernos. Hemos merendado en una terraza, rodeada de tilos en flor, que da al paseo.

—¿Qué habéis merendado? —Eduarne ansiaba saber si había alguien en el mundo que cocinara mejor que ella.

—Nos dieron un bizcocho esponjoso que se llamaba «relleno de Vergara». —Al ver la expresión mohína de Eduarne, Julia se apresuró a decirle—: Pero nadie hace las galletas de chocolate como tú. Nadie.

—Si llego a saber que iban a dar pasteles, y que había que ir al cine, el trabajo lo hacía yo —fue mi sincero comentario.

—Mayte, ¡tonta! ¿Creías que iba a olvidarme de ti? Te he traído un trozo de pastel y otro para ti, madre.

Y al abrir el pequeño paquete donde traía el pastel cubierto por una fina capa de azúcar glaseado, un delicioso aroma invadió la estancia.

—Quédate a cenar, Eduarne, y lo compartimos —la invitó mi madre.

—No puedo. Tengo que ir a dar la cena. Pero vengo después y lo pruebo. A ver si es tan maravilloso...

Mientras Marichu preparaba nuestra cena, yo quise averiguar lo que me interesaba.

—Dime, Julia, ¿cómo es la casa?

—Es grande, tiene dos pisos, y en el salón hay unas butacas con escenas.

—¿Con escenas? ¿Qué quieres decir? —pregunté, asombrada.

—El asiento y el respaldo están realizados con punto de tapicería, y los personajes bordados narran historias... Son preciosas, Mayte.

El estupor me dejó sin habla unos instantes. Decidida a que me contara los secretos de aquel lugar encantado, indagué:

—¿Y el cuarto de la niña?

—Es un dormitorio pequeño con un balcón que da a la calle.

—¡Un balcón a la calle! —expresé admirativa, y mi hermana continuó.

—Y tras unas puertas de cristal, hay una salita de estudios, y su armario...

—¿Con muchos vestidos?

—Sí, Mayte, tiene unos vestidos muy bonitos.

Esa noche soñé que era una niña rica que tenía un padre que me quería mucho, y que me traía regalos de países lejanos; además mi madre no cojeaba y se parecía a doña Solita.

Me desperté sonriendo. Pero al ver la cama de mi hermana pegada a la pared, la estrechez de nuestro dormitorio y el uniforme usado, regalado por las monjas, unas lágrimas de rabia inundaron mis ojos. La frase de mi madre «¡Pobres y encima amargadas!» me dolió como una bofetada.

Ese domingo por la mañana, tras volver de misa en la iglesia del Corazón de María, yo me entretenía jugando con Laura y Pello mientras esperábamos a que Julia regresara de su trabajo. Aquel día, los señores esperaban al doctor Elósegui para almorzar, y mi madre estaba ya abriéndole la verja.

Pello descubrió que un pájaro se había caído del nido y, resuelto, lo recogió y comenzó a trepar por el árbol para devolverlo a su madre, que estaba desesperada. Mi madre, al verlo, le gritó:

—¡No, Pello, no sigas... es peligroso!

Él no hizo caso y continuó trepando. Cuando ya estaba a una altura considerable, perdió el equilibrio y cayó, raspándose repetidas veces con las punzantes ramas. El doctor Elósegui se precipitó hacia el chico tendido en el suelo y, tras comprobar que no tenía nada roto, nos gritó a Laura y a mí:

—¡Rápido, traed algodón y agua oxigenada! ¡Hay que desinfectarlo!

Las dos corrimos hacia la casa, donde mi madre ya estaba sacando lo requerido por el médico.

—Ayúdame aquí. Limpiadle esas heridas pequeñas.

A la vista de la sangre, Laura se mareó y tuvo que sentarse. Yo colaboré con el médico lo mejor que pude, pero sin saber a ciencia cierta si lo hacía bien o mal. Vinieron de la casa a recoger al herido y se lo llevaron cojeando y maltrecho, pero sin nada serio que lamentar.

—¡Maldito chiquillo! —rezongaba el doctor—. ¡Podías haberte matado!

Laura y yo seguimos jugando hasta que la llamaron para almorzar. Justo cuando acabamos de comer, apareció mi amiga en el umbral.

—Mayte, tengo que hablar contigo.

Su expresión ilusionada auguraba un anuncio prometedor. Nos refugiamos en mi castillo secreto, entre los castaños. En esa estación estaban florecidos, y sus cónicos pináculos se alzaban erguidos, tiñendo de blanco el verde tierno y rugoso de sus hojas.

—Bueno, dime, que me muero de curiosidad.

Me miró con calma, como queriendo prolongar mi espera y la aparición de su magnífica sorpresa.

—He oído una conversación entre mi madre y el doctor.

A mí no me parecía nada del otro mundo. Ante mi falta de entusiasmo, aclaró:

—Han hablado de ti.

—¿Y qué han dicho?

—El doctor Elósegui le ha contado a mi madre lo valiente que has sido, y cómo le has ayudado a curar las heridas de Pello.

—Eso lo hubiera hecho cualquiera —respondí sin mucha convicción.

—No, Mayte, no. Yo no pude. Tuve que sentarme.

—Eso es porque era tu hermano y te hacía impresión.

—¡Ojalá!, porque a mí me gustaría ser médico como el doctor Elósegui, y asistir a los demás.

—Ya verás cómo sí puedes. Serás una doctora famosa. Y yo te acompañaré. ¿Qué más dijeron?

Ante mi evidente ansia de conocer los detalles de la conversación, Laura prosiguió:

—Pues él le dijo a mi madre que tenías madera de enfermera, y que si recibías la formación adecuada, serías una de las buenas.

Me quedé sin habla. Lo cierto era que nunca me había imaginado trabajando; mi necesidad de salir de mi oscura realidad me había hecho fantasear con situaciones inverosímiles, como ser salvada por un príncipe que se enamoraba locamente de mí, o convertirme en la heroína de hazañas singulares que maravillarían al mundo.

La voz de mi amiga cortó mi ensoñación.

—Mi madre le dijo que ella se ocuparía de hablar con Marichu, y de que tuvieras esa educación. «¿Dónde debería llevar a cabo esos estudios? ¿Tendría que marcharse de San Sebastián?», preguntó mi madre. «No», contestó el doctor. «Aquí hay una buena escuela de enfermería, el Nuevo Hospital en Anoeta, donde podrá formarse, y luego, si quiere, hacer unos cursos en Valdecilla.»

—Pero eso es muy caro, y nosotras...

Laura no me dejó continuar.

—Mi madre ya le dijo al doctor que ella se ocuparía de todo.

Yo escuchaba, asombrada, la realidad que mi amiga desplegabá ante mis ojos. Y entonces añadió:

—Al marcharse, el doctor se volvió hacia mi madre diciéndole: «Si quieres redondear la instrucción de esa niña, que estudie inglés. Va a ser muy necesario, cuando el aislamiento de este país toque a su fin.» ¡Mira cuántas novedades te traigo!

Yo, por mi parte, analicé un instante la situación y de repente vi la luz:

—¡Ya está! ¡Tú serás médico y yo enfermera, y trabajaremos juntas! No nos separaremos jamás.

Y para celebrarlo, nos comimos una tableta entera de chocolate que Laura había traído para la ocasión.

Doña Solita habló con mi madre y quedó todo decidido. Cuando regresé ese día del colegio, el rostro de mi madre irradiaba felicidad.

—¡Qué sorpresa te vas a llevar, pocholita!

Yo no le había referido a mi madre lo que Laura me había contado.

—¿Ya te acuerdas de esa mañana en que ayudaste al doctor de la casa?

—Sí, madre, me acuerdo.

Y no mencioné nada para no quitarle el placer de darme una noticia que yo intuía.

—Pues le aconsejó a doña Solita que debías estudiar para enfermera. —Y me miró para ver el efecto de su anuncio.

—Es estupendo, madre. Pero esos estudios cuestan dinero y nosotras no lo tenemos.

—¡Ay, Mayte, querida! ¡La señora se ocupará de pagar todos los gastos! Quiere verte enfermera.

—Yo nunca había pensado algo así... —musité. Pero era tal el entusiasmo de mi madre, que ni me oyó.

—Una enfermera profesional. ¡Qué orgullo, Mayte! ¡Qué orgullo!

Yo deduje que, de no ser princesa de cuento o heroína, no estaba mal.

—Sí, madre, es maravilloso. Me aplicaré muchísimo y la cuidaré cuando me necesite.

—Eso es lo que ha dicho doña Solita cuando le he apuntado que era muchísimo dinero: «No se trata de un préstamo, mujer. Es una inversión que hago para el día de mañana. Fíjate qué seguridad para nosotras: tener cerca a una persona que podrá cuidarnos...»

—Ya lo ves, Mayte. Doña Solita se muestra tan generosa como siempre: hace un favor, y le da la vuelta diciendo que, en el fondo, somos nosotras las que le haremos un servicio. ¡Qué buena es!

—¡Estaré siempre al lado de las dos, amachu!

Y la abracé. En aquel entonces, no podía imaginar lo lejos que la vida iba a llevarme. Ni tampoco lo azarosa, fascinante y dolorosa que sería mi existencia.

Au pair

Con apenas dieciséis años, las miradas admirativas de los chicos, y las maliciosas de algunos señores mayores, cuando paseaba por la calle, contribuyeron a confirmarme en el atractivo de mi físico.

Como pasa con los potrillos jóvenes, mis piernas habían crecido de manera notable, sin que el resto del cuerpo se hubiera desarrollado de la misma forma, lo que me daba un cierto aire de chiquilla larguirucha. Pero mis intensos ojos verdes y mi brillante pelo oscuro, que destacaban mi piel clara, me proporcionaban un encanto que parecía cautivar a los muchachos que conocía.

Yo notaba que la relación tan cómplice y natural que hasta entonces había mantenido con los hermanos de Laura, Pello y Martintxo, estaba cambiando. Sobre todo en el caso del mayor, Martín.

Siempre había sido un chico serio y reservado, pero ahora su comportamiento se me antojaba extraño. Unas veces era muy amable, casi devoto; otras, sin yo comprender por qué, se volvía arisco.

Por otro lado, Laura se iba convirtiendo en mi otro yo. Nos complementábamos. Donde ella ponía prudencia, yo, audacia; si yo me expresaba de forma vehemente, ella me hacía reflexionar; en ella todo era equilibrado, en mí la pasión era la norma. A la vuelta del colegio, nos reuníamos invariablemente para comentar lo que nos había sucedido en las dos horas en las que habíamos dejado de vernos, pues ella, un año mayor que yo, estaba en otra clase.

Empezamos a contarnos confidencias, inocentes e inexpertas, sobre las miradas o las frases que nos dedicaban los pocos chicos que conocíamos. Sobre todo, yo. Tenía parientes en Donosti, pero las reuniones familiares no eran muy divertidas porque mis primas, además de pacatas, se sentían muy superiores por el desahogo material con que vivían, de modo que nos ignoraban. Así que no conseguía tontear con algún primo lejano.

Pero un buen día, Laura, que ya tenía diecisiete años, fue invitada a un guateque.

—¿Y eso qué es? —pregunté.

—No he ido todavía a ninguno, pero Martín, que ya ha estado en varios, dice que es muy divertido: que hay una merienda buenísima, cóctel de frutas y música para bailar...

—¿Música, bailar? —repetí como en un sueño—. ¡Por favor, Laura, llévame contigo!

—Esta vez no puedo. Apenas les conozco, porque son amigos de Martín, y me da

mucho apuro pedírselo. Pero se lo diré a él, para que otra vez que sean más amigos, les diga que vamos las dos.

—¿De verdad que lo harás?

—Claro, tonta. ¿No ves que yo estaría más a gusto yendo contigo?

—¿Y qué vestido te vas a poner? Venga, enséñamelo...

—No lo tengo aún. Está en la modista. En cuanto lo mande, me lo probaré delante de ti.

Cuando, vibrando de emoción, le conté a mi madre la conversación con Laura, ella bajó la mirada con tristeza.

—¿Qué pasa, madre? Laura ha sido muy simpática. La próxima vez me va a llevar con ella.

—Maytechu, hija... —Miró a Julia, buscando ayuda en su hija mayor y tomó aire—. Para ir a esas fiestas, hay que estar bien arreglada; yo no puedo comprarte el vestido que necesitarías. Además, esas personas nunca podrán ser tus amigos.

—Laura es mi amiga, iremos juntas. ¡Lo pasaremos de cine! ¡Hay música y baile!

Julia, conociéndome, cortó por lo sano una conversación que temía fuera espinosa.

—Bueno, madre, cuando Laura la invite, ya veremos qué se puede hacer.

Me eché al cuello de mi hermana y la abrumé con una profunda gratitud por algo que solo se anunciaba en el horizonte. Pero mis ganas de vivir, mi deseo de conocer el lado amable de la vida, me hacían desestimar cualquier dificultad. Determiné que no habría problema que no fuera capaz de solventar.

Y el día llegó. Laura vino excitadísima a casa, anunciando la victoria. Unos amigos de Martintxo daban una fiesta en su villa de Igueldo, y ella había hablado con su hermano, este con su amigo, y, como resultado, las dos estábamos invitadas.

Consulté con mi amiga:

—Laura, me gustaría que vieras los vestidos que tengo. No sé qué ponerme.

Al mostrarle mis escasas pertenencias, ella tuvo una genial idea.

—¿Por qué no te los traes a casa y te pruebas también uno de los míos? A lo mejor te hace ilusión cambiar un poco, ¿no?

Sacó un precioso vestido azul, pero el que me fascinó fue uno blanco de bordado suizo, que parecía hecho por náyades. Se ajustó a mi cuerpo a la perfección, y cuando entró Edurne a curiosear, pues le encantaban nuestros manejos, me regaló los oídos:

—¡Ay, pochola! ¡Qué maja estás! Pareces la Odry Hepur esa. ¡Qué fina! Y tú, Laurita, ¿qué vas a ponerte?

—Este, Edurne. ¿Verdad que es precioso?

En efecto, era una maravilla. Hecho de una gasa de seda, de un color verde muy claro, seguía el compás de los movimientos de Laura y le daba un encanto hipnotizador.

—Ay, mi niña... ¡Qué preciosa! —Y le plantó dos sonoros besos en la mejilla.

Los preparativos —peinado, uñas, la barra de labios, el rímel— tuvieron la importancia del rito.

Llegada la hora, fuimos los cuatro en el coche que el señor Irigoyen había prestado a sus hijos.

—Poned atención en las curvas —dijo doña Solita, solícita—. Martín, recuerda que esa carretera es muy peligrosa...

—Sí, sí, no te preocupes. Volveremos pronto.

—¡Y cuidado con lo que bebéis! A ver si os va a sentar mal.

—Mamá, ¡ya nos gustaría que hubiera algo más que ponche de frutas!

—Bueno, bueno... Pasadlo bien. —Fue su recomendación final.

Lo cierto era que el camino que ascendía arriscado por la montaña era estrecho y sinuoso. El panorama que se avistaba era impresionante. La amplitud del mar, la forma de la ensenada, y la cadena de montañas en anfiteatro, en todos los tonos de azules, formaban un magnífico espectáculo.

Pero mi mente estaba en otras cosas: si les gustaría a los chicos, de qué hablaríamos, cómo debía comportarme para resultar simpática pero sin demostrar demasiado interés...

Tras una última curva, apareció la casa. El bullicio se oía antes de entrar. Miré a Laura. Se mostraba tranquila.

«Claro —pensé—, ella ya tiene experiencia. Ya ha venido otras veces.»

Un enorme magnolio extendía sus ramas grises y retorcidas, cubiertas por innumerables flores de extraordinario tamaño y forma. El blanco purísimo de las mismas refulgían en la tarde veraniega, pero lo más fascinante era el aroma que inundaba el jardín: era intenso, opulento y fresco; cándido y sensual; inocente y embriagador. Bajo el corpulento árbol, unas aralias verdeantes y unas hortensias, en azules nunca vistos, armonizaban con unas buganvillas moradas, que jugaban a enredarse con la brisa del mar.

Más adelante, dos palmeras de tronco poderoso flanqueaban un camino que llevaba a una terraza, desde donde se divisaba una mar espejeante, una isla que parecía emerger de un mundo mágico, y una ciudad enroscada en la espléndida bahía.

La casa, tan grande que me pareció un palacio, era blanca con las puertas, ventanas y balcones pintados en un verde restallante. Entramos y de inmediato varios chicos se acercaron para que Martín nos presentara. Eran divertidos y se ocuparon de servirnos una bebida. Laura me indicó la vista que se veía desde los balcones. Tuve la impresión de estar en un barco en medio de la mar. Pero era mi primer guateque, y yo quería conocer chicos y... ¡bailar, bailar, bailar!

—Vamos, Laurita, ya disfrutaremos de la vista otro día. ¡A bailar!

Pero la cosa no era tan fácil como parecía. Había que esperar, según dijo mi

amiga, a que nos invitaran cuando acabase el disco que estaba tocando.

—¿Y no podemos invitar nosotras?

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡Claro que no!

Sentí a mi lado una presencia. Era Martintxo. Bailamos una música lenta, mi mano en la suya. La cercanía de su cuerpo varonil me hacía sentir una turbación difusa, pero los dos hablábamos de cosas intrascendentes, como para pasar el rato. En realidad, yo estaba muy emocionada; era mi primera fiesta y, aunque pensaba que mi pareja no me había hecho mucho caso hasta aquel día, yo sí me había fijado en él. Era alto y erguido y tenía el pelo del color del sol, como su madre, y unos ojos azules que denotaban esa hombría de bien que era una de sus características. Pero todo eso yo aún no lo sabía. Veía ante mí a un amigo, guapo a rabiar, que de repente se esforzaba por gustarme.

También otros chicos me sacaron a bailar. Luis, el dueño de la casa, un morenazo alto y bien plantado, muy seguro de sí mismo y de su fascinación sobre nosotras, me llevó a danzar un rock endiablado, que bailé con entusiasmo hasta dejarme sin respiración.

Con lo que yo, en mi inocencia, tomé por amabilidad, me condujo a uno de los balcones más apartados.

—¡Qué bien te mueves! —dijo mientras apartaba de mi cara un mechón de pelo.

—Ha sido muy divertido, pero me he quedado sin aire.

Entonces él me susurró al oído:

—Si tú quisieras, podríamos divertirnos mucho más.

Sin saber con exactitud a qué se refería, sospeché que su propósito no era cabal, y permanecí quieta, envarada y confundida. Él debió de tomar mi silencio por aceptación, y pasó su mano ansiosa por mi pecho. Me aparté y me atrajo hacia él con fuerza.

—No te pongas tonta ahora. Deberías de estar encantada —musitó en voz baja pero muy determinada.

Al notar que yo intentaba liberarme con más ahínco, él apretó su abrazo hasta hacerme daño. Un gemido brotó de mi garganta, y a continuación la sombra de alguien apareció en el umbral. Ese alguien agarró a Luis con tal vehemencia, que este tuvo que soltar la presa.

—¡Qué vergüenza que te aproveches en tu propia casa! ¡Suéltala!

—¡Cuánto ruido por nada, Martín! Se trata de la hija de vuestra portera...

Yo permanecía muda, contemplando con horror en qué se estaba convirtiendo algo tan anhelado.

—¡Desgraciado! ¡No tienes ni idea! Son gente estupenda y mucho mejor que tú...

—Casi le ahogaba la rabia—. ¡Tú, que nunca has dado un palo al agua! —Y dirigiéndose a mí, Martintxo me cogió de la mano—. ¡Vámonos! Este sitio apesta.

El camino de vuelta lo hicimos en silencio, a pesar de la buena voluntad de mi salvador en restar importancia a lo sucedido, y de las preguntas de Laura, que ignoraba la razón de nuestra súbita partida.

Nadie comentó nada, ni al día siguiente, ni después. Ni siquiera Laura. Mi madre tampoco supo nada. Pero ese día yo aprendí una lección, tal vez dura para una chica de dieciséis años, pero que iba a serme útil durante toda mi vida.

En casa, las cosas seguían su curso.

El consejo de doña Solita sobre mi educación surtió efecto, pues logró convencer a mi madre sobre la necesidad de matricularme en la Escuela de Enfermería en el Nuevo Hospital. Para mí, que me hallaba en una situación de desarraigo, me pareció como si una ventana se abriera sobre el ancho mundo.

Digo «desarraigo» porque por fin había entendido que no todo el mundo era como los Irigoyen, que nos trataban con afecto, respetando nuestra dignidad como personas. No. Existían unas leyes no escritas mediante las cuales cada uno tenía su sitio. Y yo no cuadraba en ninguno porque había convivido, y querido, a unas personas que no eran de mi círculo; y tampoco encajaba en el que me habían adjudicado.

Por tanto, el mundo del hospital me parecía algo real y tangible. Empezaría al siguiente otoño, pues ya había acabado el bachillerato, y mientras tanto, doña Solita me había regalado el viaje de avión a Londres para que aprendiera inglés trabajando como *au pair*.

Mi madre estaba preocupada por mi vida allí: las personas que me acogerían en su casa, si me gustaría la comida... Ella, menos mal, no percibía que partir era no solo una liberación, sino la manera de respirar a pleno pulmón.

Ansiaba conocer otros países, distintas formas de vivir, y creo que por entonces no valoraba el inmenso tesoro de mi existencia: el amor genuino e incondicional de madre y hermana con el que había sido bendecida.

Estaba agradecida a Solita Irigoyen por su atención hacia mí, valoraba la amistad de Laura, pero, en aquella época, no supe cuán extraordinario era que unos perfectos desconocidos, como los habitantes de Uran Etxea, incluida Edurne, se ocuparan de mí con tanto afecto e interés.

El tiempo y la experiencia me enseñaron lo afortunada que fui.

Mi madre me dio a escondidas el escaso dinero que había ahorrado, y Julia hizo lo mismo. Me propuse conservar esa pequeña fortuna, y traérsela de vuelta en algún regalo que ellas necesitaban desde hacía tiempo.

El poco dinero que recibiría a cambio de mi trabajo debería bastarme para mis gastos. Laura me regaló un par de pantalones con camisa a juego, que su madre le había comprado en Biarritz.

—Para que estés guapa —me dijo—, y se enteren los ingleses de lo que valen las

españolas.

Pero en su tono de voz percibí la tristeza de la futura ausencia. Yo, por mi parte, tenía que disimular, también ante ella, mi curiosidad y anhelo por la partida.

Los preparativos habían finalizado, y, como si de un ritual se tratara, fui a despedirme del lugar mágico de mi infancia: el círculo protector de los castaños. Era de noche y la luna llena repartía sus benéficos rayos sobre los tupidos árboles, creando un mosaico de sombra y claridad, que hacía aún más misterioso mi refugio.

De pronto, noté una presencia junto a mí. La luz, a mis espaldas, me impidió reconocerla. No decía una palabra. Era tarde, me asusté.

—No temas, Mayte. —Era Martín—. He visto desde casa que te escondías en tu bosque favorito, y he venido a despedirme.

—Pero tu madre me ha dicho que Laura y tú me llevaréis a Biarritz a tomar el avión. ¿Es que no es así? ¿Cómo iré entonces?

—Ay, mi Mayte práctica, preocupada por quién la llevará... Sí, seré yo. Pero no quería despedirme delante de todos, sobre todo de tu madre.

—¿Y qué quieres decirme con tanto secreto?

Mi corazón galopaba a toda velocidad, espoleado por mi intuición. Lograba entrever un mundo más bonito, más cálido. Deseaba, y temía al unísono, lo que iba a escuchar.

Martín me tomó la mano y observó mi reacción. Yo nada dije. Expectante, inmóvil, aguardaba.

—Mayte, nos conocemos desde que eras una niña. Siempre he admirado tu coraje, tu entusiasmo por la vida, tu inteligencia práctica...

Sentí en sus palabras un ligero temblor. Él acercó su rostro, y una oleada de amor me exaltó de tal manera, que cuando posó sus ardientes labios en los míos, mi respuesta fue tan inexperta como entusiasta.

En sus brazos me consideraba al abrigo de todo peligro. Mi vida tomaba otro rumbo. Ya no deseaba marcharme.

—Prométeme que pensarás en mí —dijo—. Serán apenas unos meses, pero se me harán eternos.

—Martintxo, ya no sé si quiero irme...

—Yo tampoco quiero que te vayas, pero es bueno que lo hagas. Estás labrando tu futuro, nuestro futuro.

Le miré a los ojos. Había sinceridad en ellos.

Mi mente se llenó de una felicidad dulce y serena. Pensé que el mundo podía ser un lugar maravilloso al lado de alguien como él, y le besé de nuevo. Sorprendido por mi iniciativa, estrechó su abrazo.

Cuando por fin pude separarme de él y de sus besos, de vuelta en mi cama, acuné su recuerdo hasta lograr dormirme.

Al día siguiente todo era alboroto en casa.

—Mayte, ¿tienes ya la maleta cerrada? —preguntaba mi madre.

—Ten mucho cuidado —repetía Julia—. Mira que no conoces sus costumbres. Y allí la gente será distinta... Aquí has estado protegida.

Yo no le había contado nada sobre el episodio del guateque en Igueldo, ni siquiera de lo sucedido la noche anterior. Ese amor cándido y respetuoso era mi secreto. Secreto que compartía en esperanzada complicidad con mi guapísimo Martintxo.

Su mirada durante el viaje a Francia me confirmó ese amor. Mi corazón estaba ocupado por una bandada de alegres pájaros, que auguraban una dicha sin fin.

Ya en la despedida, no pude reprimir las lágrimas, y una cierta angustia me nubló la mente, pero tenía que ocuparme de la realidad: el billete de avión, el resguardo de la maleta... Todas esas cosas nuevas requerían mi atención.

Una última mirada me devolvió la imagen de mi madre llorando con discreción y agarrada a la mano de Julia. Laura, con ojos brillantes, me sonreía apoyada en el hombro de su hermano.

Saludé con la mano y entré en el avión hacia mi nueva vida.

El viaje

Mi innata curiosidad me hizo disfrutar del viaje en avión. Me parecía inimaginable que aquel pájaro de hierro, formidable y pesado, hubiera podido mantenerse en el aire, grácil como una paloma. Me gustaba cómo me había tratado aquella azafata tan guapa. Me había ofrecido esa bebida llamada Coca-Cola, que producía un agradable cosquilleo en el paladar.

Ya en el aeropuerto de Londres, me di cuenta de que me enfrentaba a una realidad desconocida, pues no sabía casi nada de la familia para la que iba a trabajar. Sin embargo, mis diecisiete años me impulsaban a lo desconocido, a todo aquello tan lejano a mi vida habitual, y que sin yo saberlo en ese momento, iba a ser mi futuro.

Intenté seguir a un matrimonio de españoles muy simpático, al que caí en gracia, y que me ayudaron a encontrar mi pequeña maleta y la salida del aeropuerto.

Una señora regordeta enarbolaba mi nombre escrito en un cartel. A su lado, un hombre parecía escrutar con fastidio la muchedumbre, y otra mujer, con un extraño sombrero, se agarraba a su brazo con aire intimidado.

La señora me abrazó, y en perfecto español, pues era de Cuenca, me presentó a los Peck, en cuya casa trabajaría como *au pair*.

El señor Peck me resultó antipático nada más verle. Su cabeza era chata y rotunda; unos ojillos sinuosos delataban un temperamento mezquino; las cejas muy negras y pobladas contrastaban con un pelo ralo y escaso, ya encanecido; su nariz ganchuda pugnaba por reunirse con el mentón, saltando por encima de una boca que parecía una cuchillada. Me dirigió una mirada que no me gustó. Parecía el tipo de hombre que disfrutaría aprovechándose de los demás.

Mildred Peck, sin embargo, parecía una persona bondadosa, y cuando vino a mi encuentro, su rostro se iluminó con una sonrisa, mientras me decía unas palabras que no logré entender, pero que, por la forma de decirlas, pensé que eran de bienvenida.

Londres me recibió con el típico día gris y húmedo de San Sebastián; pero al menos, al ser el mes de julio, no hacía frío. A medida que nos acercábamos al centro, empecé a ver edificios imponentes que se elevaban en anchas calles, que a su vez desembocaban en amplios parques poblados por frondosos árboles. La ciudad apareció en toda su grandeza. Atravesamos avenidas interminables de casas señoriales, el ajetreo de una gran ciudad animaba las calles, y, tras un largo recorrido, el panorama fue cambiando. Las casas eran bajas y estaban rodeadas de minúsculos jardines, como si se tratara de un pacífico pueblo.

Un pequeño huerto encerraba el hogar de los Peck. La fachada era de ladrillo rojo

y, en el piso bajo, dos ventanas flanqueaban una estrecha puerta de madera. Entramos en un pequeño distribuidor del que arrancaba una escalera de madera. La señora Peck me enseñó, orgullosa, la cocina, que, aunque no era grande, estaba bien equipada y era práctica. Añoré de inmediato la de Uran Etxea, tan amplia y luminosa, y la mesa de madera donde Edurne elaboraba con amor las galletas y los bizcochos que repartía entre nosotras con su habitual largueza.

En pocos minutos recorrimos la vivienda, y su propietaria me llevó a conocer el que sería mi cuarto durante esos dos meses. Se me cayó el alma a los pies. Una ventana mínima daba a la parte de atrás, y mínimo era también el dormitorio, nunca mejor dicho, pues servía solo para dormir. ¿Dónde podría estudiar en mis dos horas libres diarias? Mildred, al entender mi desilusión, me indicó por gestos que la siguiera. Me llevó de nuevo al salón y allí me puso delante de un aparato que yo no había visto jamás. Tocó un botón del mismo, y de pronto aparecieron unas personas hablando en inglés.

—*Television* —repetía ella—. *To learn*, tú aprender.

Me animaba a mirar ese cacharro para aprender. En eso estábamos cuando aparecieron dos niños rechonchos y pecosos, de unos siete y diez años, que de inmediato asaltaron a su madre en una jerga impetuosa. Mildred tuvo que saciar su curiosidad sobre mi persona, y luego salieron como alma que lleva el diablo al jardín trasero.

Yo conocía mis obligaciones: ayudar a la señora de la casa en sus tareas y con los niños. A cambio, tendría el desayuno, la comida y cena, y un escaso dinero en el bolsillo. Lo que yo no sabía era que la comida consistiría en un simple bocadillo, *sandwich* lo llamaban ellos, y la cena, en una carne siempre sangrienta con muchas patatas. Lo mejor era el desayuno: huevos revueltos, salchichas y unos bollos deliciosos que llamaban *scones*.

Me resigné pensando que, al fin y al cabo, aunque el conjunto no era muy agradable, yo estaba allí para aprender inglés.

Una mañana la señora Peck salió con sus hijos no sin antes encargarme que limpiara los cristales. Estaba yo subida en la escalera, intentando alcanzar unas manchas en lo alto. Me empujé un poco más y de inmediato me acordé del accidente que sufriera mi madre. Me agarré con fuerza y miré hacia abajo para ver bien el escalón. Allí estaba el señor Peck, observándome con una expresión en sus ojillos que me produjo una intensa sensación de asco.

Me hizo un gesto como diciéndome que subiera de nuevo, que él sostendría la escalera.

—Vamos, no seas tonta. Podemos ser amigos... —me susurró con falsa complicidad.

Yo, a esas alturas, ya sabía suficiente inglés, y le entendí perfectamente. Dejé el

salón de inmediato y me encerré en mi cuarto. La indignación me sofocaba. ¡Aquel vejstorio, para mí lo era, feo y libidinoso, creía tener algún derecho sobre mí! Por lo menos, el otro lujurioso de Igueldo era joven y guapo... y a mí me había parecido una afrenta. ¿Qué se había pensado ese adefesio?

A partir de dicho episodio, procuré no quedarme a solas con él. Cada vez que Mildred salía con sus hijos, yo iba a hacer la compra o pretextaba recados ineludibles. Con todo, sus frecuentes miradas seguían siendo pegajosas e insinuantes.

La señora Peck, por su parte, era dulce y quería que me sintiera feliz. Alguna vez, mientras los chicos estaban jugando en casa de amigos y ella libraba de su puesto en Correos, me llevaba a tomar el té a un saloncito un tanto triste, adornado con unas horribles flores de plástico, que eran la antítesis de la vida.

Yo recordaba entonces las fastuosas camelias invernales y las espléndidas hortensias estivales de Uran Etxea, y añoraba la que consideraba ya mi hogar. Pensaba también en Martín, sonriente, adornado por sus cabellos de sol, sus ojos azules fijos en los míos... y por contraste, me espantaba más aún la fealdad lujuriosa del señor Peck.

En mis tardes libres, aprovechaba para visitar Londres. Tomaba el metro y me plantaba en el centro para impregnar mi memoria de los museos, las amplias avenidas y los extensos parques. En uno de ellos, el Hyde Park, cuando libraba algún domingo, me gustaba seguir los debates que la libertad de expresión vigente en ese país permitía a todo aquel que quisiera manifestarse.

En una de esas mañanas solitarias, un perro saltarín se acercó a mí arrastrando una correa. Obviamente, el cachorro se había escapado y su dueña debía de estar buscándolo ansiosa. Le hice unas caricias, esperando así mantenerlo a mi lado hasta que apareciera su ama.

Una voz masculina se dirigió a mí. Chapurreando ese idioma, le hice saber que no dominaba su lengua, y él me preguntó entonces de dónde era.

—Soy española —contesté—, y estoy trabajando en Londres.

Le miré con detenimiento. Era un señor elegante de unos cuarenta años, vestido de *sport*. Ante mi sorpresa, me habló en un español con marcado acento inglés.

—¿Cuál es su ocupación?

—Trabajo en una casa como *au pair*. No es una maravilla, pero así aprendo inglés, que puede serme útil en el futuro.

—¿En qué parte de España vive usted?

—En San Sebastián. ¿La conoce?

—Sí, estuve allí hace mucho tiempo... —Se quedó pensativo y acabó diciendo—: Es una hermosa ciudad. La llaman «la perla del Cantábrico», ¿no?

—¡Ay! La echo tanto de menos...

Me miró fijamente. Sus ojos grises parecían estar teñidos de tristeza. Algunas

canas en las sienes le daban un aire distinguido... Era un hombre guapo. Tuve la impresión de que deseaba decir algo, que al final, a pesar suyo, prefirió reprimir.

—Ha sido usted muy gentil al retener a mi perro. Le estoy muy agradecido.

—Es un perro precioso, y muy simpático. Lo he hecho con mucho gusto.

Sacó de su cartera una tarjeta y me la dio.

—Si necesita ayuda en algún momento, no dude en llamarme.

Le vi alejarse andando erguido, mas con pasos lentos, como si su mente estuviera en otro lugar.

Examiné la tarjeta:

CHRISTOPHER WOODS
MINISTRY OF THE TREASURY

Había una dirección y un par de teléfonos. La guardé en mi cartera sin imaginar lo útil que iba a serme algún día.

Faltaban un par de semanas para volver a casa. La nostalgia de los primeros días se hacía cada vez más persistente. Echaba de menos a mi familia, incluidas a Laura y a Edurne, y la ilusión de ver de nuevo a Martín me cortaba la respiración. Con el paso del tiempo, mi alegría se manifestaba de forma natural.

Eso fue lo que debió de confundir al señor Peck, y le animó, con gran desfachatez, a intentar besarme, al amparo de la oscuridad, cuando yo entraba en la casa. Había estado estudiando en el jardín de atrás hasta que se hizo de noche, y la humedad hizo mella en mí. Tras propinarle una buena bofetada, le amenacé con advertir a Mildred, y al parecer mis palabras surtieron efecto, pues no intentó nada nuevo hasta el momento de mi partida.

A mi llegada a San Sebastián, me pareció la ciudad más hermosa del mundo. Como suele suceder, el tiempo en aquel septiembre era soleado, el aire tibio y la mar caldeada por los meses de verano.

Encontré Uran Etxea más acogedora que nunca, y a mi familia, que me había echado de menos, más cariñosa. Y yo me dejé mecer por aquella suave felicidad.

Solo hubo una decepción: Martín no estaba. Supe que había tenido que trasladarse a Bilbao para arreglar su matrícula. Cursaba allí la carrera de ingeniero, que le permitiría más adelante dirigir la empresa familiar.

Yo estaba bastante ocupada preparando todo lo necesario para mi incorporación a la Escuela de Enfermería. El ambiente festivo que tanto mi madre como Julia se encargaban de crear a mí alrededor me mantuvo entretenida mientras esperaba el regreso de Martín.

—¡Una enfermera, mi Mayte! —repetía mi madre con orgullo—. Hija, tú sabrás valerte en la vida. ¡Qué hijas más espabiladas tengo!

Mi hermana, que había hecho ya la reválida, empezaba ahora el preuniversitario,

y doña Solita la animaba a que estudiara una carrera. En una ocasión en que nos encontrábamos con ella en el jardín, entró en materia:

—Marichu, tienes que animar a Julia para que estudie una carrera.

—Doña Solita, usted sabe que no tenemos medios.

—Y tú, que nosotros estamos dispuestos, y con mucho gusto, a sufragar sus estudios.

—¡Bastante ha hecho ya por nosotras!

—Déjate de tonterías. La chica vale, sus magníficas notas lo prueban, y piensa que vas a dar a tus hijas una formación que les permitirá ser independientes.

—Ya me gustaría pero...

Nosotras guardábamos silencio.

—Marichu, nuestra generación no tuvo esa posibilidad. Dejemos que ellas la tengan. Laura quiere ser médico, y me parece estupendo.

—Ustedes pueden, pero yo...

La interrumpió de nuevo:

—No seas tan orgullosa. Acepta la oportunidad que está al alcance de tus hijas.

Como toda respuesta, mi madre se abrazó a su benefactora. Unas gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Por fin llegó el primer día. Y como no quería que nada pudiera retrasarme, me levanté muy temprano. Me invadía una mezcla de curiosidad y desconfianza. ¿Qué tipo de personas iba a encontrar en la Escuela de Enfermería? Era consciente, o empezaba a serlo, de que hasta entonces mi mundo había sido protegido, de estar rodeada de gente buena y generosa que consideraba un deber devolver a otros menos afortunados lo que ellos habían recibido a manos llenas.

En el último año me había hecho más mujer. Mi cuerpo se había redondeado, perdiendo aquel aspecto desgalichado que tanto me mortificaba. Me arreglé con esmero, deseando causar buena impresión, y después de un demorado conciliábulo con mi madre y mi hermana, salí al portón, decidida, como quien parte para ganar una batalla.

Casi me di de bruces con Martín, que llegaba en ese momento. Él me miró largo rato, y yo, de momento, olvidé el combate que debía enfrentar.

—¡Qué guapa estás, Mayte! Qué alegría verte...

—¿Regresas ahora de Bilbao?

—No, volví anoche, pero era muy tarde.

«Mentira», pensé, pero dije:

—Eran las diez cuando oímos entrar un coche. Mi madre miró y vio que era el señor. No sabía que tú estabas con él.

—Sí, no quise molestarte a esa hora. —Su voz tenía un deje de disculpa—. Me ha dicho Laura que hoy empiezas la Escuela de Enfermería.

—Sí, y tengo que darme prisa.

—No corras tanto, tienes tiempo...

Pero no percibí en Martín el afán que yo esperaba después de meses de ausencia. Molesta, y sin saber bien por qué, me despedí de él. Sentí su mirada acompañando mis pasos. En el trolebús hacia Anoeta, tuve tiempo de reflexionar. Ni un roce de su mano, ni un beso furtivo, y sí una actitud como de reserva, mientras ojeaba de vez en cuando a su alrededor.

En la escuela no tuve tiempo de pensar en él; demasiadas novedades acapararon mi atención. Una chica espabilada y simpática se unió en seguida a mí y a otra tan novata como yo, para ayudarnos en ese primer contacto con el mundo adulto. Las salas eran luminosas y bien aireadas, lo cual hacía agradable las horas de clase. Nos anunciaron que dos veces por semana haríamos prácticas en algún hospital. Uno de ellos sería el Hospital de San Juan de Dios para niños enfermos.

En los ratos de asueto, nos sentamos a charlar al suave sol de septiembre, e intuí que, además de aprender para labrarme un porvenir, iba a encontrar momentos agradables. Iciar, así se llamaba nuestro ángel guardián, venía de un caserío de Oyarzun. Había tenido que trabajar desde niña, ayudando a sus padres, y estudiar con ahínco para completar sus estudios. Su alegría y su falta de resentimiento fueron una lección que quedó impresa en mi mente.

De vuelta a casa, mis reflexiones tomaron un nuevo giro. Ya no me inquietaba tanto la actitud de Martín. Acababa de comenzar una nueva etapa de mi vida y debía aprovecharla.

Conocería a gente distinta, otras experiencias. Quizá no fuera tan malo que saliera del cascarón en el que mi madre, para compensar el abandono de nuestro padre, me había mantenido.

Al cabo de unas semanas, las prometidas prácticas se hicieron realidad. Y se presentó ante mí con toda su cruda dureza. Salvo el accidente de mi madre, yo no había tenido contacto con la enfermedad ni con el dolor físico. Creía que era cosa de ancianos, algo lejano y abstracto: ¡al fin y al cabo, era normal que murieran!

La primera visita tuvo lugar en el Hospital de San Juan de Dios. Niños venidos de toda la provincia llenaban las interminables salas. A veces su casa estaba muy distante, y a su familia les era difícil acudir con frecuencia, ya que no podían permitirse dejar el trabajo. Esas criaturas nos acogieron como si fuéramos ángeles venidos del cielo. La verdad es que a eso contribuyeron los tebeos y golosinas que, por consejo de mi madre y la aportación de doña Solita, repartíamos entre ellos.

Durante la visita, les contamos cuentos, historias divertidas, y algunos, los más entusiastas, aplaudían al final de cada narración.

—¡Una más, por favor!

Y yo volvía a inventar otra de brujas, tragos, hadas y valientes niños que

doblegaban a los dragones y acababan siendo obedecidos por estos.

Sus caritas eran mi mejor recompensa.

Al despedirnos de los hermanos que los cuidaban, nos pusieron al tanto de los diagnósticos y problemas de cada enfermo. Todos tenían menos de ocho años. Alguno no festejaría un nuevo cumpleaños.

Bajamos en silencio la cuesta que nos conducía a la parada, aplastadas bajo el peso de la pena que nos producía saberlos condenados.

Julia y mi madre se asombraron al verme llegar tan cabizbaja.

—¿Qué te pasa, pochola?

—Estoy muy impresionada. Ver a esos niños, que tendrían que tener la vida por delante, y saber que alguno de ellos morirá... ¡Me parece tan injusto! ¿Dónde está Dios para esos niños?

—¡No digas esas cosas, Mayte! —Mi madre estaba horrorizada y, conociéndome, sabía que podía enfurecerme—. Piensa, más bien, que son penas de la vida y que a nosotros, como hermanos que somos, nos toca remediarlas.

—Madre, yo no pienso como tú. No tengo tu resignación. Incluso me parece un sentimiento estéril. Será mejor que me vaya a la cama.

Ya en el dormitorio, la dulzura de Julia templó mi ánimo.

—Mira, Mayte. Si te parece, yo puedo acompañarte en la próxima visita a San Juan de Dios. Pregunta si es posible. Y los domingos por la tarde, que estoy libre, voy a ir al barrio de Trincherpe. Me gustaría que alguna vez vinieras conmigo.

—Bien. Ya veremos. Ahora estoy cansada y quiero dormir.

Intenté pensar en cosas más alegres, y rodear mi mente de cosas hermosas, pero el recuerdo de las caritas ilusionadas de aquellos pequeños me asaltaron sin dar tregua a mi reposo.

Ante la insistencia de Julia, fui con ella a Trincherpe. Era un barrio de pescadores venidos de otras provincias en busca de trabajo y una vida mejor para sus familias. Sus comienzos eran siempre arduos, y mi hermana, incentivada por las monjas del colegio, acudía a proveerles con aquello que más necesitaban.

Pronto comprendí la intención de mi hermana al llevarme con ella. Era necesario montar un dispensario que atendiera las dolencias cotidianas y les procurara medicamentos gratis. Entre las dos intentamos conseguir, bien a través del hospital, o con las ayudas que recibían las religiosas, las tan necesitadas medicinas. Un médico del hospital se ofreció a participar con asiduidad.

Me gustaba colaborar con mi hermana. Una vez más su bondad, la inteligencia que ponía en remediar los problemas constituía una lección de amor. Un deber realizado con gusto, no por obligación. En esos momentos, su rostro se aureolaba de una luz extraordinaria.

Sin embargo, mi corazón se debatía entre dos sensaciones contrapuestas. Por un

lado, mi alma compadecía a esas gentes, y consideraba un deber confortarles y dispensarles lo necesario para su salud y bienestar. Al mismo tiempo, mi yo hedonista anhelaba comodidad, para hoy y en el futuro, y estar rodeada de una belleza que no tenía pero sin la cual me parecía imposible vivir.

Había visto a Martín varias veces antes de que partiera para la universidad; pero ni sus palabras fueron más cercanas, ni sus gestos más cálidos.

Mi orgullo me había impedido pedirle ninguna explicación. La vida en el hospital resultaba interesante; creía tener el control de mi futuro y, por otra parte, conocí un mundo de carencias y penalidades que me hicieron olvidarme de las mías. Varios compañeros me rondaban, incluso algún joven médico, con lo cual también mi autoestima mejoraba. Laura había comenzado el preuniversitario, y no nos veíamos tanto, pero en los ratos libres seguíamos compartiendo una amistad llena de cariño y complicidad. Hacíamos planes sobre nuestra vida profesional, negando, de la manera más absoluta, la posibilidad de separarnos algún día.

—Seremos mujeres independientes. Pondremos juntas una consulta, y escogeremos muy bien a nuestro marido. ¿Qué te parece, Mayte?

—Me encantaría trabajar juntas. En cuanto al marido... No sé si quiero casarme.

—¿Qué dices? Todas las chicas se casan.

—Laura, mi madre estaba enamoradísima de mi padre, y fíjate cuánto sufrió.

—Amar de verdad es un privilegio, y no todos los hombres son iguales.

Intentaba no entrar en esa conversación, pues tendría que decirle que su propio hermano se había portado conmigo de una manera incomprensible.

—Bueno, ya veremos. De momento, te sigo en la idea de la consulta.

Casi sin darme cuenta estábamos en Navidad. Martín había llegado para pasar las vacaciones, y me invitó a salir con él. Mi ilusión por él se había enfriado de forma considerable, pero no pude evitar, más por coquetería que por auténtico interés, arreglarme con esmero. Cuando me vio, mi madre preguntó:

—¿Adónde vas, pochola? ¡Qué guapa estás!

—Vamos al Náutico, a tomar una copa.

—¿Con quién?

—Con Martín.

Ya no le llamaba Martintxo; me parecía demasiado cariñoso para él. Ella me miró con detenimiento. Creo que intentaba averiguar qué clase de relación nos unía.

—Iréis con Laura, ¿verdad?

—No. Iremos solos.

—¿Sin nadie más? Hija, no sé si es lo correcto. Solo los novios salen...

No la dejé terminar.

—Somos amigos de la infancia. Nos hemos criado juntos. No hay nada más.

Al cerrar la puerta tras de mí, vi sus ojos clavados en la alta figura que me

esperaba en el jardín.

Cuando entré en el Náutico me invadió un sentimiento invencible de nostalgia. Nos sentamos en una de las mesas junto a los amplios ventanales, para poder contemplar la playa en todo su esplendor.

La luz del ocaso se posaba en una lánguida despedida, sobre las personas y los muebles. Un camarero encendió, solícito, las lámparas, derramando así una tenue claridad que proporcionaba intimidad. Era la primera vez que entraba en ese lugar, y admiré la sobriedad de los muebles encerados y el buen gusto de los sofás de cuero viejo.

En aquella época del año, la mar tenía tintes grises y verdosos y la espuma de las olas erizaba la placidez de la bahía. Era una visión melancólica, acorde con mis emociones.

La conversación resultó más fluida y agradable de lo que yo esperaba. Martín se interesó mucho por mi trabajo, por mis planes y por los proyectos de amigas que su hermana le había contado... Su mirada tenía una intensidad que yo no supe interpretar, pues ninguna de sus palabras expresaban otro significado que el de una vieja amistad.

Sin querer aceptarlo, me sentí decepcionada.

Pronto conocería la razón del comportamiento de Martín.

Eduarne había venido a hablar con mi madre. Era habitual en ellas hacerse confidencias, consolarse en las penas y animarse en sus desilusiones.

—Os dejo solas.

La mirada de Eduarne acompañó mi salida. ¿Por qué esa mujer me había escogido como receptora máxima de su amor? Años después supe valorar esos regalos inesperados que nos hace la existencia.

Días más tarde, mi madre me tomó las dos manos.

—Pochola, ¿tienes un rato? Quisiera comentarte algo que te conviene saber.

El rostro de mi madre tenía la expresión de las grandes preocupaciones. Hacía mucho tiempo que no mostraba esa tensión en sus facciones.

—Mamá, no me asustes. Dímelo ya.

—¿Te acuerdas que el otro día vino Eduarne a hablar conmigo?

—Sí. ¿Qué pasa?

Mil pensamientos pasaron por mi cabeza: mi madre tenía que dejar el trabajo, y lo que consideraba su casa; doña Solita no podía costear mis estudios... Pero no era nada de eso.

—Se trata de Martín.

El corazón, bien a mi pesar, me dio un vuelco.

—Tengo que contarte la conversación que oyó Eduarne, y que por amor a ti, ella me ha repetido.

Yo aguardaba.

—He reflexionado mucho sobre la conveniencia de decirte todo esto.

—Madre, sigue, por favor.

Mi voz denotaba cierta impaciencia.

—Te lo contaré tal como ella dice que lo escuchó.

»—He hecho lo que me pediste —empezó Martintxo—. He dejado pasar el tiempo, he salido con otras chicas en Bilbao...

»Y el señor Irigoyen preguntó:

»—¿Verdad que ya te has olvidado de esa idea peregrina de pedirle a Mayte que sea tu novia?

»—Te equivocas. Creo que Mayte es la mujer que necesito a mi lado. Es animosa y alegre. Y me gusta mucho, padre.

»—¡No sé cómo puede gustarte tanto! Es larguirucha, poca cosa; es cierto que tiene unos ojos bonitos, ¡pero hay cientos de chicas más guapas que ella!

»Y Martín:

»—Tiene unas cualidades que no son fáciles de encontrar...

»Alzando el tono, el padre interrumpió a su hijo:

»—Piénsalo bien. Ahora te parece que nunca encontrarás otra mujer igual, porque te ha engatusado...

»—No sigas, padre. No ha tenido que recurrir a ninguna argucia. La he observado desde niña y...

»—Ya sabía yo que esas tonterías de tu madre —la voz ya como del trueno— de acoger a esa gente traería problemas.

»Martín intentó replicarle:

»—Padre, quisiera que me dieras la oportunidad de probarte...

»Pero este gritó:

»—¿No te das cuenta de que esa chica no tiene la misma educación que tú? ¿Que puede llegar el momento en que te avergüences de ella, porque no esté en situación de poder actuar como tú necesitas, en los ambientes que deberás frecuentar?

»—Es inteligente; aprenderá.

»—Mira, Martín, te ruego que dejes pasar unos meses sin comprometerte. Es lo único que te pido. Unos meses y volveremos a hablar de este asunto. Ahora tengo muchos problemas en la fábrica y lo último que necesito son conflictos en casa.

»Pasaron unos instantes en tenso silencio.

»—Bien, padre. Aplazaré mi conversación con ella. Puedes estar tranquilo. Y no te preocupes; dentro de poco estaré a tu lado para ayudarte en la empresa.

»La furia del señor se había calmado:

»—¡Gracias, hijo! Qué alivio... Ven aquí, dame un abrazo.»

Mi madre permaneció en silencio.

—¿Eso es todo? —pregunté, desafiante.

—Sí, hija... Yo pensaba que...

—No podemos hacer nada, ¿no es cierto? Pues no le des más vueltas.

Mi aparente frialdad tranquilizó a mi madre, pero en mi corazón se había abierto una herida que tardaría en cicatrizar. Este hecho, sin ser consciente de ello, sería el motor de algunas decisiones que tomaría en el futuro.

No podía imaginar los cambios drásticos que convulsionarían mi vida en los dos próximos años. Ya nunca sería la misma.

LIBRO II

LONDRES

1968-1981

Sin esperanza es imposible hallar lo inesperado.

HERÁCLITO DE ÉFESO

De necesidad, virtud

Tomé de nuevo el avión hacia Londres, pero en esa ocasión no sentí la curiosidad de la primera vez. Por otra parte, la debilidad de Martín frente a su padre, y las consecuencias que había acarreado para nuestras ilusiones, me había defraudado tanto, que necesitaba poner tierra por medio. No quería imaginar lo que pudo haber sido y no sería, porque comprendí que me hacía daño y era inútil. No tenía sentido seguir pensando en un chico de veintidós años que no había sabido defender su futuro.

El ambiente en el hospital se había enrarecido, y a veces resultaba asfixiante. Ese afán tan español de convertirlo todo en política, de indagar en qué lado estaba cada uno, me había proporcionado momentos muy desagradables. Un estudiante había averiguado que yo era hija de la portera de los Irigoyen, y porfiaba para que delatara sus diabólicas perversiones de familia rica, y la crueldad del padre como empresario.

Yo no quería caer en eso, pues a pesar del rechazo por parte del padre de Martín, era consciente del apoyo incondicional que esa familia nos había brindado en el momento en que más lo necesitaba.

Yo tenía mis problemas. Me inquietaba tener que soportar al señor Peck. Nunca me había maltratado, pero sus miradas insinuantes y sus palabras llenas de alusiones equívocas me molestaban muchísimo.

Sin embargo, esta segunda vez me adapté mejor. Conocía la ciudad, sabía dónde ir en mis ratos de asueto, y trataba de ignorar al pesado del señor Peck. Los chicos habían crecido y estaban un poco menos asilvestrados que el año anterior.

Empecé a ir a los museos, como me había recomendado Laura. El primero fue la National Gallery, donde un cuadro de mi compatriota Velázquez me hizo estar orgullosa del genio de mi tierra. Yo no entendía nada de pintura, pero la extraordinaria belleza, la serenidad sensual y el misterio de *La Venus del espejo*, me dejaron clavada ante ese prodigio del arte.

De vez en cuando me reunía con alguna de las chicas que habían venido con la misma organización, y hacíamos unas risas. Intentaba disfrutar de lo positivo que podía hallar en mi situación.

Ese mes de agosto se presentó frío y lluvioso. La tristeza se infiltró en mi vida como una neblina traicionera. Un indefinible sentimiento de desconsuelo me cerraba el estómago. El tres de agosto, temprano, recibí una llamada de casa. Se trataba de Julia. No era usual que llamara, pues las conferencias salían caras, y ellas solían escribirme. Su tono era, como siempre, moderado, pero supe que algo sucedía, y no

era nada bueno.

—¿Cómo estás, Maytechu?

—Estoy bien. He comenzado a visitar museos y ya hablo inglés bastante fluido.

—Mira, pochola...

Ahí venía la mala noticia. Apreté los dientes y respiré hondo.

—No quiero que te enteres por la radio o los periódicos. Un grupo terrorista mató ayer a Melitón Manzanas.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras?

Yo siempre tan práctica.

—Era un comisario de policía, lo cual es grave, y la prensa extranjera ya está hablando de represalias por parte del gobierno.

Yo escuchaba con atención, intentando entender cómo aquel suceso podía afectar a nuestras vidas. No sabía entonces que era el principio de una dramática violencia que costaría mucho dolor, tribulación y centenares de muertos, y cuyas víctimas jamás responderían con la misma moneda.

—¿Estáis todos bien en casa?

—Sí, ahora se pone mamá. Los Irigoyen están preocupados por el padre. Los conflictos en la fábrica le están afectando la salud. Los demás se encuentran bien.

Y al ponerse mi madre al teléfono, me dijo:

—Hija, no te preocupes. La ciudad está tranquila. Hay mucha policía, pero espero que a los que no nos metemos en nada, no nos afecte.

—Madre, cuídese. Les echo mucho de menos.

—¡Y nosotras a ti! Dios quiera que estas semanas pasen rápido. Adiós, pocholita. ¡Cuídate!

A medida que pasaban los minutos, mi inquietud crecía. Empecé a conectar las revueltas y corrillos de la escuela con lo que acababa de suceder, y una sensación difusa de peligro se apoderó de mí. La morriña me invadió, y sin saber con exactitud por qué, un llanto quedo, cuyo origen venía de muy hondo, como si desahogara mil penas anteriores, brotó incontenible.

Dejé las tareas de la casa por un momento, e intenté ordenar mis pensamientos y calmar mi ánimo. Creía estar sola en casa, pero vi con disgusto al señor Peck en el umbral de la puerta del salón. La cerró despacio y avanzó hacia mí. Mi aprensión hacía que mi corazón latiera sin concierto.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. La niña está triste. ¿Te puedo consolar?

—No, señor Peck —dije haciéndome la fuerte—. Me han avisado de un atentado ocurrido ayer en mi tierra.

—¿Tu familia está bien?

—Sí, sí. Ahora vuelvo al trabajo. Ya se me ha pasado.

No era así en absoluto, pero prefería estar sola que el consuelo de ese sátiro.

—No tienes por qué esforzarte tanto. Eres una chica muy atractiva, y yo podría enseñarte cosas interesantes.

En ese instante comprendí que debía huir. Esta vez él no me dejaría escapar. Pero ya era tarde. Sus manos gordezuelas y húmedas por la excitación recorrían mi cuerpo, estrujándome el pecho e intentando llegar a otras partes más íntimas.

Sus labios finos ahogaron mi grito de socorro con un beso pegajoso, pero la sensación de ser manipulada por quien al estar en situación de ventaja se creía superior, y la rabia de verme tratada como un objeto de su desahogo, pisoteando mi dignidad, me hicieron reaccionar. Le propiné un rodillazo entre sus piernas, cogí mi bolso de la mesita de entrada y salí corriendo.

No sé cuánto tiempo estuve vagando por las calles, intentando esclarecer qué debía, o más bien podía, hacer. Abrí mi cartera para ver cuánto dinero tenía, y al hacerlo, entre los escasos billetes, encontré la tarjeta del señor Woods, el hombre que el año anterior había conocido en el parque.

Había tomado una decisión: no volver bajo ningún concepto a esa odiosa casa. Pero acudir a la organización que me había asignado esa familia significaba dar mil explicaciones, careos y más situaciones incómodas.

Necesitaba consejo, y ese señor me pareció la mejor solución. Era absurdo llamarle. Un desconocido al que sujeté su perro... Y sin embargo, lo hice.

—¿Puedo hablar con el señor Woods? —dije en mi mejor inglés.

—¿Quién le llama? —preguntó una mujer en tono amable.

Di mi nombre, y tras unos instantes una voz varonil me atendió.

—Señorita Mayte, ¡qué agradable sorpresa!

—No sé cómo empezar... —El susto me pasaba ahora factura—. He tenido un serio problema.

—¿Qué le sucede? —preguntó él, inquieto—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Desearía pedirle consejo —contesté, ya más decidida—, pues me encuentro en una situación muy desagradable.

—Acabo de regresar de vacaciones, y debo solucionar un par de asuntos, pero en una hora podría verla...

—Mil gracias —le interrumpí—. Si no estuviera tan desesperada, no me hubiera atrevido a molestarle.

—¿Prefiere acudir al ministerio? —Eso me tranquilizó sobre su seriedad—. ¿O prefiere que nos encontremos en Hyde Park, donde la conocí?

—Perfecto. En el parque. Allí estaré.

Me dirigí hacia el sitio indicado y esperé. Me asaltaron mil dudas sobre si vendría o no. Tal vez le había parecido una chiflada, o quizás era otro señor Peck, y me metía en la boca de un lobo aún peor.

Al verle aparecer, mis dudas se disiparon. Él no necesitaba comportarse así.

Había regresado de sus vacaciones con un favorecedor tono dorado en su piel, que resaltaba sus ojos grises. Creí ver bondad en ellos.

Tras explicarle, no sin una buena dosis de inseguridad y confusión, el episodio y lo que lo había provocado, me tomó la mano.

—¡Pobre chica! ¡Qué experiencia! Mire, esto es lo que vamos a hacer...

Yo escuchaba como si mi vida dependiera de él.

—No se preocupe. No es el fin del mundo. Esto es lo que haremos: ir a casa de los Peck. Allí recoge usted sus cosas mientras yo hablo con él y le recomiendo que no obstaculice su marcha...

—¿Y adónde iré? No quiero acudir a la organización.

—Yo me ocuparé de eso también.

—Pero si no cuento nada de lo ocurrido, otras chicas se podrán encontrar con ese problema.

—Yo referiré a la directora lo sucedido.

—Tendré que encarar... —interrumpí, angustiada.

—No tendrá que hacerlo. Confíe en mí.

—Le estoy muy agradecida, pero no quisiera abusar...

No sabía cómo continuar. A pesar de su interés, seguía siendo un desconocido.

—Diga sin miedo. Estoy aquí para ayudarla.

—Hay otro problema: es necesario que complete el tiempo de estudio del inglés. Somos una familia de escasos recursos y tengo que trabajar para pagarme mis gastos.

—Da la casualidad de que la persona que se ocupaba de la buena marcha de mi casa ha tenido que regresar a su país. ¿Querría usted sacarme del apuro?

—¿De verdad me contrataría? ¿Y qué le diré a mi madre?

—Que ha encontrado usted una casa mejor. Dele mi nombre, mis señas y cargo en el ministerio para que vea que soy una persona de fiar.

La visita a los Peck se produjo como el señor Woods había adelantado. El que horas antes era un personaje arrogante parecía ahora un perro apaleado, muerto de miedo por si su mujer llegaba a saber de sus andanzas.

Como Mildred aún no había vuelto, le dejé una nota diciéndole que tenía que regresar a mi país. No quería herirla; era una buena persona.

—Y ahora vamos a almorzar. Estoy hambriento, ¿y usted?

En el trayecto hacia la casa de mi nuevo jefe, de nuevo me asaltaron mil dudas. ¿Y si era un aprovechado? ¿Me estaba metiendo en un buen lío?

La casa, de dos pisos, era bonita y luminosa. El salón, el comedor y la cocina, que estaban en el piso inferior, daban a un delicioso patio. En el segundo piso, había tres dormitorios y un cuarto de estar, que hacía de suite con la alcoba principal.

A mí me adjudicó una habitación no muy grande, con su baño al otro extremo del pasillo. Respiré aliviada. La lejanía me garantizaba privacidad. Quedaba conocer

cuáles serían mis obligaciones. No quería cometer errores.

—Señor Woods, me gustaría saber en qué va a consistir mi trabajo. Discúlpeme, pero deseo hacer mi tarea lo mejor posible. ¡Ha sido usted tan bondadoso conmigo!

—Dos veces por semana, viene una mujer a limpiar la casa. Su cometido será prepararme un buen desayuno y la cena. Ocuparse de que la casa esté en perfecto orden cuando vuelvo del ministerio, y organizarlo todo si tengo que recibir invitados.

—¿Nada más?

—Mi ropa la mando a la lavandería.

—Yo podría cuidarme de ella.

—Bien. Lo que usted quiera.

Y se marchó a su trabajo en el ministerio.

«¡Qué hombre más raro! —pensé—. ¿Será de verdad tan altruista como pretende?»

El tiempo se iba a encargar de revelarme un ser excepcional que sería clave en mi futuro inmediato.

Una vida nueva

La relación con mi nuevo jefe no tenía nada que ver con mi anterior experiencia. Para empezar, se dirigía a mí con un cortés «señorita Aldaz» hasta que un día le pedí que me llamara Mayte.

—Si usted lo prefiere... Era una cuestión de respeto.

—Y así lo he entendido, señor Woods.

Mi vida transcurría serena. En efecto, él se marchaba por la mañana y no volvía hasta el atardecer. De modo que tenía tiempo para estudiar y así cumplir con el objetivo de mi estancia allí. Procuraba tenerlo todo en orden y prepararle una cena apetecible, demostrándole de esa manera mi agradecimiento.

Él parecía contento, pero no pasaron muchos días sin que yo notara unas miradas que quizá se demoraban en exceso. Mis señales de alarma volvieron a encenderse. En una ocasión, al notar su atención sobre mí, mantuve la vista fija en él, decidida a mostrarle mi incomodidad.

—Perdóneme, Mayte, no pretendía ser impertinente. Es que desde hace varios días, quiero hacerle una invitación, y temo no expresarme bien.

—¿«Una invitación»? ¿Para ir adónde?

—¿Le gusta la música?

—Sí, mucho.

—Me gustaría que me acompañara a un concierto en el Royal Albert Hall. Tocarán la sinfonía *1812* de Tchaikovsky; es una de mis favoritas.

A mí me pareció un sueño. Si los coros de mi tierra me habían hecho sentir una dulce emoción, la experiencia de aquella noche fue inolvidable.

La melodía vibrante y grandiosa derramaba sus notas por el auditorio, regalando los oídos de la audiencia entregada en un respetuoso y admirativo silencio.

—La interpretación ha sido magnífica —dijo él—. Me alegro que haya aceptado.

A esa invitación siguieron otras muchas: al teatro —«Así aprenderá usted inglés culto», argumentó—, a un acogedor restaurante español —«Para matar la nostalgia de su tierra», fue su explicación—. Hasta que un día llegó del trabajo con un misterioso paquete bajo el brazo, que me entregó dubitativo, como pidiendo perdón:

—Quisiera invitarla a cenar a un sitio muy especial y...

—Me encantaría, pero creo que no tengo nada apropiado que ponerme.

—Me he permitido traerle un vestido. No sé si será de su agrado.

—No se preocupe, señor Woods. Seguro que me encantará.

—No se lo tomará a mal, ¿verdad?

Abrí la caja y no pude contener una expresión de sorpresa. Era un vestido de corte muy sencillo, pero de una suntuosa seda verde, con unas exóticas flores de color coral.

—¡Es maravilloso, señor Woods! Pero es demasiado lujoso para mí.

—¿Puede estar lista a las siete? —Fue toda su respuesta.

Parecía azorado y no muy seguro de sí mismo. Para entonces, yo ya había comprendido que no debía temerle, y que albergaba hacia mí sentimientos que no se atrevía o no sabía expresar. Me arreglé con calma, esperando, como quien ve los toros desde la barrera, lo que la vida me iba a deparar. El restaurante era elegante, las paredes estaban forradas de una discreta tela de flores en tonos desvaídos, y el aroma era delicioso. Al terminar la cena, tras muchos circunloquios, me propuso ir a Annabel's, una discoteca cercana.

Cuando entramos, tocaban una canción de ritmo contagioso de un grupo de jóvenes que causaba furor en Inglaterra y que se hacían llamar The Beatles.

Bailaba bien el señor Woods. Acompasaba su cuerpo al mío, en una cadencia sensual, y a la vez extrañamente protectora, como si quisiera defenderme de los hombres presentes. Al sentir su entrega, comencé a cobrar seguridad y aplomo. Me gustó tener el control, pero al mismo tiempo me asombraba percibir el dominio que yo ejercía sobre él.

—Es usted un espléndido bailarín, señor Woods.

—Mayte, por favor, llámeme Cris. Puede ya considerarme su amigo, ¿no cree? Le sugiero que nos tuteemos.

—Cris, es para mí un honor...

Al oír su nombre en mis labios, un estremecimiento de placer hizo temblar sus manos, pero su comportamiento siguió siendo tan respetuoso como lo había sido hasta entonces. También lo fue su despedida cuando volvimos a casa.

Acababa agosto, y a mediados de septiembre yo habría de volver a San Sebastián. No quería marcharme. Me sorprendí a mí misma sintiendo tener que dejar esa casa acogedora y a su atractivo propietario. La mañana había discurrido lluviosa y gris, añadiendo una nota más de melancolía a mí turbado ánimo.

Cuando Cris regresó del ministerio, percibió de inmediato mi tristeza.

—¿Qué sucede, Mayte? ¿Has tenido alguna mala noticia?

—En absoluto. Es que me he dado cuenta de que en breve tendré que partir.

Su expresión se iluminó de pronto.

—No es necesario que te marches; puedes quedarte aquí.

—No, no puede ser. Tengo que continuar mis estudios. Mi madre no entendería que...

—Claro, claro, por supuesto.

Se quedó pensativo unos instantes, como ensimismado.

—Bueno... venía a decirte que este fin de semana tengo que ir a mi *cottage*, y me gustaría que me acompañaras.

Había un extraño aire de súplica en esa invitación.

—¿Dónde está esa casa? ¿Queda muy lejos?

—En Buckinghamshire. La campiña es encantadora. Sus jardines repletos de flores, las suaves y ondulantes colinas, y su arquitectura respetuosa con las tradiciones, forman un conjunto armonioso.

En efecto, el paisaje parecía pintado para una fábula. Enfilamos una estrecha avenida de árboles tupidos que se abrieron de manera inesperada para mostrar la casa. En la planta baja, una puerta central daba a una entrada pintada en un tenue marfil, y del mismo color eran las dos butacas, el espejo y una consola donde alguien había dejado un ramillete de rosas frescas.

Le ayudé a llevar las provisiones a la cocina. Esta era amplia y bien organizada, con unos armarios antiguos con una puerta inferior que escondía todo lo necesario para crear un banquete, y la de arriba, de cristal transparente, permitía admirar la colección de etéreos cristales y cerámicas antiguas.

Luego el anfitrión —se comportaba como si yo fuera una invitada y no su empleada— me mostró mi habitación. Las paredes eran de un tono marfil, como toda la casa. En el centro de la estancia tronaba una cama con dosel, unas cortinas de leve algodón blanco y una colcha de piqué con grandes flecos.

Flanqueaban el lecho dos mesillas con dos lámparas marfil, cuyas pantallas estaban hechas con una deliciosa cretona, muy inglesa, de rosas; las dos butacas estaban tapizadas en el mismo tejido. En lugar de las clásicas escayolas, remataba la pared, en su confluencia con el techo, una guirnalda pintada en los mismos tonos de la tela.

Unas rosas recién cortadas expandían su penetrante aroma desde unos floreros de cristal de Murano de color bermellón intenso. Permanecí extasiada, admirándolo todo.

—Ocuparás este dormitorio. Como ves, es muy femenino. Era el de mi mujer.

—¿Estuviste casado? ¿Dónde está ella ahora?

—Es una larga historia. Anda, cámbiate antes de dar un paseo. Te la contaré mientras caminamos.

«¡Qué hombre más extraño! Hasta hoy no ha mencionado a su mujer... ¿Qué esconderá?»

Entré en el cuarto de baño para recogerme un poco el pelo. Era luminoso y acogedor. Una alfombra de Turkestán adornaba el suelo; la pared, hasta media altura, estaba cubierta por una madera clara; completaban el conjunto una consola llena de jabones, cremas, peines y cepillos de plata, un espejo a juego y, más allá, una bañera antigua.

Cris me esperaba en el salón que se abría a través de un *bow window*, un mirador abombado, a un cuidado jardín, donde una puerta en la cerca de madera daba paso al bosque vecino.

El atardecer invitaba a la confidencia, la luz tenue del crepúsculo desdibujaba los contornos otorgándoles una atmósfera mágica.

Yo callaba, respetando su decisión de contarme, o no, los avatares de su vida. Paseaba a pasos lentos, como si midiera aquello que debía decir o hacer.

—Sé que debes preguntarte por qué no te he hablado antes de mi mujer.

—Cris, no tienes ninguna obligación de hacerlo.

—No es que haya querido ocultarte nada. Es muy doloroso para mí... De hecho, es la primera vez que vengo a esta casa desde que Maud murió.

—¡Cuánto lo siento, Cris! ¿Quieres que nos vayamos?

—No, no. Tenía que venir. Debo enfrentarme a ello.

—¿Hay algo que pueda hacer? ¿Necesitas hablar?

—Ya has hecho mucho. Me has inspirado el valor para encarar la pena. Y ahora deseo que oigas mi historia.

—Te escucho. ¿Qué le sucedió?

—Era un viernes de primavera y Maud se despidió de mí, pues se adelantaba en el coche para preparar esta casa antes de que yo llegara por la tarde en el tren.

Se detuvo unos instantes. No me miraba; era como si buceara en su interior para sacar, de las profundidades insondables, aquello que le había resultado insoportable durante demasiado tiempo.

—Fue la última vez que la vi con vida. Me llamaron a la oficina para decirme que mi mujer había sufrido un accidente a la salida de Londres.

—¡Qué horror, Cris! ¡Qué dolor más grande!

—Yo la quería, y tuve que recoger su cuerpo destrozado, ver su rostro contraído por el sufrimiento...

Le abracé sintiendo su pena honda, callada. Cuando me miró sus ojos brillaban con lágrimas reprimidas.

—Desahógate, llora... —dije.

—Es la primera vez que lo hablo con alguien. Ni siquiera con mi hermana conseguí abrirme. Me replegué sobre mí mismo. —Aguardé; él suspiró—. El trabajo ha sido mi refugio en este año y medio. Y no podía regresar aquí, a este pabellón donde fuimos tan felices...

Sentí su necesidad de explayarse.

—¿Te acuerdas cuando nos encontramos en Hyde Park? Acababa de suceder. El perro era de ella. Al cabo de un tiempo, se lo regalé a mi hermana.

Regresamos, pues ya era casi de noche, y al retirarme a mi cuarto le di otro abrazo.

—La vida trae nuevas oportunidades —le dije—. ¡Eres un hombre estupendo! Muchas mujeres querrían estar en mi lugar.

Me miró a los ojos y no contestó. La fuerza de su abrazo me demostró que era yo la que él quería tener a su lado. Pero se dio la vuelta y se fue a su dormitorio.

A la mañana siguiente, me desperté antes que él y preparé un desayuno como le gustaba en los días de fiesta.

—¡Qué maravilla! —Fue su comentario al verlo—. ¡Qué agradable despertarse así!

—¿Sabes qué se dice en mi tierra? Como en las comidas vascas: «De todo y por su orden.»

Nos dispusimos a dar cuenta del festín, y con el café —yo había conseguido instruirle en las bondades del café— la charla volvió a fluir espontáneamente.

—¿Y tú, Mayte...? ¿Cómo ha sido tu vida?

—No fue un camino de rosas. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía ocho años. Nunca le perdonaré el sufrimiento que nos causó.

Una rabia antigua, que se había transformado en rencor amargo, me dominó.

Cris, como yo hiciera con él la noche anterior, respetaba mis tiempos.

—Mi madre tuvo que luchar para darnos un hogar y una educación...

—Debe de ser una mujer fuerte —ayudó en mis silencios—. No es fácil sacar adelante a dos niñas.

—No lo es. Una estúpida caída le dejó una cojera permanente, que complicaba aún más una situación difícil.

—Entonces, ¡además es admirable!

Nunca había pensado en ella de esa manera. Agradecía su amor incondicional, pero yo veía su resignación como un signo de debilidad. Me irritaba su dócil aceptación de los avatares de la vida.

—Julia, mi hermana, siempre fue la hija ideal, la que yo hubiera querido ser: inteligente, tenaz y generosa. El trabajo de mi madre en una casa pudiente no facilitó las cosas. La injusticia de nuestra suerte me azotaba como un látigo.

—Tú también eres inteligente, tenaz y generosa.

Le miré asombrada. Era la primera vez que me atribuían lo que yo tanto admiraba en Julia.

—No me conoces bien. El resentimiento anida en mí sin que yo pueda evitarlo.

—Y es el motor que te ha llevado a luchar a tu manera. En el momento que te deshagas de él, serás una persona en armonía.

—Eso es precisamente lo que no tengo. Me enfurece el abandono de mi padre, la estrechez que tuvimos que soportar. Todas esas gentes que quieren aprovecharse de los que creen débiles, ese asqueroso del señor Peck, el Luis de la villa de Igueldo...

—Peck ya está fuera de tu vida, pero ¿quién es ese Luis?

Noté inquietud en su voz, como si temiera un peligro desconocido.

—Uno de los tantos niños, hijos de papá que tienen la vida a sus pies. Me aburren con su displicencia y comodidad.

—Entonces, ¿no te espera un novio en España?

—No, no. Estoy concentrada en mis estudios. Quiero ser enfermera y poder valerme por mí misma. Y no me interesa ningún malcriado.

—¿Damos un paseo?

Parecía aliviado. Le tomé del brazo y él me miró con una expresión nueva. Me sentía a gusto a su lado.

—Encuentro mucho más atractivo a un hombre de tu edad. Tienes experiencia, y aún eres joven...

Subrayé estas palabras con una sonrisa sincera, mientras en sus ojos veía brillar una luz de esperanza.

Había pasado ya un mes desde que Cris me acogiera en su casa de Carlisle Place. Me parecía vivir en un confortable sueño del que me resistía a despertar. La solicitud de él, la premura con la que cumplía todos mis deseos, sus miradas elocuentes, me hicieron comprender que sus sentimientos por mí eran cada vez más sinceros y profundos.

A pesar de mi total inexperiencia en asuntos amorosos, y los malos recuerdos del abandono de mi padre, la evidente ternura de Cris era mi antídoto contra el resentimiento. Tras el viaje a su casa de campo de Buckinghamshire, yo barruntaba que algo importante se debatía en su mente.

Por fin un día me anunció que esa noche regresaría pronto del ministerio, y que no me ocupara de nada, porque él traería la cena de algún lugar muy especial.

A media tarde llamaron al timbre y un chico me entregó un inmenso ramo de rosas, una por cada día que habíamos vivido juntos. Una hora después, del restaurante Mirabelle mandaron una excelente comida y una botella de champán *rosé*, que me pidieron pusiera de inmediato en frío, a pesar de que venía muy fresco.

Comprendí que sería una velada especial, pues sabía que Cris no tenía invitados, y organicé una mesa cuidada, con un precioso mantel y un ramillete de nardos que fui a buscar al florista de la esquina. Lo monté todo en el patio de atrás de la casa, que, dado el buen clima que disfrutábamos, resultaba muy agradable. Unos faroles con velas aromáticas darían, llegada la penumbra, una luz íntima y acogedora.

Me arreglé con mimo y me puse uno de los vestidos que Cris me había regalado. Él lo llamaba «el vestido de Carmen» porque era de una seda suntuosa en color rojo fuego, ajustado a mi joven cuerpo y con un volante bajo las rodillas que favorecía mis piernas.

En la casa rica de los Irigoyen, yo era la niña pobre que observaba las maravillas que nunca serían suyas. Pero durante ese mes con el señor Woods, me había

acostumbrado al refinamiento, pues no había capricho que él no me concediera.

Cuando él llegó, yo ya estaba bañada, vestida, perfumada y subida en unos altos tacones, dispuesta para cualquier contingencia.

—He preparado la cena en el patio. —Adopté un aire indiferente, como si fuera mi costumbre todo lo extraordinario que se había producido esa tarde—. No sé cuántos seremos esta noche. He montado la mesa para dos. Dime si debo aumentar los platos.

—No, no. Es perfecto así. Voy a ducharme. Me cambio y bajo de inmediato.

Aguardé en uno de los bancos del jardín. No sabía con certeza lo que iba a suceder, pero intuía que esa noche cambiaría mi vida. En realidad, había ya comenzado a transformarse en el momento en que Cris me recogió aquel cinco de agosto en Hyde Park.

Salió él al patio con la botella de *rosé* en una mano y dos tintineantes copas de cristal en la otra. Tras depositar el champán en el cubo de hielo, se sentó conmigo en el banco y me tomó la mano.

—Mayte... —Hizo una pausa como para darse valor—. Desde que vives en esta casa, mi vida ha cambiado de manera radical.

—¿Me vas a recriminar que he turbado tu tranquilidad? —bromeé.

—¡No me tomes el pelo! ¡Me cuesta tanto expresar lo que he de decirte!

Sus manos entre las mías temblaban de modo imperceptible. Sus ojos fijaron los míos con una expresión que se me antojó de ansiedad.

—Por favor, escúchame sin interrumpirme —suplicó en un susurro—. Si no, no sé si seré capaz de continuar.

Adopté un aire concentrado, y él prosiguió:

—Hace años que no sentía la vida palpitante a mí alrededor. Tú eres la brisa fresca que despierta mis mañanas. Sé que entre tú y yo existe una diferencia de edad importante...

Le interrumpí:

—No tanta. Si no te has quitado años, me llevas veintidós.

Y de repente, como si no pudiera guardar ni un segundo más su secreto...

—Mayte, ¿quieres casarte conmigo?

La perspectiva de una vida segura, glamurosa y refinada, los deliciosos placeres de viajes exóticos, vestidos elegantes, gentes cultas e interesantes, y sobre todo, el respeto que infundiría tener a mi lado un hombre como él, se agolparon en mi mente como un torbellino.

Pero no podía ni quería empezar esa otra vida con un engaño.

—Cris, a tu lado soy feliz. Separarme de ti sería mi mayor desgracia. —Un torrente de alivio inundó su mirada—. Pero debo ser sincera. No estoy enamorada de ti. A mis dieciocho años, todavía no sé qué es el amor.

Acercó sus labios a los míos y me besó de tal manera, que una oleada de cálidas sensaciones me recorrió la espina dorsal. Al percibir mi respuesta, su emoción fue intensa, y su abrazo, más brioso.

—No te arrepentirás. Haré todo lo que esté en mi mano para que tengas una vida maravillosa.

—Sí, Cris. Acepto. Quiero casarme contigo.

Entre besos y abrazos cada vez más apasionados, me aseguró:

—Aprenderás a quererme... Y, si no, ¡yo amaré por los dos!

La generosidad era una cualidad que siempre me había impresionado, aunque en mis años jóvenes no alcanzaba a apreciarla en su justo valor, como me sucedió una vez que la madurez me enseñó lo difícil que era hallarla.

Estaba agradecida al amor que ese hombre extraordinario me mostraba, e ilusionada por la vida excitante que se abría ante mí: no más estrecheces, no más angustias, no más insinuaciones procaces, no más asedios lujuriosos. Seguridad. Respeto. Amor.

Bebimos el *rosé* para brindar por ese futuro que se auguraba tan prometedor. Yo estaba segura que acabaría amándolo.

Esa noche hicimos el amor envueltos en la magia de mi primera vez y en su renovada pasión. Su cuerpo atlético y bien proporcionado correspondía con vehemencia a mi ingenuo entusiasmo. Yo no tenía ninguna experiencia, pero Cris usó toda su ternura y su conocimiento para despertar, poco a poco, gozando cada etapa, a la mujer ardiente que dormía en mí.

Mi piel sedosa se estremecía bajo su sabia caricia, y debo admitir que, a pesar de mi ignorancia, él supo hacer que fuera una experiencia memorable. A altas horas, casi al amanecer, se recostó a mi lado. Jamás olvidaré su mirada llena de pasión, ternura, promesas, entusiasmo, gratitud, embriaguez... Un cúmulo de sensaciones que revelaban un amor incondicional que había de enriquecerme como mujer, amante y ser humano, durante toda mi vida... hasta que un destino incierto decidiera trastornar ese mundo tan perfecto.

La extraña boda

Septiembre de 1968

Tanto mi hermana como mi madre sabían que trabajaba en una nueva casa, pero lo que no sabían aún era que, en unos días, justo lo necesario para preparar los papeles, me casaría en el ayuntamiento de Londres. Me parecía estar viviendo un sueño. Cris se había ocupado de todo; incluso pidió los documentos necesarios para la ceremonia, aunque solo entonces se enteró de que el matrimonio civil no era válido en nuestro país.

En mi egoísmo, no había concedido un minuto de reflexión al disgusto que le daría a mi madre al conocer mi decisión. Para mi vida en Londres, no necesitaba ningún otro formulismo.

Por el contrario, Cris deseaba no contrariar a nadie, y menos a aquellas personas con las que aspiraba a construir una relación de afecto. Reflexionamos juntos, llegamos a la conclusión de que era mejor seguir con nuestros planes, pero él era firme partidario de complacer a mi madre, celebrando, además, una boda religiosa en San Sebastián, ante todos aquellos de los que mi madre esperaba respeto.

Comprendí que tenía razón, que su bondad, unida a su experiencia, señalaba el camino a seguir. Me armé de valor ante las explicaciones y anuncios que habría de hacer y llamé a mi madre.

—Madre, he de darle una feliz noticia.

—Tú dirás, Maytechu.

Me llamaba así cuando estaba emocionada.

—Voy a casarme.

—¿Cómo? ¡Pero si ni siquiera sabía que tenías novio!

—Le conozco desde hace un año...

Era verdad: conocerle, le conocía desde entonces.

—¿Y quién es?

—Se llama Cris.

—¿No será el señor para el que trabajas?

—Es él.

Un largo silencio se instaló entre nosotras.

—Madre, es un hombre bueno...

—¿Cuántos años te lleva?

—Es muy joven de aspecto y de mente. No se preocupe.

Me irritaba que mostrara esa desconfianza hacia la persona que había decidido acercar posiciones y respetar otros criterios distintos a los suyos. Y entonces, desafiándola, casi grité:

—Madre, nos casaremos por lo civil dentro de unos días, en Londres.

—Hija, sabes que, para mí, hasta que no lo hagas en la iglesia, no consideraré realizada vuestra unión.

—Cris desea que sea su mujer lo antes posible. Pero no se angustie porque celebraremos un matrimonio católico. Es él quien ha insistido. Y lo haremos en San Sebastián. Yo no lo veía necesario.

—No me digas esas cosas. Sabes que me disgusta tu frialdad con nuestra religión.

—Bueno, madre, no discutamos ahora, por favor. ¡Voy a casarme!

—Que sea para bien. —Fue su lacónica respuesta.

A lo largo de los días fui hablando con ellas. La reacción de Julia fue la habitual en ella. No juzgaba ni condenaba. Deseaba nuestra felicidad sin enturbiarla con ninguna sospecha.

Y, con la eficiencia que le caracterizaba, comenzó los preparativos y se ocupó de adelantar el papeleo para cuando yo llegara. Entretanto, celebramos nuestro matrimonio civil. Fue una ceremonia sobria, con un puñado de invitados. La hermana de Cris era una mujer comunicativa que apoyaba con entusiasmo nuestra unión, pues se alegraba de la visible mejora en el ánimo de su hermano. Disfrutamos una semana de nuestro nuevo estado, y luego Cris me animó para que viajara a San Sebastián.

Me anticiparía, pues, al que ya era mi marido para estar con mi familia y hacer el cambio un poco menos brusco.

Ya en Donosti, Cris y yo, o más bien Cris por su cuenta y con enorme ilusión, prepararía nuestra boda. Por respeto a mi madre, yo me quedaría en Uran Etxea y Cris iría a un hotel.

La inminencia de mi cambio de vida no me permitía reflexionar, y además no estaba dispuesta a pensar. Quería hacerlo cuanto antes. La vuelta a casa debía ser un puro trámite.

Al llegar a la «casita de chocolate», me invadió un poderoso sentimiento de euforia: ahora era yo la que iba a ser señora de mi casa, nunca más tendría que agradecer las amabilidades de nuestros señores. Nunca más tendría que entrar por la puerta de atrás.

Y sin embargo, debía reconocer que todos, salvo el señor Irigoyen, me habían tratado siempre con mucho cariño.

Laura seguía siendo mi amiga de siempre, con quien compartía sueños y proyectos, aquella que no necesita aclaraciones para saber quién y cómo eres.

Nada más verme, se echó a mis brazos.

—¡Ya me dirás cómo lo has hecho! Esto sí que es llegar y besar el santo. ¡Has

encontrado novio al vuelo!

—Laura, mi madre no quiere que lo diga, pero ya estamos casados.

—Tienes que contármelo todo. Vámonos a un sitio tranquilo, donde no nos interrumpa nadie.

Una neblina blanda y cenicienta envolvía la ciudad. Decidimos entonces ir al bar de la playa de Ondarreta, donde estaríamos, en aquel día tristón, a salvo de interrupciones indiscretas. Conté a mi amiga la historia de nuestra relación; el dolor de Cris con la muerte de su mujer y su posterior resurrección al amor tras conocerme; cómo se había producido nuestro encuentro; la descripción de mi ya marido, sus muchas cualidades físicas y morales; la boda civil y su deseo de complacer a los míos...

Ella me dejó hablar durante largo rato.

—Me has contado muchas cosas, pero no te he oído la palabra «amor». ¿Puedo preguntarte algo?

Yo asentí.

—¿Estás enamorada?

Reflexioné unos instantes. Si con alguien podía sincerarme, era con Laura, mi amiga de la infancia, casi mi coetánea y lo bastante liberal para entenderme.

—No lo estoy.

Aguardé su reacción.

—Entonces, ¿por qué te has casado?

—Es un hombre maravilloso y sé que acabaré enamorándome de él. Le quiero, le respeto...

—No sé si es bastante, pochola. ¿Lo has pensado bien?

—Mil veces. Él me da una seguridad que jamás había conocido. A su lado, todo es fácil y confortable. Con él la vida está colmada de pequeños placeres que yo nunca había disfrutado como propios.

—Me alegra verte instalada en la vida —enfaticó la palabra «instalada»—. Pero ¿no crees que tal vez si esperas un poco encontrarás a un hombre que te vuelva loca de amor?

—No creo que sea capaz de entusiasmarme con facilidad.

—¿Has olvidado ya a Martín? ¿Tanto te decepcionó?

La sorpresa me hizo demorar la respuesta. No sabía que ella hubiera desentrañado mi secreto. Nunca habíamos hablado de ello.

—Se lo advertí —prosiguió Laura—. «Si no quieres perderla, tendrás que convencer a nuestro padre. Mayte es orgullosa, y puede no entenderlo.»

—Su debilidad me demostró que su amor no era tan fuerte.

—Te equivocas, Mayte. Sí que era profundo, pero él creía, y va con su carácter prudente, que debía hacer las cosas poco a poco, sin forzarlas, construyendo un

futuro, sin enfrentamientos.

—Es demasiado tarde. Yo ya me he labrado otra vida.

Por la noche, después de la cena, Julia se fue a la cama con el pretexto de que tenía que levantarse temprano.

Mi madre fue rápida al grano:

—Mayte, no sé yo si estás muy enamorada.

—Madre, ¡qué más da! Voy a tener una vida cómoda y desahogada...

No me dejó terminar:

—Hija, mira que es el amor la fuerza que sostiene la existencia; la vida es muy larga.

Una rabia injusta que procedía del pasado me hizo exclamar:

—¡Para lo que a ti te sirvió el amor! Pero tampoco tuviste que sufrir mucho. Te bastaba con tu absurda religión. O quizás el problema es que ni sientes ni padeces como una verdadera mujer.

Un sonido ronco, como de animal herido, me cortó la respiración. Por primera vez, los ojos de mi madre echaban chispas.

—¿Qué ni siento ni padezco? ¿Sabes cuántas noches me atravesó la amargura del desamor? ¿Cuántas veces me reproché el haberos dado un padre que no os merecía? ¿Sabes cuántos días tuve que hacerme fuerte para seguir luchando por vosotras, por vuestro futuro? ¿Sabes el miedo atroz que me invadía pensando hasta cuándo mi frágil cuerpo aguantaría esa batalla?

Me miró como si me hubiera visto por primera vez y supe que la herida que le había infligido era profunda.

—Madre, yo...

—No digas nada. Es mejor que interrumpamos esta conversación. Pero déjame decirte que lo que tú llamas «mi estúpida religión» me ha dado fuerzas para luchar por vosotras.

No pudo seguir, las lágrimas ahogaron sus palabras.

—Madre... —Pero no sabía qué decir.

En ese momento apareció Julia y condujo a nuestra madre a su habitación. Yo me fui al cuarto que hasta entonces compartía con mi hermana con la esperanza de consolarme con Julia de mi error, de mi estupidez. Ella sabría cómo obtener el perdón de mi madre.

Pero esperé en vano. Mi hermana no abandonó a mi madre en toda la noche.

En cuanto a la boda, tuvimos suerte. El veranillo de san Miguel nos regaló alguno de sus mejores días. Las playas estaban abarrotadas; en cualquier casa de comidas, restaurante, sidrería y caserío había la misma animación, las mismas ganas de vivir. En alguno de ellos, la alegría del momento llevaba a los comensales de una mesa determinada a entonar canciones marineras, nostálgicas o humorísticas. Las cuidadas

y entrenadas voces hacían las delicias de los asistentes, que de vez en cuando se unían al estribillo.

Cris estaba feliz. Admiraba la pasión de vivir de los españoles; esa sabiduría para gozar del momento que él decía estar aprendiendo conmigo. La mañana de nuestra boda amaneció cálida y soleada.

—Una bendición —clamaba mi madre—. Esto es santa Clara. A ella le debemos esta jornada tan luminosa.

La generosidad de mi madre para olvidar mis frases estúpidas y crueles de días anteriores me hacía sentirme avergonzada. Al disculparme, me dio un largo beso.

—Que Dios te proteja y que seas muy dichosa...

Tampoco Julia hizo ninguna referencia al respecto. Doña Solita me había ofrecido trasladarme a la casa grande para vestirme y salir desde allí. Pero yo había preferido hacerlo desde el que había sido mi hogar, decisión que complació a todos. Me ayudaron a colocarme el tocado, pues yo me había negado a ponerme velo.

También en contra de la tradición fue la salida de la novia junto al novio, en el mismo coche. Teníamos permiso para llegar en el automóvil hasta el pie de la capilla. Yo había explicado a mi madre y hermana que no quería perderme ninguna de las reacciones de mi futuro marido, al subir por la carretera a Urgull y descubrir las esplendorosas vistas que tendríamos ocasión de contemplar.

La ascensión en sí fue memorable. Aquel extraordinario septiembre había convertido el campo en una visión espectacular: los rozagantes helechos servían de escenario a un sinfín de flores amarillas, ahítas de sol, blancas luminosas o azules etéreas. Las hojas de los árboles, en continuo movimiento por la caricia de la brisa marina, producían un cambiante damero de claros y sombras en el sotobosque, añadiendo magia a la natural belleza.

Mi marido no ocultaba la dicha que le henchía el alma, que desbordaba su interior y exudaba por todos los poros de su ser.

—¡Tu país es magnífico, Mayte! Es verde, fresco y tierno como en Inglaterra. Pero además es animado. La gente vive con pasión su existencia. —Me miró con detenimiento antes de susurrar—: Me gusta todo lo que te rodea —me susurró al oído—. Te amo tanto... Soy feliz.

Su dicha acariciaba mi alma. Nunca había visto a nadie gozar de su ventura y expresarlo con tanta gratitud. La generosidad de su ser no admitía recovecos.

En cuanto a mí, me sentía deslumbrada por el mundo de seguridad y respeto en el que él me había colocado. Una palabra mía, y el deseo se hacía realidad. En ese momento, no hubiera cambiado mi situación por nada del mundo.

Llegamos al pie de la escalinata que rodeaba el monumento y entramos en la iglesia. Allí estaban los Irigoyen, salvo el padre, demasiado enfermo para tanto trajín, y mis tías y primas.

La luz inundaba el recinto, y pude sentir en Cris una emoción contagiosa. En verdad, el lugar poseía un encanto especial. Mi madre, devota como siempre, rezaba, imaginé, por mi felicidad.

La ceremonia fue breve, y cuando salimos al poderoso balcón que sobrevolaba la bahía, Cris quedó anonadado por la imponente visión: las playas encerraban a la mar en su seno; el sol espejeaba en el agua transformándola en plata; la ciudad bullía en todo su dinamismo, pero ni un sonido alcanzaba las alturas. En la lontananza, se superponían colinas y montañas; las primeras definidas y verdeantes, las segundas azuladas y difuminadas en el paisaje, y fundidas con el horizonte. Un cielo sin nubes completaba la imagen de la poderosa hermosura del lugar.

No pudo detenerse mucho en esa contemplación, pues, según la costumbre española, familiares y amigos se abalanzaron sobre él para desearle toda suerte de venturas, como si le hubieran conocido de toda la vida.

Él parecía pasarlo en grande. Y así era. Pasaba de estar solo a tener numerosos parientes.

Tras la consiguiente algarabía, cada uno partió hacia el restaurante Azaldegui, donde tendría lugar el convite. Ese lugar siempre me había parecido inalcanzable. Cuando paseaba de niña por La Concha y al levantar la vista veía su terraza, me parecía un compendio de hermosura al que yo jamás tendría acceso.

Era el mundo de los ricos.

Y yo acababa de entrar en él.

Una vez allí, lo primero que hice fue asomarme a aquel extraordinario balcón. En efecto, todo lo que yo había imaginado se cumplía. Desde allí, la escena podía ser el decorado de un suntuoso ballet. En primer plano, unas hortensias azules y de un rosa intenso, en variedad de tonalidades, enmarcaban un panorama sin igual. A la derecha se extendía el antiguo balneario de La Perla, y más allá, los jardines de Alderdi Eder y el ayuntamiento. La ciudad era coronada por el Sagrado Corazón de Urgull.

Hacia el otro lado quedaba el Pico del Loro, el palacio de Miramar, entonces bastante descuidado, la playa de Ondarreta y el Monte Igueldo, donde poco antes yo había sido tratada como mercancía desdeñable. Se había acabado. Ahora me mostrarían respeto.

Una mano sobre mi hombro me sacó de mis rencorosos pensamientos.

—¡Enhorabuena, Mayte! —Su voz denotaba tristeza—. Te deseo que seas muy feliz.

¡Qué guapo estaba! En ese momento, pensé que Martín era el hombre más atractivo que había conocido.

Dejé que me besara en la mejilla, y al hacerlo, musitó:

—Podía ser la nuestra. No supiste esperar.

—Tú no tuviste el valor necesario...

—Entonces, ¿sabías que...?

—¿Que si sabía que tu padre no me consideraba lo bastante buena para ti?

—Mayte... —En su boca mi nombre era un susurro cálido y doliente.

—Ya es tarde, Martín. Ya no es posible.

Estaba convencida. Mi nueva vida me alejaría de lo que yo, por aquellos años, consideraba mi penosa infancia. Cuando Cris vino a buscarme para las fotos de rigor, me agarré a su brazo con el afán de hacerle, y ser yo misma, feliz.

Fue una boda preciosa. La sidra, que los Vidaurre habían mandado de Anderregi, manaba con generosidad de las barricas de madera, animando los espíritus con su ácido frescor. La música, que no dejó de tocar durante todo el aperitivo, invitaba a bailar, cosa que hicieron algunos invitados ante el asombro de los mayores. Los nardos, mi flor favorita, que perfumaban el ambiente, se mezclaron de manera armoniosa con los aromas del *txangurro*, y luego de la estupenda merluza a la vasca. Mi marido se había ocupado con Julia de escoger todo aquello que a mí me gustaba o podía hacerme ilusión.

De postre, tomamos *soufflé* noruego, aquella maravilla que en alguna ocasión especial había visto servir en Uran Etxea. El terso helado aparecía bajo una capa de dorado merengue, y se fundía en el paladar, suave y delicado como una nube. El *txacolí* de Guetaria, que había regado en abundancia la comida, exaltaba aún más los ánimos. Tras el café, tocaron en vez del clásico vals, un bolero. Su cadencia sensual entusiasmaba a Cris, que parecía el hombre más dichoso de la Tierra. Siguió el baile, mi marido sacó a bailar a Julia, que no tenía mucha práctica en esas lides, y después a Laura y a doña Solita.

Martín se acercó para invitarme a mí, y a punto estuve de negarme, pero entendí que no debía hacerlo.

Estar en sus brazos, mecida al compás de una nostálgica habanera, resultó una tortura. Yo, que estaba segura de haber sepultado cualquier sentimiento hacia él, me encontraba alterada por el contacto de su piel, por sus ojos azules, llenos de reproche, y su boca sensual que ansiaba la mía. Era tan evidente, o así lo vivía yo, que tuve que cortar por lo sano e inventar una excusa.

—¡Un momento de silencio, por favor! Antes de irnos, quiero hacer un brindis. ¡Por la madre con más coraje, por la hermana que ya echo de menos, y por el marido que me ha traído la dicha!

Sin poderlo evitar, mi última mirada fue para Martintxo.

Mi madre, apoyada en Julia, observaba la escena desde un ángulo del salón.

Carlisle Place

Mi viaje de novios atravesando el sur de Francia me indicaba lo que sería mi vida en Londres. No había deseo que Cris no hiciera de inmediato realidad. Nuestra primera etapa fue la salvaje y magnífica playa de Ondarraitz, donde había ido otras veces, por invitación de Laura.

No pude evitar el recuerdo de mi situación anterior y la que ahora disfrutaba. Nuestra estancia en el Hotel du Palais en Biarritz me había mostrado el lado más amable de la vida. La inmensa habitación miraba a la mar y todos los días me despertaban con un espléndido desayuno y una fragante rosa fresca. Unos días permanecíamos en el hotel, en las cabañas de la piscina; o paseando al borde del agua, entre la espuma de la mar embravecida o nadando arrullados por las suaves olas. La mañana que amanecía con cielo plomizo, salíamos de excursión para conocer los pintorescos pueblos de la zona, Urrugne, Socoa o la luminosa San Juan de Luz, con sus históricas iglesias y sus deliciosos restaurantes.

Una noche fuimos al lago de Chiberta, para disfrutar de uno de los espectáculos más imponentes que he visto: en una plataforma de madera en el medio de las aguas, representaban el ballet *La bella durmiente*. Las etéreas figuras de los bailarines se reflejaban en las aguas, creando esa sensación de realidad y espejismo que siempre me ha intrigado tanto.

El viaje se convirtió en una visión extraordinaria del arte de vivir. Y lo gocé. En todas sus ricas manifestaciones.

De vuelta en Londres, fui consciente de que ese sueño irreal no podía continuar. Tenía que hacer algo útil, seguir el consejo de mi madre —«Hazte con una profesión que pueda darte la independencia»—, que resonaba en mi mente con particular insistencia. En esa época de mi vida parecía que la seguridad me acompañaría para siempre, pero cuando expuse mis dudas a Cris, su opinión coincidió con la de mi madre.

—Marichu es una mujer reflexiva. Deberías seguir su recomendación. Vivimos en un mundo cambiante y una profesión puede ser muy provechosa.

—No sé por dónde empezar... Además, me he acostumbrado a la vida cómoda que me das.

—¡Deseo tanto hacerte feliz!

Era cierto. Su mayor afán era estar pendiente de mí. Cada detalle suyo me confirmaba una generosidad sin límites, que, sin producirme una pasión embriagadora, me acercaba a él en una fascinación tanto espiritual como sensual.

Una vez más, acabé en sus brazos. Me dejaba ir por los voluptuosos senderos que recorrían nuestros cuerpos inflamados. Llegué a creer que podía ser amor, y la simple insinuación de esa certeza enloquecía a Cris, que respondía con ardiente pasión a mis caricias.

Decidí tomarme un tiempo para disfrutar, para conocer bien la ciudad y asentar mi dominio del inglés. Los estudios, con su consiguiente esfuerzo, habrían de esperar.

Poco a poco, mi marido fue saliendo del enclaustramiento voluntario al que nos habíamos entregado. Él decía que teníamos que conocernos bien antes de retomar sus compromisos y relaciones. Pude comprobar que tenía razón. Al aceptar las primeras invitaciones, constaté el nivel de sofisticación de su entorno.

Una noche, al volver de una cena en la que yo no había intervenido en la conversación por falta de conocimiento de los temas tratados, le confesé mi desaliento.

—¡He sido tan feliz estas últimas semanas! —exclamé.

Esa frase tenía el poder de un imán. De inmediato estaba entre sus brazos.

—Cris, no, espera. De verdad, déjame hablarte.

Me miró preocupado, como si temiera el fin del mundo.

—Creo que no te he dejado en muy buen lugar esta noche. No podía seguirles con soltura... Me sentía una ignorante...

—¡No digas tonterías! Saben más porque tienen más años y más experiencia.

—No es solo eso. Han nacido en un mundo muy distinto al mío. Son instruidos, su educación ha sido refinada...

Intentó besarme de nuevo.

—Cris, hablo en serio. Me doy cuenta de mis deficiencias, y me preocupa. ¡Tengo tanto que aprender!

—Muy bien, señorita Aldaz —su tono era un tanto burlón—. Seré su Pigmalión. ¿Qué quiere aprender?

—Todo: apreciar la pintura, conocer el país, leer autores que me enseñen aquello que debo saber... ¡Todo!

—Me gusta tu ambición, pero «todo» es excesivo. Empezaremos por un buen recorrido por los museos de Londres; escogeré libros con los que además de aprender...

—¿De verdad me harás de maestro? ¿Harás eso por mí?

—... y viajaremos —continuó él, imperturbable—, para que puedas abrir tu mente a esos mundos que anhelas.

Un cálido abrazo selló nuestro pacto.

Así comenzó una sugestiva etapa de aprendizaje que me mantenía ocupada gran parte del día. Por la tarde, cuando mi marido llegaba a casa, comentábamos lecturas o visitas. Los fines de semana que permanecíamos en Londres, me acompañaba a ver

sus cuadros favoritos o íbamos juntos a una librería a buscar aquello que podría interesarme.

Acabó conociendo mis gustos, y se alegraba al verme disfrutar con todo lo que formaba su realidad, y que yo incorporaba a la mía. Aprendí a apreciar la ceremonia del té, a distinguir uno de otro por su aroma y sabor. Fui una discípula aplicada y me esforcé en la instrucción que él me regalaba. Fueron tiempos de dicha. Descubrí, al avanzar el otoño, una fragancia peculiar que provenía del patio y que me hacía retroceder a mi infancia. Era el provocante perfume de las camelias «fraterna» que crecían junto a nuestra casa, en Uran Etxea.

Era distinto. Ahora, yo era la señora.

Así pasaron los meses y un día llegó mi marido con un precioso cartón que anunciaba una invitación para el fin de semana en casa de sus amigos de la infancia, los Beaufort.

Yo había adquirido los conocimientos suficientes para sentirme ilusionada. Y segura.

Era el mes de mayo y Cris me confirmó que el jardín estaría en todo su esplendor, pues habían reunido una de las colecciones de rosas más importantes de Inglaterra.

El viernes amaneció lluvioso, pero a medida que fueron pasando las horas, el cielo fue aclarándose hasta ser límpido y sereno. Cuando vino a buscarme, me halló preparada y dispuesta a disfrutar de las novedades.

Al llegar a nuestro destino, nos adentramos primero en un frondoso parque. Más adelante el horizonte se abrió para mostrar a los lados del camino grandes espacios de césped de un jugoso verde, que estaban flanqueados en la lejanía por portentosos cedros de Líbano y otros árboles de similar corpulencia. Tras un recodo de la estrada, apareció un lago en el que una barca esperaba, paciente, a los visitantes.

Nunca hubiera podido imaginar un lugar tan grandioso. La casa, mejor dicho, el palacio, se alzaba sobre unas columnas poderosas que albergaban el zaguán, a cuyos lados se abrían las amplias ventanas. Dos inmensas copas de piedra iniciaban la doble escalera.

El rojo pompeyano —ya me había aprendido los términos apropiados— inundaba de alegría el salón que cubría sus paredes con hermosos cuadros. Dos preciosas lámparas de cristal titilaban con su mágica luz; espejos venecianos recogían la visión del entorno para reproducir su imagen, en constante juego de ficción y realidad. Unos confortables sofás de color marfil invitaban a la charla y al reposo.

Tras saludar a nuestros anfitriones, que me acogieron con una mezcla de curiosidad y cortesía, el mayordomo nos acompañó a nuestro dormitorio. Desde mi ventana veía los cuidados senderos de grava que recorrían la rosaleda. La floración era extraordinaria. Nunca había visto tantas y tan lozanas flores. Unos bancos de madera completaban el pequeño paraíso.

Tenía que arreglarme para la cena, pues, según me había dicho Cris, las mujeres estarían vestidas con esmero.

—No te preocupes —me animó él—. Eres la más joven y la más guapa.

El comedor era una sala hermosa. Las paredes estaban forradas de un damasco color avellana, y un simple canutillo de madera dorada formaba geométricos paneles. La mesa estaba adornada con gusto. Una gran sobera desbordaba unas magníficas peonías de un carmesí intenso, que derramaban su peculiar fragancia.

Fue mi bautismo de fuego, y creo que mi marido estaba orgulloso de mí porque me dirigía miradas de complicidad. La anfitriona, como muestra de su aprobación, me prometió enseñarme al día siguiente el misterioso túnel que unía la casa con el bosque.

Así lo hizo. Después del desayuno me llevó a la biblioteca y me retó a que diera con la puerta secreta. Escudriñé una y otra vez los paneles sin éxito. Con aire de triunfo tocó un libro y, ante mi asombro, con un ligero gemido apareció la entrada.

—En tiempos de Enrique VIII, esta mansión pertenecía a una familia de fervientes católicos —anunció la propietaria—. A pesar del peligro en el que incurrían, un sacerdote entraba desde el bosquecillo que oculta la cancela, y celebraban misa en la sala a la que le estoy llevando.

Ella iba delante iluminando mis pasos con una linterna. Hablaba en voz baja, como si todavía fuera necesario zafarse de los temidos soldados.

De repente, se volvió hacia mí y soltó a bocajarro:

—¿Quiere de verdad a Cris? ¿No es muy joven para él?

—Le quiero, sí. Pero... ¿con qué derecho me lo pregunta?

—Tiene razón. Ha sido una impertinencia. Pero mi marido y yo somos amigos de infancia de Cris.

—Ya lo sé. Me lo dijo él.

—Sufrió mucho con la muerte repentina de Maud, y he observado que está muy enamorado de usted. No quisiera que volviera a padecer.

—Es un hombre maravilloso, y mi deseo es hacerle muy feliz.

—Entonces seremos amigas.

Y sin más, me tomó del brazo y me dirigió hacia la salida para reunirnos con los demás.

Comprendí que los amigos de mi marido iban a mirarme con lupa. Tendría que esmerarme y aprender mucho, pero lo más importante era que él me amaba y que yo estaba decidida a quererle.

Entretanto, el recuerdo de mi «casita de chocolate» en San Sebastián se iba alejando de mi mente, como una estrella errante en el firmamento. Llamaba a mi madre y a Julia con frecuencia, y la respuesta era siempre la misma:

—Estamos muy bien. Tú disfruta, sé feliz. ¿Ya te cuidas?

Estaba segura de que, aunque tuvieran un pequeño problema, lo ocultarían. Por eso una mañana, cuando sonó el teléfono temprano, supe en el acto que algo sucedía.

—¿Cómo estáis, madre?

—Nosotras, bien, pero vas a recibir una invitación de boda.

—¿Quién se casa?

—Martín, con una chica que se llama Elena. No sé si llegaste a conocerla... Es de Bilbao y los Irigoyen están encantados, sobre todo el padre.

Entendí de inmediato que debía de ser el tipo de chica rica y de buena familia que siempre habían querido para su heredero. Sentí que una puerta de mi vida se cerraba para siempre.

—¿Y cuándo es la boda?

—Dentro de dos semanas.

—¿Tan pronto?

—Sí, hija, sí. El señor Irigoyen está muy enfermo, y desea ver a su hijo bien casado cuanto antes.

—Lo siento.

Mi madre pensó que me apenaba la dolencia del padre, pero yo sufría, a mi pesar, por el matrimonio del hijo. Estaba segura de que él tampoco se casaba enamorado.

—¿Vas a venir, pochola? —oí la voz de mi hermana, que me animaba—. Te echamos de menos.

—Madre, no creo que podamos asistir. Tenemos un compromiso muy importante para Cris.

—Lo entiendo.

Sonaba decepcionada.

—¿Cómo está la situación, se tranquiliza un poco?

—Te paso a tu hermana para que te lo cuente. Un abrazo muy fuerte. ¡Cuídate!

—Julia, querida, cuánto me faltas... ¿Por qué no vienes a verme?

—Ya iré, pero sabes que nuestra madre se resiste a viajar, y ahora las circunstancias aconsejan que no la deje sola.

—¿«Las circunstancias»? —me alarmé—. ¿Qué sucede?

—La calle está revuelta, y en los lugares a los que voy a visitar... tú ya sabes, oigo cosas inquietantes.

—¿Crees que debo ir?

—No te preocupes. Sigue tu luna de miel —aconsejó—. Te avisaré si considero necesario que vengas.

—Sé que el señor Irigoyen está enfermo. Los demás, ¿están todos bien?

—Doña Solita está preocupada. En la fábrica su marido tuvo muchos conflictos, y desde que él se puso malo, Martín lleva la dirección de la empresa.

—¡Martintxo dirigiendo la compañía! —Enmudecí de asombro—. ¿Sabes, Julia?

Les llamaré para disculpar nuestra ausencia y charlar con Laura y su madre.

—Te lo agradecerán. Aquí eres muy querida y has dejado un gran vacío.

—Eso haré. Hasta muy pronto. Un abrazo enorme.

La conversación me había dejado un indefinido sabor de peligro. Pero aparté con determinación todo aquello que podía enturbiar mi dicha. Poco tiempo después, los hechos se encargarían de recordarme aquella intuición.

Y aunque sabía que debía completar mis estudios de enfermería, un impulso de gozar de lo que la vida, y Cris, me ofrecían me hacía posponer siempre la matriculación. Por fin, un día me desperté más decidida para hacer algo útil, y pedí a mi marido que me ayudara en los trámites que había de seguir. Fue una gran noticia para él, que se puso en marcha de inmediato. No sé si le impulsaba el temor —como repetía— a que pudiera quedarme sola —siempre recordaba sus años y mi juventud— o si, en el fondo, sin que el propio Cris fuera muy consciente, deseaba tenerme ocupada.

Algunas veces me observaba cuando hablaba por teléfono con alguna amiga, como si quisiera desentrañar la verdad. Creo que siempre temió que me enamorara de un hombre más joven.

—¡No sé cómo puedes pensar semejante dislate! —le decía yo entre enfadada por su sospecha y adulada por su atención—. ¿Dónde encontraría un hombre que me hiciera más feliz?

Acabábamos siempre en la cama, donde él me demostraba su sabiduría, y yo, que era una alumna aplicada.

Inicié mis clases en un magnífico hospital. Una de las enfermeras encargadas de nuestros estudios me tomó especial cariño y así pude yo adelantar mi formación, que tan necesaria había de ser en el futuro.

Entre el cuidado de mi marido, mis clases y los fines de semana en el campo o con amigos, la vida pasaba dulce y despreocupada.

Pronto recibimos una invitación para pasar unos días en Escocia, en casa de un amigo de Cris, lord Keeperton. Le tenía en alta estima; decía que era un hombre inteligente que había logrado reconstruir la fortuna familiar a base de duro trabajo y mucho tesón.

Siempre me había atraído Escocia: sus similitudes con el País Vasco me seducían y, al mismo tiempo, su fuerte personalidad suscitaba mi curiosidad.

El mes de abril en Drumfriesshire era esplendoroso. El verde de los árboles era aún tierno, y el sotobosque estaba cubierto de un musgo jugoso que albergaba flores silvestres blancas, amarillas o azules, convirtiendo el suelo en un tapiz medieval.

Bordeamos unas altas montañas que escondían, en los valles, oscuros lagos cuyas aguas, al ser besadas por el tibio sol, espejeaban, agradecidas, reaccionando a su calor.

Al llegar pude admirar una sólida construcción en piedra con una imponente fachada, desde la que nuestro anfitrión nos daba la bienvenida. Era un hombre de porte erguido, elegante, pero cuando fuimos presentados, su mirada acerada me descubrió a un ser humano convencido de su propia importancia. No poseía la cautivante sencillez de Cris.

Ya en el interior de la casa, me impresionó el zaguán que se elevaba en dos alturas y la lámpara de Murano que pendía del techo.

Y lo expresé con entusiasmo.

—¡Ya veo por qué le ha seducido! —galanteó—. Posee una radiante energía.

Al conocer a su mujer, entendí el cumplido. Era una persona discreta, afable, que se había dejado dominar por su dinámico marido. Tras anularla, apreciaba en las otras mujeres aquello que él había contribuido a aniquilar. Seguía siendo guapa, y muy distinguida, pero un aire de tristeza la apartaba de una sociedad donde el triunfador imperaba. Sentí pena por ella y me propuse ser su amiga.

Otra de las invitadas era el reverso de la medalla. Se llamaba Betty Ashcroft, y poseía esa gracia sutil de las rubias con piel muy clara. Se movía con soltura en esa sociedad que conocía a la perfección y a la que, como más adelante comprobaría, hacía una disección para nada benévola.

Al tener una edad parecida, la mutua simpatía fue instantánea. Pero había algo más. No era distante, como algunos de sus compatriotas, y mostraba una curiosidad por la diversidad que la hacía interesante.

Los días siguientes fueron una sucesión de actividades, una más divertida que la otra. Los escoceses me parecieron gente que provocaba la euforia y la vitalidad, y eran directos en la forma de relacionarse. Me gustaban. Nunca olvidaré el paseo, más bien el concurso de velocidad, a través del bosque en la mañana temprana. La luz nítida se filtraba entre las jóvenes hojas, produciendo un maravilloso tejido de umbrías y claridad.

Dejé que ellos se entregaran a su loca carrera y yo me dediqué a gozar de aquel espectacular entorno. Cris, al notar mi ausencia, volvió sobre sus pasos.

—Mayte, ¿te sucede algo? ¿Te encuentras mal?

—Para nada. Disfrutaba de este misterio, esta quietud...

—¡Mi deliciosa romántica!

E intentó besarme cuando, de pronto, una algarabía de infierno irrumpió, conminándonos a seguirles. A fin de no dejar mal a mi marido, me lancé yo también a galope tendido. Tenía su encanto. La fuerza del viento revoloteaba en mis cabellos y la sangre circulaba con más fuerza. Me sentí viva y libre, en perfecta armonía con la naturaleza, con los seres humanos.

Esa noche nuestros anfitriones habían organizado un baile a base de las típicas danzas escocesas. Me encantaba bailar y me hacía ilusión participar, pero al ver en

qué consistía temí no estar a la altura de las circunstancias.

Era la coreografía más fascinante e intrincada que jamás había contemplado. Y digo «contemplado» porque me quedé rígida, sin decidirme a entrar en el círculo donde Betty se movía con agilidad.

Uno de sus amigos, al pasar por mi lado, me agarró de un brazo y tirando de mí sin miramientos, me lanzó de un lado a otro. Cuando comprendí más o menos cuáles eran los pasos, me divertí muchísimo y me dejé llevar por la rápida música que aceleraba el latido de mi corazón.

Más tarde, mientras tomaba un refresco, pude oír a lord Keeperton, que aconsejaba a mi marido:

—Tienes suerte. Es una mujer llena de vida.

—Sí, soy afortunado.

—La quieres, ¿verdad?

—Estoy muy enamorado de ella.

—Pues estate atento. Átala corto, no vaya a escaparse con uno más joven que tú.

La sibila

Habían pasado ya varios años desde mi aterrizaje en Londres, y debo decir que me gustaba cada vez más. De San Sebastián había recibido buenas y malas noticias. El padre de Martín había muerto poco después de la boda, y yo, debo admitir con remordimiento, no acudí a consolar a quien nos acogió con afecto.

Julia y mi madre nos habían visitado una vez, y tras comprobar mi excelente posición, no volvieron más.

Yo tampoco sentía la necesidad de regresar, pero al recibir la noticia de la boda de Laura, comprendí que era imprescindible que acudiera. Iría sola porque mi marido tenía un viaje oficial, del que no podía, ni quería, zafarse. Me propuse entonces componer la figura y enfrentarme a ciertos aspectos de mi vida anterior que todavía no estaban cerrados. Reservé una habitación en el hotel María Cristina, que estaba cerca de Uran Etxea, y escogí un vestido adecuado para la ceremonia, que tendría lugar en aquella iglesia de mi infancia, la del Corazón de María, y luego el almuerzo en casa de los Irigoyen.

A mi madre le extrañó que no quisiera quedarme en casa, pero yo quería tener una puerta de escape, en caso de que mi pasado resultara demasiado agobiante. Era la primera vez que acudía desde mi boda, y lo hacía sola.

Al llegar a San Sebastián, y nada más deshacer las maletas, pedí a mi madre y a Julia que vinieran a cenar conmigo al Cristina.

Cuando las vi entrar en mi cuarto, el corazón me dio un vuelco. El tiempo se había ensañado con la anciana que tenía frente a mí. Iba a cumplir sesenta años, pero parecía mucho mayor. El pelo blanco iluminaba un rostro, surcado de arrugas, si bien no era eso lo que le avejentaba. Era su forma de moverse, lenta, arrastrando la pierna que siempre fue su condena. Las penalidades habían pasado factura.

Sin embargo, mi hermana parecía un junco, alta y esbelta; el cuello largo le otorgaba un aire distinguido, mientras que sus ojos color de miel, cuando miraban con la intensidad propia de Julia, llegaban al fondo del alma. Por lo menos para aquellos que supieran entenderla.

Decidimos no bajar al comedor y pedí una cena ligera, que nos colocaron en una mesita en el balcón abierto. Las luces del puente de la Zurriola reverberaban en las aguas calmas del río, y la noche invitaba a la confidencia. ¡Hacía tantos años que no disfrutaba de su compañía!

Había visto a Laura un instante, pues estaba muy ocupada preparando el enlace, que tendría lugar dos días después. La había encontrado risueña, contenta. Estaba

enamorada de Gorka y además compartía con él aficiones, intereses y hasta el trabajo, pues ambos eran médicos. El sueño de mi amiga se había cumplido.

—He estado con Laura —les dije—. La he encontrado radiante. Siempre ha llevado sus asuntos con cabeza, y ha logrado todo lo que se proponía.

—En el hospital valoran mucho su trabajo. —Mi madre siempre la había querido—. Y sabe hacer amigos en estos momentos tan difíciles.

—¿Qué tal está doña Solita? Tiene que estar orgullosa de sus hijos.

—La muerte de su marido fue un rudo golpe. Ya sabes cómo se entrega... Entre ella y Laura cuidaron al enfermo con el mayor cariño.

Julia siempre valorando el desprendimiento de los demás.

—Qué suerte tienen... —Se lo deseaba de corazón, pero no pude reprimir un antiguo recelo, la facilidad de su vida—. ¡Una existencia dorada!

—Por desgracia, no todo son buenas noticias.

Julia guardaba silencio. Mi madre continuó:

—Hemos discutido mucho tu hermana y yo sobre si era oportuno o no contártelo.

—Amatxo... —Yo, alarmada, no la llamaba así desde hacía muchos años—. ¿Qué sucede? ¿Está usted bien?

—No se trata de mí —aclaró—. Sabes que hace mucho que los Irigoyen tienen graves problemas en la empresa.

—Lo sé. Por eso tuvo que asumir Martín la dirección.

—Las cosas se fueron torciendo, la política comenzó a inundarlo todo...

—Por Dios, ¡siga!

—El ambiente se deterioraba día a día en la fábrica, en las calles había revueltas y los asesinatos de la ETA comenzaron a proliferar...

—Es trágico ver una tierra tan hermosa con tanta falta de libertad —intervino Julia.

—¿Cuál es la relación de todo esto con los Irigoyen? Todo el mundo pasa épocas de tensión en el trabajo, ocurre en todas partes.

Al recordar más tarde la conversación, me di cuenta de que, en el fondo, yo no quería saber. No deseaba que nada interrumpiera mi existencia diáfana y cómoda.

—¡Ojalá hubiera sido así! —susurró mi madre—. Gracias a tu hermana, evitamos un verdadero drama.

—¿Qué hiciste, Julia?

—Que te lo cuente madre. Yo solo escuché y repetí.

—Sabes que tu hermana continúa sus visitas a Trintxerpe.

—Lo imaginaba —respondí.

—Allí le tienen mucha fe, pues lleva años dedicada a paliar sus carencias. Pero también Laura goza de gran estima.

—¿Qué tiene que ver ella en eso? —pregunté, asombrada.

—Hace dos o tres años empezó a acompañar a Julia. El barrio ha crecido y necesita buenos dispensarios, en los que Laura ha sido muy útil. Además, es muy cariñosa con la gente.

—¿Y? Todo esto es muy positivo, ¿dónde está el mal?

Mi madre siguió impertérrita:

—En una ocasión en que Julia estaba allí sola, una mujer le entregó un papel... —Se detuvo—. Cuéntalo tú, Julia. Lo viviste en primera persona.

—La mujer me dijo: «Guárdelo, no lo pierda, es importante.» —recordó Julia—. «¡Y léalo en cuanto llegue a casa!»

—Qué misterio... —bromeé.

Mi hermana hizo caso omiso a mi tono.

—Abrí la nota en el silencio de mi cuarto, me quedé anonadada.

Dejé de reír.

—¿Qué decía?

—Era un aviso. El plan era secuestrar a Martín y pedir un elevado rescate. —Vi que Julia sufría al contarlo—. Y sucedería cualquier día en su trayecto a la fábrica.

—¡Martín, en peligro! —grité—. ¡No puede ser!

A pesar de la antigua herida, seguía sintiendo algo por mi primer amor.

—Tuve que contárselo a madre, y después de mucha reflexión, comprendimos que teníamos que prevenir a doña Solita.

—Y lo antes posible —continuó mi madre—. Esa misma noche le pedí que viniera a casa, que no lo comentara con nadie, que habíamos de contarle un asunto urgente. «Marichu, dímelo ahora, no me inquietes», dijo ella. «No, es mejor que venga usted. Allí estaremos las tres solas.»

Quedaron calladas unos instantes, como si tomaran fuerzas.

—Cuando le enseñamos el mensaje se quedó aterrada —rememoró Julia.

—Pero en seguida se recompuso y tomó una decisión. —Mi madre admiraba a su protectora—. «Mi hijo tiene que marcharse», dijo. «¿Y la empresa?», sugirió tu hermana. «¡Al diablo con la fábrica! ¡Que se la queden! ¡Quiero a mi hijo vivo!» Al día siguiente, Martín se fue con su mujer y sus dos niños, concluyó Marichu.

—¿Y ahora dónde está? ¿Vendrá a la boda?

¡Deseaba tanto verle!

—Sí, claro.

Mi madre dejó que Julia continuara:

—La industria que con tanto trabajo habían levantado varias generaciones de Irigoyen, fue entregada a los operarios.

—¿Cómo? ¿Así, sin más?

—No, Mayte. A una peseta la acción.

—Entonces, ¿Martín se quedó sin trabajo? —pregunté.

—Sí, y con una familia que alimentar —respondió Marichu—. Elena, su mujer, no supo estar a la altura del trance, y se acabó marchando junto a sus padres en Bilbao.

—¿Y los chicos?

—Se los llevó con ella.

—Qué horror, pobre Solita...

Decidí entonces visitarla antes de la boda y ofrecerme para colaborar. Ya no quedaba nada de la bella mujer que había dejado unos años antes. Como en el caso de mi madre, las penalidades se habían cobrado su cuota. Pero continuaba siendo elegante y tenía una sonrisa tan acogedora como siempre. Bajo la externa dulzura, brillaba el fulgor de su mirada.

El día de la ceremonia amaneció radiante. El norte, con sol, puede ser uno de los lugares más hermosos de la Tierra.

Laura entró en la iglesia del brazo de su hermano. Martín se mantenía erguido y parecía haber superado el cataclismo que había desmoronado su existencia. Sin embargo, cuando hablé con él durante el convite, pude constatar la profundidad de su herida.

—Ya lo ves, Mayte —dijo con amargura—. Qué ironías tiene la vida... Todas las razones por las que mi padre me conminó a casarme con Elena se han demostrado falsas. Me ha dejado solo en el peor momento.

—Será pasajero, Martintxo. Verás como vuelve.

—Sé que no lo crees, Mayte. —Afloró un poco de dulzura en su voz—. Me equivoqué al no pelear por ti. Tú no me hubieras abandonado.

—No podemos cambiar el pasado, Martintxo.

Unos días después, Julia me contó su deseo de entrar en el convento. Era un deseo recurrente y madurado. Yo le había hecho ver la soledad y minusvalía de nuestra madre, pero ella, al parecer, lo tenía solucionado. Doña Solita quería marcharse de Uran Etxea; resultaba demasiado grande y costosa para ella, ahora que sus hijos tenían su propio hogar. El pequeño, Pello, estudiaba en Madrid.

—¿Dónde irá madre?

—Con doña Solita, a un piso más céntrico. Estarán bien.

—¿Y Edurne?

—Vivirán las tres juntas. Yo las visitaré a menudo, y estaré al tanto de cualquier cosa que puedan necesitar.

—Y si se pone enferma, ¿quién la cuidará?

—Las reglas del convento ya no son las de antes. Podré salir para atenderla.

Me di cuenta de que mi hermana no había protestado en ningún momento. Yo había hecho las preguntas, echando sobre las espaldas de Julia toda la responsabilidad, sin considerar ni por un segundo que Marichu era también mi madre.

Me arrepentí de mi egoísmo.

—Yo puedo venir de Londres si me necesitáis. El vuelo es muy corto.

—No te preocupes. —Fue su generosa respuesta—. Laura me ha dicho que piensa ver a su madre todos los días. Cuando ella tenga que viajar, estaré yo al tanto.

Ante todas esas dificultades, mi vida en Londres me pareció envidiable. Huía de la desgracia como si fuera contagiosa. No dejaría que me contaminara. Había concluido mi formación como enfermera y tenía un buen puesto en el prestigioso hospital donde había estudiado. Mandé a mi madre el título, pues le correspondía parte del mérito. Su insistencia había dado el fruto, y ella iba a sentirse orgullosa.

Regresé a mi existencia cómoda, en la que Cris continuaba mimándome como si fuera lo más natural del mundo. Sin embargo, mi viaje a mi tierra y la falta de libertad me habían dejado una huella indeleble.

En el aspecto cultural, Londres era una ciudad prodigiosa. Cris me había iniciado en las artes como parte de mi educación, y yo había acabado apreciando los conciertos, el ballet y la ópera. Acudíamos con frecuencia al Covent Garden, donde asistí a representaciones inolvidables que con el tiempo se convirtieron en hitos artísticos. Tuve la inmensa fortuna de presenciar un *Lago de los cisnes* con Le Fonteyn y Nureyev, que marcó época.

La bailarina, ya entrada en años, utilizaba su conocimiento para encadenar los sutiles movimientos de su danza, en algo irreal de tan etéreo; sus brazos se convertían en unas alas que, sin esfuerzo aparente, la transformaban en un ángel volador. El caso del ruso era totalmente distinto. Su fuerza muscular le elevaba a las alturas, manteniéndolo suspendido en el aire como si este fuera su auténtico elemento. La precisión de sus figuras mostraba el esfuerzo de horas de entrenamiento. Entre los dos fluía una corriente de amistad y admiración mutua, que originaba entendimiento y la búsqueda de la perfección. La música de Tchaikovsky, tan apasionada y lírica, combinaba de manera natural con el espíritu de esos dos genios del ballet.

La seguridad, aquella que yo eché tanto en falta durante mi adolescencia, presidía mi vida. Todo era ordenado, armonioso, cotidiano y tranquilo. Por otra parte, yo había hecho del refinamiento mi segunda piel. Al haberlo conocido tan tarde, lo apreciaba mucho más que aquellas chicas de mi actual círculo, que habían nacido con él.

Se acercaba el día de mi cumpleaños y Cris me avisó que no organizara ningún plan; él se ocuparía de todo.

—Tú ponte guapa.

Ese cumpleaños fue muy especial. Cuando salimos en el coche, yo ni siquiera sabía adónde nos dirigíamos. Llegamos al Covent Garden y allí nos esperaban nuestro grupo de amigos. Esa noche bailaba el gran Antonio, y mi marido había

querido mostrar a todos el arte de nuestro país. Fue memorable. La elegancia, aplomo, sabiduría escénica, y el poder de transmitir el fuego del baile español, fueron de tal calibre, que tras finalizar la función la princesa Margarita, que asistía al espectáculo, quiso felicitarle en persona y fue muy expresiva. El teatro entero aclamaba en pie al español, que agradecía las efusiones con contenido orgullo. Sentí como si parte de su éxito fuera mío. La nacionalidad nos unía con invisibles lazos. Y era hermoso.

Al volver a casa creí que el festejo había finalizado. Al fin y al cabo, Cris había invitado a diez amigos al ballet, y a la ronda de champán en el entreacto.

No fue así. Aparecieron todos de nuevo en casa, donde mi marido había encargado una cena prodigiosa en el famoso restaurante Mirabelle. El aroma de los nardos que inundaban la casa se colaba por todas las rendijas de las puertas y los poros de la piel, dando un toque muy sensual a la velada.

Y en el centro de todas aquellas maravillas, estaba yo, la hija de la portera. Mi agradecimiento hacia Cris era infinito, y más aún cuando propuso un brindis en mi honor.

—Por Mayte, la mujer que me ha hecho volver a la vida y sentirme el hombre más feliz de la Tierra.

Las mujeres me miraron con envidia y los hombres con avidez. Salvo Betty, mi buena amiga y profesora en las sutiles normas de la sociedad inglesa, todas me aventajaban en edad. En algunos de los hombres percibí el deseo.

Mi juventud, vestida por una moda atrayente, los buenos cuidados de peluquería y estética, y el cierto exotismo que los ingleses atribuían a las españolas, me hacían irresistible.

Sobre todo, para mi marido. Esa noche hicimos el amor con auténtico ardor. Y ternura, agradecimiento. Nuestros cuerpos se enlazaban una y otra vez, buscando en el otro la eternidad, ese pozo insondable que es el oasis del ser humano. Él porque se sentía revivir, y yo, porque recibía todo aquello que me había faltado de niña: respeto y dignidad. Por entonces no sabía aún que nadie puede donar ni quitar la dignidad. Es un patrimonio que debemos encargarnos de conservar. Cuando, agotados por el esfuerzo de la pasión, descansábamos sobre las frescas sábanas, me acarició con una dulzura inaudita hasta que poco a poco la naturaleza se tornaba exigente y reclamaba de nuevo sus ofrendas.

Creo que fue entonces cuando estuve más cerca de enamorarme de él.

Betty se había convertido en una amiga que para mí representaba todo lo que yo no había tenido: una familia sólida y una educación refinada e internacional. Había pasado su infancia en las infinitas llanuras de Kenia, y más tarde se había trasladado a los exclusivos colegios de Inglaterra.

Al tener la misma edad, entre nosotras se había instalado una especie de

complicidad que nos unía por encima de la nacionalidad y la clase social. Era alta y esbelta como un junco: rubia con unos ojos grises que mudaban al verde según el cielo estuviera sereno o tormentoso. La nariz un tanto respingona, muy inglesa, le daba un aire burlón muy apreciado en la sociedad anglosajona.

Sin ser una belleza poseía todo aquello, o al menos así lo creía yo, que trastornaba a los hombres.

Era amable, hablaba despacio, con una seguridad que yo hubiera deseado adquirir, y su curiosidad era inagotable. Me preguntaba siempre por España, y estaba enamorada de la mar como yo. Al recordar el viaje que había hecho con sus padres a San Sebastián, decía riendo:

—La mar es un amante que, todos los días, ronda celoso a la hermosa bahía de La Concha.

Una tarde, quedamos para tomar el famoso *high tea* en Harrods y hacia allí me encaminaba, mientras recordaba con deleite los crujientes *sandwichs* de pepino, los *scones* calentitos y las deliciosas tartaletas de fresa que tanto nos gustaban.

Apenas entré la vi sentada en una mesa junto a la ventana. La tenue luz de febrero se derramaba sobre su pelo; se tenía de manera impecable, erguida y distante, hasta que advirtió mi presencia y entonces me saludó con una sonrisa.

En aquella atmósfera rosada y elegante, todas las mujeres me parecieron bellas. Los aromas de la pastelería; los perfumes exóticos de los diferentes té —Darjeeling, Lapsang, Souchong, mis favoritos—; y las fragancias que usaban las señoras se aunaban en un efluvio de buen gusto que, ahora siento admitirlo, me colmaba de felicidad.

En ese ambiente agradable la conversación fluía natural, sin esfuerzo. Mientras charlábamos de todo, le pregunté sobre su vida en Nairobi.

—Qué suerte has tenido, Betty... Tuvo que ser excitante vivir en un lugar como Kenia.

—No lo creas. Pasamos por momentos muy aterradores.

Me sorprendió una expresión tan contundente en una persona que solía rezumar serenidad y calma. La exageración no era su estilo.

—Nunca me has contado nada de tu estancia en Nairobi. Por eso tengo tanta curiosidad.

—A mi madre no le gustaba que recordáramos aquellos años. Al final me acostumbré, y es como si hubiera cancelado de mi memoria esos acontecimientos.

—Me asustas, Betty... ¿Qué pasó?

Su mirada se dirigió hacia el techo, como si buscara entre los recónditos recovecos de su memoria.

—La casa era amplia y abierta a un jardín que mi madre cuidaba con mimo. Unos inmensos árboles cubiertos de flores azules marcaban los límites de la propiedad...

—¿Era tan grande? —pregunté.

Ella continuó como siguiendo su propio guión:

—Buganvillas de flores rojas se enredaban con madreselvas que, en las noches de lluvia, derramaban un intenso aroma; daturas de magníficas flores de peligroso bálsamo formaban ese vergel que para mí era el paraíso.

Yo la escuchaba embobada, pero al quedarse ella callada, insistí:

—¿Tenías animales? ¿Perros, un caballo?

¡Cómo hubiera querido tener un perro!

—Sí, era una granja extensa, con ganado y caballos para uso de la finca y para montar nosotros. Mis padres son buenos jinetes. Y yo montaba una preciosa yegua negra que era el mismísimo demonio, pero que yo entendía.

—¡Qué valiente eres! Te imagino con las riendas en la mano, sin temer a nada ni nadie... —exclamé, entusiasmada.

—Sí, era una vida maravillosa para una niña.

—Entonces, ¿por qué negarse a recordar un lugar tan celestial?

—Una noticia estremecedora recorrió la colonia: unos grupos de africanos armados y violentos habían atacado varias propiedades de ingleses. Asesinaron a los propietarios, quemaron las casas y se llevaron los animales.

—¿Qué hicisteis entonces? ¿Regresasteis a Gran Bretaña?

—No. La vida de mis padres estaba allí. Decidieron quedarse.

Yo estaba pendiente de sus labios. No me atrevía ni a respirar. Por fin, continuó:

—Mis tíos, que habitaban una hacienda muy aislada, vinieron a quedarse con nosotros. Mis padres sacaron los rifles. Se armaron ellos y a aquellos en los que tenían plena confianza. Yo no entendía muy bien lo que pasaba, pero sí recuerdo la sensación de terror que se respiraba en el ambiente.

—¿No contabais con ningún tipo de protección? —pregunté, angustiada.

—Sí. El gobierno organizó unas milicias que, junto a las fuerzas de seguridad, patrullaban sin cesar.

—¿Entonces?

—Pero el territorio era extenso, las propiedades distantes, y los mau-mau eran numerosos. Todo esto dificultaba enormemente la seguridad. Una noche, pues los ataques siempre tenían lugar de noche, nos despertaron unos gritos angustiados. Estaban asaltando las dependencias de los trabajadores.

Mi amiga se quedó callada. Respiraba con dificultad, como si la angustia fuera insoportable.

—Siento mucho haberte hecho esas preguntas. No sigas. Perdóname.

—No. Quizá sea bueno que hable de ello de una vez por todas.

—¿Estás segura de que quieres continuar?

Sin responderme, prosiguió:

—Me ordenaron que no me acercara a la ventana, mientras mis tíos y mis padres apresuraban la huida, que habían organizado días atrás. —Me miró como si estuviera en otro mundo, distante y cruel—. Pero yo me asomé. Y lo que vi me atormentará siempre.

En ese momento fui yo la que vislumbré un mundo de terror.

—Los lamentos de los heridos y los moribundos eran acallados por los aterradores alaridos de los mau-mau. El desorden provocado por el pánico fue total. Los vigilantes, *ascaris*, considerados traidores por los revolucionarios, fueron masacrados; algunos criados huyeron despavoridos para caer en manos de unos seres que habían olvidado la compasión.

Cogí la mano de mi amiga, que temblaba como una hoja. Pero ella continuó:

—Vi a Linda, la lavandera kikuyu, indicando a un grupo de hombres armados con *pangas* una de las puertas de la casa. La sangre brillaba en sus armas y en sus manos, pero lo que más me impresionó fue la expresión de sus rostros, fieros y convulsos por el odio. —Guardó silencio antes de proseguir—: De repente, una mano poderosa tiró de mí. Salimos de la casa corriendo desesperadamente, sin una luz y guiados por nuestro instinto de supervivencia.

—¿Cómo pudisteis hacerlo? ¿No estaba la casa rodeada?

—Sí, pero mi padre había construido un túnel que llevaba a un cobertizo disimulado en la maleza, donde había tenido la precaución de preparar una camioneta que nos pudiera servir en caso de necesidad.

—¡Bendito sea tu padre!

Ella, ante mi castiza expresión, rio con tristeza.

—Al entrar en la casa y hallarla vacía, se enfurecieron y rastrearon los alrededores, intentando encontrarnos.

Yo, al intuir que iba a escuchar más atrocidades, me arrepentí de mi malsana curiosidad.

—Oíamos sus gritos mientras nos perseguían, y pronto avistamos el temblor de sus antorchas. Mi nana Cristine me empujó a la camioneta, mientras mi padre la ponía en marcha. Mi madre y mi tía se acurrucaron junto a mí, pero nadie profirió un sonido. Mi tío sacó el rifle por la ventanilla y se dispuso a defendernos. —Una lágrima se deslizó por la mejilla de mi amiga—. A toda la velocidad que era posible en terreno escarpado, iniciamos la huida. De repente, ante la luz de los faros, surgieron unas figuras demoníacas que se abalanzaron sobre el auto.

—Dios mío... —susurré.

—Mi tío Peter intentó disparar, pero uno de aquellos diablos tiró con fuerza de su escopeta, y le asestó una cuchillada que le hizo un corte profundo en el cuello.

Intenté hablar pero ella continuó su escalofriante relato:

—Mientras escapábamos pude ver cómo a Guy Pendelton, el padre de mi amiga

Suzy, que seguramente había venido a prevenirnos, lo sacaban del coche y lo degollaban de un machetazo. —Betty tomó aire y continuó—: Conseguimos escapar, pero cuando en la interminable fuga pudieron atender a tío Peter, este había muerto. Una inmensa herida brillaba en su cuello. La sangre manaba como un torrente.

—Betty, ¿no sabes cuánto lo siento! Tuvo que ser terrible.

—Lo que resulta más irónico es que la granja de mis tíos nunca fue atacada. Si hubieran permanecido allí, mi tío estaría vivo. —Luego, como hablando consigo misma—: Mira, creo que es mejor que vayamos a dar un paseo por Hyde Park. El aire fresco te vendrá bien.

Paseamos las dos cogidas del brazo. No sé cuánto tiempo estuvimos así, en silencio. Pero pensé que nunca volveríamos a hablar de ese asunto. La vida me mostraría lo equivocada que estaba. África iba a irrumpir en mi vida con una fuerza desmesurada.

El adiós

Habían pasado más de diez años desde que comenzara mi vida en Londres. La ciudad, que al principio me había parecido nebulosa y gris, me había seducido con su discreto encanto. Cuando llegué no conocía a nadie, salvo al horrible señor Peck y su mujer, que obviamente prefería olvidar. Ahora, sin embargo, tenía unos cuantos amigos de verdad, y había conseguido trabajar como enfermera. Mi actividad en el hospital me proporcionaba muchas alegrías, y ocupaba mi mente en algo útil.

Desde hacía unos meses notaba que Cris se inquietaba cada vez que le decía lo contenta que me encontraba en un país que al principio me pareciera tan extraño. No lograba entender su desasosiego, puesto que todo lo que le transmitía era, a mi forma de ver, muy positivo.

De pronto imaginé que él deseaba un hijo que no acababa de llegar, y yo también comencé a anhelarlo.

En un día de marzo en que un tímido sol intentaba acariciar nuestras ventanas, Cris, siempre atento a todos mis deseos, me trajo un ramo de mimosas, las primeras de la temporada, que inundaron con su fresco perfume mi habitación. Alargó su brazo y me tendió las flores como si pidiera perdón de antemano.

—¿Qué te ocurre, Cris? ¿Qué quieres pedirme?

—Sabes desde hace tiempo que tengo algo que decirte y no sé por dónde empezar, ¿verdad?

—Así es. Ten valor. Al fin y al cabo, soy solo una mujer —dije intentando sonar irónica, pero mi intuición temía la noticia que iba a darme. Presentía que unos cambios drásticos iban a trastornar mi vida.

—Mayte... —tomó aire para darse valor—, me han ofrecido un puesto de consejero en el gobierno de un país que conozco bien.

Un silencio expectante fue mi respuesta.

—Necesitan un experto en economía. Las condiciones de trabajo son excelentes, y yo, por otra parte, he llegado a un techo en el ministerio que es muy difícil romper.

—Cris, venga ya... ¿De qué país se trata?

—Como te he dicho, esa tierra no me resulta extraña. En realidad, la amé. Se trata de Kenia.

Aquellas palabras confirmaron mis peores presagios. Así que quería irse a Kenia, el lugar de sufrimiento de Betty. Quedé consternada. Como si fuera poco tener que partir, una vez que me había aclimatado a esa isla brumosa, tenía que ser a ese paraje incierto, del que solo conocía atrocidades.

Un temor vago se apoderó de mí. Era como una pegajosa película que se iba adhiriendo a mí, sofocándome, sin saber muy bien por qué.

—Es cierto que encontraremos problemas. El éxodo de la población rural a las ciudades y el crecimiento vertiginoso de la población, unidos a la crisis económica, han provocado una severa tensión social.

—¡Gracias por animarme! —dije enfadada, confundida, desorientada.

—Pero también hallarás una región incontaminada, una tierra salvaje y bella con una fauna extraordinaria, y aprenderás a apreciar las cosas sencillas que hemos olvidado en Europa.

—¿De verdad? —musité, incrédula.

—No dudo por un instante que aprenderás a valorar unos cambios que ahora te parecen insufribles.

—¿A qué cambios te refieres exactamente?

—La amplitud del horizonte te hará respirar mejor; el clima, tú que detestas la humedad y el frío, te arropará con su temperatura suave; la flora extraordinaria de las Tierras Altas y de la costa del Índico te asombrará con su variedad...

Mi marido había escogido los argumentos justos. Un país soleado, donde las bajas temperaturas habían sido prohibidas, atrajo mi atención. Deseaba saber más. Él, que tan bien me conocía, había incitado mi curiosidad.

—Lo describes como si fuera el Edén...

—En cierto modo, puede llegar a serlo.

Le miré dubitativa. Él me tomó por los hombros y, atrayéndome a su reconfortante abrazo, me susurró:

—Tendrás una vida interesante, te lo prometo. Buscaremos una casa de ensueño. Conocerás a gente diferente, vivirás una vida distinta...

—¿Qué tiene de malo nuestra vida en Londres? A mí me gusta.

—¿Te olvidas de las semanas sin ver el sol? ¿Del frío del invierno, que encuentras tan largo? Sé que te gustará tu nueva vida.

—¿Seguro que podré escoger la casa que a mí, repito, a mí, me guste?

—Te lo prometo. Con un gran jardín, y lo que tú quieras.

—Si tenemos un jardín, habrá que comprar un perro.

—Si tú lo deseas...

Ya me estaba animando. Sin duda, me ilusionaba poder crear un hogar a mi antojo. Entonces Cris comentó:

—Eso sí, tendremos que ser prudentes. Observar y tener mucho cuidado a la hora de seleccionar a las personas con las que nos relacionemos.

—¡No me asustes, Cris! A ver si Betty tiene razón...

—La situación no es la misma que cuando ella vivía allí. Las cosas han cambiado, y mucho.

—Y esas novedades, ¿son buenas o malas?

—La prosperidad se adueña de Kenia, y las antiguas rencillas que alteraron la colonia han sido superadas.

—Entonces, ¿por qué hay que tener cuidado?

—Siempre que uno llega a un país nuevo, es más prudente estudiar el entorno en el que se desarrollará su vida.

—Y tu nuevo cargo, ¿no entraña peligro?

—Mi trabajo consiste en aconsejar al gobierno para superar las deficiencias económicas de un país en auge. No temas, porque no implica ningún peligro. —Ante mi escepticismo, Cris añadió con seguridad—: Tomaremos decisiones que beneficiarán a una tierra que recuerdo con cariño. Será una tarea gratificante.

—No sé... Hay algo indefinido que me asusta.

—No seas niña, Mayte. Te espera un futuro maravilloso, colmado de sorpresas.

Yo, en ese momento, no imaginé hasta qué punto serían ciertas esas palabras.

LIBRO III

KENIA 1981-1992

El continente se mueve, una raza despierta.
Todo un ritmo nuevo penetra el mundo.
Un color nunca visto poblará el arcoíris.
Una cabeza se alza.
África va a hablar.

Poeta de Costa de Marfil, 1939

Nairobi

Noviembre de 1981

El vuelo de noche, con un cielo oscuro y sin estrellas, había alimentado los temores que yo escondía a Cris, para no chafarle la ilusión que él sentía por reencontrar el África de su juventud. Una extraña opresión me hacía imaginar grandes dificultades en mi futura vida en Nairobi.

Me había costado adaptarme a Londres, a la frialdad de sus gentes y del clima, y cuando parecía que ya me iba acostumbrando, mi vida daba un giro incomprensible. Aterrizamos al amanecer, en un revuelo de nubes grises, jirones azulados y destellos de luz dorada. Ese sol que pugnaba por nacer me infundió un optimismo que necesitaba.

El espectáculo del aeropuerto Jomo Keniatta me dejó anonadada. Eran las siete de la mañana y parecía que toda la actividad del mundo se hubiera concentrado en ese lugar: indios de piel cobriza —unos con grandes turbantes y túnicas escuetas, otros seguidos por mujeres con saris de espléndidas tonalidades, amarillos del azafrán, verdes esmeralda e intensos rojos de fuego— se intercalaban, mezclaban y charlaban con africanos de piel muy oscura que brillaba con reflejos azulados, y en los que el rostro se iluminaba a menudo mientras hablaban, con una amplia sonrisa de dientes blanquísimos. También había europeos contenidos, algunos con aspecto británico. Uno de ellos se acercó, decidido, hacia mi marido.

—Christopher, viejo amigo, ¡bienvenido! ¡Ya era hora de que llegaras! El jefe te espera impaciente.

—Johnny, te presento a Mayte, mi mujer.

—O sea que esta es la mujer que ha realizado el milagro: ya era hora de que te casaras de nuevo. ¡Enhorabuena a ambos!

Yo no tenía ganas de formalidades. Después de una noche en el avión, deseaba llegar al hotel, darme una buena ducha y deshacer el equipaje.

Johnny nos sacó de aquella extraña Babel tan rápido como pudo y nos condujo hasta un amplio coche donde me dejaron al cuidado de un chófer sonriente, mientras ellos iban a recoger las maletas. Seguramente por el cansancio acumulado, el tiempo se me hizo eterno.

—Querida, siento haber tardado tanto —se disculpó Cris.

—Ya te acostumbrarás, Mayte —sentenció su amigo—. Aquí no existe la prisa. La regla es «*pole, pole*», «despacio, despacio».

Las calles eran un hervidero de seres humanos de la más variada condición. ¡Y qué decir de los coches! Unos autobuses pequeños y pintarrajeados de todos los colores del arcoíris, pero no carentes de sentido artístico, circulaban a velocidad endemoniada. El gentío era tal que desbordaba por las puertas y parecía que, al doblar las esquinas, más de uno iba a caer rodando por la calzada.

—Cris, ¿cómo les consienten ir así? Es muy peligroso.

—No está permitido, pero esto es Nairobi. Los *matatus* tienen que aprovechar y embarcar al mayor número de clientes. El combustible es caro.

—¿Quiénes son los *matatus*? —pregunté con curiosidad.

—*Matatu*, en *swahili*, significa autobús. Es el sistema de transporte más popular del país.

—¡Qué palabra más musical! Casa muy bien con la imaginación que derrochan los autores de las pinturas —afirmé.

—El *swahili* es, en efecto, muy eufónico. Ya verás cómo Kenia te acabará apasionando.

No estaba yo de acuerdo con esa predicción, y el ansia de llegar al hotel se hacía cada vez más intensa. Nos adentramos en una avenida que debía de conducir al centro de la ciudad.

Si el aeropuerto me había parecido el Arca de Noé, aquí se podrían encontrar ciudadanos de todas partes del mundo, en medio de un tráfico denso y un tanto caótico, que circulaba por calles bordeadas por hermosos árboles de anchísimas copas. Se respiraba un ambiente de contagiosa alegría, quizá producido por la cantidad de jóvenes que se dirigían a su trabajo y las sonrisas que afloraban en sus rostros.

—¡Mira! —me dijo Cris con entusiasmo—. ¡El Stanley!

El hotel Stanley iba a ser nuestro hogar hasta que encontráramos casa. Ya a esas horas de la mañana desprendía una energía singular. Ingleses o australianos, no lo sé, con botas altas y sombreros de ala ancha charlaban animadamente en el patio del hotel, donde tronaba el árbol más impresionante que yo jamás había visto. Al comprender mi asombro, Cris aclaró:

—Es un «fiebre amarilla». Le llaman así por su asombrosa corteza amarilla.

—¡Es increíble e inmenso! Y sus ramas están asaetadas de afiladas espinas.

Al fijarme un poco más, descubrí que unos trozos de papel de distintos tamaños tapizaban la parte inferior.

—Mira eso... El tronco está atestado de papelitos.

—En efecto —añadió Johnny—. Es tradición, desde tiempos de la colonia, que las personas interesadas en un negocio dejen los mensajes clavados en el tronco de este árbol poderoso. Todo aquel que aparecía, y aparece, en la ciudad, se acercaba al Stanley a conocer los recados que podían interesarle.

Por fin conseguí subir a mi habitación. No era lo que yo esperaba. Había imaginado unas camas coloniales con robustas maderas, y unas persianas que tamizaran la fuerte luz del trópico.

—¿Desilusionada? Si no te gusta, podemos ir a otro hotel.

—No, está bien. La entrada y el patio con ese increíble fiebre amarilla tienen mucho encanto.

—Ya verás como encontramos una casa maravillosa. Y podrás poner esos muebles con los que sueñas.

El cansancio hizo mella en mí y decidí acostarme. Después de un sueño reparador, vería las cosas de distinta manera. Ahora, añoraba mi casa de Londres, tan confortable, tan familiar. El recuerdo de Betty asaltó mi memoria.

Cris tenía que incorporarse cuanto antes a su trabajo en el Ministerio de Finanzas para ponerse al día de sus actividades y conocer a sus compañeros y colaboradores. Pasarían varios días hasta que él pudiera disponer de tiempo para buscar una casa. Siempre he sido una mujer independiente, y disfrutaba siéndolo, pero ese mundo africano era totalmente desconocido para mí. Echaba de menos mi vida organizada de Londres, mi barrio con sus tiendas tan cuidadas, mis amigas, y sobre todo, mi trabajo como enfermera. La proximidad de España, y el vuelo tan corto a Bilbao, me mantenían en un territorio conocido y familiar. Me sentí un poco perdida en aquella ciudad ruidosa y abigarrada, y por un momento el desánimo se apoderó de mí.

«¿Qué se me ha perdido en este país? Mi marido ha encontrado un reto en este nuevo trabajo, tiene un proyecto que llevar a cabo, una ilusión... Pero yo... ¿cómo voy a orientar mi vida? Si tuviera unos niños que criar, valdría la pena este cambio, pero he tenido que dejar un trabajo que me encantaba y no sé por dónde empezar.»

Mi marido, que percibía mi desaliento, procuraba compensar con ternura y promesas mi disposición negativa. Antes de marcharse a su despacho, me mostró en un plano los puntos de interés que podía visitar. La ventaja de quedarnos en el Stanley era su situación, pues todo quedaba cerca y podía ir andando a todas partes.

Una mañana me acerqué a conocer el mercado, interesada por el color local, ya que, al no tener casa todavía no necesitaba aprovisionarme. Me acompañaba nuestro conductor, Muchiri, que haría también las veces de escolta, pues Cris no quería que me paseara sola por una ciudad que no conocía.

El mercado estaba situado en un edificio bajo rodeado de opulentos árboles, de poderosos troncos y sinuosas ramas que alargaban sus brazos, para regalar una sombra generosa a las numerosas personas que se apiñaban junto a él.

Los olores de las especias —clavo, canela, nuez moscada, curry— se unían en una exótica sinfonía de aromas con los frescos de verduras —tomates, puerros, lechugas—, entre las que destacaban las notas del perfumado cilantro. Subí unos cuantos peldaños y me dispuse a entrar en el recinto donde vendían las frutas. Una

fragancia sensual me dio la bienvenida: dorados mangos, piñas adornadas con su vegetal corona y papayas con sus negras simientes inundaban el espacio derramando su benéfico reclamo, para regocijo de los sentidos. Si ya era excitante olerlas y mirarlas, ¿cómo sería probarlas?

La vida palpitante se ofrecía ante el asombro de mi vista y mi olfato. Nunca habían experimentado sensación semejante en un simple bazar.

La creciente temperatura de la mañana influía también en las carnes —de cordero, vaca, terneras y pollos—, que comenzaban a desprender un olor peculiar, ciertamente no muy agradable. Dejé los frutos del mar para otro día en que acudiera más temprano.

El conductor, que se había empeñado en acompañarme y se había convertido en mi sombra, me indicó que saliéramos por la puerta opuesta a donde habíamos entrado. Bajé mirando con cuidado los tres escalones, y al levantar la vista, comprendí por qué Muchiri había insistido en tomar aquella dirección: mujeres masai de todas las edades se arracimaban en pequeños círculos, sentadas en el suelo. Vendían tejidos artesanales, collares de cuentas de colores y un sinfín de artilugios que elaboraban allí mismo, con dedos de agilidad pasmosa.

Eran vendedoras pero tenían porte de reinas. Iban vestidas con unas telas de un ocre rojizo que anudaban alrededor de su cuerpo, a la altura del pecho. Una capa carmesí descendía desde los hombros y se aposentaba en suave remanso en el suelo cubierto por esteras de sisal. Las cabezas rapadas y los cuellos esbeltos parecían haber inspirado a Giacometti sus famosas y estilizadas esculturas.

Adornando el escote lucían unos collares realizados con abalorios rojos, verdes blancos y azules, que formaban dibujos en círculos concéntricos de indiscutible armonía. Algunas mujeres, quizá las de más dignidad, ceñían sus cabezas con unas sencillas tiaras de tonalidades vivísimas rematadas por brillantes botones de nácar. Unas completaban el atuendo con larguísimos pendientes, hechos también con botones de nácar; otras lucían en las orejas unas esferas de bronce dorado de las que colgaban una segunda, mucho mayor; el último modelo era una estela de cuentas de colores que resbalaban en serpenteantes motivos geométricos por las capas del púrpura real. Me sentí fascinada por esas mujeres tan elegantes, arregladas con tanto esmero y sentido del color.

Intenté hacerme entender con mis dos palabras de *swahili*, pero Muchiri tuvo que ayudarme para comprar los famosos pendientes de bronce y las *kangas*, esos maravillosos tejidos que cuentan una historia y llevan un proverbio en su borde. Yo misma los llevaría con gusto durante años.

Muchiri me aconsejó que regateara porque el precio era excesivo. A mí, viniendo de Londres, me parecía un regalo, y disuadí al conductor de que lo hiciera en mi nombre. Las mujeres a las que había comprado las preciosas mercancías debieron de

sentirse satisfechas con el negocio, porque encendieron cada una un espléndido cigarro, y se lo fumaron con aire complacido, olvidando al instante mi presencia.

Ya en el coche, mi conductor me aconsejó, de manera sutil, que la próxima vez me decidiera a regatear. Era casi una fórmula social para conocerse y hacer más placentera la transacción. Me dijo, resuelto:

—Ellas esperan la diversión, el entretenimiento.

Me aguardaba un largo camino para comprender el espíritu de África. Pero era una senda que tendría que recorrer.

Al sábado siguiente, Cris me llevó a comer al club Muthaiga, que era el punto de encuentro de los extranjeros, sobre todo británicos, de más solera de Nairobi, fundado en 1913, en tiempos de la colonia. Me dio la impresión de que las cretonas que tapizaban los sillones eran de aquella época.

Una atmósfera empolvada y colonial, muy inglesa, dominaba el comedor y los diferentes salones. Sin embargo, desde fuera se colaba la potente luz de África, dando una dimensión distinta al viejo club. A través de las ventanas los intensos colores del prado y los arbustos confirmaban dicha impresión.

Cris saludó a unos y a otros, y desde una de las mesas del bar una pareja de aspecto simpático nos hicieron señas para que nos uniéramos a ellos. Se llamaban Terry y Lynn Knox y, según supe por mi marido, se dedicaban a organizar safaris al viejo estilo.

—Pero ¿no han prohibido los safaris? —pregunté.

—«Safari» significa viaje, por eso estos son safaris, pero fotográficos —contestó Terry—. Viajamos con varios camiones, donde almacenamos todo lo necesario, y el cliente elige, con exactitud, su enclave ideal. Allí levantamos el campamento.

—Además —añadió su mujer Lynn—, ofrecemos el mismo confort de los buenos hoteles de Europa.

—Lo más sorprendente —apuntó mi marido— es que montan las tiendas en medio de una naturaleza deslumbrante, donde nada ni nadie impide el contacto directo con ella.

—Alguna vez, por consentir en el capricho de algún cliente, hemos estado a punto de correr serio peligro. Ya no lo acepto —dijo Terry, rotundo.

Cris intervino:

—Mayte, cuando encontremos casa, y nos hayamos instalado, ¿te gustaría que fuéramos con ellos de safari?

—¡Me encantaría! —mentí.

—Hecho —dijo Lynn—. Nos avisas con unos días de antelación, para que os preparemos algo especial y, ¡en marcha!

—Sí, pero el destino del viaje será mi secreto. Quiero sorprenderte, Mayte.

Mi marido buscaba siempre complacerme. Pero esta vez era como si se sintiera

un tanto culpable al haber aceptado un cometido interesante, en una tierra que había sido su hogar y que le devolvía los felices recuerdos de su infancia.

En cuanto a mí, me había costado adaptarme a Inglaterra, y ahora me encontraba en otro país aún más extraño. Veía la ilusión de Cris y su afán por contagiármela, la sincera amabilidad de sus amigos e intentaba participar con entusiasmo en esos planes. Sin embargo, un miedo difuso e irracional oscurecía mis pensamientos, arremolinándolos en un confuso torbellino que me angustiaba.

Miré para otro lado para que no pudieran ver las lágrimas que no conseguí reprimir.

El árbol de fuego

Al cabo de unos días, Cris me acompañó a la cancillería española. Una mujer de unos treinta años llamada Silvia Dan nos hizo pasar a una sala de espera.

—El señor embajador tiene una visita que se está demorando más de lo previsto, pero ya sabe que está aquí y en breve les atenderá.

Habló en español, con un marcado acento que denotaba su origen indio. Era menuda y tenía el pelo recogido en un austero moño, y unos ojos brillantes en los que afloraba una inteligencia ágil. Cris le contestó en inglés y ella respondió con rapidez en la misma lengua. Entretuvo la espera con discreción y amabilidad. Me gustó al instante esa mujer seria, en la que, sin embargo, adiviné una dulzura latente. Acabaríamos compartiendo una sólida amistad.

El embajador era alto, de complexión fuerte, el pelo canoso y unos ojos muy claros. Nos recibió con cordialidad y se dirigió a nosotros con voz pausada. Se notaba, por su forma de hablar, que estaba satisfecho con la que dijo ser su primera embajada.

—Es una tierra llena de posibilidades —apuntó—. Creo que España no tiene toda la presencia que este floreciente país requiere. Eso es lo que me cuentan los misioneros y cooperantes.

—¿Se refiere a los misioneros españoles?

—Sí, forman el noventa por ciento de nuestra colonia. Ellos, que cubren con su trabajo diversas áreas de la sociedad keniana, como universidades, hospitales, colegios y proyectos de cooperación, están bien informados.

—Le he contado a Mayte —intervino Cris— la multitud de situaciones interesantes y paisajes de una magnitud inimaginable que puede encontrar aquí.

—Es cierto —apunté—, parece una tierra magnífica. Además, sigo impresionada por las masai que conocí ayer en el mercado.

—¿Sabes, Mayte? —Cris hablaba con tal entusiasmo que logró contagiarme—. La leyenda afirma que los masai, tan elegantes y esbeltos, descienden de una legión romana que, tras la derrota de Marco Antonio, marchó hacia el sur, hacia las fuentes del Nilo, y allí se mezclaron con los nativos.

—¡Tienes un buen guía para este misterioso país! —concluyó el embajador—. Os deseo que seáis muy felices, y llamadme cuando lo necesitéis.

Cuando ya nos marchábamos, añadió:

—Si estáis libres el sábado, venid a comer con nosotros a la residencia.

—Muchas gracias. ¿Verdad que podemos, Cris?

—Estupendo. En la residencia, en Ngecha Road. Que pregunte vuestro conductor al mío. Él le explicará. Hasta el sábado.

Ese sábado amaneció con una de esas mañanas tan frecuentes en las Tierras Altas: diáfana, límpida y con un cielo sin una nube que enturbiara su intenso azul. Yo estaba muy intrigada por conocer la embajada, que tenía fama de ser una de las casas más bonitas de Nairobi. De camino, pasamos por unos barrios de mansiones enormes y extensos jardines que me llamaron la atención.

—Es una barriada de indios kenianos —me contó Cris—. En la misma casa vive toda la familia: padres, hijos, nueras, yernos y todos los nietos. Y, a veces, hasta las tías y los primos.

—¿Todos juntos? —pregunté, alarmada—. ¡Menudo lío!

—Es su tradición. La familia tiene mucha fuerza.

—¿Y qué hace aquí gente de la India?

—A principios de siglo, sus antepasados fueron contratados como obreros para construir el ferrocarril. Es evidente que han prosperado.

—¿Quieres decir que llegaron como simples peones?

—Así es. Trabajaron muy duro. Cuando los ingleses decidieron construir el ferrocarril para unir Mombasa, es decir, un puerto importante, con el interior, determinaron hacerlo llegar a Kampala.

—¡Pero es una enormidad! ¡Con ese clima! ¡Y sin aire acondicionado!

—No era eso lo peor. El Tsavo, por donde pasaba el tren, era, y sigue siendo, tierra de elefantes y leones, que hostigaban y mataban a los trabajadores constantemente.

—Qué horror... ¿Y para qué tanto esfuerzo?

—El gobierno inglés sabía que, para atraer a los colonos, tenían que formar una espina dorsal, el ferrocarril, que comunicara el territorio de un extremo a otro.

—¿No lo utilizaban para transportar mercancías?

—Al principio, no. Fíjate cómo sería que algunos miembros del parlamento inglés lo apodaron «el tren de los lunáticos».

—Mira... —le dije—, debe de ser la verja de la embajada.

Era impresionante.

Unos árboles inmensos tendían sus ramas cubiertas de múltiples flores azules, y sus hojas, leves como plumas, de un verde suave, formaban un elevado túnel.

La misma sensación se repetía más abajo, en otro segundo túnel sugerido por unas esferas azules que se erguían como cabezas de guerreros sobre firmes tallos. Estos surgían de una cascada de hojas finas como lanzas y curvadas como alfanjes.

—¡Dios santo, Cris! ¡Qué belleza!

—Estos árboles imponentes son jacarandas. Debajo de ellos han plantado, con gran acierto, agapantos azules, el *africanlily*.

—Es una bóveda celeste creada por la naturaleza. Y yo que creía que no existía nada como mis robles del País Vasco... —bromeé.

—Cada lugar tiene sus magnificencias, Mayte. Esta tierra te mostrará animales y paisajes prodigiosos.

Cris era feliz cuando sentía que yo apreciaba ese país que él amaba desde niño. Muchiri, al volante, mostraba a través del retrovisor su satisfacción al ver que mi aprecio por su patria era sincero.

Un mayordomo de porte sobrio y con unas extrañas marcas en el rostro nos abrió la puerta.

—*Jumbosana, sir*. Entren, por favor.

Una voz sonó detrás del mayordomo:

—¡Bienvenidos! —Y tras el saludo, el embajador nos presentó—: mi mujer, Carmen. Carmen, te presento a nuestra compatriota Mayte Aldaz, bueno, ahora Mayte Woods.

—Oye, no, que somos españolas —aclaró la embajadora—. En España nunca se pierde el nombre de soltera, ¿verdad, Mayte?

—¿Has oído, Cris? —exclamé—. ¡Si estamos más adelantados que vosotros!

El vestíbulo se prolongaba hasta una cristalera que se abría sobre un esplendoroso jardín. A continuación, a la derecha, un salón blanco, amplio y luminoso, de sofás blancos y blanca chimenea, continuaba hacia una galería de grandes ventanales, que conducía a otro salón de marcado aire colonial. Sujetaban el techo unas vigas de madera oscura y poderosa. De nuevo una gran chimenea presidía la segunda estancia. Los butacones estaban tapizados en telas de algodón de alegres tonalidades, que reavivaban la severidad de la madera de vigas y suelo.

—Hace un día estupendo. ¿Os parece que tomemos el aperitivo en el *makuti*? —propuso la embajadora.

Yo miré a Cris porque no tenía ni idea de qué era el *makuti*.

—Por supuesto —respondió mi marido.

Nos dirigimos hacia un porche abierto con un techo de paja y una sola pared que estaba hecha con finos palos unidos por cuerdas trenzadas de manera artística. Estaba situado en un altozano, lugar estratégico, pues la suave brisa refrescaba el ambiente y al mismo tiempo se contemplaba todo el jardín. Era tan agradable que el embajador pidió que sirvieran allí la comida.

—Aquí usan mucho este tipo de porche —me explicó Carmen— porque, al estar abiertos por los lados, es muy fresco.

—El jardín es una maravilla. ¿Te ocupas tú misma, embajadora? —pregunté.

—Sí, me gusta mucho cuidar las plantas. Son seres vivos muy agradecidos. Y en Kenia, un jardín da enormes satisfacciones.

—Pero debe de ser peligroso, con las serpientes y los insectos venenosos —añadí.

—Vienen a desofidizarlo con regularidad, y jamás salgo a arreglarlo sin unos buenos botos de fuerte cuero, de esos, únicos, que hacen en Salamanca.

—¿Y qué plantas se pueden cultivar?

—Mayte, aquí crece todo. Como no hay heladas, puedes tener daturas de inmensas flores colgantes; toda clase de jengibres con su perfume oriental; y por supuesto, rosas.

—¿Rosas? —pregunté, extrañada.

—Los ingleses trajeron muchas variedades —aclaró ella—, pero la mayoría de plantas que verás en Nairobi son de origen americano.

—¿Cómo llegaron hasta África?

—Los españoles las trajeron del Nuevo Mundo a Europa, y tres siglos más tarde, los ingleses las introdujeron aquí. Y llámame Carmen.

En ese momento el embajador, que había estado hablando con Cris, me dijo:

—Creo que estáis buscando casa. Por este barrio hay algunas muy agradables, aunque el barrio más elegante no es este, sino el de Muthaiga.

—Es cierto —intervino Carmen—, pero en los alrededores se pueden encontrar viviendas bonitas, confortables y con un estupendo jardín. —Y de repente, acordándose de algo, preguntó a su marido—: ¿No nos dijeron el otro día que nuestros vecinos escoceses volvían a Edimburgo?

—Sí —contestó él—, a lo mejor la alquilan.

—Te buscaré el teléfono —se ofreció la embajadora—. La casa está en esta misma calle, un poco más arriba, cerca del bosque de Karura. Estoy segura de que te encantará.

—Está tan cerca, que a veces se oyen los rugidos de los animales.

Mi expresión de pánico les hizo estallar a los tres en una alegre carcajada.

Con el tiempo, descubriría que no era ninguna broma.

Al poco, acordamos vernos a las doce del mediodía con el propietario. Hacía calor y, después de ver muchas casas que me habían decepcionado, no esperaba mucho de esa visita. Atravesamos la hermosa verja y continuamos hacia la casa. Yo no conseguía verla porque el camino era sinuoso y estaba bordeado por frondosos arbustos que la ocultaban totalmente.

Tras un recodo, apareció de manera repentina: se trataba de una construcción de dos plantas de piedra y con el tejado de teja. La puerta de entrada, que estaba entreabierta, era de una madera sólida y oscura; encima de ella, en el segundo piso, un balcón pregonaba el encanto de la casa.

Me gustó en seguida. Pero lo que la hizo fascinante a mis ojos fueron los dos árboles que flanqueaban el que —lo supe de inmediato— sería mi hogar. Sus troncos lisos y sedosos estaban coronados por un sinfín de ramas que aleteaban con la suave brisa de aquel mediodía. Tuve la sensación de que el fuego encendía con miles de

flores sus frescas y ligeras hojas. No necesitaba ver el interior. Era el refugio que había estado buscando.

Por fin, el propietario salió a nuestro encuentro y nos invitó a entrar. El interior no me decepcionó. La entrada era escueta, pero suficiente. A la izquierda se situaba el salón, que abría unas enormes puertas de pequeños cristales hacia un jardín esplendoroso; desde allí pude divisar, al fondo, otro árbol de fuego aún más imponente que los de la fachada. A continuación de esta sala, tras una puerta de madera se accedía a la biblioteca, de considerable tamaño, con librerías de madera rubia que albergaban una ingente variedad de libros.

«Qué lástima... Seguro que se los llevarán», pensé, como si la casa ya fuera mía.

El comedor daba a un amplio *makuti*. Los tres dormitorios se hallaban en el piso superior; la luz entraba a raudales por los abiertos balcones, y la brisa hacía flotar las ligeras cortinas de algodón. Al asomarme a uno de los miradores, el panorama me entusiasmó: detrás de los setos que marcaban el fin de la propiedad se extendía una selva densa, donde los verdes eran variadísimos, y las diversas alturas de los árboles componían un cuadro que sugería una paz infinita.

En esa planta se encontraba también un pequeño cuarto de estar, que correspondía al balcón de la fachada, aquel que abrazaban las ramas de los dos flamboyanes.

Supe también, al recorrer la casa, que quien la hubiera imaginado era una persona de gran sensibilidad.

—Es una casa espléndida —dije con entusiasmo—. ¿La venden o prefieren alquilarla? Carmen no lo recordaba.

—Me ha surgido una importante oportunidad en Escocia, mi tierra. Pero no sé cómo va a resultar. Por eso alquilamos la casa hasta que sepamos si nos quedaremos allí.

—Así que son ustedes escoceses. Me gustó muchísimo Edimburgo, es una magnífica ciudad —comenté, entusiasmada. Una corriente de simpatía fluía entre nosotros.

—Mi mujer es española, del País Vasco, y dice siempre que el carácter franco de los escoceses se parece mucho al de los vascos —aclaró Cris.

—¡Es cierto! —dijo la dueña de la casa—. Cuando visitamos San Sebastián y Bilbao, me sentí como en casa.

Tomamos un corto aperitivo, y empezamos a hablar del alquiler.

—¿No quieres pensarlo, Mayte? —me susurró mi marido—. Podemos ver otras opciones...

—Claro —dijo el propietario—. No hay ninguna prisa.

Su esposa había comprendido que me había enamorado de su casa, y que la cuidaría con cariño.

Entonces ella añadió:

—Hay un solo problema.

Aguardé, expectante.

—No podemos entregársela hasta dentro de veinte días. Empiezo la mudanza la semana que viene.

Respiré aliviada. Ya era mía.

En menos de quince minutos, el trato estaba cerrado.

—Os deseo que seáis tan felices aquí como lo hemos sido nosotros —me dijo ella al despedirme con un abrazo.

A esta siguieron varias visitas para determinar qué muebles, libros y demás enseres se llevaban y cuáles habían decidido dejar. Era fácil entenderse con esa mujer directa y práctica. Sentí haberla conocido cuando ya se marchaban.

Las semanas sucesivas fueron de gran actividad, para comprar aquello que faltaba, cambiar algunas cosas y refrescar otras. Carmen me ayudó en esa tarea con su conocimiento del lugar. Sabía dónde ir, cómo regatear y, al mismo tiempo, ser simpática con la gente. Con ella aprendí ese arte del regateo que tanto aprecian los africanos.

—Me ha dicho mi marido que has estudiado enfermería en España y en Londres —me dijo un día—. ¿No te gustaría acompañarme en alguna de mis visitas a las misiones españolas?

La verdad es que me daba bastante pereza. Esos últimos años, mi vida había sido cómoda y un tanto frívola, de modo que ahora me costaba enfrentarme con la dureza de algunas situaciones. Pero en los ojos de la embajadora percibí la ilusión de incorporarme a alguno de sus proyectos. Teníamos más o menos la misma edad y nos entendíamos de maravilla.

Acepté. Quedamos en ir a Kariubangi al cabo de tres días.

La mañana acordada amaneció radiante. Carmen era una mujer animosa que aureolaba todo lo que emprendía de un entusiasmo singular.

—¡Ya verás qué gente más extraordinaria vas a conocer! No te arrepentirás, te lo aseguro.

—Yo voy feliz contigo, pero, si te soy sincera, no es que el plan me fascine.

—Mayte, puedes ayudarles. Tu conocimiento de enfermería es un tesoro.

—Bueno, veamos hoy. Ya lo pensaré —contesté sin mucha convicción.

Lo que veía a través de los cristales del coche reclamó toda mi atención. Acabábamos de entrar en un barrio de una pobreza extrema. Las calles eran muy estrechas y no estaban asfaltadas; aquí y allá, aparecían oscuros charcos por donde se hundían las ruedas de los coches, dificultando el tráfico. Las chozas, mínimas, a menudo enarbolaban unas grandes hojas verdes colgando al lado de la puerta.

—¿Qué anuncian esas hojas que se ven allí? —pregunté.

—Quiere decir que ahí venden *bangi*, droga.

—¿Droga? Pero ¡qué dices! ¿Dónde me has metido? —dije, enfadada.

—Mayte, no te asustes. Vamos bien protegidas. Mira, esa es la misión. Ya hemos llegado.

Me quedé anonadada. La misión consistía en una casita con un porche abierto al exterior, donde unas monjas vestidas de blanco impoluto curaban a todo aquel que se acercara pidiendo ayuda. Una multitud de mujeres, muchas muy jóvenes, esperaban con sus niños sentadas en la tierra del patio. Dos religiosas atendían a los pacientes, mientras otra se afanaba repartiendo un guiso que sacaba de unas enormes cacerolas. En aquella sórdida atmósfera, las tres «madres blancas» parecían irreales, y la casa, muy vulnerable. Las ventanas estaban parapetadas tras sendas rejas, pero la puerta era tan endeble que una patada bastaría para derribarla.

Al vernos, madre Asunción dejó sus pucheros y nos dio la bienvenida:

—Carmen, guapa, ¡qué alegría verte! Ya te echaba de menos...

—Mira, Asunción, te traigo a una amiga española.

—¿Y viene a ayudar como tú?

—No corras tanto, que la vas a asustar —advirtió mi amiga.

—Bueno, bueno. Iré despacio. No me riñas —contestó.

—Asunción, te presento a Mayte. Es vasca y acaba de llegar a Nairobi, donde su marido trabaja como asesor del ministro de Finanzas.

—¡Qué importante! Tal vez podemos pedirle a tu marido que nos ayude. Siempre estamos a falta de comida y medicamentos.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo Carmen—. Es enfermera.

—¡Ángel de la Guarda! Esa sí que es una noticia, ¡y de las buenas!

Entonces me presentó a sus compañeras:

—Madre Bianca y madre Luisa se ocupan de la enfermería, y yo de intentar paliar el hambre de estas criaturas.

Acto seguido, nuestros dos guardianes sacaron del coche dos grandes sacos y uno más chiquito. De los primeros tomaron las monjas arroz, azúcar, latas de leche y bollos de chocolate para los niños, y de la bolsa pequeña medicinas, analgésicos, antiinflamatorios y apósitos para curar heridas.

Las monjas recibieron todo aquello como si fuera un tesoro, y nos pidieron que repartiéramos nosotras las chucherías de chocolate.

Al reparar los niños lo que tenían delante, se apelotonaron a nuestro alrededor con las manos tendidas hacia nosotras.

Creo que no olvidaré mientras viva las caras de los niños africanos. La alegría que muestran con el brillo de sus ojos, la sonrisa abierta y blanquísima, y el agradecimiento una vez obtenido el codiciado bien fue, es y será siempre la mayor lección de vida que he recibido. Y su alegría fue la mía. Un sentimiento de respeto, y hasta de admiración, me invadió con una dulzura desconocida.

Carmen me miraba y callaba.

Mientras las monjas trajinaban, curando, alimentando y prodigando consuelo, yo observé lo que sucedía detrás de la verja. Unos hombres de horrible catadura miraban hacia el patio donde estábamos nosotras, con expresión torva. Creo que analizaban si valía o no la pena asaltar la misión. Tanto Muchiri como el conductor de Carmen no perdían ripio de la escena. Al cabo de un rato, los maleantes se cansaron y se fueron.

Asunción pidió a sus dos compañeras que se hicieran cargo de los que quedaban, y nos invitó a pasar al interior. Era de una austeridad extrema: una mesa, varias sillas, un sofá que había conocido mejores tiempos, y un par de lámparas formaban todo el mobiliario.

—No es muy bonito, ¿verdad, Mayte? —me preguntó Asunción con una sonrisa—. Pero no lo cambiaría por ningún otro lugar.

Bebimos unos refrescos, que estaban más bien tibios, mientras madre Asunción se disculpaba:

—Ya perdonaréis, pero el generador se nos ha estropeado y no tenemos dinero para arreglarlo.

—Me lo hubieras dicho... —intervino Carmen—. Mañana mismo te mando a alguien para que lo arregle.

Al cabo de un rato de conversación sobre nuestras respectivas familias en España, cuando yo creía que nos marcharíamos, la monja preguntó:

—¿Queréis que hagamos el recorrido de mis parroquianas?

—No, Asunción —respondió Carmen—. Es demasiado para el primer día. No asustes a Mayte. Vamos a ir poco a poco.

—Bueno, como tú digas. ¿Cuándo volverás?

—Pronto. Intentaré encontrarte los medicamentos que no he podido traer hoy. Y haremos juntas las visitas.

—Y tú, Mayte, ¿también vas a venir? —me preguntó.

—No sé, madre Asunción. Depende del día que venga Carmen. —Una pregunta me quemaba los labios, después de lo que había observado—: ¿No tiene usted miedo?

—¡Claro que siento miedo! —Y añadió, castiza—: ¡No fastidies!

—Quizá su hábito le protege —contemporicé.

—Sé que no es así —respondió ella con dulzura—. Sería una inconsciente si no entendiera a qué me arriesgo.

Por fin se sonrieron las dos y se despidieron con un abrazo.

De nuevo unos hombres mal encarados estaban apostados en la puerta.

—Carmen, ¡mira cómo esos hombres esperan en la entrada!

—Son muy peligrosos. Saben que las monjas aconsejan a los jóvenes que se aparten de las drogas, y las detestan. Piensan que les obstruyen el negocio.

—¿Son camellos?

—Me temo que sí.

—¿Y no se puede hacer nada? Esas monjas viven sobre un volcán. Cualquiera día las atacarán...

—Lo sé. Es terrible, Mayte. Ellas son conscientes de que pueden ser violadas y contagiadas del sida, o sufrir una muerte violenta. Les hemos ofrecido mil veces alquilarles un piso en la ciudad y que vengan solo de día a socorrer a esta gente.

—Me parece sensato. Tiene que ser espantoso vivir aquí todos los días.

—¿Sabes? Madre Asunción es la hija única de una familia muy rica de Salamanca, y como habrás imaginado, ha tenido que ser muy atractiva. Pues bien, no hay quien la saque de aquí.

—Sí, antes ha dicho que no cambiaría este lugar por nada. ¿Qué puede impulsar a una persona a enterrarse así en vida?

—Cada vez que se lo digo, me contesta que la necesitan a todas horas. Que la enfermedad, el peligro o el dolor, no espera al día siguiente, que...

—¡Vaya locura! —interrumpí a mi amiga—. Tenemos que sacarlas de ahí.

—Eso pensaba yo. Ahora vengo cada vez más a menudo.

—¡Se han trastornado! ¡Y te han contagiado! ¿Qué les impulsa a semejante chifladura?

—Creo que se llama Amor —contestó Carmen con voz queda.

Por el retrovisor alcancé a ver dos figuras en penumbra que montaban guardia ante una choza, cuya puerta ofrecía *bangi*. Cada uno tenía al cinto una enorme *panga*.

Un escalofrío me recorrió la espalda, dejando una intensa sensación de peligro.

Una vez instalados, por fin llegó el día en que pude tomarme un descanso y salir al jardín a respirar el aromático perfume que empapaba el aire.

El cielo estaba sereno y, sin embargo, como sucede con frecuencia al atardecer durante la estación de las lluvias cortas, de repente el ambiente se hizo denso e irrespirable. Aparecieron unas nubes cargadas de agua, y sin dar tiempo a la retirada, descargaron su líquido tesoro con furia denodada.

No hui. Por el contrario, miré alrededor, y como no vi un alma, improvisé una danza ritual que puso mi piel en estrecho contacto con mi elemento favorito. Dejé que las gotas resbalaran sobre mi cuerpo, como una caricia, y que su frescor me inoculara toda su vivificante energía. Giraba sobre mí misma una y otra vez, observando aquel espectáculo de inusitada fuerza, y tomando parte del mismo. *Rusty*, mi mastín de Rodesia, acompañaba mi baile con sus ladridos, agradecido por la inesperada diversión. De manera tan súbita como comenzó, el aguacero se detuvo.

Las últimas gotas de lluvia se habían quedado prendidas en las hojas de los árboles y arbustos. Eran como perlas transparentes que se diluían por la superficie

nítida del jardín. Un rayo de sol penetró violentamente la densidad del parque, haciendo brillar los vivos colores de las numerosas flores. Traspasaba las gotas de agua, que espejeaban en su lenta caída hacia la tierra, que, empapada, desprendía un denso olor. Aspiré con fruición. Adoraba la estación de las lluvias cortas. Un chaparrón tropical, potente y decidido, limpiaba en unos instantes la cargada atmósfera, para dejar una estela de etéreos cristales de agua que se posaban sobre tierra, troncos, hojas, piedras y flora, ennobleciéndolos con su manto.

Estaba ensimismada en mi comunión con la naturaleza, cuando, en uno de mis giros, me paré en seco. Dos pares de ojos me observaban con asombro infinito.

Cris, atónito, y a su lado Carmen me miraban sin decir palabra.

—Yo, la lluvia, el olor de la tierra... —intenté justificarme.

La sonora carcajada de mi marido me hizo recuperarme.

—No necesitas disculparte. Supe que te gustaría Kenia, pero nunca pude imaginar que te convertirías en un chamán y que dominarías la lluvia, haciéndola caer a tu voluntad.

—Mayte, he venido a traerte un regalo para tu «puerto de refugio», como tú lo llamas. Pero entra en casa y sécate. ¡Estás empapada! —me animó Carmen.

Y riendo, fuimos los tres hacia la entrada del salón. En efecto, Kenia empezaba a formar parte de mí. No sabía entonces que aquella casa sería el escenario de los acontecimientos más felices y los más desgraciados de mi vida.

El Kilimanjaro

Febrero de 1982

Cris me había prometido que, una vez instalados, me llevaría a conocer la montaña más bella del mundo, en un safari que no olvidaría jamás.

—¡Ah! Quieres decir que volvemos al Monte Urgull, donde nos casamos —le dije en broma.

—Mayte, vas a contemplar la montaña más alta de África. Mis amigos, Lynn y Terry Knox, lo han organizado todo.

—Me acuerdo de ellos. Me los presentaste en el club Muthaiga.

—¡Exacto!

—Tienen varios camiones donde almacenan tiendas de campaña —continuó—, cacharros de cocina y todo lo necesario para que el parque de Amboseli se convierta en un hotel de cinco estrellas.

Permanecí callada, expectante.

—Allí se eleva esa maravilla de la naturaleza, a casi seis mil metros de altitud. Es portentosa, ya lo verás.

—La verdad es que me gustaría mucho estar contigo, lejos de tu trabajo y de las preocupaciones. Mientras tuve que buscar los muebles, montar la casa y organizarlo todo para que funcionara, no he podido sentirme sola. Pero ahora...

—Sé que he estado muchas horas en el ministerio. Era necesario. Ya te advertí que las primeras semanas tendría que ser así.

—Lo sé. No me estoy lamentando. Además, Carmen se ha portado muy bien conmigo. Me ha acompañado a todas partes.

—Bueno... Será un largo fin de semana —concluyó—. Y creo que lo recordarás durante años. Espero que te guste tanto como a mí.

No quise decirle el pensamiento que asaltó mi mente. Me ocurría con demasiada frecuencia. Ansiaba tener un hijo. Soñaba con él. Durante los primeros años en Londres, la novedad de mi situación, los estudios y las prácticas de enfermería, y sobre todo mi juventud, hicieron que me dedicara a disfrutar de la vida y de todo aquello que nunca había tenido.

Ahora, en esa casa acogedora, en ese mágico jardín, con tantas horas libres, notaba una ausencia, un hueco en mis días, que se hacía sentir cada vez con mayor intensidad. Sin embargo, mi marido no daba signos de impaciencia. Según los médicos, no existía ninguna razón que me impidiera ser madre. Y sin embargo, esa

criatura no llegaba.

Emprendimos el viaje unos días más tarde, muy temprano, con la amanecida. La temperatura era suave. El sol pugnaba por salir y desentrañar las tinieblas que aún cubrían la tierra. Unos minutos más tarde, su luz potente y vivificante iluminaba los verdes cafetales de los antiguos territorios de los kikuyu.

Unos granos rojos y brillantes se convertirían, tras madurar, en ese aromático producto que es el café arábica.

La carretera nos conducía hacia el sur, pero antes almorzaríamos en casa de unos amigos, a orillas del lago Naivasha. Cris me había dicho que me reservaba una sorpresa antes del inicio del valle.

La entrada del Rift me impresionó sobremanera.

—Cris, es magnífico. ¡Qué espectáculo! ¡Grandioso!

—Mira hacia la derecha. Allí está, al fondo, la escarpadura de Elgeyo.

—Impresionante. Parece no tener fin...

—Es cierto. La cadena montañosa se inicia al norte, en Turkana, y recorre Kenia hacia el sur.

Mi marido estaba radiante. Su felicidad, la dicha de recorrer la tierra de su juventud, la memoria viva de todos aquellos lugares extraordinarios, iluminaban su rostro con un entusiasmo insólito en él.

—¡Fíjate en ese cono grisáceo que se alza poderoso! ¡Es el volcán Longonot!

—¿Y qué son esas manchas verdes tan brillantes?

—Son las famosas huertas de Naivasha; ahora las verás. Gran parte de las frutas y verduras que se consumen en Nairobi proceden de este valle.

—El agua del lago brilla como un espejo... —exclamé, admirada.

—Es por el reflejo del sol, pero cuando te acerques, comprobarás que tiene las aguas más azules que jamás hayas contemplado.

—Me quedaría aquí toda la vida. ¡Qué paz!

—Te quedan otras maravillas que contemplar. Ahora pasaremos por la Garganta del Infierno. ¡Atenta, que es un paso peligroso!

—Cris, no me pongas nerviosa, que me acuerdo de las historias de Betty.

—Tranquilízate. Será un día inolvidable.

Paseé la vista por aquel prodigio de la madre tierra, sintiendo el aire puro de las Tierras Altas, el olor incontaminado de la montaña, y gozando de un momento único.

Comenzamos el descenso hacia el lago, y, al poco tiempo, nos encontrábamos frente a la fortaleza roja que formaba la Garganta del Infierno.

Muchiri, el conductor, redujo la marcha para que pudiéramos paladear la fuerte sensación que producía las elevadas escarpaduras de un rojo intenso.

Por fin avistamos la casa que se divisaba inmersa entre unos árboles poderosos.

Nuestros amigos nos esperaban, impacientes, en la entrada del jardín. Eran solo

las doce, pero, como buenos ingleses, debían de almorzar temprano.

—Estábamos preocupados... Había entendido que llegaríais hacia las once —dijo Archibald.

—Sí —respondió Cris—. Eso quería, y así tener más tiempo para charlar y veros. Pero Mayte se ha quedado extasiada en la entrada del valle, y nos hemos retrasado gozando del panorama. Lo siento.

—No hay nada que sentir —contestó una voz femenina a mi lado—. Si ha sabido apreciar la hermosura de este lugar, sé que nos entenderemos bien. Mayte, soy Arabella. ¡Bienvenida al paraíso terrenal!

Arabella, como el sonido de su nombre, era la clásica inglesa: muy rubia, alta y con unos ojos azules rientes. Su manera de relacionarse con los demás era directa y franca, y yo me sentí en seguida acogida en su hogar.

Al traspasar la verja, dos inmensos fiebres amarillas casi tan grandes como el del hotel Stanley se erguían como guardianes silenciosos. Toqué su corteza, pasando suavemente los dedos por su vestidura brillante y sedosa. Alcé la vista para ver el final, y permanecí un instante admirando la multitud de ramas, largas, cortas, gruesas o delgadas, que se entrelazaban de manera intrincada. Formaban una bóveda vegetal por la que se filtraba la luz, creando un ajedrez de sombras y claridad, en el verde claro del césped. Era un desafío para cualquier pintor.

—Veo que te gusta la naturaleza —dijo mi nueva amiga—. Yo soy una apasionada de ella. Trabajo horas entre mis plantas, y en ese tiempo palpo la felicidad con la palma de mi mano.

—A mí también me gustan mucho las plantas. Me crié en el norte de España, en un jardín que yo creía mágico.

—Y posiblemente lo era —añadió, decidida—. Bueno, seguro que lo era.

Nos encaminamos hacia la casa a través de un frondoso jardín. Arabella aspiraba con fruición el perfume de las distintas flores, que yo no conseguía identificar.

—Voy a enseñarte el jardín, y luego descenderemos hasta el lago. Más tarde, si te interesa, te mostraré mi sanctasanctorum: mi rosaeda.

—Por supuesto que me interesa.

Nunca me habían gustado especialmente, pero Arabella imprimía a todo lo que hacía tal entusiasmo, que yo hubiera acabado interesada por cualquier cosa que ella llevara a cabo.

—¡Santo cielo! ¿Qué es eso?

Mi anfitriona dirigió la mirada hacia el lugar que le indicaba. Con enorme satisfacción soltó una carcajada.

—Sorprendente, ¿verdad, Mayte?

—¡Es una hermosura! ¿Qué plantas son? —pregunté con auténtica curiosidad.

—Son papiros que crecen en el borde del lago, junto al embarcadero.

En efecto, unas esplendorosas plantas de un verde intenso se elevaban, gráciles, hacia el cielo y abrían su corazón rojo, refulgente, en un torbellino de color.

Las aguas del Naivasha eran del azul de los zafiros; el cielo, de un azul ultramar, insólito a la altura a la que nos encontrábamos. Enmudecí por la sorpresa. Arabella me miraba complacida. Por fin pude articular algún sonido.

—¡Qué magnífico lugar! Vivir aquí debe de ser lo más parecido al paraíso para un pintor. ¡Qué colores, qué luz, qué atmósfera!

—Así es, Mayte. Tenemos una finca muy cerca donde producimos verduras y hortalizas. Pero aquí, en este lugar donde tú estás, he pintado mis mejores acuarelas.

—¿Y dónde cultivas las rosas?

—Chis... espera. Es muy posible que se acerquen algunos pájaros a beber. Son muchos los que habitan en este entorno.

—¿Se acercarán a pesar de nuestra presencia?

—Sí, están muy habituados. Es cierto que al atardecer es cuando llegan en bandadas, pero si estamos tranquilas y sin hablar, vendrán.

—¿De verdad?

—Sí. Mientras tanto, disfrutemos de esta vista única.

—Tienes razón.

Al poco tiempo avistamos un águila que planeaba sobre las aguas del lago. Volaba majestuosa, despacio, posiblemente preparando la estrategia de su ataque a los abundantes peces que le servirían de alimento.

La voz de mi amiga interrumpió mis pensamientos:

—Me encantaría que te quedaras al atardecer para oír los trinos. Son tan variados como su plumaje y sus hábitos, pero sé que Cris no quiere llegar tarde al campamento.

—¿Y las rosas? No me dejarás sin verlas, ¿no? ¡Cuánto me gustaría estar contigo cuando las pintes!

—Por supuesto. Vamos allá.

Tras unos setos recortados con esmero, Arabella había plantado una rosaleta que supe valorar en toda su belleza. Unos círculos concéntricos trazados con exactitud se abrazaban entre sí hasta llegar al centro, en el que una fuente de piedra, muy sencilla, animaba con su música líquida la venida de los pájaros.

—Es una preciosidad. Yo no soy ninguna experta, pero sé cuándo algo está cuidado con amor.

—Así es. Esta rosaleta es mi «*pride and joy*», «mi orgullo y mi alegría», como decimos los ingleses.

—No debe de ser fácil con este clima...

—Al revés. Es sencillo —me interrumpió mi amiga—. Tengo variedades de Inglaterra, otras francesas, chinas, y todas crecen bien.

—Veo que únicamente tienes rosas que van del marfil, pasando por todos los tonos de rosa, hasta el púrpura más oscuro. No hay blanco ni amarillo.

—Sí las tengo, y me encantan. Pero están en otro lugar. Manías de pintora: armonías de color.

—¡Cómo me gustaría aprender! ¿Me ayudarías a plantar una rosaeda en mi jardín? Está asilvestrado.

—¡Por supuesto! Antes deberías conocer las variedades, aprender sus características, reconocer tus preferidas... Un jardín puede convertirse en un gran placer.

Una leve brisa me trajo un torbellino de fragancias, a cual más exquisita e intensa, que dominaron mis sentidos. La esencia que Solita Irigoyen usaba se enseñoreó de mis recuerdos. Una suave sensación de bienestar invadió mi ser.

—¿Cómo es posible? —exclamé en voz alta.

—¿Qué es lo que es posible, querida?

—El penetrante aroma de tus flores me ha traído, a velocidad vertiginosa, a alguien que fue muy importante en mi infancia. ¡Está tan lejos! ¡Han pasado tantos años!

—¡El perfume! Ningún otro elemento consigue evocar, de manera inmediata, un tiempo feliz.

La voz potente de Archi nos sacó de nuestras divagaciones:

—¡Vamos, chicas! La comida está lista. ¡Cuidado, Mayte! Si dejas que Arabella te inocule el veneno de sus rosas, ¡estás perdida! Viaja con rosas en las maletas.

La mesa estaba colocada en un porche a la sombra, pues el sol a esa hora calentaba con decisión. Unas trepadoras enredaban sus gráciles ramas cargadas de rosas blancas, destilando su olor fresco y punzante. Los platos de cerámica estaban pintados con motivos de rosas. Imaginé que era obra de mi amiga.

—¿También has pintado tú estos platos? ¿Cómo es posible? ¿Es que no duermes nunca?

—No —contestó ella—. Es muy aburrido.

Y se echó a reír con una risa que nos contagió a todos. Era un matrimonio estupendo. Tenían aficiones similares, y se entendían y respetaban, pero sobre todo existía entre ellos, y era evidente, una ternura que solo podía proceder de un gran amor que se había remansado. Charlamos de mil cosas, como si nos conociéramos desde niños, y cuando llegó la hora de marcharnos, me expresé con toda naturalidad:

—¡Qué pena que no podamos quedarnos, Cris!

—¡Ya te dije que estarías encantada con Arabella!

—¿Seguro que tenemos que llegar hoy a Amboseli?

—Mayte, nos esperan. Lo tienen todo organizado —recordó mi marido.

—Te aseguro que vas a visitar uno de los lugares más fascinantes del planeta. Y

Cris te lo ha organizado de forma sorprendente. —Y entonces anunció Arabella—: La semana que viene iré a verte a Nairobi.

—¿Prometido? —dije.

—¡Palabra! Y ya lo sabes: siempre serás bienvenida en mi casa.

La potente belleza de Naivasha y la bondad de Arabella me habían conquistado. No sabía aún lo importante que su amistad iba a ser en el difícil futuro.

Todavía nos quedaban muchas millas por recorrer, y yo veía que a Cris le inquietaba que nos hubiéramos demorado más de la cuenta. Para mí, conocer a los Carter había sido una bendición. Me sentía agradecida por haber encontrado una simpatía tan espontánea y, creía yo, sincera entre gentes que hasta entonces eran unos perfectos extraños.

El carácter responsable y la total disponibilidad de Cris hacia sus amigos contribuían a que me abrieran muchas puertas. Era el inicio. A mí me correspondería mantenerlas abiertas.

Apenas acabamos de salir de la finca de nuestros amigos, cuando nos encontramos, en la carretera, con un pelotón, ¡eran tantos!, de jóvenes que corrían en precisa formación. Sus cuerpos atléticos, bien entrenados, se movían en una cadencia regular y armónica, que resultaba un bello espectáculo. Alguno de ellos conseguía adelantar al resto, lo que espoleaba a los demás a esforzarse aún más.

—¡Qué popular es el deporte en esta zona! —comenté, un tanto asombrada.

—Son atletas que se entrenan para diversas competiciones nacionales e internacionales.

—¿Y vienen aquí a correr? ¿Por qué?

—Puede ser que alguno de ellos sea de otra región, pero la gran mayoría pertenecen a la tribu de los kalenjin.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso tienen algunas marcas en la cara o el cuerpo, como los kikuyus?

—No es eso. Los kalenjin han vivido aquí durante generaciones, ya sea porque este es un terreno idóneo para la competición...

Ahí interrumpí a mi marido:

—¿No será que están acostumbrados a correr para escapar de las fieras?

—Esa es la broma que hace la gente que no conoce Kenia.

—Entonces, ¿a qué se debe?

—A la excelente complexión atlética de los hombres de esta tribu, que les hace vencer incluso en las olimpiadas.

Pude apreciar un tamizado orgullo en esas palabras. Su país natal le había dejado una poderosa impronta en el corazón.

—Es cierto —dije—. Siempre hay muchos kenianos entre las medallas de oro y plata.

Él asintió con agrado y añadió:

—Las mujeres también empiezan a competir y ganar premios.

—¿Y dónde están? No veo a ninguna...

—Están aún ocupadas con sus labores en el campo o atendiendo a los hijos. Creo que entrenan más tarde.

Me impresionaba la capacidad de trabajo de la mujer africana. Lo que decía mi marido era cierto. Eran la espina dorsal del país. Sin ellas, se hubiera desmoronado. El campo, las oficinas, la casa, los hijos, la competición... Llegaban a todo. Estiraban las horas del día para cubrir las numerosas actividades a las que se entregaban con una sincera alegría. Así era la mayoría. Sentí una profunda admiración por esas mujeres, a quienes empezaba a apreciar en su justa medida. No todas. Una de ellas intentaría hacerme daño. Pero yo aún no lo sabía.

Por fin, llegamos de noche cerrada. Al no haber luna, el crepitar del fuego entre las piedras era el polo de atracción del campamento. Se habían instalado en el lugar favorito de Cris: un claro entre unos altísimos árboles, cuyas numerosas ramas empezaban a varios metros de altura, formando una acogedora bóveda.

Además de Lynn y Terry, vinieron a saludarnos los otros componentes de la expedición, los porteadores, el cocinero, la lavandera y los dos conductores. ¡Toda esa gente para atendernos! ¡Mi marido había tirado la casa por la ventana!

No quisimos cenar, pues la comida de Arabella había sido tan copiosa que estábamos como boas. Nos sentamos un rato junto al fuego, saboreando un ligero té, y Terry empezó a contarnos sus historias de cuando aún se cazaba en Kenia. Nosotros estábamos cansados y nos fuimos a dormir.

Cris me despertó para ver la montaña mágica y salimos para no perdernos el despertar de la naturaleza. Lo había previsto todo: ante nosotros se alzaba una enorme sombra que se intuía imponente.

El Kilimanjaro se elevaba en la planicie con ímpetu glorioso, en la noche misteriosa a punto de ser desvelada. La tierra se alzaba en las tinieblas con energía, para abrazar el cielo. Los árboles de la sabana se recortaban, sinuosos, sobre una tenue luz que asomaba en la inmensidad del lejano horizonte. Y de repente, una explosión de claridad nos cegó. Pudimos entonces entrever unas nubes que formaban una corona alrededor de la montaña, realzando así la altura de la imperiosa cumbre cubierta de nieve. Los fiebre amarilla que se extendían en el infinito de Amboseli filtraban la luz temblorosa del amanecer, en un territorio impregnado de misterio.

Guardamos silencio hasta que, poco a poco, el sol se adueñó de todo el parque y comenzaron los ruidos de la vida palpitante que despertaba en la naturaleza.

Lynn y Terry se habían esmerado en preparar un safari digno de un rey. En cuanto el sol descubrió la realidad, esta superaba mi mejor fantasía. Las tiendas de campaña verde oscuro se fundían a la perfección con el entorno, y se complementaban con un

porche exterior, donde unos ligeros muebles de campaña, de una madera clara, posiblemente de Zanzíbar, invitaban al *dolce far niente*.

Una música de ópera, la *Norma* que tanto me gustaba, repartía sus exquisitas notas entre la sabana iluminada por el astro matutino. En otra carpa nos esperaba un desayuno succulento y variadísimo: zumo de naranja recién exprimido en una sutil jarra de cristal; un frutero de estaño bruñido con frutas tropicales —mangos, piñas, papayas, cocos frescos y plátanos— y unos cruasanes recién horneados que lucían su dorada corteza, flanqueados por una luciente barra de mantequilla.

Nos sentamos hambrientos y dispuestos a dar buena cuenta de semejante festín. Uno de los empleados se acercó con una cafetera que desprendía su inconfundible e invitante aroma. La porcelana inglesa era de refinada factura, Royal Albert creo, y las copas, de sólido cristal portugués.

Embriagada por la música, el sabor y los perfumes de los alimentos, la delicada porcelana y la visión de una naturaleza incontaminada, me dejé acariciar por mis sentidos y cerré los ojos para guardar en mi memoria ese instante de magia.

Un grito aterrador me sacó de mi ensoñación. No pude dar crédito a lo que veía: un enorme elefante macho, con afiladas defensas de viejo jefe de la manada, se acercaba lento pero con decisión. Por indicación de Terry, nos levantamos con mucha precaución, sin hacer gestos bruscos y sin perder de vista al gigantesco animal. Este probó los distintos platos de nuestra mesa, y debieron de gustarle, porque siguió comiendo con fruición nuestros manjares. Parecía complacido y nos ignoraba.

Apenas nos habíamos alejado unos metros, cuando, al paladear algo que no fue de su gusto, inició nuestro tormento, pues azotó con la trompa alimentos, bandejas, platos y tazas de porcelana, así como el cristal, causando un crujido ensordecedor, a la par que bramaba con furia por nuestro mal paladar.

Con un golpe ensordecedor partió la mesa, esparciendo su contenido por el suelo. No contento con la barahúnda que había formado, se dedicó a pisotear con ahínco nuestro precioso menaje, hasta dejarlo perfectamente aniquilado. Para terminar, de un rápido trompazo, rompió el mástil que sujetaba la tienda, cayendo esta vencida. Una vez que hubo completado el castigo, se marchó tranquilo, sin dignarse dirigirnos una sola mirada.

Durante unos instantes todos permanecemos inmóviles, sin poder creer lo que acabábamos de presenciar. Pronto nos sorprendió una carcajada: Lynn, cámara en ristre, había tenido la presencia de ánimo de grabar la insólita escena, y se felicitaba por su suerte.

—Pero... Lynn, ¿te ha dejado sin vajilla, sin cristalería, sin comida...! — compadecí, consternada.

—No pasa nada, Mayte —intervino Terry, tan contento como su mujer—. En tantos años de safaris, nunca habíamos vivido esta experiencia. —Y abrazando a su

mujer exclamó—: ¡Eres única, *darling!*

—¿En qué beberemos ahora y qué comeremos? —pregunté, alarmada.

—No te preocupes. Las provisiones son abundantes; siempre traigo otra vajilla y otra cristalería. Tendréis todo lo necesario.

—Lynn, ha destrozado todo. ¿No estás enfadada? —dije, asombrada.

—Ni lo más mínimo. Ese elefante ha destruido cosas que se pueden reponer. Pero nos ha regalado una experiencia irrepetible.

—Tiene razón —repuse—. Hemos contemplado la fuerza de la naturaleza en todo su poderío.

Los empleados kenianos no parecían compartir el entusiasmo de sus jefes, y seguían parapetados tras los árboles cercanos, oteando el horizonte por si su salvaje visitante volvía a las andadas.

Cuando Cris y yo estuvimos solos, le comenté todavía aturdida:

—Tus amigos son un poco raros. Parecía que estaban agradecidos a esa bestia irrefrenable por su ataque a un pacífico desayuno.

—Son ingleses. —Fue la escueta respuesta de mi marido.

—Es una forma distinta de ver lo sucedido —argumenté—. Tendré que aprender tanto...

—¡Esa es mi chica! Así me gusta. —Y con una sonrisa me propuso—: Deberíamos salir antes de que haga demasiado calor y los animales se escondan en la sombra. Vamos.

Yo no las tenía todas conmigo, pero comprendí que dejaría muy mal a mi marido si me negaba a seguir con el programa establecido. Además, lo había organizado con tal ilusión...

Hice acopio de un valor que no tenía, me calcé unas botas altas y de fuerte cuero, y me lancé a la aventura. No me arrepentí de aquello.

Dominada por el altivo Kilimanjaro, la sabana se extendía hasta el infinito. Los matorrales espinosos y las altas acacias rodeaban unas imponentes rocas grises. El fondo ocre de hierbas secas realzaba las franjas de hierba fresca, verde y succulenta, que rodeaban una charca de agua a cuyo reclamo acudían elegantes jirafas balanceándose sobre sus largas patas; antílopes de mirada tímida, siempre al acecho del posible atacante; facocheros de cuerpo rotundo y cómico trotar, con sus crías retozando alrededor...

Así tuvo que ser el inicio del mundo: limpio, silencioso, nítido, perfecto. Una sensación de bienestar inundó mi corazón.

Abracé a Cris con agradecimiento por tan singular regalo, y él, sonriendo, me indicó que guardara silencio y que me fijara en un árbol cercano.

Agucé la vista. Una manada de leones —un macho, dos hembras y cinco o seis cachorros reunidos en familia— parecía aguardar algo o a alguien.

En los alrededores, unas cebras pastaban tranquilas sin percibir el peligro que acechaba desde la distancia. Las dos leonas se incorporaron con lentitud, estiraron su cuerpo como si se prepararan para una competición y comenzaron a desplazarse, concentradas, en total silencio. Sus movimientos eran acompasados, elásticos, y avanzaban casi pegadas a la tierra. Los arbustos les servían de escondrijo y, camufladas entre las hierbas ocres de la sabana, se acercaron a las confiadas cebras. Estas movían constantemente sus colas, como un péndulo, acariciando sus grupas de rayas blancas y negras. Una de ellas alzó la cabeza alertada por la proximidad de un movimiento felino. Emprendió la manada una pronta huida, pero ya era demasiado tarde para una de las más jóvenes. En su desesperada carrera, no pudo evitar que una leona le diera alcance, mientras la otra le atacaba de frente, sin darle tiempo a reaccionar.

Intentó el pobre animal defenderse con unas tremendas coces, pero la fiera no soltaba a su presa y hundía sus colmillos cada vez con más fuerza. Tras unos instantes de lucha a muerte, se oyó un estertor final y el precioso animal fue arrastrado junto al resto de los leones, dispuestos a repartirse el tan preciado botín.

La magnificencia y el horror de Kenia aparecían juntos, indisolubles, como si el bien no pudiera existir sin el mal y viceversa.

Al atardecer Cris y yo nos sentamos en la entrada de nuestra tienda, desde donde gozábamos de una vista esplendorosa de la gran montaña. Saboreando un estimulante gin-tonic, dejamos pasar el tiempo, en silencio, imbuidos de respeto ante la magnificencia de esa naturaleza incontaminada. Las sombras de penumbra cubrían ya la tierra, pero en el cielo, un resplandor de oro y púrpura iluminaba unos jirones de nubes cárdenas que flotaban, etéreas, acompañando al sol en su viaje hacia otras tierras.

Un camarero vino a encender la vela de *citronella*, que ahuyentaría a los mosquitos con su fresco aroma. La luz difusa del candelabro incitaba a la confianza, la magia, el misterio.

—En el fondo —rompí la quietud—, lo que hemos visto esta mañana es el fiel reflejo de nuestro mundo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cris.

—El mundo de los animales tiene sus reglas: caza el que tiene que comer; protege la madre a la cría; la unión de cada especie hace la fuerza; el solitario ha de ingeniárselas para ser el más fuerte, o el más astuto.

—En cierto sentido —añadió mi marido—, las fieras que llamamos «salvajes» son menos crueles que algunos hombres. No matan por placer. Solo en caso de necesidad.

—Sí, pero en ningún lugar he visto el reflejo del supremo bien, de la belleza extrema, en el mismo tiempo y lugar... El terror y la muerte.

—Mayte, *darling*, esta es ciertamente una tierra de contrastes. No olvides que, en el momento más idílico, puede surgir el peligro, el mal.

—En nuestras sociedades intentamos dar un barniz de civilización, pero las pasiones siguen dominando el mundo —afirmé—. El amor y el odio están estrechamente ligados; la devoción y el desprecio; la admiración y la envidia...

Un beso largo, profundo, cerró mis labios.

—Mi amor y mi pasión por ti no cambiarán nunca.

Esa noche, después de la cena, Lynn nos animó a tomar una copa junto al fuego. Terry, que de costumbre era un hombre de pocas palabras, se apasionó al hablar de los tiempos pasados en su adorada Kenia.

—¿Te acuerdas, Cris, cuando íbamos con nuestros padres de caza?

—Esta tierra era...

Terry lo interrumpió para decir con entusiasmo:

—La sabana aparecía como en el primer día de la creación; la vida era más auténtica; el hombre, con su inteligencia, se enfrentaba a la fuerza del animal; la aventura, el peligro, la lucha... y el triunfo. ¡Qué tiempos!

—Ahora, con la prohibición de cazar, el turismo ha progresado al abrir el abanico a los no cazadores —aventuré.

—¡Qué disparate, querida amiga! —exclamó el ex cazador—. En el año 1977, cuando se prohibió la caza, se abrieron las fronteras a los verdaderos depredadores: ¡los furtivos!

—Me temo que es cierto, Mayte —apostilló mi marido—. La demanda de marfil y del cuerno del rinoceronte, y las elevadas sumas que se pagan en el mercado por ellos, empuja a los delincuentes a obtenerlos por cualquier método.

—Estas llanuras fueron el paraíso —continuó Terry—. El cazador respeta de manera inequívoca a su adversario, la fiera, con la que se mide en un duelo ritual.

Yo no estaba tan convencida de sus palabras. Y al ver mi gesto de incredulidad, Lynn intervino:

—Así es. Los profesionales aman esta tierra. Para ellos, es la última frontera, el hombre en su estado natural.

—Sin embargo —corroboró mi marido—, los furtivos, incitada su codicia por las altas ganancias que les ofrecen las organizaciones internacionales, están dispuestos a cualquier salvajada.

—Es fácil de entender —dijo Terry, ya embalado—. Estos furtivos abaten a rinocerontes y elefantes con metralletas de acerada precisión. Los animales no tienen una sola probabilidad.

—El gobierno keniano persigue a estos malhechores... —aventuré.

—Sí, pero los bandidos, muchos de ellos somalíes, eternos enemigos de Kenia, están mucho mejor equipados. Están financiados por esas organizaciones comerciales

sin escrúpulos, que luego distribuyen el marfil y polvo de cuerno en todo el mundo.

—¿Para qué quieren el cuerno de rinoceronte?

—Aunque se ha demostrado que es falso, existe la creencia de que es afrodisíaco —aclaró Lynn.

—No sé si conoces a Eric Lundgren. Es un antiguo cazador blanco —intervino Terry—. Él podría describirte las horripilantes escenas que ha visto: magníficos ejemplares de elefantes y rinocerontes, con heridas ensangrentadas donde antes estaban colmillos y cuernos; patas cercenadas...

—Los cazadores también ostentan sus trofeos en sus casas... —No pude acabar porque mi marido intervino.

—Los furtivos matan sin criterio de selección. Aniquilan por dinero...

—Y sin ningún respeto —le interrumpió Terry—. Desprecian las cuotas, la deportividad, las hembras preñadas, o todo aquello que hacía de la caza un deporte noble, y de la sabana de Kenia un lugar único en el mundo. —Suspiró y retomó su discurso—. De hecho, cada año decrece el número de ejemplares de los «cinco grandes», león, leopardo, elefante, rinoceronte y búfalo.

—Sí, eso he oído —asentí.

—Es cierto que se están tomando medidas —admitió el ex cazador—, pero no son suficientes. Este país tiene un gran potencial con el turismo. Si pierde los animales, que son su riqueza, pierde su economía y su esencia.

Siguió un largo silencio. Empecé a comprender a esos hombres y mujeres que habían vivido con la naturaleza.

Incluso los porteadores y ayudantes, atentos a la conversación, habían escuchado con atención, introduciendo breves datos.

Pude percibir una poderosa conexión entre hombres tan diversos, de distinta raza y condición, pero unidos por el potente instinto de la vida en su estado primigenio: la coexistencia con la naturaleza.

La jornada siguiente amaneció gris y desabrida. Una niebla sinuosa y perversa desdibujaba los perfiles de la maleza, los árboles y las montañas, que parecían fundirse en la mañana cenicienta. El desayuno transcurrió esta vez en calma, y a continuación salimos para un recorrido por la sabana. La víspera había sido un día plagado de emociones, y mi curiosidad me hacía estar alerta para no perderme ningún acontecimiento.

Pero no sucedió nada. Los animales se habían refugiado en sus guaridas, en previsión de la inminente lluvia, y todo parecía muy tranquilo.

Un rayo de sol traspasó de manera inesperada las nubes e iluminó con luz cegadora los ocres campos. Uno de los kenianos susurró:

—*Twiga*, ¡jirafa!

Como por ensalmo, unas tímidas jirafas hicieron su aparición. En todos los años

que he pasado en África, nunca me cansé de mirar a las jirafas. La elegancia en sus desplazamientos lentos, su celeridad al escapar del depredador, su magnífica piel dibujada en extraordinaria geometría, el intenso color de su cuerpo...

Estaban muy cerca y nosotros guardábamos un silencio sepulcral para no ahuyentarlas. Ellas se dirigieron hacia unas acacias vecinas y comenzaron su almuerzo. Sorteaban con extrema habilidad las agudas púas del fiebre amarilla, introduciendo sus labios entre sus ramas para obtener los tiernos brotes del succulento árbol. Al alargar su cuello para alcanzar las ramas más altas, parecían esculturas.

Una cría, debía de tener apenas unas horas, buscaba con ansia el alimento en las ubres de su madre. Esta le lamía suavemente, con ternura, animándole a seguir. Yo las contemplaba, fascinada. Terry me susurró que si quería ver otros animales debíamos marcharnos a un lugar detrás de las colinas.

—Ya iremos por la tarde, si te parece —le dije—. Me gustaría quedarme aquí un poco más. —Y volviéndome a Cris, murmuré—: ¡Los instantes mágicos hay que saborearlos! Fíjate en la luz dorada, en estos animales tan bellos, tan etéreos, ¡y en el olor de la tierra!

Cuando regresamos al campamento, me invadía una intensa felicidad. Acabada la comida, nos dirigimos en todoterreno al lugar que Terry había sugerido. Allí pudimos observar elefantes, rinocerontes, búfalos y unos nerviosos antílopes pequeños llamados *dik-dik*, que convivían en esa naturaleza primigenia que aún era posible disfrutar en Kenia.

Por la noche la conversación alrededor del fuego tomó un cariz muy diferente al de la velada anterior.

—¿Cómo te encuentras en tu trabajo, Cris? —preguntó Terry.

—Al principio tuve que dedicarle muchas horas. De hecho, esa es la razón por la que quise compensar a Mayte con este safari. Me he visto obligado a dejarla sola durante muchos días.

—Me encanta que lo hayas hecho —intervino Lynn dirigiéndose a mí—. Así hemos podido compartir contigo la maravillosa experiencia que supone descubrir el Kilimanjaro.

—Tú conoces a la perfección el terreno que pisas, Cris —volvió a la carga Terry—, pero no está de más que mantengas la guardia alta.

Mi marido dirigió una mirada rauda a su amigo, pero ya era tarde. Mi alarma había saltado.

—¿Tu misión encierra algún peligro? ¿Tu cometido no era simplemente asesorar?

O sea que me había ocultado algo, que no era todo tan sencillo como él lo había descrito. Y yo pensando en las cortinas, los sofás y las cacerolas.

—No seas alarmista —respondió mi marido a su amigo—. Sabes que soy consciente de la lucha por el poder que tiene lugar dentro del gabinete. Pero eso no

me incumbe. Aconsejo. No tengo que tomar decisiones.

—El descontento por la corrupción es como un reguero de pólvora que amenaza nuestro país —insistió Lynn—. Bajo la aparente tranquilidad en la ciudad, puede esconderse una revuelta.

—No lo creo. —Cris taladraba con la mirada a sus amigos—. Si hubiera la menor conspiración, al presidente le cogerá preparado.

—Pues se rumorea que hay un movimiento llamado Mwa Kenia que está recolectando muchos adeptos en la universidad —apuntó Lynn.

Mi marido contuvo un gesto de impaciencia.

—Son apenas unos cuantos estudiantes, Lynn. No te equivoques.

Terry volvió a la carga ante la irritación de mi marido:

—Al parecer, hay bastantes profesores implicados. El descontento de los militares y universitarios es tan patente, que incluso preocupa al presidente, quien sabe que, entre sus ministros, hay hombres ambiciosos que pueden codiciar su puesto.

—También sabe que, antes de anhelar su puesto, han de eliminarse los unos a los otros —apuntó Lynn.

Yo escuchaba sorprendida ante la inquietud de unas personas que querían a Cris.

—Exacto, Lynn —respondió mi marido—. Están demasiado ocupados observándose. Soy nada más un funcionario que dará su leal consejo, y que no tiene poder para empujar la balanza en pro de uno u otro. —Se levantó entonces y con un deje de impaciencia me sugirió—: Vamos, Mayte, es muy tarde. Mañana hay que madrugar.

Ya en nuestra tienda, le pregunté sobre la preocupación manifiesta de sus amigos, pero él le restó importancia, como quien aparta un mal pensamiento. Pero yo dormí mal, preocupada por las dudas que bullían en mi mente.

¿Eran sus amigos unos exaltados, o bien mi marido intentaba ocultarme una emergencia real?

La estridente belleza de Kenia, y el reverso de su medalla, la extrema violencia, habían dejado la impronta de una huella imborrable. Era solo el comienzo.

La revuelta

Agosto de 1982

Habían pasado los meses y mi vida en Nairobi se desarrollaba sin sobresaltos. Poco a poco iba conociendo ese fascinante país, tan diferente, tan pegado a la realidad, tan sencillo y tan complejo. Mi jardín mejoraba por momentos. Por consejo de Arabella, había creado mi propia rosaleda, que me daba muchas satisfacciones, porque el suave clima era un soporte formidable para casi todo tipo de plantas. La tierra roja y pletórica de nutrientes hacía que mis rosas crecieran a ojos vista.

Mi casa era un hogar cálido y confortable. Pero era más que eso. Poseía una magia especial y algunas ventanas daban al bosque de Karura, que se perdía entre árboles centenarios hacia el horizonte; otras miraban a rincones misteriosos de los que yo sola tenía el secreto. Sentía que, de alguna manera, esa casa me esperaba desde hacía muchos años.

Y sin embargo, un extraño vacío interior mortificaba mis momentos de soledad; era un anhelo de vida, un objetivo pleno, un amor entrañable, una necesidad de compartir esa existencia tan hermosa con otro ser: alguien a quien cuidar.

Pensé que quizá debería ofrecerme para ayudar en las muchas misiones que había en Nairobi, ser útil, hacer algo más que ir a safaris, acudir a cenas y gozar de mi maravillosa casa.

Ese día amaneció con un sol radiante. Tras marcharse Cris temprano, decidí acercarme al barrio de los comerciantes indios para buscar unas telas que necesitaba para los muebles del jardín. Muchiri, según él por orden de mi marido, se empeñó en acompañarme. De todas las ideas brillantes por las que estoy en deuda con él, esta fue la más clarividente.

Al enfilar la avenida Kenyatta, le pedí a Muchiri que se dirigiera primero a la calle Biashara, donde tenía que recoger una mesa. Aparcó al lado de la tienda, y cuando yo llevaba unos minutos dentro, entró mi fiel acompañante con expresión alarmada.

—*Mensab*, será mejor que regresemos a casa. Se oyen gritos y tumulto del lado de la universidad.

—Será una manifestación de estudiantes. Andan revueltos.

—Insisto. Acaba de pasar un grupo de gente enardecida, con palos y bastones. No sé qué sucede, pero no es nada bueno, *mensab*.

El dueño de la tienda intervino:

—Haga caso a Muchiri. A veces la violencia aumenta con las horas. Es mejor que se vaya. Yo voy a cerrar ahora mismo.

Se oían ya las voces airadas de un gran número de gentes. Salimos y me quedé petrificada. No era una simple algarada estudiantil. Sentí el peligro de la revolución en mi piel. Todos los recuerdos más amargos de Betty se agolparon en mi mente. Un sudor frío empapó mi cuerpo, y Muchiri tuvo que tirar de mi brazo para que le siguiera. Atravesamos la calle para coger el coche, pero una multitud encolerizada nos cortó el paso. Unas mujeres indias, algunas con sus niños, intentaban escapar en dirección contraria a University Way, pero los amotinados se lo impidieron. La de más edad les suplicó que les dejaran marcharse. La respuesta fue contundente.

Sin mediar palabra, uno de los más jóvenes se abalanzó sobre ella y, agarrándola del pelo, la tiró al suelo y la arrastró varios metros, mientras le gritaba:

—¡Así haremos con todos los de vuestra ralea! ¡A por ellos!

Nos miraron un instante. El que parecía el cabecilla se dirigió a Muchiri en dialecto kikuyu. Tras unas breves palabras, el jefe decidió dejarnos en paz, y se volvió de nuevo hacia los suyos, gritando:

—¡A por ellos! ¡Es nuestro gran día!

Y partieron enloquecidos hacia los comercios de los indios, con intenciones bien claras.

—*Haraka, mensab!* ¡Deprisa, deprisa!

Muchiri se abalanzó hacia el coche, me empujó dentro y arrancó como una centella. Aunque dio un rodeo para evitar las calles adyacentes a la universidad, pudimos ver, por las bocacalles, los duros enfrentamientos que se estaban produciendo entre la policía y los manifestantes.

Muchos yacían heridos en el suelo, otros corrían intentando evitar la violencia, unos cuantos procuraban refugio en cualquier portal o tienda que continuara abierta. Y de repente, como airados truenos, pasaron varios aviones, y tras ellos otros, y luego más aún, hasta que el cielo reventó con un ruido ensordecedor.

Yo estaba desconcertada. ¿Sería un nuevo brote del Mau-Mau? No, era demasiado absurdo. Lo más probable era que los revoltosos estudiantes hubieran protestado más de la cuenta.

Empezaba a sentir cómo el miedo roía mi estómago, tenía la boca seca, y mi corazón latía a toda prisa. A pesar de la velocidad a la que Muchiri conducía, oíamos tiros aislados y, de vez en cuando, el sonido rítmico de alguna metralleta.

—¡*Mensab*, al suelo! —me gritó mi chófer.

Con un viraje rápido, subió el coche a la acera, evitando así un retén de hombres armados de *pangas*, que nos daban el alto. Empezábamos a alejarnos del centro, en dirección a casa.

—¡No! ¡Vamos a la embajada!

Carmen me recibió con alivio.

—¡Por fin! He llamado a tu casa varias veces, y al no encontrarte, me he asustado. ¿Dónde estabas?

—Salí esta mañana muy temprano, y me ha cogido la revuelta en la ciudad. ¡No puedes imaginar la que se está armando!

—Lo sé. Me telefoneó Paco para decirme que no se me ocurriera salir. Y para que te avisara.

—Ahora que lo pienso, Cris debe de haberlo intentado.

—Llámale de inmediato. Estará preocupadísimo.

Mi marido respondió con voz inquieta:

—Mayte, ¿dónde estás?

—En la embajada, con Carmen. Estoy bien.

—¡Qué alivio! Quédate ahí hasta que yo vuelva. Iré en cuanto pueda.

—¿Qué está sucediendo? ¡Cuéntamelo, por favor! Estoy angustiada.

—Es un complot de las fuerzas aéreas. No sé los detalles, pero no creo que nosotros tengamos nada que temer. El presidente se ha hecho cargo de la situación. El golpe de Estado no prosperará.

—¡Qué barbaridad! Eso es terrible...

—Sí, lo es, Mayte. Pero estate tranquila. El ministro me ha cedido dos policías, que estarán en la puerta y velarán por nuestra seguridad.

—Carmen nos ha ofrecido que nos traslademos a la embajada, en caso de peligro. —Escruté el tono de mi marido al darme la respuesta.

—Por el momento, todo es muy confuso. Ahora que sé que estás a salvo, estoy más tranquilo para hacer mi trabajo. Tardaré lo menos posible. Espérame ahí.

Encendimos la radio. En *La voz de Kenia*, un representante del Consejo de la Redención del Pueblo anunciaba con voz marcial:

—Las bases aéreas de Nanyuki, Eastleigh y Embakasi han sido tomadas por las fuerzas liberadoras, para acabar con la corrupción de la clase política y su despiadada represión.

Varias emisoras repetían el mismo mensaje. El golpe parecía triunfar. Y no conocíamos ni el signo de la revuelta, ni quién la impulsaba, ni qué fines perseguían.

Una exclamación de Carmen me sacó de mis cavilaciones:

—¡Menos mal que los chicos se habían ido ya de vacaciones!

—¿Habéis conseguido hablar con ellos?

—Sí, ya saben que estamos bien, pero intuyen que la situación es muy incierta y están preocupados. La más alarmada es mi madre. Es mayor, y todo se le hace un mundo. —Y añadió—: Mayte, ¿has avisado a tu madre y a tu hermana?

—No. Como ves, no he tenido ocasión.

—Ven. Llámalas. Debes tranquilizarlas.

—Demasiado tarde. ¡Han cortado la línea de teléfono!

—No te preocupes. Paco las avisará a través del ministerio.

En ese instante apareció el embajador con una expresión turbada que se empeñaba en disimular.

Nada más iniciar nuestra batería de preguntas, escuché cómo un automóvil se acercaba a toda velocidad. Corrí a su encuentro y vi a Cris entrando por la puerta. Me abracé a él como quien se ha salvado de un naufragio. Él me estrechó con fuerza, me acarició el pelo con ternura y yo me sentí protegida, segura.

Estábamos ávidas de conocer lo que sucedía. La información de Paco, unida a la de Cris, nos daría una visión bastante rigurosa de los hechos.

—Es descorazonador pensar que se haya producido esta situación en uno de los países más estables del continente africano —se lamentó el embajador.

—Sobre todo cuando habían superado los inquietantes ataques del exterior —añadió Cris.

—¿A qué ataques te refieres? —pregunté, alarmada.

—A los conflictos de fronteras que en el pasado tuvieron lugar con Somalia, Etiopía, Tanzania y Uganda.

—¿Cómo pudo un país naciente enfrentarse a tantos enemigos? —pregunté.

—Porque Gran Bretaña y Estados Unidos les brindaron una sólida y numerosa ayuda militar.

—Aunque no fue fácil —apuntó el embajador—. El bloque soviético respaldaba a Etiopía, Somalia y Tanzania.

—Y el estallido de hoy... —Carmen, intrigada—. ¿Cuál es el origen de esta rabia, de esta turbulencia?

Esta vez fue Cris quien respondió:

—Un análisis riguroso de la sociedad keniana revela que, a pesar del crecimiento económico que disfrutó este país desde la independencia, experimentó un factor que podía, y pudo, desestabilizarlo.

—¿Cuál es? —pregunté, impaciente.

Mi marido me miró, satisfecho de mi interés.

—El crecimiento vertiginoso de la población. —Y añadió con énfasis—: Un sesenta y dos por ciento en diez años, entre 1969 y 1979.

—Bien, Cris, ese es el origen. Pero ¿quién, cómo y cuándo se ha organizado? —Paco ansiaba conocer los autores de la revuelta.

—El malestar y la furia contenida estaban ahí, soterradas. Mira, Paco, quizá desde 1969, cuando asesinaron a Tom Mboya, y 1975, cuando mataron a Josiah Kariuki. La rabia se ha ido acumulando.

—¿Eran tan populares? —Mi perplejidad iba en aumento.

—Kenia procede de una sociedad tribal. La democracia ha impuesto un sistema

que no era el suyo, donde el equilibrio de fuerzas era primordial. Mboya era luo, admirado y católico; Kariuki, que era tan influyente, procedía de la tribu kikuyu, etnia que luchó en primera línea para conseguir la independencia y...

—Y ahora se veían desplazados del poder —dedujo Paco.

—Ahí está —corroboró mi marido—. Tanto Mboya como Kariuki habían criticado abiertamente al gobierno.

Los tres estábamos pendientes del acertado análisis que Cris desarrollaba.

—Es casi seguro —continuó— que los altos mandos de las fuerzas aéreas están implicados, y la mayoría de ellos son kikuyus. En estas situaciones los odios se desatan, y ya han muerto ciento cincuenta personas.

Una imagen me vino a la mente: mis amigas de la comunidad india.

—Los amotinados gritaban en la calle «¡A por los indios!». ¿Los han atacado?

—Sí. Las agresiones a comercios y negocios han sido numerosas, y las pérdidas, cuantiosas.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras un hilo de voz salía de mi garganta:

—¿Es posible una guerra como en tiempos del Mau-Mau?

—No lo creo. —Mi marido parecía sincero—. Esta vez no es un pueblo contra quien ellos consideraban «el invasor». La mecha que ha provocado el incendio es la falta de trabajo, la miseria, la desesperación...

—¿Silvia Dan corre peligro? —pregunté asustada.

—No, Mayte. Paco la ha traído aquí con su hijo. Están a salvo.

De pronto, alguien pidió permiso para entrar.

—Adelante, pase.

—Embajador, no han comido nada. ¿Quiere que preparemos la cena? Muchiri pregunta qué debe hacer...

—El intrépido y fiel Muchiri... ¡No sabes cómo se ha portado! —informé a mi marido—. Ha demostrado una inteligencia y sangre fría dignas de los mejores.

—Voy ahora mismo a agradecerse.

Ya en la mesa continuamos preguntando a Cris. Todos estábamos interesados en los acontecimientos que podrían marcar nuestras vidas, además, para Paco, el conocimiento de mi marido tenía un inmenso valor profesional.

—¿Cuál será la reacción del gobierno?

—El afán del gobierno se centrará en investigar hasta qué punto la rebeldía de los oficiales se ramifica en la Universidad de Nairobi y qué tipo de apoyo han recibido de esta.

—¿Y por qué esa sospecha?

—Es complejo, Carmen. —Se detuvo y suspiró—. Primero, muchos de los rebeldes se graduaron en esa universidad; y segundo, el rápido crecimiento de las fuerzas aéreas hizo que el alojamiento para los oficiales no fuera suficiente. ¿Dónde

residían estos aviadores?

Esperó una respuesta que ninguno de nosotros conocía. Estábamos pendientes de sus labios.

—En la residencia de estudiantes de la universidad.

—¡Menudo foco de rebelión! —exclamé, asombrada—. ¿Y qué medidas tomará el presidente?

—Aquí no se andan con chiquitas —opinó Paco—. Cerrarán la universidad.

—Y buscarán hasta el último culpable de sedición —remató Cris.

Permanecimos en silencio, reflexionando sobre las consecuencias de todo eso.

—Estos desórdenes tendrán una influencia muy negativa en el turismo de Kenia, que tanto lo necesita —expresé con sincera tristeza.

—Es una pena... Todo indicaba que la ingente labor que se ha llevado a cabo en la educación había de conducir al progreso.

Paco conocía el esfuerzo que había hecho el gobierno por elevar la instrucción de los kenianos. Pero Cris, muy a su pesar, tuvo que rebatirle el argumento.

—Por el contrario, el hecho de tener una sociedad poblada mayoritariamente por jóvenes, universitarios y sin perspectivas de un trabajo digno, ha sido un factor decisivo que ha incitado a la rebelión.

Carmen escuchaba con evidente deseo de formular una pregunta.

—¿Y a qué se deben los ataques a los negocios de los indios?

—Es cierto que dominan el comercio. Ciertamente es también que se debe a su laboriosidad. Pero viven replegados sobre su propia comunidad, sin mezclarse con nadie.

Yo observaba a Silvia. La amenaza a su comunidad era real, y, sin embargo, ella mostraba una gran serenidad. Admiré su entereza y pensé que debía ser una mujer fuerte y determinada.

—Cris, tu explicación ha sido muy ilustrativa. Pero ahora deberíamos irnos a dormir porque mañana será de grandes empeños. Tendremos que poner en marcha el plan de emergencia que ha preparado mi compañero.

—¿Lo pondréis en marcha sin esperar a que se aclare la situación?

—Claro. Aguardaremos el desarrollo de esta revuelta, y estaremos en contacto por radio con nuestros compatriotas. Pero, si es necesario, iremos a rescatar a quien lo necesite.

Una extraña calma dominaba la ciudad. Era como si todo y todos temieran la reacción del gobierno, que sí resultó contundente. Como habían intuido Cris y el embajador, cerraron la universidad, atribuyéndole un protagonismo desmedido como foco de la rebelión.

La depuración de las fuerzas aéreas fue sistemática. Su comandante, el teniente general Peter Kariuki, un destacado kikuyu, fue detenido y juzgado en corte marcial.

Le sentenciaron a cuatro años de prisión. Igual suerte corrieron muchos de los jóvenes oficiales, casi todos kikuyus, que eran profesionales con un alto nivel de instrucción.

Aprovecharon también para exiliar, en sus respectivas provincias y con la prohibición expresa de acercarse a Nairobi, a todo político incómodo que perteneciera a una etnia con poder y prestigio, como era el caso de los luos y los kikuyus.

En ese ambiente de conspiración y represalia, los centros educativos de los misioneros españoles eran un puerto de refugio para todas aquellas muchachas que deseaban trabajar y formarse en una atmósfera serena.

Por esos tiempos a Carmen le dio por pensar que yo había de ser muy útil a las misiones españolas. Mis estudios de enfermería me convertían, según ella, en una asesora imprescindible.

Al principio le oía como quien oye llover, pero una vez a solas con mi conciencia, me daba cuenta de la existencia privilegiada que yo disfrutaba, y de las carencias de muchas de las gentes del país. Decidí, pues, acompañar a mi amiga a sus visitas periódicas a instituciones españolas. Si la primera había sido Kariubangi, la segunda fue una escuela de formación profesional llamada Kianda. Era femenina y multirracial.

Cuando la inauguraron, encarnaba una idea innovadora y arriesgada. Al entrar en el colegio, me llamó la atención una frase en un marco en la pared: «No hay más que una raza. La raza de los hijos de Dios.»

—¡Es admirable! —exclamé, entusiasmada—. ¿Quién es el autor de ese pensamiento universal?

Esther, una de las profesoras españolas, respondió con satisfacción:

—Es de nuestro fundador, monseñor Escrivá de Balaguer.

La visita nos mostró un entorno cuidado, limpiísimo y acogedor. La seriedad reinaba en las aulas. La alegría, en el comedor y el recreo.

Algunas de las profesoras más jóvenes eran africanas, antiguas alumnas del propio centro. Todas caminaban erguidas, conscientes de su propia dignidad. Manifesté mi curiosidad a nuestra guía:

—La mujer en Kenia está muy sometida al hombre. ¿Cómo es posible que aquí se les vea tan afirmadas?

—El principio de igualdad es rigurosamente respetado —aclaró con entusiasmo—. Igualdad de razas, de géneros... Ellas acceden a la formación, que a su vez genera libertad. Y la libertad concede dignidad.

—Podéis contar conmigo en lo que pueda ayudaros. —Carmen me miraba complacida—. Trabajáis para ayudar a las mujeres africanas. Y ellas cambiarán el continente.

Tras el temor sufrido por la revuelta de los aviadores y sus consecuencias, que nos habían forzado a permanecer en Nairobi, Cris había decidido cambiar de aires y mostrarme la Kenia que él amaba. Así que me propuso pasar la Navidad en uno de los parques más salvajes e impactantes del país. Nos encaminábamos al Tsavo, lugar de leyendas y dramas conocido como la tierra de los más feroces leones.

Habíamos dejado atrás el territorio de los kikuyu, las verdes colinas de los cultivos del té donde las mujeres, vestidas con sus pareos llamados *kangas*, trazaban líneas de brillantes colores entre las hojas lucientes. Portaban unas cestas de mimbrres claros sobre la cabeza, con un porte de indiscutible elegancia. Más adelante, el paisaje se hizo cada vez más seco y desolado. Eran tierras áridas punteadas por escasos matorrales y las esplendorosas acacias de tronco amarillo. Sus ramas se extendían como manos anhelantes que imploraran el ansiado regalo de la lluvia.

Poco a poco el panorama fue cambiando de nuevo: aquí y allá, unas suaves colinas surgían de una tierra de un tono rojo intenso, contrastando con la vegetación fresca y verde. Unas extrañas formaciones crecían del suelo cárdeno, punteando el paisaje de colinas, cual dedos gigantes que apuntaban al cielo, parecía un capricho de la naturaleza.

—¿Qué montículos tan curiosos! ¿Son rocas?

—Aunque parezca mentira, son los habitáculos de las termitas.

—¿No es posible! —Mi asombro iba en aumento—. Esos insectos tan pequeños, ¿son capaces de construir semejantes enormidades?

—Albergan miles de termitas, en dédalos de pasillos y cámaras. Su organización es extraordinaria.

—¿Podremos ir a verlas de cerca?

—Ni se te ocurra. —Cris parecía horrorizado—. ¿Pueden ser letales!

Una vez más, un hermoso elemento de la naturaleza escondía un funesto desenlace. La vida y la muerte eran dos caras de la misma moneda.

Nuestro hotel se hallaba en lo alto de una colina que dominaba el valle. Desde allí, la vista cortaba la respiración. Nada más llegar al albergue, Cris me animó a salir para intentar ver algunos animales antes del anochecer. Tenía razón. En el llano podríamos encontrar una manada de elefantes. Los machos iban delante, como inspeccionando el terreno y preparándolo para el pasaje seguro del resto de la familia. Cuando lo consideraron a salvo, animaron con sus bramidos al resto de la cuadrilla.

Las hembras se acercaron entonces trotando alegremente, seguidas de sus crías. Uno de ellos se agarraba a su madre cogiéndole del rabo con su trompa. Y comenzaron a pastar y a coger brotes tiernos de las ramas que estaban a su alcance. La escena, tan bucólica, rezumaba tranquilidad.

Nos acercamos con precaución. Unos hombres que parecían cuidarlos nos hicieron señas para que nos acercáramos sin temor. Yo me quedé embobada mirando

a una hembra que amamantaba a su pequeño. Entonces noté una presencia, y al volverme, me encontré, observándome a mi lado, a un imponente elefante.

Me sentí sobrecogida por su inmensidad. Creo que ni respiré. Bien plantado sobre sus cuatro patas, lucía unas defensas amarillentas y melladas, resultado de múltiples escaramuzas en la sabana. Movía la trompa de un lado a otro, cosa que me intranquilizó sobremanera; las orejas, desplegadas en toda su magnitud, y la enorme cabeza bien erguida, le daban un aspecto majestuoso que no pude evitar admirar, a pesar del temor que sentía.

—No hagas ningún movimiento brusco, Mayte. No te preocupes. Son elefantes casi domesticados. No te hará ningún daño —me indicó Cris.

—Ya. Pero que se acerque uno de los vigilantes. Estaré más tranquila —dije.

Se aproximó el más alto de todos, y me dio unos trozos de mango pringosos, que yo miré con asombro.

—Es la comida favorita de los elefantes, *mensab*. Su perfume atraerá a los demás —anunció, sonriente.

La sonrisa es algo cotidiano en África. Muchas veces me he preguntado cómo es posible que hombres y mujeres con problemas acuciantes pudieran sonreír tanto y con tanta convicción. Realmente me admiraba el ánimo generoso, y el entusiasmo por la vida, de esas gentes alegres y valerosas.

De nuevo vi la hembra con su cría. Al principio se acercaron cautelosas, pero el aroma de la succulenta fruta pudo más que su prevención y acabaron comiendo de mi mano. Con infinita ternura, cedía la madre al hijo los mejores trozos. Todo me recordaba la ansiedad que me invadía cada vez con más fuerza. Habían pasado muchos años y el hijo tan deseado no llegaba. «¿Cuándo tendré yo la felicidad de saber lo que es ser madre?»

Al retorno hacia Nairobi, me aguardaba un hecho singular que siempre recordaría. En Europa hemos olvidado la naturaleza capturados por la fuerza de las ciudades, hasta tal punto que, yo por lo menos, tenía unas ideas equivocadas sobre los animales. Eran eso: animales.

En el coche, Muchiri tuvo que dar un frenazo al toparnos con unos amables policías que detuvieron nuestro automóvil.

—La carretera está cortada. No se puede pasar.

—¿Qué sucede, agente? —preguntó Cris.

—No se preocupe, señor. Un coche ha atropellado a un mandril, y su manada está velando el cuerpo.

Creí no haber oído bien: ¿no se podía pasar porque un mono había sido atropellado?

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar? —dije, irritada.

—¡Quién sabe, *mensab*! Hasta que acaben con el duelo —contestó, serio, el

guardia, y señaló hacia un grupo de hombres que conferenciaban con toda seriedad.

Cris me informó que eran encargados de la seguridad del parque del Tsavo, cuya misión era vigilar y proteger a los animales.

—Estoy seguro —bromeó mi marido— de que son una familia extensa, y tendrán que esperar a que lleguen los parientes de provincias.

Le miré atónita.

—¿Quieres decir que esos monos van a celebrar un funeral por uno de los suyos, y la comunicación con la capital quedará cerrada hasta que acaben con sus ritos?

—Así es —rio, divertido con mi asombro—. Será mejor que demos media vuelta y volvamos al hotel a pasar la noche. A menos que quieras quedarte a ver el espectáculo...

—¡Qué dices! ¡Cómo vamos a quedarnos aquí, sin saber el tiempo que necesitarán estos simios!

Dimos la vuelta, y yo iba pensando en lo que acababa de presenciar. Cris respetó mi silencio un rato, y luego me indicó:

—Mayte, esto que has contemplado prueba que los animales son capaces de actuar con inteligencia.

—Nunca lo he dudado, pero ¡es asombroso! Están organizando un velorio, y hasta que no estén todos, y concluyan, no se irán. ¡Como en la sociedad de los humanos!

—Ahora comprendes lo fascinante que fue mi infancia en esta tierra magnífica, diferente, cruel y sanguinaria... pero sin duda, mágica.

—¡Claro! Debe de ser el sueño de todos los niños: la libertad de los espacios abiertos, los animales...

Me quedé de nuevo pensativa hasta que, unos minutos después, Cris exclamó:

—¿Qué piensas?

—Me parece que si los animales son capaces de inteligencia, lo que nos distingue de ellos es la capacidad de reflexión.

—Eso es —añadió él—. La posibilidad de pensar y cambiar el rumbo de nuestras vidas...

—«Cambiar el rumbo de nuestras vidas» —repetí—. Nada nos obliga a continuar con un amor que nunca nos amará; a perseguir una felicidad que nunca será nuestra...

—¡Oiga, señora Woods! ¡Que estoy aquí y la quiero! ¡Que solo vivo para que sea feliz! ¿A qué vienen esas divagaciones?

Me acurruqué en sus brazos, pesarosa de haberme ido por los cerros de Úbeda, sembrando intranquilidad en un hombre tan generoso.

En seguida llegamos al hotel, donde, por fortuna, todavía tenían libre nuestra habitación. A la mañana siguiente, en el desayuno, leímos en el periódico local que el tránsito se restablecería tras el amanecer, cuando los monos hubieran terminado. Los

mandriles habían organizado un funeral de postín.

Habían pasado muchos años y al ansia inicial de gozar de todo aquello que la vida me ofrecía, de consolidar mi matrimonio e iniciar una vida profesional, se sobreponía un anhelo menos obvio, pero creciente a medida que pasaba el tiempo. Todo en esta naturaleza fecunda me recordaba lo que a mí me faltaba.

Quizá fuera el reloj biológico, pero mi ansia de ser madre me acompañaba de continuo. Las visitas a los proyectos de los misioneros y de las ONG me marcaban la necesidad de un mundo más trascendente, más espiritual, y ello me llevó a desear, por encima de todo, dar un hijo a Cris y volcar en ambos el amor que mi marido merecía.

Ese domingo de noviembre, el Evangelio de la misa incitaba.

—Creced y multiplicaos...

Y yo sentí un acerado dolor, pues me asaltó la extraña premonición de que nunca lo lograría. Unos días más tarde, comencé a marearme y a tener náuseas. Al ver que no mejoraba, decidí ir al médico, dispuesta a que me encontrara cualquier extraña enfermedad de los trópicos. Un simple examen confirmó al doctor su primera intuición.

—Querida Mayte...

—¿Qué tengo? ¡Dímelo cuanto antes! ¿Es grave? ¿Tiene cura?

Su amplia sonrisa me tranquilizó de inmediato.

—La tiene. Dentro de nueve meses.

La frase era bien explícita, y sin embargo mi mente no se permitía aceptarla. ¡Habían sido tantas las desilusiones! ¡Cuántas veces creí estar en estado, y la esperanza se había desvanecido!

—Mayte, me parece que no lo entiendes: estás embarazada.

—¿Embarazada? ¿Quieres decir que estoy esperando un niño?

—¿Será posible que te cueste tanto comprenderlo? Así es: dentro de unos siete meses y medio tendrás un niño o una niña.

—¿Y está bien esa niña o niño?

Sonrió ante la preocupación que desataba en mí la aceptación de esa ansiada realidad.

—Es muy pronto para hacer una ecografía, pero tu estado de salud es óptimo. Si sigues unas sencillas normas, todo irá bien.

Yo flotaba en una atmósfera irreal, donde ni siquiera Cris tenía cabida. Había esperado demasiado tiempo; el desencanto se había repetido demasiadas veces. Ahora necesitaba unas horas para asimilar el esplendor de mi nueva situación. No sé cuántas horas pasé ensimismada, paseando o sentada en el jardín, sin comer, regocijándome en una realidad que ya creía imposible.

Al atardecer, entré en casa y planeé cómo contárselo a Cris. Como sucedía

siempre que tenía que comunicar algo importante a mi marido, cuidé todos los detalles. Él, al llegar, se asombró de mi refinado aspecto, de las numerosas velas con perfume de vainilla que aromaban nuestro dormitorio, y sobre todo, de la inmensa felicidad que leyó en mi semblante.

Nunca olvidaré la explosión de alegría de ese hombre, tan moderado en sus manifestaciones, cuando le anuncié su paternidad.

Creí que le conocía, pero la noticia despertó en mi marido un sentimiento nuevo. Un caudal de ternura se apoderó de él, y lo derrochaba sobre mí haciendo que me sintiera la mujer más afortunada del planeta.

Ahora estaba segura: Cris era el hombre de mi vida, y yo haría que nuestra familia fuera la más unida, dichosa, perfecta.

El nacimiento de un ángel

Julio de 1984

Con el nacimiento de Cristina, el mundo entero cambió para mí. Me embargaba una poderosa sensación de armonía y plenitud. Cris, que siempre fue un compañero generoso y dedicado, se enriqueció como ser humano. Su amor nos envolvía como un cálido velo.

La llegada de nuestra hija había significado el milagro que anhelábamos, pero que nunca se realizaba. Mi vida era ahora un círculo mágico. Una isla varada en un mar en calma, bajo un cielo sereno. No echaba de menos nada ni a nadie.

Comencé a dar gracias a ese Dios que había tenido tan olvidado, culpándole, con infantil actitud, de las penurias pasadas. Como si Él hubiera tenido la responsabilidad de la maldad humana.

Un haz de luz dorada entró por el balcón, anunciando un nuevo día. Estaba dando el pecho a mi hija, y el compendio de todas estas reflexiones y la realidad de mi ventura fueron de tal intensidad, que mis ojos se llenaron de lágrimas de gratitud.

Cris se despertó con la claridad del amanecer, y al vernos a las dos, una amplia sonrisa iluminó su rostro. Pero cuando se percató de mis lágrimas, la sorpresa cambió su expresión.

—¿Qué te ocurre, *darling*? —preguntó con voz afligida—. ¿Te encuentras bien? ¿Le pasa algo a la niña?

—No, no —dije yo, alegre—. Es la emoción, la felicidad...

No pude continuar; el llanto se hizo irreprimible.

—¡Mayte, me preocupas! Dime qué te sucede.

—Es dicha... es amor. Es gratitud por ser tan afortunada —contesté, más serena.

—¿Y esos sollozos?

—Es un llanto que sana, que cura pasadas heridas, incluso el desamor de mi padre, que me ha perseguido en una pesadilla sin fin.

—¡Cómo no me di cuenta de que el dolor era tan profundo! —exclamó Cris, asombrado.

—Nuestra hija tiene mucha suerte de tenerte como padre.

Nos abrazamos con Cristina entre nosotros. Fui consciente de que estaba viviendo uno de esos instantes que no se olvidan jamás.

La venida al mundo de Tina nos había conmocionado a todos. Anne, una chica eficiente y dedicada, me ayudaba a cuidarla. Se había formado en Kianda, y era uno

de los seres más responsables que he conocido. En seguida se hizo querer por todos, y respondía a ese cariño con afectuoso respeto.

Mi madre atribuía connotaciones milagrosas a ese nacimiento, y le preocupaba que la niña no fuera bautizada en el seno del catolicismo. Cuando le anuncié que nuestra hija sería cristianada en la Nunciatura, cesaron sus temores.

El nuncio, español, era un personaje entrañable, dedicado a pastorear sus ovejas, pero con una gran simpatía y sentido del humor. Debo admitir que tenía la alegría de los santos.

Una de las más entusiastas al recibir la noticia fue Betty Ashcroft, quien, ante mi asombro, preguntó de inmediato la fecha del bautizo. Deseaba acudir a la ceremonia. Durante nuestros breves viajes a Londres, nos vimos siempre y hablábamos por teléfono con frecuencia.

—Betty, sé cómo te sentirás en este país. Lo que sufriste en Kenia...

—No digas nada más —contestó, resuelta—. Iré al bautizo. Tú dime cuándo.

—Sé lo que significa para ti. Y te agradezco tu intención.

—Mayte, tal vez sea la ocasión para acabar con mis fantasmas.

—Quédate entonces con nosotros, en casa.

—Mil gracias, pero iré al hotel Norfolk. Mi tía es propietaria de unas acciones de esa compañía, y me tratarán con mimo.

—¿Estás segura?

—He iniciado ya mi catarsis.

No sabía en ese momento los terribles sucesos en los que habría de acompañarme.

The Lunatic Express

1986

Había esperado tanto tiempo a esa niña, que durante meses no consentí separarme un minuto de esa hija que, para mí, era un auténtico milagro. Apenas había salido de su cuarto, volvía para comprobar que seguía respirando, que tenía la carita sonrosada y que disfrutaba de un sueño placentero.

Mi marido, al principio, estaba encantado, pero cuando comencé a rehusar acompañarle a sus cenas y compromisos, empezó a echar de menos a la compañera que yo había sido para él. Tras varias conversaciones, me convenció de la necesidad de normalizar nuestra vida. La verdad era que Anne se había convertido en la ayuda perfecta para criar a mi hija.

Por fin Cris había logrado convencerme, y me llevaba, en un romántico viaje a Mombasa, a celebrar el nacimiento de Cristina.

—¡No lo olvidarás jamás! —me dijo.

Viajaríamos en ferrocarril desde Nairobi hasta la costa, atravesando la llanura de los kikuyu y el Tsavo. Todas las leyendas sobre la construcción de esa vía férrea se me agolpaban en la mente. Las penalidades sufridas por los trabajadores a causa de la dureza del clima, tórrido y húmedo, y el acoso mortal de elefantes y leones, se me antojaban un suplicio.

Nos adjudicaron un compartimento decorado a la antigua, como los ingleses deseaban que fuera, para recordarles su confortable vida de Inglaterra.

Pero esa decoración resultaba un despropósito en esas latitudes. Un terciopelo granate cubría los asientos que por la noche se convertirían en camas. Daba agobio solo mirarlos.

El tren se adentraba con lentitud en aquel territorio cercano al mito. Nos dirigimos al vagón restaurante para cenar. El menú anunciaba una comida deliciosa y excesivamente abundante: consomé al jerez, tilapia a las hierbas, solomillo de impala y sorbete de mango.

Apenas levanté la vista de la carta, una divertida escena me hizo sonreír: una mujer esplendorosa, morena, de intensa mirada oscura, y con un escotadísimo vestido de seda roja, hacía monerías a un hombre pálido y rubio que la miraba embobado. En la mesa de al lado, un obispo anglicano, con su hábito púrpura y la cruz sobre el pecho, seguía comiendo, impertérrito, mientras su discreta esposa no atinaba con los cubiertos, azorada por la osadía de la libertina de colorado.

Era tal el contraste entre las dos parejas, que hice una seña a mi marido para que viera el espectáculo. Cris, con un ligero gesto, me indicó que estuviéramos a lo nuestro. ¡Era tan inglés!

Volví a fijarme en la mesa; la vajilla de porcelana blanca, muy elegante, llevaba grabadas unas iniciales, «E. A. R. & H.», que me produjeron curiosidad.

—¿Qué significan estas letras?

—Son las siglas de la East African Railways and Harbours. Estos platos datan de la época colonial.

—¡Este tren es una delicia! Cómo cuidan todos los detalles... Gracias, Cris.

Tomé su mano y pensé que era un hombre maravilloso, que sería un padre extraordinario para Tina, y que yo era una mujer afortunada. Sabía que le complacía al demostrar mi entusiasmo por Kenia. Así que añadí:

—El compartimento está impecable, y las sábanas de hilo crujen de bien planchadas.

—Kenia tiene un enorme potencial con el turismo. Las autoridades lo saben y harán que la exigencia de calidad sea cada vez mayor —me aclaró con indisimulado orgullo.

—No me extraña —le seguí la corriente, pero también lo pensaba—. Es un país de variados paisajes. Una fauna asombrosa, que es difícil de encontrar en otras partes del mundo, y un clima benigno en gran parte del territorio. Lo tiene todo para triunfar.

—No solo eso. Cuenta con una sociedad multirracial, y con unas etnias cuyas habilidades son diversas y complementarias. Y enriquecedoras.

—¿Qué quieres decir? —Mi interés era sincero.

—Los kikuyus son excelentes oradores y administradores; los luo, honrados políticos; los indios, hábiles comerciantes y brillantes editores; los blancos aportamos tecnología y, como deseaba Kenyatta, *harambee*, todos juntos seguiremos construyendo este país.

Disfrutaba hablando de su tierra. Volver había sido un sueño, reprimido durante años, que al fin se había hecho realidad. Y además coincidía con su mayor anhelo: tener una hija.

Todo ese caudal de gozo lo derramaba sobre mí. No era muy expresivo, más bien un hombre de pocas palabras, pero yo sabía que su mundo empezaba y terminaba en mí. Y ahora, también en Tina.

Aspiré el perfume de unas flores blancas que embalsamaba el ambiente con su opulenta esencia.

—Son *frangipani*, Mayte. ¿Te gustan? Podríamos plantarlas en el jardín.

—¡Me encantaría! Son sensuales, carnosas...

El camarero interrumpió mi perorata. Nos traía la anunciada tilapia preparada con

una hierba de aroma fresco y punzante.

—¡Qué bien huele! ¿Qué clase de condimento es este?

Cris lo conocía todo sobre lo que él consideraba su país.

—Es hierba limón. Se cultiva en todas partes y los kenianos lo usan continuamente, pero sobre todo con el pescado y para hacer una tisana después de cenar, que contribuye a una buena digestión.

Unas velas anchas que desprendían un aroma de vainilla favorecían la intimidad en cada mesa.

—Gracias —le dije a mi marido—. Hace tiempo que deseaba hacer este viaje.

—¿Ves cómo tienes un continente fascinante por descubrir? Creo que Betty fue muy negativa y te transmitió sus propias obsesiones.

—No eres justo. Cuando Betty me contó en Londres los terribles sucesos que ella vivió en este país en los años cincuenta, también me describió la magnificencia de Kenia.

—Bien, bien... —zanjó él—. Mayte, no te alteres. Sería bueno que nos fuéramos a dormir temprano, pues al amanecer atravesaremos el Tsavo. Merece la pena que madrugemos.

—¿Y qué más veremos?

—No seas impaciente. Disfruta de cada día, y verás que cada amanecer te trae algo nuevo.

Antes de acostarme eché un vistazo: la luna iluminaba los campos y sembrados otorgando a la tierra una calidad mágica y serena.

Me despertó una leve caricia en la mejilla.

—Vamos, Mayte. Dentro de poco entraremos en el parque.

No pude reprimir un escalofrío al recordar la terrorífica historia leída en *The Lunatic Express*. Un capitán, enamorado de África, como sucede con muchos ingleses, en uno de los primeros viajes de este tren, al pasar por este mismo paraje, sacó la cabeza por la ventanilla entusiasmado ante lo que contemplaba.

Un enorme león macho, que increíblemente estaba al acecho, le arrancó la cabeza de una sola dentellada. Cris, ajeno a mis pensamientos, intentó abrir la ventana de nuestro compartimento.

—¡No, Cris, por favor!

—Pero Mayte... el aire fresco de la amanecida nos hará bien.

—¿Y los leones? ¿También estarán preparados? ¿Te acuerdas del relato de Charles Miller en *The Lunatic Express*?

Mi marido se reía con ganas.

—Eso fue hace mucho tiempo. Cuando ocurrió el ataque del león, el tren estaba parado y nosotros en movimiento. Además, por desgracia, la caza furtiva e indiscriminada ha diezmando la población de felinos.

—Entonces, ¿no veremos leones?

—Si tenemos suerte, sí. Es muy probable que aparezcan elefantes. Como recordarás, esta es su tierra.

Un suave toque en la puerta nos recordó que estábamos en el tren. Cris abrió y un mozo con una túnica blanca impoluta, y un chaleco rojo, nos pasó una bandeja con un té humeante y mis galletas favoritas. Yo agradecía lo detallista que era Cris. Siempre preparaba una sorpresa que podía gustarme. Recordaba siempre aquello que me hacía ilusión. Pensaba en mí. Estaba enamorado.

«¿Llegaré algún día a quererle?» Me sentía culpable por no poder devolverle ese sentimiento potente que yo veía crecer en él.

Su voz me sacó de mis pensamientos:

—¡Mayte, mira!

Una manada de nueve o diez elefantes había entrado en un sembrado de maíz, y bien porque no hallaron lo que buscaban o porque no les gustó, la emprendieron a trompazos con todo lo que encontraron y pisotearon con sus inmensas patas las plantas que quedaron arrasadas en un santiamén. De una casa cercana salieron dos hombres seguidos por varias mujeres y algunos niños.

Al ver el desastre que los paquidermos habían provocado en tan breve tiempo, las mujeres sujetaron a los pequeños junto a ellas, mientras los hombres, armados de lanzas, intentaron expulsar a las fieras. El más joven, y quizá más inexperto, se aproximó sin cuidar su retaguardia, momento en que uno de los machos de la manada le atacó por detrás. Lo envolvió con su trompa, le elevó a las alturas, y desde allí con una fuerza titánica arrojó al aterrorizado chico contra el suelo. Terminó el animal su proeza aplastando al chico indefenso con una de sus patas. Todo había ocurrido a una extraña velocidad. Allí quedaban los campos desolados, las dos familias sin sustento y un muchacho muerto. Todo en un instante.

Mi marido me abrazó con fuerza.

—África es así: magnífica y peligrosa, mágica e impredecible, tierna y cruel. Nunca puedes bajar la guardia. Esta gente ha perdido su cosecha, su pan, y, lo que es peor, alguien a quien amaban.

No tardamos en llegar a Mombasa. El calor húmedo se pegaba a la piel como un sudario. Acostumbrada al clima de Nairobi, ese calor se me hacía insoportable. Nunca había estado en un lugar en el que fuera tan difícil respirar.

A ambos lados de la carretera se extendían unos interminables campos de sisal punteados de vez en cuando por unos extraordinarios baobabs. Sus potentes troncos aparecían lobulados, como si la tierra se hubiera encargado de bordar su madera en un sólido festón. A unos tres metros de altura, alzaban unos brazos escuetos y desnudos que parecían implorar la lluvia. Las primeras ramas se elevaban tímidas y horizontales; más arriba, buscaban, decididas, el cielo.

Llegados a la ciudad, el coche avanzó con lentitud porque al tráfico, anárquico y denso, se superponía un desfile abigarrado de gentes diversas: mujeres con espesos velos negros; africanas con sus *kangas* de colores y cestos en la cabeza, erguidas como juncos; hombres de largas túnicas blancas y chalecos cortos bordados en seda; jóvenes muchachos esperando una oferta de trabajo, y viejos charlando con sus amigos. Todos ellos formaban un cuadro que mostraba la diversidad de Mombasa.

Por fin conseguimos encontrar el lugar donde recogeríamos nuestro barco. El puerto era, de nuevo, un hervidero, un exponente de la intensa actividad local, como correspondía al puerto más importante de África Oriental. Servía también de salida al mar de los países cercados por extensas tierras, a veces inhóspitas o lejanas. Uganda, Ruanda, Burundi, el sur del Sudán y el este del Zaire, utilizaban las instalaciones portuarias de Mombasa para su comercio con el mundo exterior.

Una vez en el *Dhow*, un barco típico del Índico que Cris había alquilado, la brisa de la mar me hizo sentirme mejor. La embarcación estaba reformada y tenía todas las comodidades; incluso disponía de aire acondicionado en nuestro camarote. El mar lucía el color de las turquesas, la arena de la playa era blanca y parecía casi de seda. Entonces quise tomar mi primer baño en el océano Índico. Después del parto, al quedarme un poco débil, había llevado una vida muy tranquila, exclusivamente pendiente de esa hija que tanto me había costado concebir. Mi mundo empezaba y acababa en Cristina. Ahora sentía que volvían a renacer mi curiosidad y mi interés por el mundo que me rodeaba.

Me lancé al agua anticipando el frescor vivificante de la mar. No fue así. Era como si me hubiera lanzado a una enorme sopera, repleta de un caldo denso y caliente.

—¡Te has anticipado! —gritó Cris—. No te preocupes. Más al norte, cerca de Lamu, estará mejor. Venga, sube.

Avistamos Lamu. A la luz del atardecer, todo parecía de oro. Las casas estaban construidas con una mezcla de piedras y tierra de diversos ocres y los tejados se cubrían con tejas de un color Tierra de Siena intenso.

De vez en cuando, una casa blanca rompía la monotonía, poniendo en valor los tonos cálidos. Esbeltas palmeras que cimbreaban sus ramas gráciles con la brisa surgían desde patios íntimos y secretos, que se alzaban tras altos muros, siguiendo la usanza árabe. Las puertas del exterior estaban talladas sobre espléndidas maderas, en complejos diseños florales y geométricos.

La cercanía de Zanzíbar, con su magnífica tradición de ebanistería, había ejercido una notable influencia en el gusto de toda la costa. La ciudad, tranquila y somnolienta, adquiriría con el anochecer un inquietante encanto.

Continuamos navegando y, cuando estábamos a punto de llegar, descubrimos un vestigio del glorioso pasado de la región. El fuerte Siyu, en la isla de Pate, observaba

el paso lento de nuestra embarcación con los ojos ciegos de sus derrotadas torres. Un infinito aire de nostalgia mecía las palmeras, que se empeñaban en dar vida a las piedras de la orgullosa ruina. La calma plácida del mar reflejaba lo que otrora fue escenario de aventuras dignas de *Simbad el Marino* o las *Noches de Arabia*.

El último rayo de sol acariciaba la cercana isla de Manda, donde nos esperaban nuestros anfitriones, unos italianos de desbordante simpatía. Nos anunciaron que en la cena conoceríamos a sus otros invitados: una pareja de ingleses, una italiana casada con un suizo y un joven y prometedor político keniano. Me disgustó saber que no estábamos solos. La vida social de Nairobi, que tanto me deslumbró a nuestra llegada, me parecía ahora frívola e insípida. Tras el nacimiento de mi hija, mi existencia había cobrado un nuevo sentido, más auténtico y real. El agradecimiento a Cris por darme aquello que yo más ansiaba colmaba mi ser. Mi marido era la contrafigura de mi padre: cariñoso y pendiente de mi felicidad, no de la suya. Yo deseaba atardeceres tranquilos y ver crecer a mi hija. Nada más. Acababa de dejar a mi dulce niña y ya quería volver a casa y a su tierna sonrisa. Di gracias al cielo por la serenidad que me otorgaba.

En ese estado de ánimo, no me apetecía el insustancial *chit-chat* y las vacuidades repetidas en veladas interminables.

Las habitaciones de los invitados estaban situadas en unas cabañas, aparentemente sencillas, pero con todo el confort que uno podía desear. Las ventanas filtraban la intensa luz de la luna, y unos tejidos nativos de ligero algodón alegraban con sus colores decididos cortinas y colchas. La brisa del mar se colaba, fresca, y movía con suave arrullo la vegetación en torno a cada bungalow. Me hubiera gustado quedarme ahí a solas con Cris.

Me preparé para la cena con desgana, lamentando no poder escapar a la fastidiosa reunión con gente desconocida.

Jana y Bruno, los anfitriones, nos esperaban en un inmenso porche de madera circular, muy africano, iluminado por grandes velas. Parecía una isla flotando en un mar de oscuridad. La otra pareja de ingleses, recién llegados a Kenia, conocían a mi marido y le recibieron con muestras de aprecio. Me presentaron luego a la italiana. Se llamaba Kiki y era alta y desgarbada, muy rubia y con unos ojos increíblemente azules, un tanto saltones, fríos y amenazadores. Me analizó de arriba abajo y no debí de gustarle porque apenas me dirigió la palabra, y cuando lo hizo, fue sumamente desagradable. Su marido, Lio, presumía todo el tiempo sobre su rancho, su extensión y riqueza, con una vulgaridad que contrastaba con la afabilidad de los propietarios de la isla.

«¡Qué noche me espera!», pensé.

Cris me había leído el pensamiento y ya estaba junto a mí, apoyándose con su presencia.

—¡Por fin! —dijo Bruno a mi espalda.

Al volverme y observar al recién llegado, me sacudió un extraño temblor. Un hombre joven, de unos treinta y cinco años, se acercaba despacio hacia nosotros con un caminar felino. Era alto y delgado; su piel oscura de africano, que brillaba con reflejos azules a la luz de la luna, emergía de una impoluta camisa blanca. El rostro alargado lo dividía una nariz recta y potente que, junto con el poderoso mentón, denotaba su fuerza de carácter. Se mantenía erguido, en actitud que podía parecer orgullosa, pero esa sensación era desmentida de inmediato por una sonrisa cordial. Me fijé en sus labios. Eran carnosos y sensuales. Un pensamiento me cruzó la mente como un relámpago: «¡Qué cálidos deben de ser sus besos!»

Abandoné, de inmediato, esa absurda divagación e intenté mostrarme indiferente cuando Jana me lo presentó. Su mano, al estrechar la mía, me transmitió una energía impactante.

Sabía, por lo que me había contado Jana antes de cenar, que Peter Mboya era sobrino del famoso político Tom Mboya, quien había logrado, junto a Jomo Kenyatta, la independencia de su país. En la actualidad, muchos kenianos confiaban plenamente en aquel hombre joven, educado en Oxford y con un máster en Georgestown y en la London School of Economics. Para todos ellos, Peter representaba la Kenia del futuro.

En ese momento era el ministro de Planificación Económica, y mi amiga le auguraba una carrera aún más brillante. Acababa de regresar de una visita a la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, donde al parecer había desarrollado una magnífica intervención.

Peter tenía una voz masculina y hablaba de manera convincente. Cautivaba de forma suave, y él lo sabía. Era imposible no dejarse seducir por sus planteamientos serenos pero llenos de fuerza. Pensaba lo que decía.

Sus amigos ingleses plantearon la situación política del momento y la inevitable apertura democrática, que estaba en boca de todos. Mientras los demás se enzarzaban en una discusión sobre quién, en el futuro, sustituiría al presidente Ongkoe, yo me dediqué a observar a Peter.

Al hablar, adelantaba su torso hacia su interlocutor, como si quisiera asegurarse de que le había convencido. Entretanto, su cabeza conservaba una postura digna de un rey tribal. Sus ideas eran prooccidentales, cargadas de pragmatismo, pero al mismo tiempo defendía con ardor el respeto a las tradiciones de su pueblo.

—Es más: la absoluta necesidad de conservarlas para no perder nuestro espíritu —afirmó.

—Buscas un difícil equilibrio, Peter —le respondió Lio con deje irónico—. El progreso del país sin mancharse las manos.

—Sí, Lio, sí. Aunque no lo creas, es posible. Lo cierto es que África necesita a

políticos limpios, que trabajen para mejorar la vida de su gente.

El resto de los asistentes desapareció de mi mente: solo veía y oía a Peter... La voz de mi marido me sacó del encantamiento.

—Mayte, ya es hora. Si no, mañana estarás muy fatigada para sumergirte en las barreras de coral.

—Señora Woods... —Peter pronunció mi nombre—. La inmersión vale la pena. Estas barreras de coral son portentosas.

Le miré al despedirme. Su cuerpo estaba derecho como un sable, sus ojos tenían un brillo inquietante y sus labios, cuando besaron mi mano, eran, en efecto, cálidos.

Esa noche, en nuestra cabaña de la playa, Cris y yo hicimos el amor con una pasión que me dejó sin respiración.

«¿Será el embrujo del océano Índico, la luna llena o la magia del lugar?»

En estas cavilaciones me hallaba, cuando de pronto percibí, de forma inequívoca, el aroma de Peter, esa mezcla de colonia y piel limpia, esa fragancia peculiar de otro ser humano que muchas veces, sin ser conscientes, nos hace enloquecer.

Él acababa de pasar por delante de nuestra tienda.

Cuando llegué a la playa después del desayuno, ya estaban todos preparándose para lo que, dijeron, sería una magnífica experiencia. Kiki Lucatti, enfundada en un bikini mínimo, revoloteaba alrededor de Peter, utilizando su cuerpo como arma de ataque. Me sorprendió la flema con que su compañero, Lio Harden, contemplaba el espectáculo. Parecía divertirse. No supe muy bien por qué, pero me estremecí.

Bruno, tras comprobar que en las dos barcas llevábamos todo lo necesario para la inmersión, y para posibles desencuentros, dio la orden de partir, poniéndose él mismo al timón de una de las embarcaciones.

El mar era de un intenso azul, el color de las aguamarinas del Brasil, y ahí, en la primera barrera de coral, nos zambullimos provistos de gafas, aletas y cinturones de pesos. Arrojaron al agua un neumático ancho, como de camión, al que llamaron «delfino», y del que salían cuatro tubos que nos suministrarían el aire una vez que estuviéramos bajo el agua. Bruno nos dividió en grupos de cuatro, y saltamos a la mar.

La sensación de bienestar al nadar en las tibias aguas, el silencio que dominaba las profundidades, me produjo una sensación ambigua de abandono. Cerré los ojos y gocé del momento. La mano de Cris sobre mi brazo me sacó de mi letargo. Con la otra me indicaba unos fastuosos corales amarillos, donde decenas de pececillos azules entraban y salían, buscando alimento. Un poderoso pez loro, con sus vibrantes colores brillando bajo un rayo de sol, pasó caviloso mirándome con sus ojos de coral.

Las gorgonias mecían sus dúctiles brazos al compás de las mareas, y un sinfín de pececillos diminutos, peces payaso, doncellas y peces mariposa, pasaron en bandadas silenciosas, formando un extraordinario cortejo.

Dentro de un estupendo coral aparecía una morena leopardo, que permanecía con la boca abierta, enseñando sus poderosas fauces pertrechadas con afilados dientes. Ante mi asombro, quisquillas y peces pequeños se adentraban con toda tranquilidad en la amenazadora cavidad, entrando y saliendo de ella con total libertad.

Luego supe que llevaban a cabo una labor de limpieza para la terrorífica morena. Los diversos azules hacían de las profundidades un entorno fascinante. Bien porque nos halláramos en un lugar de aguas menos profundas, o bien porque el sol brillara con más intensidad en ese momento, una luz vibrante se coló en la mar. El destello, intenso como un espejo, me dio la impresión de estar en un mundo especial, luminoso, silencioso, donde mi ánimo había hallado la dicha.

En el fondo pude observar un inmenso coral blanco, que surgía de una sólida base y poco a poco se alzaba para extender sus rugosos brazos, adquiriendo una forma perfecta. De repente, un enorme pez estrella se aposentó sobre el coral y comenzó a comer tranquilo, con pausa.

Unos preciosos peces ángel se deslizaban pavoneándose con sus bellos colores, amarillos, azules, negros y naranjas, armoniosamente distribuidos en geométricas rayas.

Subimos de nuevo a la barca y nos llevaron a la tercera barrera. Allí los peces eran de mayor tamaño y las rocas estaban colonizadas por espléndidos corales de las formas más variadas, pero todos ellos en distintos tonos de gris. Una bandada de peces loro exhibían sus brillantes escamas.

Y de repente, de las madréporas, surgió una pareja de peces puercoespín que iniciaron una coreografía en la que batían aletas y púas, acompasando su movimiento con tal sincronización, que permanecí inmóvil contemplándolos. Parecían bailarines que usaran sus etéreas alas para celebrar una danza ritual.

Olvidé la existencia de todo y de todos en aquel silencio azul y misterioso que me rodeaba.

Cris tocó mi brazo devolviéndome a la realidad, y por señas me indicó que le siguiera. Recordé entonces que me habían advertido que aquellos espléndidos ejemplares eran terriblemente venenosos.

Ya en la cuarta barrera, el fondo se hacía más oscuro, y las grutas dentro de las madréporas, más profundas. Me acerqué, siempre acompañada por Cris, a una de ellas. Un mero de respetable tamaño se escondió a toda velocidad en su náutico refugio.

Con la celeridad propia de su especie, unos elásticos tiburones leopardo aparecieron en escena y, en sus evoluciones, nos observaban con curiosidad, valorando si representábamos un peligro o bien éramos inofensivos. Me asombró la armonía de sus movimientos, las sinuosas formas que tomaban sus cuerpos al nadar, y la estela sutil que marcaban en las aguas. El ocre de su piel, moteada de puntos

oscuros, les vestía con gran elegancia.

Navegando hacia el quinto arrecife, todos estábamos expectantes porque sabíamos que allí se encontraban las tortugas. Esa vez, Peter insistió en venir en nuestra lancha. Allí, en las profundidades, las madréporas estaban invadidas por unos corales rojo intenso que alargaban sus brazos hacia la superficie. Un inmenso abanico de mar fluctuaba con parsimonia, meciéndose con la suave corriente, que transportaba el nutritivo plancton.

Las anémonas rosa fuerte, verdes o azules flotaban en las plácidas aguas, y tuve que recordar la advertencia de Cris sobre lo venenosas que eran esas hermosas criaturas para no tocarlas. Un extraño pez azul pasó a mi lado. Brillaba como si su cuerpo estuviera cubierto por diminutos diamantes.

Fijé la vista y detrás del abanico creí percibir algo que se acercaba acompasadamente. A esa forma se unió otra y, ante mis ojos admirados, aparecieron dos majestuosas tortugas. Sus cabezas erguidas salían de unos imponentes caparazones. Parecía mentira que pudieran desplazarse tan gráciles acarreado tal volumen. Utilizaban sus aletas anteriores y la pequeña cola, con un movimiento lento y preciso, que las hacía moverse como se desplazan los seres en un sueño, indiferentes a nuestra presencia. Entre las gorgonias, numerosos peces payaso y peces mariposa buscaban con ahínco el diario alimento.

Las estrellas de mar rojas lucían como alhajas sobre la arena. Una de ellas intentaba escapar de un molusco depredador, que la había elegido como almuerzo.

Ante mi asombro, Peter se agarró con suavidad al caparazón de una de las tortugas, y nadaron juntos, unidos en perfecta armonía. Era un mundo tan rico, variado, esplendoroso y vital, que deseé convertirme en sirena y permanecer allí el resto de mi vida.

A una indicación de Bruno, subimos a las lanchas y nos acercamos a la última barrera. Ahí el agua era más oscura, y el plancton, tan denso que, al cabo de unos minutos, la piel comenzó a picarme sin piedad. Creí que podía ser una reacción alérgica, pero al decirme que era normal, volví a mi elemento.

Mientras buceaba mi mente estaba tan solo pendiente de toda aquella fauna y flora marinas, de indescriptible riqueza y variedad.

«Es curioso —pensé—. Este coral parece un baobab marino. Su tamaño es mucho más reducido, y el color, vivísimo, pero su forma es la réplica marina de su pariente terreno.»

Al salir del agua, miré el reloj: ¡eran las doce y media!

—¡No es posible, Cris! Hemos estado dos horas buceando...

Bruno se reía con buen humor:

—No eres la única. Le pasa a mucha gente. Creen haber estado treinta minutos y han pasado dos horas bajo el agua. ¡Es el hechizo del Índico!

En la otra barca, Peter acababa de subir y buscaba una toalla para secarse. El mar, todavía pegado a su piel oscura, la hacía brillar como una escultura de bronce bruñido. Su cuerpo joven, y sin duda bien trabajado en el gimnasio, era musculoso, perfecto. Sus movimientos eran acompasados y un tanto felinos.

Volvió la mirada hacia nosotros y yo sentí una gran confusión cuando sus ojos se cruzaron con los míos. Distinguí en ellos un interés que me intrigaba y desazonaba a partes iguales. Temí que él adivinara mis pensamientos.

Durante el resto del trayecto, observé con insistencia el contorno de la isla, sus esbeltas palmeras y el azul de piedra preciosa del agua. Pero mis ojos escapaban de mi control y nuestras miradas se encontraron varias veces.

La cena, como la noche anterior, transcurrió agradable y tranquila. Al marcharnos, Jana nos recordó:

—La linterna, Cris. Ayer se te olvidó. Sabes que es necesaria.

—Es verdad —agradecí—. ¡Para no dar traspies!

—Mayte, olvidé comentarte que en la isla hay unas serpientes que conviene evitar. Mira el suelo con atención, pues, aunque no son muy agresivas, se mueven tan lentamente que, si las pisas, no consiguen escapar. Además, como todas las serpientes, se defienden mordiendo.

—Cris, ya podías habérmelo dicho...

—Lo siento, Mayte. No me acordaba.

Desde el *makuti*, Peter me miraba divertido.

De pronto, me sorprendí pensando que hablar con él era fascinante. Era un hombre curioso, todo le interesaba; sabía escuchar y hacía deducciones atinadas.

El día siguiente transcurrió espléndido, y durante el almuerzo Peter se dirigió a mí en varias ocasiones. Cuando me fui a la orilla del mar a ver la puesta de sol, lo encontré allí. Tenía una expresión concentrada, como si quisiera desentrañar el misterio de aquellos cielos dorados, rasgados de púrpura e iluminados por un destello de luz clarísima. El astro ya casi hundía su benéfico calor en la mar, para convertirla en oro, y el espectáculo ocupaba toda su atención.

Creo que no me oyó llegar. Así pude observarlo con detenimiento.

Estaba sentado en la arena de la playa, con la barbilla posada sobre las manos y los codos apoyados en las rodillas. Su perfil tenía la nobleza de los pueblos nilóticos: frente ancha, ojos un tanto rasgados, nariz ligeramente aguileña y un mentón poderoso que anunciaba determinación. Los hombres de la tribu luu, a la que él pertenecía, eran hombres muy masculinos, de apariencia poderosa y porte de reyes.

Tras unos minutos, reparó en mi presencia.

—Jamás me canso de contemplar el atardecer en el Índico —dijo a modo de disculpa.

—No me extraña —respondí—. Su país tiene una belleza extraordinaria.

Guardamos silencio durante unos minutos.

—La paz que envuelve este océano nos devuelve al inicio de la creación.

Creí ser yo quien lo dijera, pues era exactamente lo que estaba pensando, pero, ante mi asombro, eran sus palabras. No pude contenerme.

—¡Qué curioso! —exclamé—. Estaba pensando lo mismo.

—Para ser *wazungu*, no es usted tan insensible a nuestra naturaleza formidable y salvaje.

Sentí que me estaba tomando el pelo, que intentaba pincharme, ver mi sentido del humor. Y contesté:

—Ahora yo podría decir que usted no es tan fiero como quiere aparentar, pero no lo haré porque quiero preservar la belleza y la serenidad que nos ofrece la madre naturaleza.

—Mmm... *Touché!* Tiene razón, he repetido un cliché absurdo. Perdóneme, señora Woods —se disculpó Peter.

—No sea tan formal. Me llamo Mayte.

—*My tea?* ¿Qué clase de nombre es ese?

Y se partió de risa, como un niño, con el juego de palabras. Esa cualidad innata de los africanos, la alegría a flor de piel, me parecía un don del cielo. Hacía que la vida pareciera más fresca, más amena.

—Los vascos hablamos una lengua antigua, y en ella «Mayte» significa «Amada». Estamos muy apegados a nuestras tradiciones.

—Así debe ser —respondió él, muy serio—. Nuestra tribu es como la suya. La tradición es vital.

A Peter le sorprendió mi hilaridad.

—¡Nunca se me hubiera ocurrido que los vascos fuésemos «una tribu»!

Volvimos a contemplar la mar.

—¿Qué observa con tanta atención? —le pregunté.

—Pienso en este océano, que ha sido protagonista de un comercio centenario entre sus dos orillas.

—¿Fue Lamu tan importante como centro de intercambio?

—Sin duda. Con el monzón del oeste, llamado *kaskasi*, este mar se poblaba de unos barcos *dhows* que transportaban en sus vientres las refinadas porcelanas, rutilantes sedas de China, o el incienso para adornar y aromar los palacios que aquí se construían en aquella época.

—Imagino que, al retorno, cargaban sus naves con productos de esta tierra.

—Al llegar el monzón del sur, el *kusi* —respondió él—, navegaban hacia su lugar de origen con la bodega repleta de marfil, pieles de leopardo, *chui* en *swahili*, para reyes ansiosos de mostrar su fuerza, oro para aumentar su riqueza y, por desgracia, la carga humana, los esclavos que fueron arrancados durante siglos de este dolorido

continente.

No había amargura en su voz cuando prosiguió:

—La esclavitud es la gran vergüenza de la humanidad, y el continente negro ha sufrido durante siglos esa tiranía.

—Sin duda —respondí—. La esclavitud revela el abismo de la miseria humana.

Me miró sorprendido por la intensidad de mi expresión.

—Mayte, ¿dónde estás?

Era Cris, que me llamaba para la cena.

—Aquí, Cris. Ya voy...

Peter y yo nos levantamos al unísono para unirnos al grupo, que se hallaba en la terraza saboreando los gin-tonics tan habituales en Kenia.

La cena estuvo animada y las diferencias de país, origen y vivencias, enriquecían la conversación. Cuando llegué a la isla, deseaba que el tiempo volara y pudiera regresar cuanto antes a Nairobi. Ahora quería permanecer en ese lugar mágico, donde la luna lucía más brillante y las estrellas eran numerosas; donde la charla fluía sin esfuerzo, amena, cautivante.

Durante las siguientes semanas, coincidí con Peter en varios lugares, y siempre su actitud era positiva, y aquello que contaba, sugestivo. Sin embargo, una extraña sensación me impedía ser natural. Era absurdo. Me imponía. De manera inconsciente, deseaba llamar su atención, y lo deseaba con tal fuerza, que llegaba a bloquearme.

¿O sería que la fascinante personalidad de nuestro nuevo amigo y el peligro que implicaba su proximidad me mandaba serias advertencias?

En una de mis visitas a la embajada para ultimar unos papeles me entretuve unos instantes con Silvia Dan, la secretaria de la embajada. Me parecía una mujer interesante, alguien que tenía una historia que contar. Su discreción era proverbial, pero la expresión de sus ojos tenía una intensidad particular, que incitaba mi curiosidad.

Me habían contado, en los días de la revuelta, que era viuda, que ella sola había criado a ese niño, Jimmy, que estudiaba con afán, y al que ella se esforzaba por dar la mejor educación.

—¿Qué tal va Jimmy? —pregunté con interés—. Sé que es buen estudiante.

—¡Es una bendición! Cómo desearía que viviera mi marido para verlo tan bueno y formal...

—No ha debido de ser fácil para ti: el trabajo, un hijo... ¡Tiene mucho mérito!

Un profundo agradecimiento restallaba en su expresión. Me dio la sensación de que no solía escuchar a menudo palabras de ánimo y reconocimiento.

—Ahora, en la embajada, estoy bien. Antes trabajaba en la policía y el horario era muy exigente. Vivíamos con mis suegros, siguiendo nuestras costumbres, y me ayudaban mucho con mi hijo, pero, al morir James, mi esposo, ellos decidieron que

debía tener mi propia casa.

Un deje de tristeza subrayó sus últimas palabras. Comprendí que no era la preocupación por la independencia de su nuera lo que había motivado esa decisión, y que ella había tenido que arreglárselas sola.

—Eres una mujer de coraje. Y ya has descubierto que la libertad tiene grandes compensaciones.

—Sí, ahora estoy feliz. Echo de menos a James, y siempre lo haré, pero el futuro de mi hijo centra toda mi energía.

—En fin, tengo que irme —dije—. Pero quiero que sepas que si necesitas cualquier cosa, y está en mi mano, me tendrás a tu lado.

Me pareció que iba a decir algo, pero decidió callar.

—¿Qué pasa, Silvia? ¿Sucede algo? Dímelo, confía en mí.

Un suspiro marcó el comienzo de su explicación.

—Se trata de Jimmy. Su formación será vital para su futuro. Hay un magnífico colegio inglés donde me gustaría mandar a mi hijo. Pero es muy caro y está fuera de mi presupuesto.

—Seguro que otorga unas becas de estudio para los buenos estudiantes —la animé.

—Sí, pero hay muchas peticiones, y yo carezco de parientes y de influencia.

—Hablaré con mi marido. —Ya estaba yo resuelta a deshacer el entuerto—. Verás cómo entre todos se consigue.

Un brillo de esperanza aureoló su rostro.

—Muchísimas gracias, Mayte. Nunca podré agradecerte...

—¡Espera! ¡Todavía no he hecho nada! Pero no sufras, lo intentaré.

Al día siguiente la llamé ilusionada.

—Silvia, dice el director del colegio que debes mandar el expediente de Jimmy, y que lo analizará con el mayor interés.

No obtuve respuesta. Un sollozo contenido me alarmó.

—Silvia, ¿te ocurre algo?

—Mayte, ¡estoy emocionada! Apenas me conoces y quieres ayudarme.

—No ha sido más que una gestión —minimicé—. Ahora hay que lograrlo.

Pasadas unas semanas, tuve la enorme satisfacción de poder anunciarle que su hijo había obtenido la ayuda. La gratitud de la madre parecía no conocer fronteras.

—Era mi deber —afirmé—. Hace años leí una frase que me impactó: «Desperdiciar una mente es un grave error.»

—Jamás olvidaré lo que has hecho por nosotros.

¿Cómo podía yo imaginar en ese momento que el destino nos iba a unir en uno de los acontecimientos más trágicos de mi existencia?

Por otro lado, el recuerdo de Asunción y la promesa que le hice de ayudarle en el

dispensario me perseguía todos los días. Así que una mañana me dije «De hoy no pasa», y llamé a Carmen por si quería que nos acercáramos.

—¡Buena idea! Yo también me estaba acordando de ella. La llamo y te cuento.

Esa misma tarde la embajadora me avisaba:

—Mayte, hemos quedado en ir pasado mañana. Dice que tiene que resolver un par de asuntos, y que entonces estará más libre para poder charlar un rato tranquila. Me ocuparé de las medicinas y algunos alimentos.

—¡Muy bien! Yo compraré el arroz y las chucherías para los niños.

—Pasaré a recogerte a las nueve y media.

A las ocho de la mañana del día indicado, sonó el teléfono. Era Carmen.

—Mayte, tengo que darte una mala noticia. —Un silencio espeso se produjo en el teléfono, mi amiga debía de estar buscando las palabras—. Madre Asunción...

—¿Qué le ha pasado? Carmen, ¡por Dios! ¡Dímelo!

Al otro lado del teléfono, oí un lamento contenido.

—¡Ha muerto, Mayte! ¡La han matado!

—¿Qué? ¡No puede ser!

—Han avisado a Paco hace una hora. La policía está allí desde las seis. No sé todavía cómo ha sucedido. Si quieres, vente y esperamos noticias juntas.

Cris, que nos había oído, me miraba desolado.

—¿Cómo es posible? —murmuraba yo—. Un ser tan generoso, que ayudaba a todo el mundo con una alegría contagiosa... ¿Quién puede haberle hecho eso?

Mi marido intentó consolarme, pero yo tenía prisa por ir a la embajada, y albergaba la inútil esperanza de que allí me dijeran que había sido un error. Pasé por el cuarto de mi hija y le recomendé a Anne que no la perdiera de vista. Besé a Tina antes de irme.

El breve trayecto se me hizo eterno. Corrí al encuentro de mi amiga y busqué de inmediato su mirada. Sus ojos tenían la expresión sombría de quien ha recibido las peores noticias. Intentaba mantener una apariencia serena, pero cuando nos abrazamos su cuerpo temblaba como una hoja. Pidió un poco de té para ambas, en un intento de recuperar las fuerzas.

Empezó a hablar con voz plana, metálica, que parecía proceder de un remoto confín.

—La pasada madrugada, una niña, estremecida por el pánico, vino a buscar a las «madres blancas» porque su padre estaba golpeando a su madre. Quiso la mala fortuna que no estuviera la madre Bianca, pues se había quedado en la ciudad, en el convento de las Combonianas.

—No me digas que Asunción salió sola...

—Sabes lo expeditiva que era. Se vistió, y antes de que madre Luisa pudiera comprender lo que sucedía, su compañera se había perdido en la noche. —Tomó aire

y prosiguió—: Desorientada por la oscuridad, con la sola luz de una linterna, Luisa buscó a Asunción. Corría desesperada, aguzando el oído, intentando descubrir dónde había acudido su compañera. Pero entonces unos gritos aterradores que venían de una choza cercana...

Un sollozo cortó su relato.

—Carmen, ¡es terrible! —grité, anticipando el horror—. ¡Es demasiado duro, relájate un instante! —E intenté confortarla con un abrazo.

—... Entró en la cabaña. A la luz de un candil contempló una escena dantesca...

Lo que había de narrarme la dejaba exhausta.

—... Una mujer somalí estaba inerte en el suelo con signos evidentes de haber sido golpeada brutalmente...

—¿Y Asunción estaba allí?

—Un hombre, más bien una bestia, le desgarraba con furia los hábitos, mientras ella se defendía con patadas y puñetazos...

—¡Dios mío! —grité sin poder contenerme.

—Luisa se abalanzó sobre él para intentar ayudar a su compañera, pero este, soltando un momento su presa, propinó tal golpe a la pobre monja que la lanzó contra una esquina, dejándola sin sentido.

Nos abrazamos de nuevo, sintiendo el suplicio de nuestra amiga. Pero Carmen necesitaba contar lo sucedido, vaciarse de aquel horror.

—... Cuando Luisa recobró el conocimiento, la escena le heló el corazón. La mujer somalí gemía abrazada a su pequeña, mientras que el cuerpo de Asunción, apuñalado varias veces, violado y torturado, yacía rodeado de su propia sangre.

—¿Y el asesino?

—Había escapado. Luisa intentó reanimarla, pues aún respiraba, pero Asunción sufría varias heridas profundas.

—Luisa seguía corriendo peligro. ¿Qué hizo entonces?

—Volvió a la misión para avisar a su comunidad y para que ellos mandaran un médico y la ambulancia.

—Llegaron acompañados de la policía, pero no hubo nada que hacer. Asunción falleció camino del hospital.

Se cumplía mi peor presagio.

Permanecemos abrazadas, llorando a esa amiga valiente que había perdido la vida por defender la dignidad de otra mujer.

El flechazo

Enero de 1987

La embajadora de Brasil nos había invitado a Carmen y a mí a almorzar en su casa. Era una mujer cálida y divertida, y mantenía muy bien la embajada, cuidando cada detalle. Pero yo no tenía ganas de ir a ningún sitio. Carmen, que se había convertido en una buena amiga, había insistido en que asistiera con ella a ese almuerzo.

—Estás mucho tiempo sola y te vendrá bien. Conocerás a señoras muy agradables. Anda, no te hagas de rogar.

—Estoy triste y conmocionada por el asesinato de Asunción. —No podía remediarlo—. ¡Es tan injusto!

—Vente. La recordemos juntas. ¡Necesito tu compañía!

—Pero si vas a estar rodeada de gente... No te hago falta —aventuré.

—Este almuerzo está planeado desde hace tiempo, y es para atender a la mujer del ministro brasileño de Economía, ya que él está en una reunión de trabajo.

Y allí me encontraba, con una enorme pereza para conversar sobre partidas de cartas o cualquier otra cosa que no me interesaba nada.

La casa resultaba siempre acogedora, y la ligera brisa que refrescaba el jardín, una delicia. Claudia, la mujer del embajador, me presentó a todas las invitadas. Me senté al lado de una indonesia muy simpática, casada con un norteamericano.

—¿Estás también en la embajada? —quiso saber ella.

—No. Estoy casada con un inglés que es asesor del ministro de Finanzas.

—¿No será Cris Woods tu marido?

—Sí, ¿por qué?

—Es amigo de Jim, mi marido. Me ha comentado que hablan a menudo sobre trabajo. Tenemos que vernos los cuatro.

Su conversación alegre e intrascendente me hizo olvidar durante unos instantes mi pena por el asesinato de quien admiraba profundamente. El tiempo había volado, y la embajadora nos hizo pasar a la mesa.

—Falta una persona, pero ha llamado diciendo que empecemos y que se incorporará más tarde.

Las señoras se fueron sentando y quedó una silla vacía a mi derecha. Comenzamos, pues, y al iniciar el segundo plato apareció una mujer pelirroja, que se colocó acto seguido a mi lado. Era dicharachera y hablaba inglés con un fuerte

acento. Su melena suelta enmarcaba un rostro de óvalo fino, piel muy blanca, casi lechosa, con muchas pecas, y unos ojos azules chispeantes.

Su conversación era fluida y muy entretenida. Mostraba un acerado sentido del humor y su mente era ágil como una ardilla. Casi no dirigió la palabra a las demás, me hizo un sinfín de preguntas, y tras el postre, sin esperar a que nos levantáramos de la mesa, anunció a su anfitriona que tenía que marcharse.

Yo estaba bastante asombrada por su forma de comportarse, pero ella con toda naturalidad me dijo:

—No acudo a muchos lugares. Invítame a tu casa. Ahí sí que iré.

Se encaminó hacia la puerta acompañada por la embajadora y desde allí se despidió con un saludo general al tendido. Yo, atónita, permanecí en silencio.

—¿Sabes quién es? —me preguntó mi nueva amiga de Indonesia. Ante mi negativa continuó—: Es una de las mujeres más influyentes de Kenia. Está casada con Nicholas Mbott, el todopoderoso ministro de Industria. Tienes suerte.

—¿«Suerte»? —Yo estaba aún más confundida—. ¿Por qué?

—Le has caído muy bien. ¿No te parece bastante? —respondió Lia con un deje de incredulidad en su voz.

—¿De qué país viene? No es británica... Tiene un acento que no logro descifrar.

—Es holandesa. Y es cierto que escoge con gran cuidado aquellos a los que distingue con su atención.

Lia me susurró por lo bajines:

—Cuando la invites, llámame a mí también. Siempre es interesante estar en buenos términos con ella.

En ese momento, Claudia nos invitó a pasar a la baranda para tomar el café y, tomándome del brazo, me llevó a ver los esplendorosos helechos que ella misma cuidaba.

—Ven, te enseñaré la jaula de papagayos que tengo en el otro lado. —Y añadió—: Me ha dicho Carmen que te interesan las numerosas variedades que tenemos en Nairobi.

Yo no había dicho nada parecido, pero comprendí que quería comentarme algo, y en privado.

—Quiero avisarte, Mayte. Creo que la simpatía que te ha demostrado era auténtica, pero tanto él como ella son personas muy peligrosas.

—¡Parecía tan divertida, tan natural!

—Y lo es. —Claudia bajó la voz—. Su marido es muy ambicioso y, mientras las cosas vayan en su beneficio, pueden ser una estimulante compañía. —Miró a su alrededor para comprobar que nadie la escuchaba—. Dicen que hacen magia negra...

Y me observó para ver qué efecto me producían esas palabras.

—¿«Magia negra»? Claudia, ¿tú crees en esas cosas? ¡No puede ser! —Estaba

más perpleja que antes.

—Ten cuidado. Si les frecuentas, pon atención en lo que dices. Y escucha bien lo que ellos te digan.

Ya en el coche, le conté a Carmen la conversación y, ante mi asombro, corroboró los temores de la brasileña.

—De verdad, Carmen... En Brasil, esas creencias son habituales, pero que me lo digas tú... —solté.

—No me refiero a las sesiones de magia negra, que se rumorea son ciertas. Ni a sus consecuencias, en las que no creo.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Que seas prudente con ese matrimonio. Que midas tus palabras y no confíes en lo que ellos te digan.

—¡Me inquietas!

—No es esa mi intención, pero aquí, como en otros lugares, la cautela no daña a nadie.

—Está bien. Andaré con pies de plomo.

Tal vez mi amiga tuviera razón. A menudo las cosas no eran lo que parecía, como yo misma iba a descubrir.

Al poco tiempo, recibí una carta desde San Sebastián. La letra me era familiar. La abrí llena de curiosidad y miré la firma. Era de Laura y me anunciaba que ella y su marido llegarían en breve a Nairobi, donde tenían que desarrollar un proyecto con Médicos Sin Fronteras, para la prevención de enfermedades endémicas.

La noticia me produjo una alegría sin límites. Mi dulce y tímida amiga de la infancia se había convertido en una mujer resuelta y de sólidas convicciones. Como médico en el Policlínico de San Sebastián, realizaba una labor que llenaba su vida. Su marido Gorka era cirujano, no tenían hijos y, para ambos, su profesión era una vocación a la que dedicaban todos sus esfuerzos. La preocupación social les había inspirado la decisión de tomarse un año sabático para mitigar los problemas que asolaban a los niños africanos. «¡Y qué mejor lugar que Kenia, donde está mi querida Mayte!», me escribía en su carta.

A pesar de la diferencia horaria, me precipité al teléfono para hablar con ella. Quería transmitirle la impaciencia y el gozo que sentía con su anuncio.

—Laura, ¡qué ilusión! No puedo creerlo... ¿Cuándo aterrizáis?

—Dentro de tres semanas, Maytechu, en el vuelo de Iberia. Lo que sí te pido es que me aconsejes un buen hotel. Luego ya veremos si decidimos instalarnos en la casa que nos proporciona la organización.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis?

—De momento un año, pero ya veremos.

—No vale la pena que montéis una casa para tan poco tiempo. Podéis vivir con

nosotros.

—No queremos causaros ninguna molestia.

—Laura, venid al menos a casa para empezar. No puedes negarte. Es mucho más agradable para vosotros, y por supuesto también para Cris y para mí, que nos acompañéis.

—Pero... —intentó argumentar mi amiga.

—No hay pero que valga. La habitación de invitados está al otro extremo y tiene salida al jardín. Tendréis vuestra independencia, si es eso lo que te preocupa.

—Bueno... Mil gracias... será estupendo. Pero luego buscaremos un lugar donde vivir y no daros la lata.

—Agur, Laurita. ¡Me has puesto de buen humor! ¡Un abrazo a los dos y buen viaje!

Habituada a vivir en un mundo muy distinto al de mi origen, tener a Laura a mi lado y recuperar mi infancia significaban volver a la complicidad, a los recuerdos y a aquella niñez que siempre había considerado desgraciada. Con el paso de los años, había descubierto lo equivocada que estaba.

Preparé todo con sumo cuidado. Pinté el dormitorio de nuevo, en un color verde muy claro que era el favorito de mi amiga, y renové las cortinas del baño. El día previo a su llegada, puse un jarrón con flores tropicales en su cuarto, y antes de salir para el aeropuerto, encendí unas barritas de sándalo en el quemador, para que su perfume sugerente les diera la bienvenida.

Salimos de casa al amanecer. La bóveda celeste apenas se despertaba de su letargo nocturno. Unos jirones de sombras desvaídas se resistían a abandonar el firmamento y se destacaban sobre un resplandor ambarino que, poco a poco, se fue tornando bermellón.

—¡Los cielos de Kenia dan la bienvenida a mis amigos! —exclamé.

Cris se reía observando mi entusiasmo. Mi marido conservaba un magnífico recuerdo de los Irigoyen, que tan cariñosos habían sido con nosotros en ocasión de nuestra boda.

Los últimos minutos se me hicieron eternos. Miraba a uno y otro lado intentando descubrir entre la abigarrada multitud los rostros de mis amigos. La espigada figura de Laura apareció junto a un hombre de anchas espaldas, alto y con unas facciones como talladas en la roca. Al verme, ella corrió hacia mí. Nos fundimos en un abrazo entrañable.

Miles de pensamientos afloraban a mi mente: en todos esos años, Laura había sido una amiga fiel. No podía recordar un solo momento en el que ella no se hubiera comportado con generosidad, eficacia y dulzura.

—Cris, aunque Mayte ha insistido mucho en que nos quedemos con vosotros, no quiero molestaros. Estaremos unos días hasta que...

—¡Ni se te ocurra! —interrumpí—. ¡Lo que hay que oír!

Mi marido, que había observado divertido nuestro encuentro, creyó que era el momento de intervenir:

—Si os dejas marchar, mi mujer no me dirigirá la palabra. Deberéis quedaros para contribuir a la buena marcha de nuestro hogar. —Hizo una pausa y añadió—: Ahora en serio... nos encanta la idea de teneros entre nosotros.

Cuando llegamos a casa, lo primero que pidió Laura fue conocer a Tina. La niña la recibió como si la conociera de toda la vida. Le hizo toda serie de mimos y carantoñas y Laura la miraba embobada, como si fuera un milagro.

—Sé lo que estás pensando —le dije—. ¡Es un milagro!

Dejé que descansaran del largo viaje, y al atardecer preparé un copioso té en una mesa del jardín y les avisé para que vinieran a merendar. Después de dar buena cuenta de él, Gorka se marchó a dar un paseo y nos quedamos las dos solas. Teníamos que recuperar el tiempo perdido.

—Mayte, de verdad que no queremos ser una molestia...

—No digas tonterías, Laura. Cuando nuestro padre nos abandonó y el mundo se nos vino encima, tu familia fue la única que nos acogió.

—Mi madre siente un sincero afecto hacia vosotras. No necesitas agradecerme nada.

—No es eso. Tú eres mi amiga, mi hermana... ¿No te das cuenta de la inmensa alegría que supone tu presencia?

Nos dimos otro abrazo y tras unos instantes de silencio, dijo:

—¿Quién iba a decirnos que África nos reuniría de nuevo?

—Es cierto —contesté, perpleja—. Cuando paseábamos por La Concha, o jugábamos en el jardín de tu casa... ¿Cómo íbamos a imaginar que un día estaríamos aquí charlando?

—¡Es un paraíso! Y esta casa, con esos árboles envueltos en llamas... Qué feliz debes de ser.

—Y a ti, Laura, ¿cómo te va?

—Gorka es un hombre inteligente, íntegro y generoso. Aunque esa integridad a machamartillo produce a veces actitudes un poco rígidas.

—Sí. Es difícil tener una cualidad y su contraria —reflexioné.

Laura rio con ganas.

—¡Siempre me ha gustado tu sentido práctico, Mayte! Las cosas son como son.

Yo ansiaba conocer el cometido de mis amigos, el ideal o proyecto que les había traído conmigo, al corazón de África.

—Quiero que me cuentes vuestra labor aquí, donde viviréis, cuál es vuestro objetivo... ¡Quiero saberlo todo!

—En principio, tenemos que dar cursos de formación a médicos y enfermeras

rurales, para combatir enfermedades endémicas como la malaria y la bilarcia.

—¿Quién iba a sospechar que te decidirías por la medicina?

—¿Por qué dices eso, Mayte?

—¡Todavía recuerdo el día que hubo que curar a tu hermano Pello! —Ella se reía—. Apartabas la vista de dos gotas de sangre. ¡Y mírate ahora! La doctora Irigoyen.

—Sí, poco a poco, fui venciendo mis temores. Y aquí estoy.

—¿Sabes por fin cuánto tiempo os quedaréis?

—Un año, pero nuestro trabajo puede acortarse o alargarse.

—¿Y os quedaréis siempre en Nairobi?

—Es posible que tengamos que trasladarnos al norte, para evaluar la situación de Turkana y mandar ayuda en consonancia a sus necesidades.

—Pues entonces, con ese trajín, no entiendo que queráis montar una casa. ¡Quedaos con nosotros, no te hagas de rogar!

—¡Me rindo! ¡Nos quedamos! —dijo sonriendo, y luego añadió, con tono serio—: Gracias, Mayte. Nada me apetece más que estar con vosotros, en este lugar idílico, arropados por vuestra compañía y disfrutando de vuestra experiencia.

—Tienes que conocer la impagable labor de nuestros misioneros. Te llevaré a Kangemi primero, y luego a Kianda... —Al permanecer de pronto callada, mi amiga comprendió que algo me encogía el corazón.

—¿Qué pasa, Maytechu? ¿Qué tienes?

—Estaba a punto de decirte que te llevaría a Kariubangi, pero me temo que todavía no estoy preparada para afrontarlo.

La pena oscurecía mi expresión y Laura, asustada, quiso saber el motivo de mi congoja.

—Algo grave te ha sucedido... ¿Fue allí?

—A mí no me pasó nada, pero mataron a una monja a quien conocía y apreciaba... Fue horrible... La violó, la apuñaló...

Y me eché a llorar con desconsuelo, en un llanto reprimido durante semanas que me ahogaba por dentro.

Unos brazos amigos me rodearon. ¡Qué alivio poder abandonarse a un afecto seguro, a la complicidad de la infancia, sin tener que explicar nada, sin excusas...!

El calor de la amistad me envolvió en su cálido velo hasta que las sombras de la noche nos rodearon. Nunca antes me había permitido aceptar cuánto echaba de menos a mi gente y a mi tierra. Ahora, todo sería distinto.

El recuerdo de madre Asunción me perseguía todos los días, y a ella se añadía la creciente necesidad de contribuir a su obra de generosidad y amor. Era extraño. La evocación de esa persona a la que había visto una sola vez me perseguía para que realizara lo que no supe darle en vida. Laura, con su caudal de determinación y energía, no solo contribuía en ese afán, sino que lo consideraba una obligación.

Su trabajo había desplegado ante sus ojos las miserias humanas, y su corazón compasivo le empujaba a intentar remediarlas como si en ello le fuera la salvación. Nuestro buen Muchiri nos acompañaba siempre, pero un reproche implícito se dibujaba en su semblante cada vez que acudíamos a las misiones. Le parecía que yo corría un peligro innecesario, pues ya estaban las monjitas para ocuparse de esa pobre gente.

Íbamos a encontrarnos en Kangemi con Silvia Dan, pues ella era, desde el principio, una fiel colaboradora de ese proyecto.

Cuando llegamos allí, nuestra sorpresa fue mayúscula a medida que recorrimos el poblado. Nos habían recibido la directora de una ONG catalana, que era quien me había invitado, y el padre Miguel, un salmantino simpatiquísimo que era comboniano, un «padre blanco» de la misma orden que Asunción.

Unos niños vestidos con sus mejores galas, el uniforme del colegio, nos esperaban a la puerta con unos alegres y movidos bailes nativos. Les dimos las gracias por su brillante actuación y comenzamos a repartirles las chucherías que Laura había traído de España. Como siempre, los ojos de esos africanos me traspasaban el alma. Había tal agradecimiento en su mirada... El gozo por recibir tales naderías iba a iluminar toda su jornada. Durante años, aquellos ojos permanecerían en mi recuerdo.

Algunos de los pequeños se abrazaron a Silvia, agradeciéndole sus numerosas visitas.

Al entrar en la escuela, una cara venida de mi pasado atrajo mi atención:

—Padre Agostino, ¿qué hace en África?

—Mayte, ¡qué maravilloso encuentro!

—No sabía que estaba aquí. ¿Cómo no nos ha avisado?

—Sin embargo, yo sí sabía que iba a encontrarme con la encantadora señora Woods que conocí en Londres.

Él había acudido a la capital británica para dar unas conferencias sobre planificación y economía para países en desarrollo. El departamento de Cris patrocinaba esos seminarios, y de ahí que durante unos meses nuestras reuniones fueran frecuentes.

—¿Y Cris? ¿Sabe que está usted en Nairobi?

—Así es. Le llamé de inmediato y al decirme que hoy visitaría Kangemi, decidimos convertirlo en un encuentro inesperado. ¡Un poco de magia, *mia cara!*

De pronto me percaté de que no había presentado a mi amiga, que contemplaba la escena con expresión divertida.

—Laura, te presento al padre Agostino, profesor de la Universidad de Georgetown. Padre, esta es mi amiga de la infancia, Laura Irigoyen, que es médico y

está en Nairobi para dar a conocer una campaña de prevención de enfermedades endémicas.

—¡Qué eficaz es la providencia! —exclamó el buen padre, y tomándonos por el brazo, prosiguió—: ¡una doctora y una enfermera, justo lo que necesitábamos para iniciar el dispensario!

Laura aceptó con entusiasmo. Yo les escuchaba a los dos hasta formular la pregunta que flotaba en mi mente:

—Pero ¿qué hace un importante profesor de Georgestown —dije, llena de asombro— en una misión de África?

—¿Y qué hacían los jesuitas en el Alto Paraná? Tú, como española, deberías saberlo —respondió con cierta chunga.

—Sí, claro, comprendo a qué ha venido, pero no entiendo cómo puede haber dejado un trabajo que requiere años de experiencia para hacer algo que muchos podrían hacer.

—Te equivocas, Mayte. Espera a ver lo que esta gente ha conseguido realizar, y ya me dirás si no es extraordinario. Son ellos los que me han enseñado a mí.

Callé y continuamos la visita. En la sala que hacía de aula, se alineaban los pupitres en perfecto orden. Los lápices de muchos colores, como gustan allí, trabajaban con rapidez en las oscuras manos de aquellos alumnos. Su atención era total mientras la maestra deletreaba las palabras que los estudiantes convertían en signos sigilosos. Los siguientes dos cuartos alojaban a chicos y chicas de más edad, y el último servía de guardería. Me contaron, y luego pude comprobarlo, que algunas madres cuyos trabajos lo permitían, llevaban a sus hijos con ellas.

En efecto, aún no había visto nada. Nos enseñaron el taller de costura donde se realizaban los uniformes que usaban en Kangemi. La labor estaba hecha con tal esmero, que les encargaban también la confección de los uniformes de los colegios más importantes de Nairobi.

Los pequeños se entretenían con retales e hilos de colores, mientras sus madres trabajaban serenas, sabiéndolos a su lado, fuera de los peligros habituales en las *shambas*, las chozas en medio del campo.

La herrería, pequeña pero bien organizada, proporcionaba las vigas de los edificios; en otro taller, se confeccionaban los ladrillos con la maravillosa tierra roja del lugar; el economato vendía, a precios reducidos, lo que se cultivaba en las huertas que se extendían más allá de las casas, y que labraban con mimo.

La enfermería, nuestro próximo deber según padre Agostino, era pulcra y bien ventilada, pero les urgía, nos dijeron, medicamentos de primera necesidad: analgésicos, antitérmicos y vacunas contra la malaria, pues la población de ese increíble proyecto crecía por momentos. Se respiraba una atmósfera de paz, de convivencia y de amor al prójimo que nos tenía, a Laura y a mí, mudas de estupor.

Silvia observaba, complacida.

El jesuita, percatándose de nuestra falta de reacción, nos tomó el pelo:

—¿Qué, Mayte...? Cualquiera puede hacer todo esto, ¿verdad?

—Padre, estoy fascinada...

—¡Estupefactas! —añadió Laura—. Es la fiel réplica de una misión jesuita del siglo XVII.

—Sí —respondió Montse, la directora de la ONG—. El pueblo es autosuficiente. Ellos construyen las casas y todos los edificios que albergan dispensario, economato, etcétera.

—Y los materiales se producen también aquí, con la consiguiente reducción de costes —intervino el padre Miguel.

Una vez terminado el recorrido, nos invitaron a un almuerzo a la benéfica sombra de un porche.

—¡Qué árboles más frondosos! —apuntó Laura señalando un bosquecillo vecino—. ¡Debe de ser delicioso comer bajo su sombra!

—Mientras no te caiga una serpiente encima... —contestó riendo padre Agostino—. Quedarse quieto bajo un árbol es una de las cosas más peligrosas que puedes hacer en África.

—¡Vamos, chicas...! —Montse nos invitaba con un gestó de la mano—. Ya está todo preparado. ¿No tenéis hambre?

Nos sentamos a una mesa de gruesa madera con unos hermosos dibujos en círculos concéntricos.

—Esta mesa la ha tallado Horatius. Mirad qué perfección, cómo la ha pulido... Cómo brilla la madera encerada con cuidado y paciencia...

Tras esas palabras, el padre Miguel se mostraba tan orgulloso como si fuera un hijo suyo quien hubiera hecho tal proeza.

—¿Conoce usted a cada artesano y lo que ha realizado?

—Sí, Mayte. Esta es una familia muy numerosa, y entre todos han llevado a cabo lo que creían imposible.

De nuevo el orgullo se leía en su semblante. Sin lugar a dudas, aquel era un experimento iniciado con muchas dudas, pero que estaba siendo coronado con el éxito.

—Padre Agostino... —inició Laura con cierta timidez—. A mí también me extraña que alguien con un puesto tan relevante en una de las mejores universidades del mundo lo abandone todo para venir a misiones.

—*Cara* Laura... —respondió con voz mansa—. Estoy cumpliendo mi máspreciado sueño...

—¿Qué quiere decir? —interviene, intrigada.

—Devolver la esperanza a gentes que la habían perdido. —Ante nuestro gesto de

desconcierto, continuó—: Este era un barrio sin posibilidad alguna de prosperar. Charles Rubia, un notable personaje de la ciudad amigo del padre Miguel, dio ejemplo viniendo a vivir aquí, en una zona depauperada. No había más que chozas y cabañas.

—Así es. Charles es católico y quiso con su gesto animarnos a establecer aquí un proyecto que ayudara a esta gente —apuntó el padre Miguel, y añadió—: comenzamos a pedir fondos, y uno de los donantes fue la Universidad de Georgetown.

—Cuando supe de esta portentosa utopía —metió baza padre Agostino—, recordé la prodigiosa labor de los jesuitas en el Alto Paraná, y decidí apuntarme a esta obra de amor.

—Y en cuanto a ti, Montse... ¿Cuál es tu historia? —pregunté con curiosidad a la directora.

—Es muy parecida —dijo ella—. Miguel me contó su ideal: transformar una zona deprimida, con alto riesgo de droga y criminalidad, y dar a sus gentes una opción de vida y de dignidad.

—Por lo que decís, se trata de una colaboración, ¿verdad?

Laura y yo estábamos completamente fascinadas por esos tres personajes que habían abandonado sus cómodas y prestigiosas existencias para dar su energía y afecto a unos desconocidos.

—Jesuitas, combonianos, la población de Kangemi... somos todos uno. *Harambe!* ¡Todos a una! —La voz de Montse denotaba orgullo y felicidad—. Este país se ha hecho al unísono. *Harambe!* Pues es lo que Jomo Kenyatta exhortó a los kenianos que hicieran, sin distinción de raza, clase o religión.

Observé que Muchiri escuchaba desde otra mesa. Su expresión decía con claridad que aprobaba esta visita. Nos sacó de nuestras reflexiones la invitación de padre Agostino:

—¡Vamos, basta de cháchara! Todavía queda la misa, y no quiero que os retraséis. Si no, vuestros maridos protestarán.

La iglesia no era para nada lo que yo había imaginado. Los muros de sólido ladrillo se alzaban a una altura respetable, y un airoso campanario parecía anhelar el cielo con los alegres tañidos de su campana. Los habitantes acudían, presurosos, comentando entre risas los acontecimientos del día. Aparecían limpios y arreglados; las niñas, con lazos de brillantes colores entre sus negras trenzas, y un ambiente de fiesta flotaba como una dulce promesa.

Al entrar, Laura y yo nos miramos atónitas. El altar, cubierto por un paño bordado en hilos de varias tonalidades de rojo y verde, tronaba en el centro de la vasta nave, cuyo techo era sostenido por unas vigorosas vigas de hierro. Unos bancos de una madera clara, preciosa, se alineaban alrededor del ara con estudiada precisión,

aprovechando el espacio al máximo. Tras acomodarnos en el primer banco, el oficiante dio comienzo a la ceremonia.

Por el pasillo central entraron unas mujeres ataviadas con sus típicos tejidos africanos de fino y puro algodón. Se movían acompasadamente al son de una música que contagiaba las ganas de bailar. Hacían sonar sus maracas *kayambas* de tallos de bambú, todas a una, en perfecta sincronización de pasos e instrumentos. Avanzaban ondulando sus cuerpos flexibles bajo las finas *kangas*, y elevando sus brazos hacia lo alto, sosteniendo en bandejas de paja frutas maduras que perfumaban el ambiente con su exótico aroma.

—¡Hacia el Padre, hacia el Padre! —repetían cantando con entusiasmo.

Sentí que una viva emoción se enroscaba en mi garganta. Una vez que llegaron junto a los sacerdotes, depositaron sus canastas en las gradas del tabernáculo formando con ellas un curioso mosaico de la naturaleza. Muy compuestas y formales, se instalaron en el lugar reservado para el coro.

A medida que progresaba la misa, los cantos se hacían más dulces y modulados; el recogimiento de los asistentes, más intenso, hasta llegar a la consagración, momento en el que el silencio fue como una caricia de alas de ángeles etéreos.

Laura y yo recorrimos en silencio el camino de vuelta. Ni siquiera Muchiri osó romper la magia que acabábamos de vivir.

Éramos conscientes de haber conocido un mundo mejor, construido con inteligencia, voluntad de bien y amor.

Pocos días después me arreglé con esmero. Una blusa de seda roja, una falda de hilo del mismo color, y unos tacones bien altos alargaban mi silueta. Dos o tres collares de coral iluminaban mi rostro. Me gustaba sentir su tacto un tanto frío, que mi piel se encargaría de entibiar. Había quedado con Betty para almorzar en el restaurante del hotel Norfolk.

—¡Vestida para matar! —me alertó—. Tenemos que dar buena impresión. Todo el mundo estará allí.

Al llegar, pregunté por nuestra mesa. Tras indicármela el camarero, y comprobar que Betty todavía no estaba, preferí esperarla en el bar, pensando que mi amiga no tardaría. Cuando terminé mi bebida, miré la hora.

«Menudo retraso... —pensé—. Más de cuarenta minutos. Me voy.»

Una vez fuera, el sol me cegó y no pude reconocer a la persona que tenía delante, pero su voz puso en alerta mi corazón. Era Peter.

—*My tea*... —bromeó—. ¡Qué agradable sorpresa! Pero... ¿te vas?

Le expliqué mi espera inútil, y él ofreció de inmediato:

—No te vayas. No es posible que una mujer tan guapa coma sola. Yo iba a tomar algo rápido, pero creo que estoy de suerte... ¿Puedo invitarte? ¿No lo creerás

inconveniente?

Y de la manera más natural, me senté a la mesa que me habían adjudicado antes.

El enfado por el plantón de mi amiga desapareció en cuanto Peter empezó a contarme su infancia en Kenia. En realidad, agradecí tener una amiga con cabeza de chorlito. Mi nuevo amigo sentía pasión por su patria. El hecho de haber tenido que defender la postura de Kenia en los foros internacionales, le había procurado una segunda piel de caballero andante que protege su territorio.

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Eres keniano de parte de padre y madre?

—¿Qué quieres saber realmente? —dijo divertido—. ¿Por qué no soy tan oscuro?

—No es eso —respondí, confundida—. Pero...

—Sí, Mayte. No te atrevas a preguntar por qué no soy tan negro.

—¡Peter, por favor! Sabes que yo no pienso así. Para mí hay personas, no colores.

—Buena respuesta. Pero lo aclararé: mi madre era inglesa.

La nacionalidad inglesa de su madre no le había supuesto ningún conflicto. Su sentido realista de la vida le había hecho ver la oportunidad de ser un puente entre dos mundos que habrían de encontrarse. Es más: supo comprender que la educación a la que había tenido acceso podría contribuir al desarrollo de su adorada Kenia. Su visión de la vida, además de práctica, era optimista y vital. Él me hizo sentir que su país, que hasta entonces me había parecido hermoso, tenía que realizar un plan trascendental, y que él quería formar parte de ese proyecto.

—Me ha obnubilado el entusiasmo por contarte cosas sobre mi tierra y lo que puede y debe llegar a ser. No te he preguntado por tu patria, que debes amar como yo amo Kenia. ¿De qué parte de España eres?

—Mi familia es de Castilla. ¿Conoces España?

—No, aún no. Cuéntame cómo es.

—Mis padres se fueron de Zamora al norte, a San Sebastián, donde me crie. Es una bellísima ciudad, acunada por una mar brava y tierna...

Y le conté mi infancia, mis dificultades y mi voluntad de cambiar de vida; el matrimonio con Cris y la felicidad al tener a mi bebé... A medida que avanzaba mi relato, él me preguntaba una y mil cosas.

Un rasgo de su carácter me dejaba perpleja: gozaba de una cualidad y la contraria. Era muy astuto, y al mismo tiempo inocente como un niño; respetuoso con las opiniones de los demás y testarudo con las suyas; ilusionado con su país y con verdadera curiosidad hacia los demás; alegre en la superficie y profundo en su reflexión; osado en las ideas y prudente en la ejecución de las mismas. Escuché aquella mente que vagaba por campos de profunda libertad. Era un ser libre.

El tiempo pasó deprisa. Su conversación era tan interesante, tan amena, que no me había percatado de la hora. Detrás de mí, una voz femenina y conocida me saludó:

—¡Señora Woods! Veo que hace usted amigos muy rápido. —Y enfatizó la

palabra «amigos».

Peter, que la había visto llegar, la saludó con un tono neutro:

—Hola, Kiki, ¿qué tal? Y Lio, ¿está de viaje?

Saludé a la recién llegada con una leve inclinación de la cabeza, pero no dije nada.

—No. Está en aquella mesa, junto al ventanal.

Miré hacia la dirección indicada y vi a Lio enfrascado en una conversación muy animada con un señor que parecía importante. No le conocía.

—Veo que estáis en compañía del poder —dijo Peter.

—Sí, ya lo ves. Lio no solo domina sus tierras, sino que el ministro más influyente del gobierno aprecia su consejo.

—Te felicito. En unos años, os habéis vuelto indispensables para la buena marcha del país. —Y subrayó la palabra «indispensables».

Molesta con la ironía, Kiki esbozó una falsa sonrisa y se marchó.

—¡Uf, qué mujer más insoportable! —exploté.

—Peor aún: es peligrosa y se rodea de gente todavía más temible.

—¿Quién es el hombre que almuerza con ellos? —pregunté.

—Es el ministro de Industria, Nicholas Mbott —me aclaró Peter.

—¡Es el marido de Anne! La conocí el otro día. Cuando ella se fue, me contaron cosas absurdas sobre el matrimonio.

—No son absurdas, Mayte. Debes tener mucho cuidado en general, y con ellos en particular. La vida en Kenia no es lo que parece a primera vista. Todo es tan relajado, la tierra es de tal belleza que parece el paraíso... pero puedes encontrar el infierno.

—¡Me asustas!

—No era esa mi intención. Cris y tú sois buena gente. Huye de personas como los Harden y los Mbott. Tarde o temprano morderán. Son serpientes, y en la naturaleza de las serpientes está el morder.

—Entonces... ¿qué dirán de este encuentro fortuito?

—Por eso no he dicho nada al respecto. Si hubiera dado una explicación, le hubiera servido en bandeja la certeza de que ocultábamos algo.

—Peter, gracias por una comida deliciosa, pero no sé si he hecho bien al aceptar tu invitación. ¡Imagina qué contará esa bruja!

—Cuando llegues a casa, cuéntaselo a Cris. No le des más vueltas. Gracias por tu compañía, Mayte.

Al cruzar el comedor para salir, sentí, pegada a mi piel, la mirada burlona y maligna de aquella mujer.

Sí, es amor 1987-1988

Habíamos sido invitados a una cena muy especial. Protegida por las colinas de Ngong, se hallaba la antigua casa de Karen Blixen, en la que tanto amó y sufrió. Allí, unos amigos ismaelíes ofrecían un convite singular: era un homenaje al Aga Khan, y como los invitados seríamos muy numerosos, Parviz, nuestra anfitriona, me había informado que las mesas estarían instaladas bajo una carpa en el jardín.

—Tráete un chal —advirtió—. Aunque yo tendré preparadas *pashminas* para quien no haya pensado en ello.

A Cris siempre le encantaba verme arreglada. No era difícil en Nairobi, pues los bazares de los comerciantes indios estaban repletos de sedas rutilantes, de colores sorprendentes y texturas acariciantes. Arabella me había llevado a una costurera india que unía el afán de perfección a una paciencia infinita.

Yo había elegido una seda gris perla, y la modista había sabido combinar las doradas cenefas que rodeaban el tejido en armoniosa combinación. Como único adorno me puse unos pendientes de coral, largos y de un suntuoso tono anaranjado, que Cris me había regalado al nacer Tina. El resultado debió de gustarle porque se quedó un buen rato mirándome embobado.

Cuando llegamos al barrio de Karen, así llamado en recuerdo de la escritora que tanto amó Kenia, empezó a soplar una ligera brisa. Tras enfundarme el chal, entramos en la casa, donde los invitados estaban tomando el aperitivo. El Aga Khan no se hizo esperar. Llegó acompañado de varias personas, entre ellas una dama que llamó poderosamente mi atención. Un sari rojo envolvía su cuerpo a la manera tradicional e iba peinada con un moño alto que alargaba aún más su esbelto cuello. Un impresionante collar brillaba en mil fulgores. Era una típica joya india; las piedras no eran de gran tamaño, pero el diseño y la forma en la que estaban engarzadas hablaba de la más refinada tradición de la orfebrería india: pequeñas esmeraldas, diamantes y rubíes formaban, en filigrana de oro, un delicado dibujo de gotas, típico de Cachemira. Esta alhaja acababa en diminutas gotas de rubí y esmeralda, que temblaban sobre la piel de su elegante propietaria, cada vez que esta hacía el menor movimiento.

El homenajeado saludó a todos y cada uno de los asistentes, interesándose por su labor en Kenia y su país de procedencia. Y por fin nos dispusimos a cenar.

La carpa parecía un espejismo. Estaba confeccionada en una loneta de color

marfil y unas abrazaderas negras con grandes borlas sostenían las cortinas, que, en caso de necesidad, protegerían del viento.

Todo el césped, en el que habían instalado la tienda, estaba cubierto por alfombras persas de idéntico tamaño y color. Aquí y allá, en mesas y columnas, unas velas de tono marfil, de diferentes alturas y tamaños, habían sido colocadas sobre circunferencias de espejo, reflejando una y mil veces las titilantes llamas.

Flores azules, *african lilys* y heliotropos, perfumaban el ambiente con su aroma denso y sensual. En torno a la casa, unos inmensos braseros hacían crepitar un reconfortante fuego, que contribuía, con sus ardientes brasas, a la sensación de hechizo que impregnaba el ambiente.

Una oleada de admiración envolvió a mi amiga Parviz, que sonreía satisfecha. Su deslumbrante sari verde esmeralda destacaba su pelo negro y sus ojos de mirada profunda.

Los anfitriones situaron en el lugar de honor al Aga Khan, flanqueado por ellos mismos y los dos ministros kenianos, el de Planificación y el de Finanzas, al cual asesoraba mi marido. La fastuosa señora del sari rojo estaba entre el homenajead y Peter Mboya.

«Mujer afortunada...», pensé.

Todo iba a las mil maravillas cuando, de repente, el pájaro de la lluvia entonó por dos veces su melifluo canto. Unas leves gotas comenzaron a tocar una suave música en el techo de la carpa. Los camareros se apresuraron a cerrar los costados con las cortinas, y todos continuamos comiendo en total sosiego. Pero el rostro de la anfitriona revelaba una cierta inquietud.

Al poco tiempo, la lluvia comenzó a caer con más fuerza; el repiqueteo de las gotas era cada vez más sonoro; los camareros pasaban el túnel cubierto que iba de la cocina a la carpa a toda velocidad, para que el agua no mojara las bandejas; unos sinuosos hilillos de agua se infiltraban bajo las alfombras. El viento aumentó, formando torbellinos de aire empujando las rachas de agua contra la loneta, que temblaba ante el ataque de los elementos. No era posible escapar hacia la casa, pues la tormenta era vigorosa. El agua que subrepticamente había inundado el césped lo había convertido en barro, y las sillas, bajo el peso de algún invitado, hundían sus patas en la tierra, incluso a través de los preciados tapices.

Amainó el aguacero, pero no así el vendaval.

Ante la amenaza de que la carpa pudiera desplomarse, mi horrorizada Parviz decidió que fuéramos rescatados por los camareros, armados de sendos paraguas. La breve distancia entre la tienda y el porche parecía haber crecido durante el ágape. Y ahí iniciamos una retirada que tuvo sus momentos cómicos, con algún resbalón incluido.

Al llegar a la casa, intentábamos sacudirnos el agua con aire digno, pero nuestro

aspecto era lamentable. Los trajes largos de las señoras se adornaban de una ancha franja rojiza, que el barro había teñido en el bajo de los mismos. Los primorosos peinados, pasados por agua, se habían convertido en tristes guedejas; la lluvia torrencial había corrido el maquillaje de alguna bella... Parecíamos esperpentos salidos de una obra de Valle-Inclán.

En los salones habían encendido las chimeneas y los confortables sofás nos acogieron para poder terminar la noche en relativa calma.

El Aga Khan se marchó pronto, y otros tantos le siguieron para tratar de evitar el seguro resfriado, pero un grupo de amigos nos quedamos para aliviar la desolación de nuestra anfitriona. Entre ellos, uno de los invitados más importantes, Peter Mboya, el ministro de Planificación.

Reunidos en torno a la chimenea, Arabella, Betty, Archie, Lynn, Terry, Peter, Cris, Parviz y yo, formábamos un heterogéneo grupo.

—No comprendo cómo hemos podido sufrir semejante tempestad. No estamos en época de lluvias —se lamentaba Parviz.

—No te desanimes —le dije—. Lo habías preparado todo de manera magistral. Era una belleza. Parecía que flotábamos en una nube.

—No hables de nubes. No es lo apropiado. —Peter tenía un sentido socarrón de los acontecimientos.

—Lo cierto es que lo hemos pasado muy bien —apuntó Arabella, optimista—, y te aseguro que nadie olvidará esta velada.

Unos invitados acudieron a despedirse y la anfitriona se levantó para acompañarles.

—¡Qué pena! —exclamé—. Parviz había trabajado tanto, cuidando hasta el mínimo detalle...

—Es cierto. Pocas veces se ve en Nairobi a los más importantes personajes de los distintos estamentos sociales reunidos bajo el mismo techo. Y no faltó nadie, lo cual es aún más extraordinario. —Archie, buen conocedor de la sociedad keniana, lo había calibrado con exactitud.

—¿Sigue habiendo resentimiento hacia la comunidad india? —preguntó Cris.

—No —negó Peter—. El desastroso ejemplo de Uganda está muy presente. Creo que ha sido una eficaz vacuna contra la discriminación racial.

—¿Qué sucedió en Uganda? —pregunté, intrigada.

—El presidente Idi Amin, con el ánimo de enriquecer a los suyos y a sí mismo, requisó los florecientes negocios de la comunidad india y los entregó a sus paniaguados. El resultado fue nefasto.

Lo que Peter contaba era de sumo interés, pero yo no podía evitar sentirme arrullada por su voz masculina y sensual. Arabella me sacó de mi ensoñación.

—Idi Amin fue un genocida y llevó el país a la ruina.

—Esa es la diferencia. —Peter me miró y siguió con parsimonia—: Kenyatta y mi tío Thomas Mboya predicaron el *Harambe*, «todos a una»: todas las razas, todos los credos, todos aquellos que pudieran contribuir a la prosperidad de la nación, fueron bienvenidos.

—Fue la genialidad de dos hombres de bien.

Pude percibir emoción en las palabras de Cris.

Archie decidió lanzarse:

—También los antiguos colonos blancos colaboraron para hacer de Kenia uno de los países más estables y florecientes de África.

—Archie, tú eres tan keniano como yo —afirmó Peter, rotundo—. Y tienes razón, las diferentes etnias han participado, a base de trabajo serio y ordenado, con aquello que sabían hacer con eficiencia e ilusión.

—Estoy orgulloso de nuestros logros: una sociedad que ha conseguido establecer una relación en régimen de igualdad.

—Mientras la mujer no obtenga el debido respeto... —y al decirlo temí que mi intervención rompiera el lirismo imperante—, un salario justo, educación adecuada, en resumen, los mismos derechos que los hombres, no podréis hablar de igualdad.

Peter me miró sorprendido.

—Es verdad —corroboró despacio, como si reflexionara—. Mayte, ¿sabes lo que dijo Tom Mboya cuando visitó el colegio de Kianda en 1968?

—Hay que recordar —me aclaró Arabella— que Kianda fue la primera escuela de formación profesional para mujeres en África.

—Mi tío dijo en su discurso: «Todo hombre debe respetar ciertos valores, ciertos principios, ciertos ideales y ciertas normas de conducta. Nosotros, en el gobierno, estamos muy satisfechos con los resultados de las mujeres formadas para su profesión en Kianda College, en todos los departamentos en que han empleado a sus alumnas.» Y así fue.

—La educación origina libertad, y la libertad produce dignidad —susurré.

Su mirada me envolvió como un cálido abrazo. Tuve que levantarme para ocultar mi turbación.

—Ahora vuelvo.

Sentí sus ojos ardiendo en mi piel. Al regresar, sonaba la música. Bailé con Cris un par de veces, y al encontrarse él con un amigo, me dirigí a sentarme junto a Arabella, pero una mano me cogió decidida por el brazo. De pronto, me encontré entre los brazos de Peter, meciéndome al son de una samba melancólica, *Orfeo Negro*. No me atreví ni a respirar. Estaba tan emocionada, que temía que cualquier palabra pudiera romper el hechizo.

Sentía su mano poderosa en mi espalda, y la otra sujetaba la mía, haciendo que me creyera invencible. El calor de su cuerpo producía en mí una sensación de vida,

de euforia, de inacabable energía. Yo, que no había conocido la pasión, comenzaba a encontrarla en el momento más equivocado de mi vida.

Laura me llamó para preguntarme si estaba en casa.

—Claro. Estaré jugando, como todas las tardes, con Tina.

Me extrañó su urgencia, pues solía regresar muy tarde del dispensario. Al llegar, me encontró jugando en el jardín con mi hija. No se anduvo por las ramas.

—Mayte, perdóname si soy indiscreta... He notado tu interés por Peter, y creo debes conocer lo sucedido.

Mi corazón dio un vuelco.

—Tú me dirás... —Luego añadí, intrigada—: ¿Cómo es posible que hayas averiguado lo que siento por él? ¿Es tan obvio?

—No. Pero no olvides que nos conocemos desde niñas, y sé bien lo que sucede cuando tienes ojos de tormenta. —Y añadió—: Peter es un hombre íntegro, y le admiro por serlo, pero tiene enemigos poderosos, y el ataque de ayer ha sido un serio aviso.

—¿Un ataque? —Sentí un latigazo de temor—. ¡Cuéntame, por favor!

—Un médico que trabaja en el dispensario me ha contado lo que presencié ayer: Peter caminaba deprisa hacia la entrada de la universidad, donde debía pronunciar una conferencia...

—Sé que ha sido profesor de la universidad —asentí—, y que guarda buen recuerdo...

Mi amiga prosiguió:

—Unos hombres mal encarados le rodearon antes de que él pudiera darse cuenta de lo que sucedía. Le increparon con violencia: «¡Quieres cambiar nuestro país! ¡Traidor! ¡Vendido a los *wazungus*! ¡Cómplice de los americanos!» El guardaespaldas luchaba ya contra otros tres que se habían apoderado de su pistola...

Yo, horrorizada, escuchaba el relato de Laura.

—Peter, estimulado por la situación extrema, hizo acopio de su presencia de ánimo, encarándolos con absoluta determinación y total frialdad. Pero aquellos sicarios no venían a protestar ni a oír argumentos; tenían una misión muy clara, y empezaron a golpearle.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté, alarmada.

—Escucha. Cuando ya se veía perdido, un grupo de jóvenes armados de palos arremetieron contra los asaltantes, abriendo el círculo en el que tenían atrapado a Peter. A base de mandobles a derecha e izquierda, consiguieron llegar hasta el ministro, salvándole así de sus captores, que, al sentir en sus costillas la decisión de los defensores, se dieron a la fuga, no sin antes disparar contra Peter.

—¿Está herido? —Mi angustia aumentaba.

—Por suerte, el agresor no era buen tirador y no alcanzó su objetivo.

—¡Gracias a Dios! —musité.

—Peter agradeció su intervención a sus salvadores —continuaba mi amiga—: «¡Qué oportunos!», dijo. «Estábamos esperándole en la puerta, y al ver lo que sucedía decidimos intervenir», contestaron ellos. Parece ser que el chico que hablaba tenía un rostro familiar. Peter se quedó mirándole y el joven, al darse cuenta, le dijo: «Ministro, soy Kilifi. Usted fue mi profesor en esta universidad.» «Claro, ¡ya te recuerdo! Eres de Mombasa y magnífico estudiante, ¿verdad?» «Soy de la costa, sí. Y se hace lo que se puede.»

»Entonces estrechó la mano de sus alumnos, uno a uno, admirando su coraje. “Somos nosotros los que debemos expresarle nuestro reconocimiento”, inició Kilifi. Y animado por sus compañeros prosiguió: “Usted está trabajando por acelerar un proceso de transparencia y democratización del país que muchos deseamos con ardor. Y eso puede ser peligroso. Pero no se deja amedrentar. Como su tío. Gracias.” “Estamos con usted. Cuente con nosotros”, dijeron unos y otros con entusiasmo.

Yo escuchaba aterrada.

—El doctor me comentó —Laura hablaba con calma— que uno de los profesores, que lo había observado todo, escuchaba con disgusto las adhesiones de los estudiantes. Y se fue de prisa y corriendo a contar lo sucedido a quien, seguro, dirige la trama.

—Laura, ¿crees que es un episodio aislado?

—Mayte, según me contó el doctor, ha sido un aviso. Pero lo que más le preocupó fue ver al otro profesor marcharse precipitadamente.

Había recibido con espanto la noticia del frustrado atentado contra Peter, pero cuando me llamó Arabella y me insinuó que un miembro del gabinete podía estar implicado, sentí terror. Y me negaba a creerlo.

—Es imposible lo que dices. Arabella, ¡es un ministro del gobierno! ¿Cómo va a consentir el presidente semejante desacato?

—Tienes que aceptar la realidad, Mayte. Recuerda que el tío de Peter, Tom Mboya, fue asesinado.

—Eso sucedió hace muchos años, cuando este país estaba aún en formación.

—Mira, el mejor consejo que podemos darle sus amigos es que extreme la prudencia. Esto ha sido un claro aviso.

—Gracias por llamarme, Arabella.

—Sabía que te interesaría. —Fue su inquietante respuesta, más por el tono que por las palabras en sí.

Creo que ella ya se había dado cuenta de algo que yo me negaba a admitir. Nunca pensé que los sentimientos tan fuertes y encontrados que batallaban dentro de mí resultaran tan claros.

«Tengo que ir con cuidado», me dije.

En cuanto a los hechos narrados, lo que mi amiga me había descrito era un ataque en toda regla. En mi mente, di mil vueltas a los motivos y las posibles personas que lo habían provocado. Y tras martirizarme elucubrando, por fin tomé la decisión de llamar al propio Peter con el deseo de saber lo ocurrido. Pero acabé aceptando una cita para explicármelo. Mientras conducía hacia el Parque Nacional de Nairobi, me decía a mí misma que no podía consentir que sucediera nada; que debía interesarme por su problema, pero siempre manteniéndome distante.

Al llegar, lo vi solo y sin escolta, lo cual era una gran imprudencia. Me aguardaba en el interior de su coche. Entré en el automóvil y nos dirigimos hacia los caminos que recorrían el parque. Se detuvo en una glorieta desde la que se divisaba un infinito panorama. Estaba cercada para evitar posibles sobresaltos a los que las fieras, en total libertad en ese territorio, eran tan aficionadas.

—No os preocupéis por mí. —Su voz era firme—. Estoy al tanto de lo que sucede y sé cuidarme.

—Estoy inquieta. No comprendo cómo han podido atreverse a cercar a un ministro importante.

—Kenia es un país que se ha construido en un sutil equilibrio entre la influencia de las diferentes tribus.

No continuó. Lo importante era que yo le tenía ante mí vivo, y con una simple mirada, él entendió lo que yo sentía. Fue a mi pesar, contra mi voluntad. Yo deseaba continuar con mi vida serena y perfecta. Con mi marido generoso y mi hija tan deseada. Pero mi corazón había decidido ir por libre.

Peter me besó despacio, con una suavidad inusitada; sus labios eran cálidos y pacientes; despertaban mi deseo despacio, disfrutando el instante que sin duda él había acariciado desde esa noche de lluvia, cuando bailamos aquella samba inolvidable. Me abandoné a su abrazo; mi piel ansiaba el contacto de su piel; más que placer, era algo arrasador, imponente...

Un rumor me hizo abrir los ojos. Ante nosotros, vi una familia de kenianos que reía ante lo que parecíamos: una pareja de enamorados clandestinos. Me avergoncé de mí misma. No era el lugar adecuado, ni debía claudicar de esa manera. Cris no lo merecía. Fue como si hubiera despertado de un sueño placentero.

—Peter, por favor, llévame a mi coche. Tengo que volver.

—Mayte, ¡no te vayas!

—Debo marcharme. Me esperan en casa.

Entonces recurrió al chantaje emocional.

—Acabo de sufrir una terrible peripecia...

—Acércame a mi coche o me iré andando. —E hice ademán de abrir la puerta y salir.

—¡No, no! —Rio—. ¡Puede ser peligroso para las fieras!

Arranqué sin tan siquiera mirarle. Unas ideas contradictorias se arremolinaban en mi cabeza. Nunca había sentido semejante pasión. La anhelaba, para rechazarla después. Quería estar junto a Peter, para odiarlo de inmediato por venir a desatar esa tormenta en mi apacible existencia. Nada más llegar a casa, corrí a abrazar a Cristina. Lo hice con tal fuerza, como si me agarrara a un salvavidas, que la niña me miró sorprendida. Permanecí no sé cuánto tiempo jugando con ella, intentando extraer de su frágil cuerpo la voluntad que a mí me faltaba. Cuando Cris entró en la habitación, su rostro reflejaba tal felicidad, que tomé la determinación que había rondado mi mente toda la tarde.

—Cris, creo que me convendría viajar a San Sebastián. Mi madre no está bien y todavía no conoce a su nieta. ¿Qué te parece?

—Es una gran idea. Os echaré de menos, la casa me parecerá vacía, pero comprendo tus motivos.

—Serán pocos días. Te lo prometo.

—En realidad, me sorprende que no hayas planteado ese viaje antes. Ve tranquila y disfruta.

Era una huida. Yo, que lo sabía, me interné en ese camino con determinación.

Monte Kenia

1988

Mi estancia en San Sebastián fue un bálsamo para mi espíritu desorientado. Al poco tiempo de mi llegada, Julia intuyó que mi visita ocultaba otros motivos, e insinuó, con su delicadeza proverbial, que estaba dispuesta a escucharme. Pero yo me sentía demasiado confundida para expresar lo que me sucedía. Por otra parte, la culpabilidad se me hacía demasiado pesada para enfrentarme a la rectitud de mi hermana.

¿Cómo podía justificar que, teniéndolo todo, me había ido a enamorar de un keniano? ¿Cómo hubiera podido explicar mi traición a un marido que para mí había sido todo bondad? Me quemaba el alma. Una vez más, ella era la buena, y yo, la mala.

La dicha de mi madre al conocer a Cristina fue el mejor premio. Me abandoné al amor puro de esas dos mujeres generosas, que me habían regalado mucho más de lo que yo, en aquel entonces, acertaba a entrever. Mi hija creó unos lazos de afecto, con su abuela y su tía, impensables en tan corto plazo. Había hecho lo correcto, por mi hija y mis familiares, pero no había logrado desentrañar la maraña de mis sentimientos. Así pasaron dos semanas, y ante la insistencia de Cris, volvimos a Nairobi.

Mi determinación de no ver a Peter no era muy realista, pues, al pertenecer al mismo grupo de amigos, habríamos de encontrarnos de nuevo. Y yo temía ese momento. Nunca fui más cariñosa con Cris, ni más dependiente. Me aferraba a él pidiendo en mi interior que me salvara de mí misma. Él tomó mi actitud como el inicio de algo que había esperado durante mucho tiempo. Su dicha no tuvo límites. Y se confió. Tenía que realizar varios viajes, yo le pedí que no se fuera, o que, si lo hacía, me llevara con él.

—Sabes que no puede ser —insistía—. No puedo negarme a ir, y, por otra parte, no es correcto que tú vengas.

Unas semanas más tarde, después de rechazar varias invitaciones donde pensé que Peter también podía estar invitado, mi marido volvió a la carga con que acudiéramos a una cena en casa de Archie.

—Ve tú —le sugerí—. No me encuentro bien.

—Llevas semanas usando la misma disculpa. El médico, tras estudiar las pruebas que te ha hecho, dice que estás en perfecto estado de salud. ¿Qué te pasa?

—No lo sé. No tengo ganas de ver a nadie. Estoy bien en casa.

—No es normal, Mayte. Tendré que hablar con el doctor.

Finalmente, accedí a sus deseos, no fuera a complicar más las cosas con un diagnóstico esclarecedor. Como había previsto, nada más entrar en casa de Arabella, vi a Peter. La separación no había conseguido acallar o disminuir mi amor por él.

Mi pulso se aceleró; sentí mi boca seca como un desierto, pero una alegría casi salvaje invadió mi corazón. Quise mantenerme discreta, distante, pero supe que cada palabra que él profería, con su voz varonil y sugerente, iba destinada a mí.

Le evité durante toda la noche. Evité su mirada y, aunque él lo intentó, no consentí permanecer ni un minuto a solas con él. Observé con aprensión que tenía un largo aparte con mi marido, pero decidí no preguntar ni media palabra cuando llegáramos a casa.

Fue Cris quien, con tono de alarma, me contó el meollo de la conversación.

—Estoy preocupado por Peter —comenzó—. Hemos tenido una charla que reaviva mis temores.

—¿Qué te ha dicho para que estés tan preocupado?

Yo quería parecer distante, pero una voz interior me impulsaba a conocer el asunto. Por otra parte, tenía la impresión de que esas reflexiones de nuestro amigo a mi marido, en realidad iban dirigidas a mí.

—Me dijo: «Cris, conoces mis ideas sobre la imperiosa necesidad de transparencia y corrección en la política.» Y yo le contesté: «Debes ser prudente y no mostrar tus cartas hasta que tu poder se vea afianzado. Tus magníficas opciones, en el futuro, así lo aconsejan.» Pero entonces él añadió: «De eso quería hablarte, porque valoro tu opinión. En el próximo viaje a Londres, me entrevistaré con varios ministros del gabinete británico.» Y yo le aconsejé: «Está bien que lo hagas. Tienes ante ti importantes responsabilidades, pues sabes que en ti han puesto sus esperanzas los que desean una administración transparente y democrática.» Y él contestó: «Ese es el quid del asunto. No desvelo ningún secreto al decirte que una facción, poderosa, ve con recelo mi posición.» «Recelo es una palabra demasiado suave, Peter. Más vale que contemples la realidad en toda su dureza.» «Lo sé, pero no quería dramatizar. Cris, tú que conoces bien la Administración Británica, ¿crees que obtendré su apoyo?» Le animé: «Sin duda. Favorecerán a todo aquel que represente un avance en la senda de la democratización de Kenia. Y en este momento esa persona la encarnas tú. Y sabes que conozco la política local.» Mayte, esa fue nuestra conversación. Peter trató este asunto de manera prudente, sin dramatismos.

—¿Crees que existe una amenaza real? —pregunté.

—Sé que Peter es consciente del riesgo que corre al enfrentarse a las oscuras fuerzas de Mbott.

Yo había recibido el mensaje. Y en efecto, me alarmé. Cuando Peter me

telefoneó, sus argumentos ya me habían convencido.

«No desperdiciemos el tiempo de la felicidad. El futuro es incierto. Ven a mí — me suplicó—. No me rechaces.»

Le odiaba por utilizar a Cris como mensajero. Pero una fuerza invencible me empujaba hacia él. Yo era la única que había de salvarme a mí misma, del huracán que amenazaba con trastocar mi vida. Nadie más tenía capacidad de socorrerme en ese trance. Pero mi voluntad se había ido debilitando. Y además, no poseía el valor necesario para luchar contra mi dicha.

Al oír su voz, supe que la tormenta se acercaba.

Unos días más tarde, Cris salió de viaje por unos asuntos del ministerio. Así que no pude resistirme al ofrecimiento de Peter, y me fui con él al Monte Kenia. Conocía el acogedor hotel donde Peter había reservado un *bungalow*. El actor William Holden, que tanto encendió mi imaginación juvenil, había creado una fundación en un rancho al pie del Monte Kenia, para la protección de los animales y la conservación del medio ambiente. Años más tarde, había sido convertido en un hotel para disfrute de los afortunados que recalaban en él.

Al principio del viaje en coche, me asaltaron mil dudas: ¿qué estaba haciendo? ¿Iba a tirar por la borda mi vida con Cris, tan perfecta desde la llegada de mi hija? ¿Se merecía mi marido semejante traición? Peter comprendió y redobló su ternura e intentó distraerme contándome mil historias de los pueblos y parques que atravesábamos.

Cuando llegamos, nos acompañaron directamente al *bungalow* que él había reservado. Estaba un poco apartado y desde sus ventanas podíamos admirar el portentoso monte que se alzaba hacia el firmamento. El apartamento era amplio y confortable; dado que la temperatura descendía por la noche, nos habían preparado un fuego chisporroteante.

Allí, acurrucados junto a la chimenea, y disfrutando del paisaje incomparable a través de los amplios ventanales, la conversación fluía sin esfuerzo.

Su gran curiosidad, su espíritu libre, con un punto de fantasía para hacer posible lo increíble, hacían que el mundo fuera más brillante, más claro y limpio. Era feliz con él. Los remordimientos que me asaltaron antes de dejar Nairobi, y en el camino hacia el Monte Kenia, se habían desvanecido. Ahora estaba segura. Además, a la pasión que me provocaba, él había decidido conquistar mi alma.

Además, él era el amor de mi vida. Valía la pena enfrentarse al mundo entero por ese amor que llenaba mi ser de luz, de frenesí, de curiosidad hacia su existencia y su entorno. Y, sin embargo, sin poder evitarlo, un pensamiento negativo asaltó mi mente, y unos recuerdos, que en ese momento me parecieron absurdos, cobraron una fuerza insospechada.

Peter me miró asombrado ante el súbito cambio en la expresión de mi rostro.

—¿Qué te ocurre, *my tea*?

—Estaba pensando que, desde que te conozco, ha cambiado mucho mi visión de África. Y más aún, desde que te quiero. El amor todo lo cambia.

—¿Cómo veías nuestra tierra antes de conocerla?

—No tenía una gran idea. Alguna película que vi en mi juventud me enseñó una Kenia revolucionaria y terrible. Más tarde, cuando me casé con Cris y vivía en Londres, Betty Ashcroft... ¿La conoces?

—Creo que sí.

—Pues ella me contó la historia de su familia. Aquí, cerca de Nairobi, tenían una granja que fue asaltada por los rebeldes del mau-mau.

—Fue un triste periodo, pero necesario para conseguir la independencia. Los ingleses siempre creían tener la razón, y no supieron escuchar las nuestras.

—Según ella, los asesinatos fueron salvajes, a machetazos...

—Cuando prende la mecha del odio, es muy difícil parar las venganzas, incluso en los proyectos más idealistas.

Yo revivía las escenas de la familia Ashcroft, y me inflamaba el pavor sufrido por toda aquella gente.

—Lo entiendo. Pero una niña tuvo que ver cómo degollaban al padre de su amiga, que, en un acto de generosidad, había venido a prevenirles del inminente ataque.

—Por desgracia, alguien tuvo la responsabilidad de despertar las pasiones ancestrales, el odio al otro, el miedo y la venganza por errores del pasado —meditó él, contrito. Y luego prosiguió—: ¿Cómo consiguieron salvarse?

—El padre de Betty, previendo que la situación iba a deteriorarse, había construido con ayuda de algunos amigos una salida secreta, tras un panel de la biblioteca, que daba directamente a un cobertizo disimulado en la maleza...

—Pero la casa estaría rodeada —interrumpió él, interesado en el relato—. Era la forma en que se atacaban las fincas.

—No les fue fácil correr entre la densa vegetación, mientras oían los gritos de terror de algún sirviente y los aullidos sanguinarios de los atacantes.

—Si los servidores gritaban atemorizados, quiere decir que habían sido leales a sus señores, ¿no? —me preguntó.

—Sí que lo eran —contesté, sin saber adónde quería llegar con esa pregunta.

—Y los Ashcroft no hicieron el más mínimo intento para salvarlos, ¿no es así? —Ante mi silencio, prosiguió—: No soy partidario de venganzas, y menos cuando se tiene la enorme responsabilidad de construir un país. Pero no me negarás que el procedimiento de esos amos no fue muy heroico, ni noble.

—¡Tenían que salvarse! —exclamé sin mucha seguridad.

—¡Ah! La supervivencia, claro. ¿O tendrá que ver con que los torturados eran solo unos africanos?

—¡Qué duro eres a veces!

—Creo que fue Oscar Wilde quien dijo que los ingleses han estado dispuestos a considerarnos como iguales, siempre que nosotros admitamos que son superiores.

Y esperó el efecto que tendría en mí esa demoledora frase.

Mi silencio le hizo continuar en un tono mucho más serio.

—¿Puedes comprender el mal que ha hecho a Kenia la leyenda que difundieron los ingleses sobre el mau-mau?

—¿«Leyenda»? —dije, a punto del enfado—. Hubo una revolución, y cruenta.

—¿Conoces los datos? En ese atroz conflicto murieron sesenta y tres europeos de las fuerzas de seguridad, más treinta y dos colonos británicos.

—¿Estás seguro?

—La represión fue brutal: perecieron veinte mil kenianos rebeldes de los cuales once mil quinientos eran kikuyus; noventa mil civiles fueron retenidos en campos de concentración, y más de mil presos políticos fueron torturados y ejecutados. Los hechos hablan por sí solos.

Me abracé a él. No podía decir nada. Él comprendió. Nuestras mentes estaban en armonía. Era ya tiempo para la intimidad de los cuerpos.

La conversación había surtido el efecto que mi amante buscaba. Estaba relajada, deseaba amarle, y él ya había tenido bastante paciencia. Bailamos de nuevo aquella samba, lenta y cadenciosa, con la que me tuvo por vez primera entre sus brazos. Luego me llamó Eurídice —yo temblé como una hoja— y puso mi música favorita, aquella que él sabía que me transportaba a la morada del alma.

Lo había planeado todo con esmero para que el rito de la seducción contara con los elementos que harían ese encuentro inolvidable.

Preparó dos gin-tonics —los dos lo preferíamos al consabido champán— y, sorbo a sorbo, dejé que sus dedos recorrieran mi piel.

Despacio, disfrutando de cada etapa y de cada minuto, fue desabotonando mi blusa. Primero, acariciando mi pecho con una sabiduría que me hizo estremecer; y entonces comenzó a besarme muy suave, a poquitos; en los párpados, como si besara a una niña; y luego creciendo en ardor e intensidad, primero en los labios y luego en la boca, que, como yo había intuido en Manda, cubría la mía ahogando voluptuosos suspiros. La pimienta rosa que aromaba la bebida perfumaba su boca.

Las notas de la ópera *Orfeo y Eurídice* entraban en mis oídos y se enroscaban en mi cuerpo, que palpitaba en una plenitud de vida que me hizo olvidarlo todo. Solo él contaba.

Entrelazaba mi nombre con el de Eurídice, añadiendo símbolos a ese amor que nacía y que yo aventuraba eterno. Las suaves llamas de la chimenea acariciaban mi cuerpo, haciéndolo más receptivo al calor del cuerpo del amado.

El contacto de su piel, suave y cálida, con la mía me hizo enloquecer. La pasión,

junto al ser que se ama de veras, es un sentimiento inefable, total, electrizante... Me envolvió una espiral de placer, de turbación, de locura, de vuelo en la noche infinita entre estrellas para ser en el otro, para existir en razón del otro.

Guardo para mí otros detalles de aquella noche de amor. En mi vida, he vivido y sufrido con intensidad, pero esos recuerdos son mi tesoro secreto. Comprendí entonces las historias de aquellos amantes que, transportados por la pasión, se juraban amor eterno y desafiaban a los mismos demonios.

La tempestad

No podía soportar la idea de estar enamorada de Peter y vivir con Cris. Necesitaba explicarle que lo sucedido me había pillado por sorpresa; que jamás hubiera imaginado poder vivir semejante confusión; que lo último que yo deseaba era hacerle daño.

Pero todos esos argumentos carecían de fuerza ante el dolor que iba a causar a un hombre bueno. Mil veces procuré iniciar la conversación temida, pero o bien yo no encontraba el valor necesario, o bien Cris estaba demasiado atareado para escucharme. Tuve incluso la sensación de que mi marido me evitaba.

Por fin una noche, a pesar de saber que siempre es mejor no abordar un tema tan delicado a altas horas, me armé de coraje.

—Hace tiempo que intento hablar contigo. —Bajé el tono de voz—. Me esquivas.

—Creo que estás pasando un mal momento. Es mejor dejar pasar un tiempo y entonces, cuando estés más calmada, te escucharé.

—No, Cris. Atiende, te lo ruego. Es serio.

—¿Qué puede ser tan serio?

Había un cierto temblor en su voz.

—He procurado olvidar... ¡Te debo tanto!

Una furia inesperada inundó su ser.

—¡No te atrevas a decir algo así! ¿Insinúas que en todos estos años lo único que sentías era agradecimiento?

Me conmovió su aflicción, pues entonces comprendí que ya conocía lo que tenía que contarle.

—Sabes que no es así. Cris, te quiero, me has hecho feliz, pero...

—¡No sigas! Te lo prohíbo.

No le reconocía; su rostro desencajado mostraba una rabia invencible. Mas yo estaba segura de que, si callaba, no hallaría en mucho tiempo el coraje de decir lo que ya no debía ocultar.

—Te tengo demasiado respeto para continuar mi silencio. Valoro lo que nos une. Cuando nació nuestra hija, pensé que nuestra vida era perfecta. Y así deseaba que siguiera.

—Piensa entonces en Cristina antes de hablar demasiado.

Se había calmado al mencionar a su niña adorada, y me pareció que ese sentimiento le empujaba a intentar la dulzura conmigo. Se acercó y alargó su mano en un amago de caricia.

Vi muy claro que, si cedía, se desvanecería mi valentía.

—Estoy enamorada, Cris.

Un rugido sordo precedió la catarata de invectivas que yo preveía, y me había preparado para ello. Sin embargo, no estaba prevenida para lo que vino después. A la furia, sucedió un llanto quedo y una letanía de preguntas para las que yo no tenía respuesta.

—¿Qué será de mí sin ti? ¿Qué será de nuestra niña? ¿Tendrá que escoger entre el padre o la madre?

Rota por el pesar y el sentimiento de culpa, fui yo quien trató de abrazarlo.

—¡No me toques! —De nuevo la cólera le dominaba—. ¡A saber a quién han tocado esas manos!

Me miraba con un desprecio que nunca le había visto.

—Has traicionado a tu marido, a tu hija... —Empezaba a desbarrar—. Eres una mala hija, una mala esposa y, desde luego, una mala madre.

Me había propuesto no responder. Me oprimía mi culpa, mi deslealtad y mi egoísmo. Pero cuando mentalmente puse en la balanza el amor que sentía por Peter, renové mi decisión de luchar por nuestro futuro.

—Te lo ruego, Cris, escúchame...

—¿Escucharte? ¿Cómo has podido hacerme esto? Óyeme tú a mí. Se acabó. ¡Vete de mi casa! ¡Vuelve a la portería de donde saliste!

No me hirió. Eso lo tenía ya superado. Sí me apenó descubrir una faceta de mi marido que hubiera preferido ignorar. Daba vueltas alrededor de la habitación, murmurando, enloquecido. Por unos instantes tuve miedo; recordaba a esos maridos que asesinan a sus mujeres y luego, en el ápice de su locura, deciden pegarse un tiro.

Pero mi preocupación se centraba en mi hija. Me aterraba que se quedara sola en el mundo.

—Cris, ¡atiéndeme! Me he enamorado de Peter.

—¡Ah! ¡Es él, el maldito cabrón que me ha robado la mujer!

No daba crédito. Ante mí apareció un hombre que yo no conocía: malhablado, mezquino, en absoluto civilizado. Pero, en el fondo, era mejor así. Me facilitaba mi determinación.

—Por el bien de Cristina, hemos de arreglar este conflicto de manera racional —propuse—. Si te parece...

Él arremetió de nuevo contra mí:

—¿«Si me parece...»? ¿Te has preguntado el daño que harías con tu decisión? —gritó—. ¡Qué me va a parecer! ¡Que te has portado como una cualquiera!

Y de nuevo unos angustiosos sollozos silenciaron sus insultos.

—Cris, créeme... ¡Te lo suplico! Mi relación con Peter acaba de empezar, no sé qué sucederá...

Sus ojos mostraron una mirada esperanzada.

—¿Insinúas que no estás segura, que no sabes si de verdad le quieres?

Mi respuesta se convirtió en un susurro:

—Lo que sugiero es que nos demos un tiempo para reflexionar. Es inútil seguir haciéndonos daño. Y no sé qué sucederá. Nunca había amado con tanta fuerza.

—Ahórrame tu literatura romántica barata. No quiero oír una palabra más. —Y de repente—. ¡Me marchó!

Aquello me alteró.

—¿Y adónde irás?

—Eso no te importa.

—No es cierto. Te sigo queriendo...

—¡Ya veo! Menuda manera de demostrar tu cariño.

—Cris, por favor, quizá tenga que ponerme en contacto contigo...

—Te llamaré cuando lo considere oportuno.

Recogió unas cuantas cosas y se fue. La culpa me ahogaba, y para no ceder a la desesperación, intentaba recordar las horas mágicas en los brazos de Peter en el Monte Kenia; su dulzura tan sorprendente, su entusiasmo por conocer todo lo que de mí ignoraba, su afán por entrar en mi mundo, que le fascinaba; su pensamiento ágil y libre como un pájaro... Con él me encontraba protegida, como si nada pudiera hacerme daño.

Unos días más tarde, Cris me llamó. Estaba en el Norfolk, donde permanecería hasta que se aclarase nuestra situación. Añadió que él seguiría haciéndose cargo de los gastos de la casa, que no me preocupara por eso. Su voz tenía un profundo deje de tristeza cuando pidió disculpas.

—A pesar de tu conducta, nunca debí hablarte como lo hice. Estaba fuera de mí. Lo siento.

Ese era el Cris que yo había admirado, y al que seguía queriendo.

—Ven cuando quieras a ver a nuestra hija.

—Lo haré. La echo mucho de menos.

—Quisiera que sufrieras lo menos posible.

—Ya es tarde para eso —comentó, abatido—. Llámame cuando estés segura de lo que quieres hacer con nuestra vida. —Y colgó.

Tenía una sola certeza: amaba a Peter como jamás había imaginado que pudiera amar. Estaba dispuesta a enfrentarme a todas las dificultades que se interpusieran entre nosotros. Ahora bien, amaba con la misma intensidad a mi hija.

¿Conseguiría tener la custodia de mi hija? ¿Intentaría Cris arrebatármela?

Decidí darme un respiro, y al cabo de unos días, a las siete de la mañana, Peter llegó para recogerme. Nuestro destino era su finca en los alrededores de Kisumu. Primero nos detendríamos en Nakuru, y pasaríamos la noche a orillas del lago.

Recorrer las carreteras que atravesaban Kenia me producía siempre una sensación de inicio del mundo, de planeta recién estrenado. Me embargaba la misma incontenible ilusión de niña, cuando fui por vez primera al cine y contemplé con asombro las aventuras de hermosas mujeres y hombres valientes en exóticas y lejanas tierras.

Una vez que dejamos atrás las verdeantes colinas de plantaciones de té y de café, comenzó la inmensidad de la sabana, que ensanchaba el corazón. Los fiebre amarilla, las acacias espinosas, extendían sus ramas horizontales para detener la lluvia en sus brazos.

Llegados a Nakuru, nos instalamos en un confortable hotel. Los apartamentos eran sobrios en la decoración, pero cómodos, limpios y con todos los detalles necesarios para una buena estancia.

Peter no me dio tiempo a sacar mis cosas de la bolsa. Me arrastró a la orilla, a un punto preciso desde donde veríamos, según dijo, la variedad más extraordinaria de aves acuáticas.

Estaba en lo cierto.

—Tienes que guardar silencio —me avisó—. Si los pájaros olvidan que estamos aquí, si nos mimetizamos con el paisaje, verás ante tus ojos, a escasos metros, evoluciones aéreas que te dejarán sin habla.

—Prometo estar callada.

Nos sentamos en un banco de madera camuflado en la naturaleza. Agucé la vista. No era necesario. Ante mí, miles de flamencos comían, volaban, se atusaban las plumas o jugaban, correteando, con sus brillantes patas cárdenas hundiéndose en el agua. Su plumaje rosa intenso relucía al sol, repitiendo infinitas veces color y movimiento, pues eran miles de ejemplares los que allí vivían y se reproducían.

—¡Son miles! —exclamé muy bajito, para no deshacer el embrujo—. ¡Qué espectáculo!

—¿Miles? —Peter sonrió—. Se calcula que la población de flamencos en el lago es de uno a dos millones, según la temporada y las condiciones climatológicas.

Me fijé bien; tenía que aprovechar esa situación única. Se oyó un extraño sonido que me transportaba a otras tierras. Era como si alguien estuviera tocando las castañuelas a un ritmo pausado, pero constante. Y que se acercaba. Entonces apareció ante nosotros un ave de gran porte, cuerpo negro y blanco, patas interminables rojas, negras y blancas, y un largo y poderoso pico que castañeteaba todo el tiempo. En él se repetían el negro y el bermellón. Peter y yo permanecemos quietos, temerosos de que, al notar nuestra presencia, se esfumara en rápido vuelo. Su caminar era cadencioso y rítmico; buscaba algo que para ella había de ser muy precioso.

Con gran celeridad y un movimiento preciso, hundió la cabeza en el agua y sacó un pico triunfante donde una rana reluciente de agua se debatía, impotente, luchando

por su vida. No tuvo una sola oportunidad. El potente pájaro la engulló con satisfacción y siguió su paciente recorrido para procurarse el alimento cotidiano.

—Dime su nombre. Parecía un animal de la mitología.

—Jabirú. Es un temible cazador y pescador. Pertenece a la familia de las cigüeñas. Aprecia la soledad, pero a veces se le puede ver en pareja.

Una bandada de curiosas aves surcó el cielo, muy cerca de nuestro observatorio. Lideraban el vuelo cuatro o cinco pájaros pico cuchara, que yo había visto en un libro de cuentos de Cristina. Tenían el cuerpo alargado y muy blanco, las patas rojo fuego, un antifaz del mismo color y un pico largo y rosáceo, que terminaba en forma de cuchara. De ahí su nombre.

Les seguían, en perfecta formación, unos flamencos más grandes que los anteriores, más pálidos, y que, al volar, emitían un sonido como de bocina. Un ruido, espontáneo o provocado, asustó a sus congéneres, que permanecían en el lago y emprendieron todos una huida precipitada entre sonoros gritos de alarma.

Emocionada por ese regalo de la naturaleza, esta visión primigenia de la Tierra en toda su maravillosa espontaneidad, me abracé a Peter en mudo agradecimiento.

Durante el almuerzo quise expresarle mi asombro.

—Contigo disfruto la naturaleza. Qué digo... Me siento parte de ella, en emocionante simbiosis con ella.

—Para, para... ¡Qué fuego, qué pasión! —se reía él—. Ahora podrás entender mejor este continente, la estrecha unión que tenemos con los seres vivos y la madre Tierra.

—Sí, empiezo a comprender vuestro respeto.

—El respeto es necesario para la interrelación de humanos, animales y territorio. Además, es inteligente hacerlo. Sobre todo para nosotros, porque África tiene un futuro como reserva de naturaleza, en un planeta cada vez más contaminado.

Hablaba con convencimiento y me contagiaba un entusiasmo que hacía mi vida más vida, más interesante, intensa, variada, esplendorosa. Le tomé la mano en muda declaración de amor. Debía guardar el decoro, pues estábamos en el comedor.

—La fiesta no ha terminado, Mayte —dijo, y yo me hacía ya ilusiones—. Esta tarde, con la caída del sol, verás a otros formidables pescadores. Abundan también aquí alcatraces o pelícanos y cormoranes, que te asombrarán con sus evoluciones.

—¿Y no podemos tomar una barca y remar hasta el centro del lago?

—Esa era mi sorpresa. Como ves, atiendo a tus preferencias, mi marinera.

Nos retiramos a nuestra merecida siesta, y ahí, entre las crujientes sábanas, mis ilusiones fueron cumplidas más allá de las expectativas.

Al atardecer nos embarcamos rumbo a la otra orilla, donde Peter decía que habitaban las jirafas más bellas de África. El sol declinaba con parsimonia y acariciaba las aguas del lago, que aparecían cubiertas de inverosímiles flores de loto

azules, flotando apoyadas en brillantes hojas verdes. Era un delirio para los sentidos: el tenue calor de la tarde en la piel, la visión de las nubes viajeras, el canto de los pájaros deleitando el oído, la densa fragancia de la explosiva flora...

La suave brisa rozaba mi rostro; y recostada sobre la espalda de mi amor, dejé vagar mi pensamiento, gozando de la completa dicha que me envolvía.

Un rumor sordo precedió a un torbellino imparable que agitó las aguas. Sobresaltada, miré hacia el lugar de donde provenía el tumulto. Un surtidor de agua, pleno, erecto, se alzaba desde las profundidades. Bajé la vista, y en ese instante sacó la cabeza un inmenso hipopótamo al que se unieron tres o cuatro más, removiendo el lago con sus resoplidos y movimientos.

Era grandioso.

—¡Qué maravilla, Peter!

Le miré. Él no estaba tan entusiasmado. Sin hacerme ni caso, instruyó al barquero:

—¡*Haraka*, de prisa! Peligro, *hatari sana!* —Y este bogó, como alma que lleva el diablo, de vuelta a la orilla.

—Pero Peter... —protesté—, era el paraíso en la tierra. ¿Por qué nos vamos?

—Los animales casi siempre avisan. —Estaba muy serio—. Dijeron alto y claro que estábamos invadiendo su territorio.

—¡Parecían tan pacíficos y simpáticos!

—La mayoría de muertes en Kenia son provocadas por estos «pacíficos» animales. Son competentes y velocísimos nadadores.

Al salir de Nakuru, me sorprendió una insólita visión. Sobre un árbol corpulento, recostado sobre una de sus sólidas ramas, había un león.

—¡No puedo creerlo! Un león encaramado en lo alto de un árbol...

—Sí, es algo curioso. Cuentan que, a pesar de la eterna rivalidad entre esos felinos, un leopardo se enamoró de una leona, y...

—¿Cómo es posible? —le interrumpí.

—... Él le enseñó a su pareja a trepar. La leona vio las ventajas de hacerlo: desde las alturas podía observar sin ser vista, aumentando así las posibilidades de una buena caza.

—¿Y él?

—A su vez, ella le mostró a sus cachorros cómo hacerlo. Por eso los leones de Nakuru son los únicos que escalan las atalayas.

—Y así, cada vez que lo hacen, recuerdan sin saberlo una historia de amor.

—¡Ven aquí, mi romántica empedernida! —Y me tomó entre sus brazos.

La fábula o realidad de esa narración, no quise indagar, me impresionó. En el fondo, hallé similitudes con nuestra historia de amor. Infinidad de motivos nos separaban: el país, la raza, un continente... Y, sin embargo, yo había hallado la dicha

en aquel hombre tan alejado de mis orígenes.

Me acurruqué de nuevo junto a mi leopardo, aspirando el aire de la tarde y gozando del momento. De pronto, me asaltó una idea descabellada.

—¿Y si esto acabara un día? —casi grité—. ¿Qué haría yo sin ti?

—No digas tonterías. Siempre estaremos así, enamorados. Envejeceremos juntos.

No olvidaré jamás la inmensidad de los paisajes africanos. Bien fuera en la espléndida sabana, en el invitante océano o en las colinas interminables cubiertas de relucientes plantas de té o café, la naturaleza me sobrecogía por su magnitud y serena belleza. Siempre me asaltaba la sensación de asistir a los primeros días de la creación; la emoción inundaba mi ser, mientras aumentaba mi amor por ese hombre que sabía hacer que el día a día se convirtiera en una insólita aventura.

Peter deseaba que conociera «el lago».

Para él, «el lago» por antonomasia era el Victoria. Las diferentes leyendas que a su propósito contaban no hacían más que aumentar mi curiosidad: las míticas expediciones de Burton y Speke, en busca de las Montañas de la Luna; la epopeya de las legiones romanas, que, tras la derrota de Marco Antonio, se encaminaron al sur, hacia las fuentes del Nilo... Todas esas narraciones se agolpaban en mi mente, nimbando de misterio el lugar.

—Mayte, *my tea*, tienes que saber que es el lago más grande de la Tierra.

—¡Qué ignorante soy! —bromeé—. ¡Y los americanos, que creen que el suyo, el Superior, es el mayor del mundo!

—Es que cuando digo la Tierra, me refiero a África —aclaró—. En efecto, en tamaño, es el segundo en el planeta. ¡Pero no me negarás que es el más bello!

Yo estaba extasiada. A aquella hora de la tarde, el sol de poniente espejeaba en las tranquilas aguas, dotándolas de intensos reflejos dorados. Las poblaciones ribereñas eran un hervidero de barcas que iban y venían; de gentes que se despedían o se encontraban con el bullicio propio de las poblaciones africanas. ¡Y la sonrisa de los africanos!

Aquella risa espontánea ha quedado grabada en mi retina y su sonido cantarín retumba en mis oídos cada vez que entorno los ojos para poder recordar. Cuando la oscuridad comenzó a teñir el cielo de un azul profundo, partimos de la mágica laguna en dirección a la finca de Peter. Nos esperaba una cena frugal y el descanso, pues al día siguiente él quería enseñarme aquellas plantaciones de las que estaba tan orgulloso. Eran unas ochenta hectáreas, pero recorreríamos —eso sí, palmo a palmo— las doce que reservaba para el cultivo de rosas para la exportación.

Me despertó un intenso aroma de rosas. Ante mí, tenía una bandeja con un apetitoso desayuno de frutas recién cogidas del huerto, y un pequeño jarrón, con las perfumadas flores de variados rojos, bermellón, carmesí, escarlata o púrpura. Tras el café, me levanté de un salto dispuesta a dejarme sorprender por aquel hombre de

tantas y tan variadas facetas. Y todas ellas me gustaban.

—No puedes caminar con esas deportivas —aconsejó con una caricia—. Es mejor que te pongas unas botas. ¡Te vas a ganar el almuerzo!

Él me había hablado del proyecto que llevaba a cabo en esa propiedad, pero lo que iba a descubrir me dejaría atónita.

—¿Cuántos operarios tienes aquí?

—En total, son doscientos cincuenta...

—¡Caramba! —interrumpí—. ¡El tamaño de un pueblo!

—Pero incluidos los que trabajan en toda la explotación, y en la gerencia y administración de las rosas.

La noche anterior, con las sombras no pude adivinar el espectáculo que me aguardaba. Esa mañana el sol abrazaba el campo. Un océano de rosas, colocadas por colores, y dentro de ellos por variedades, se movía al suave viento como una marea ondulante. Permanecí sin habla. Cuando reaccioné me ardía en la mente una pregunta:

—Es inmenso... ¿Cuántas hectáreas tienes dedicadas a este cultivo?

—Son solo doce —respondió, modesto—. Pero producen unos catorce millones de flores al año.

—¿Cómo puede compaginar el exigente trabajo de ministro y este, que requiere tanta dedicación?

—Los empleados están representados en el comité de gestión, lo que ha espoleado su participación y su responsabilidad. Llevan el negocio a la perfección.

Percibí el orgullo que sentía al ayudar a sus paisanos a producir esos preciados bienes, por los que obtenían sustanciosos beneficios y con los que daba una vida digna a sus familias.

—Veo muchas mujeres recogiendo las flores.

—Mi madre siempre me animó a considerar a la mujer en términos de igualdad. ¡Y en aquella época, era una temeraria!

—Le agradezco que te diera una educación tan abierta. —Y busqué sus brazos.

—Debo añadir —su voz era terminante— que son unas magníficas trabajadoras. Manipulan las rosas con delicadeza y eficiencia, y son minuciosas y metódicas en el embalaje.

—¿Dónde las enviáis? ¿A qué países?

—En su gran mayoría, a Suiza. También a Holanda, que se encarga de distribuir las por toda Europa.

Intenté abarcar aquel mar de color. Se perdía tras unas elevaciones.

—¿De dónde sacas el agua para regar tantas plantas?

—Hemos construido una canalización, que la trae del lago. Además, tenemos un sistema innovador que recupera un treinta por ciento de las aguas utilizadas en el

riego.

—¿Y en la temporada seca?

—Fíjate en los tejados de los barracones. Todos tienen depósitos para recoger el agua de lluvia que se necesitará en la estación seca.

Nos acompañaba el encargado de la explotación, pero todos trataban a Peter con una asombrosa mezcla de admiración, respeto, agradecimiento y, a la vez, camaradería. Creo que eran conscientes de la labor que realizaba su jefe, y de cómo se había preocupado en proporcionarles un modo de vida.

Esa noche cenamos en el porche, al resplandor de una inmensa luna. Cuando nos quedamos solos, bailamos al son de la que ya era nuestra canción: *Orfeo Negro*.

Me invadió tal dicha que tuve miedo. Miedo de que la envidia intentara destruir a mi amado. Pero también tuve miedo de que alguien se sintiera ofendido por nuestro insólito amor: una antigua amante, un defensor de la ortodoxia racial o cualquiera a quien nuestra pasión resultara insoportable. O simplemente, que la vida me pasara factura por todo aquello que me había regalado.

—Desde que te atacaron en la universidad, tengo miedo, Peter. Tienes enemigos —dije.

—Claro que los tengo. Todos los que intentan eliminar la corrupción, se topan con unos pocos poderosos que no consienten en perder sus mezquinos privilegios. Es inevitable.

—Ya lo sé. Pero, te lo ruego, ten cuidado en tu próximo viaje. Me han dicho que también irá Nicholas Mbott. Tú mismo me advertiste lo peligroso que es.

—Este país ha sufrido muchas dificultades: para empezar, la ocupación británica; en la década de los setenta, la amenaza del poder soviético, en nuestra frontera con Etiopía; padecimos la locura expansionista de Idi Amin de la vecina Uganda... Gracias al valor y a la astucia de nuestros políticos, Kenia se ve libre del peligro exterior y es una lástima que...

Yo le interrumpí, impaciente:

—Kenia prospera. Ten calma y tómate tu tiempo para realizar aquello que debes cumplir. No te precipites y... ¡sobre todo no pongas en riesgo tu vida! Te lo ruego...

—Sin embargo, yo creo que es urgente que eliminemos la corrupción. Corroe el sistema.

Permaneció pensativo, y yo creí, ingenua de mí, que estaba considerando mi súplica. Por el contrario, se había afianzado en su determinación.

—No son tantos los que degradan su cargo con su ambición. No puede ser tan peliagudo librar a la administración de esas sanguijuelas.

—Peter, son poderosos y se mueven en la sombra. Es posible que tú no tengas toda la información: aquellos a quienes les escandaliza tu proceder, bajo cuerda están

de acuerdo con ellos. ¿Y si te tienden una trampa?

—¡Qué desvaríos se te ocurren! ¡Qué imaginación!

—Peter, no te vayas. Pon cualquier excusa.

—No. Es una visita oficial a un país aliado. Es importante para Kenia y es vital para mí. Tendré encuentros que serán fundamentales para mi futuro.

—¿Y qué futuro me espera si a ti te sucede una desgracia?

Ni yo misma sabía por qué la conversación había tomado ese giro tan dramático, pero él, al ver mi desesperación, me tomó entre sus brazos y me besó una y otra vez mientras me repetía:

—¡Vamos! No seas niña... Siempre estaré a tu lado para protegerte.

Hubiera querido que el mundo se detuviera en ese momento. Me sentía segura a su lado. Pensaba que, estando juntos, no le pasaría nada. No quería que aquella angustia que crecía en mi interior se apoderara de nuevo de mi alma.

Pero su destino no estaba en mis manos.

Las noticias que leía en los periódicos no podían ser más halagüeñas. El presidente y su séquito eran recibidos con todos los honores, y con sumo interés hacia la evolución del país. Tras la independencia, Kenia había sido la nación con la transición más estable, y todos abogaban para que así continuara. Las comisiones de trabajo se sucedían la una a la otra, y siempre con óptimos resultados.

La cartera que Peter presidía, Planificación y Desarrollo, era vital para el progreso de una tierra que él amaba con pasión. Había tenido un prolongado coloquio con el primer ministro y todos los medios se hacían eco de su importancia.

Pero los diarios nacionales no reflejaban un aspecto del mismo que, a todas luces, era trascendental, y que aparecía ampliamente comentado en los británicos.

Hablaban de Peter como la gran esperanza de la política keniana, el hombre que representaba la apertura hacia una mayor democratización del país, y la garantía de transparencia en el gobierno. Recordaban la figura de su tío Thomas Mboya, su honestidad y limpieza, y su asesinato, que había conmocionado a la sociedad de su tiempo.

Cuando Arabella me trajo el *Financial Times*, leí el artículo con inmensa aprensión.

—Tu expresión de espanto —me dijo sorprendida— no se corresponde con la realidad. El papel de Peter ha sido muy brillante. Le han distinguido entre todos los ministros.

—Es eso precisamente lo que me asusta. Yo le rogué que mantuviera un perfil bajo.

—No dependía de él. Los británicos apostaban por una sucesión serena y transparente dentro del proceso democrático, y Peter encarna esos valores.

—Arabella, tú conoces esta tierra mejor que yo: dime que mi preocupación es

infundada.

—Mayte, quizá tú tengas una información que yo no poseo.

—¿Te refieres a si Peter me ha hecho alguna confidencia?

—Bueno, sí, pero también puedes saber algo por otras fuentes: la embajada, las misiones...

—Nuestro amigo es de una rigurosa discreción, más aún en cuanto a la política interna del gabinete. Creo que también lo hace para protegerme.

—¿Protegerte? ¿De qué? ¿De quién?

—No me lo ha dicho, pero yo me hago suposiciones, y me angustian.

—Tienes que ser positiva. Él te necesita fuerte. Piensa que tenéis un futuro prometedor.

—Ay, Arabella, a veces me atenaza el miedo...

Ella me abrazó con cariño.

—¿Qué te pasa? ¡Reacciona! Tienes a tu lado a un hombre extraordinario. Disfruta este momento dulce.

—Soy consciente de todo ello. Pero me siento tan feliz que temo que la vida me pase factura.

Estuve pendiente de la llegada de la comitiva oficial al aeropuerto de Nairobi. Al verlo por televisión, observé que las muestras de contento del presidente y la deferencia hacia el ministro de Planificación eran tan evidentes, que tranquilizaron mi ánimo. Una breve y cariñosa llamada de Peter contribuyó a calmarme.

—La visita ha sido un éxito. —Su voz sonaba enérgica—. El presidente me ha felicitado ante toda la misión.

Yo ansiaba verle, tocarle, besarle; sentir su presencia adorada. Su amor era como un volcán que generaba un fuego abrasador, una pasión devastadora que no me dejaba tiempo para pensar. ¡Ojalá lo hubiera hecho! No pude prever la tormenta de increíbles proporciones que asolaría nuestras vidas.

El mensaje de Orfeo

1989

Laura alternaba sus visitas al dispensario de Turkana con estancias en mi casa. Ella me agradecía que la invitara, pero yo siempre le respondía que su compañía me hacía un bien infinito. Percibía su preocupación ante las decisiones que yo había tomado, y una tarde, mientras Cristina jugaba en el jardín y nosotras la observábamos, se atrevió a hacerme las preguntas que bullían en su corazón.

—Mayte, creo que eres feliz, pero me asustan las dificultades con las que tienes que enfrentarte.

—¿A qué penalidades te refieres?

Bien sabía yo lo que ella pensaba. También a mí me habían asaltado ideas inquietantes, pero las apartaba de inmediato. No quería que nada estropeará mi dicha.

—¿Cuál será tu futuro, Mayte? ¿Y el de Cristina? ¿Te quedarás en Kenia?

—No lo sé, Laura. Peter prefiere que seamos discretos con nuestra relación.

—Bien. Es importante que respetéis la situación de Cris... No os precipitéis, quiero decir, que ambos estéis seguros de lo que hacéis. Pero... ¿os vais a casar?

—Él todavía no me lo ha pedido, pero si lo hace, aceptaré.

—Si tenéis hijos, tendrás que quedarte en Kenia. Vuestra vida sería difícil en Europa.

—Las estructuras sociales han cambiado mucho, Laura. Ya no es como cuando éramos jóvenes. Además, si tuviera que vivir en Nairobi, sería feliz.

—¿Para siempre? Acabarás echando de menos España, tu tierra, tu gente...

—¡Qué equivocada estás! No me falta nada. —Pero no era del todo cierto—. Junto a él, la vida se vive dos veces. Su energía, su bondad y su talento transformaron mi mundo. Convierte cada día en una aventura que vale la pena.

—Es obvio que Peter tiene muchas cualidades. —Laura me sonrió al decirlo—. Pero ¿estás tan enamorada que no le ves ningún defecto?

—Los veo.

—¿Ah, sí?

—Sé que, a pesar de su inteligencia, es ingenuo; sé que se resiste a ver la maldad. Sé que su ansia de cambiar el mundo le hacen soslayar la realidad.

—Ten en cuenta que su «ansia de cambiar el mundo», como tú dices, puede conllevar peligros que acaben afectándote. —Su mirada reflejaba cierta alarma.

Entendí su preocupación. Laura era mi amiga de infancia, y a diferencia de los

amigos de Peter, y ahora también míos, que le admiraban por encima de todo, ella barruntaba escollos en nuestra vida en común.

—Es cierto que pueden surgir conflictos, pero no podría ya plantearme la vida sin él.

Guardamos silencio unos instantes.

—En cuanto a Peter, acepto que nunca he sido objetiva —reconocí con humildad—. Le quiero con sus defectos.

—Eres muy generosa. —De nuevo Laura se mostraba burlona.

—Pero las faltas que tiene son aquellas que no me incomodan. ¡Y sus cualidades me gustan muchísimo!

Las dos soltamos una carcajada, y luego Laura exclamó:

—Pase lo que pase, yo estaré siempre a tu lado.

Y no era la única. También Arabella me ofrecía su generoso apoyo en el día a día. Archie lo hacía a regañadientes, según supe por Peter, pues le parecía que su antigua amistad con Cris le demandaba lealtad. Ella le había convencido de que yo era la parte más débil, que no tenía familia a la que acudir, y sí mil dificultades al ser una mujer sola y *wazungu*. El caso era que ahí estaban los dos, acompañándome en esa época de mi vida, fascinante y un tanto atormentada.

—Estoy asustada, Arabella.

—El viaje no ha podido salir mejor. Es todo un éxito, y Peter ha sido recibido con suma deferencia.

—Eso es precisamente lo que me produce más temor. Los triunfos de Peter pueden producir un resquemor que, al ser manipulado por quien le odia, origine su desgracia.

—Será posible... Pareces una sibila. ¡Aquí me tienes sano y salvo! —exclamó Peter.

Corrí a su encuentro, y me apreté con fuerza a su cuerpo musculoso, como si quisiera protegerle de todo mal. Nos besamos olvidando la presencia de nuestros amigos. Ellos iniciaron su marcha hacia la puerta, sin decir nada, pero yo sentí sus pasos quedos, y me volví a ellos con radiante de felicidad:

—Por favor, no os marchéis. Habéis compartido conmigo la preocupación. Alegraos con nosotros de la dicha. Quedaos a cenar.

Se miraron el uno al otro y aceptaron la invitación. Tomamos unas copas, mientras se cocinaban las patatas para la tortilla española con jamón, que era uno de los platos favoritos de Peter.

Le pedimos que nos contara aquello que no había aparecido en la prensa, todos los pormenores importantes que ansiábamos conocer.

Archie preguntó:

—¿Es cierto que el primer ministro británico tuvo una larga y privada

conversación contigo? —subrayó la palabra «privada».

—Se dicen muchas cosas...

Me dio la impresión de que Peter mantenía una reserva, que no usaba habitualmente con estos amigos. Entonces Arabella, optimista, pronosticó:

—Peter, estás destinado a un futuro brillante.

—No es eso lo que me impulsa a actuar.

En ese momento entraron Laura y su marido.

—Llegáis en el momento oportuno —intervino Archie—. Hablábamos del resultado del viaje.

—Tenemos una sencilla tortilla de patatas, algo de queso, un buen vino, y una conversación interesante. ¿Os apetece?

Yo había lanzado la invitación con ganas de que Laura y Gorka se quedaran. A Peter le encantaban mi amiga de la infancia y su marido. Se encontraba muy a gusto con ellos, y Gorka tenía siempre información interesante sobre la situación en los apartados pueblos de las distintas regiones del norte, de los que acababan de regresar y adonde habrían de volver en breve.

Cuando hubimos preparado la comida y puesto la mesa, nos sentamos a cenar y recuperamos el tema del aperitivo:

—Yo le auguraba un brillante recorrido a nuestro joven ministro —recordó Arabella.

—Y Peter nos respondió que no era ese su objetivo —añadí—. Pero ya lo sabemos. Eres un idealista.

—Peter, tus ideas son beneficiosas para el progreso de Kenia, y te auparán al cargo más preeminente del país —afirmó Gorka, convencido.

—No lo digas muy alto. Ya tengo bastantes enemigos.

—Peter, cuando hablas así me atemorizas —dije, angustiada—. Por favor, no mientes la desgracia.

—Mayte, este país necesita limpieza. Es necesario que elijamos a políticos que encaren su cargo, como un servicio a la nación —me contestó él, un poco irritado por mis constantes avisos de prudencia.

Entonces intervino Laura:

—En todas partes hay corrupción. También en los países europeos. No debe de ser tan fácil erradicarla.

—Es inherente a la naturaleza humana: avaricia, vanidad, afán de dominio, etcétera —respondió él—. Pero Kenia es una tierra llena de posibilidades, y me apena ver que no las desarrollamos porque algunos dirigentes están más preocupados por su ganancia personal que por el bienestar de sus gentes.

—¿A qué posibilidades te refieres? —preguntó Archie.

—El actual modelo capitalista tampoco ha dado resultado. La adoración del

Becerro de Oro ha generado, a mi parecer, una deshumanización que, bajo bellas palabras como «justicia social» y «progreso», acaba abandonando a los más débiles: ancianos, niños, nacidos y no nacidos, y a los enfermos.

Me fascinaba oírle, pues creía en lo que decía. No cabía duda de que trabajaba por un mundo más justo.

—Creo que sé lo que quieres hacer —reflexioné en voz alta—. Y es admirable. Pero tienes que ser astuto.

Arabella, que seguía la conversación en silencio, intervino:

—Lo que es injusto y peligroso es que los poderosos sigan marcando las pautas a los países menos ricos.

—Sé que un mundo ideal nunca será posible —repuso Peter—, pero los africanos, si vivimos libres de influencias externas, podremos buscar el equilibrio entre nuestras tradiciones y el inevitable progreso.

—¿Cuáles son esas tradiciones? —preguntó el marido de Laura.

—Escuchar a los ancianos, el amor profundo a la tierra y el respeto a nuestra magnífica naturaleza.

—Esos postulados serían válidos para cualquier nación —afirmó Laura.

—De acuerdo. Pero es aún más importante para nosotros. No podemos perder el alma africana.

—¿Qué quieres decir? —Esta vez habló Archie.

Peter permaneció un instante pensativo. Entonces, para asombro de todos, yo intervine:

—Laura y yo lo hemos visto en las misiones y proyectos que hemos visitado. —Y ante la mirada inquisitiva de los demás, continué—: Hemos visto a hombres y mujeres trabajando para ayudar, y sin ningún interés crematístico o de influencia. En Kianda, hemos visto a mujeres de otros continentes que enseñaban a las mujeres africanas a creer en su dignidad y en ellas mismas; a conseguir su independencia a través del trabajo; a contribuir a la construcción de su país; a valorar su libertad por medio de la educación...

—¡Bravo! —me interrumpió Peter—. Has definido a la perfección lo que pretendo: un mundo de equilibrio, en el que la mujer se incorpore de pleno derecho a la tarea; donde los que más tienen puedan sentir el sufrimiento y la precariedad de los desfavorecidos. Y lo remedien.

—La labor desarrollada por estas asociaciones es admirable, y muy eficiente —me apoyó Laura—. Peter, ¿conoces Kianda?

—Sí. Fui a dar unas conferencias sobre economía rural. Es un magnífico centro de formación. De allí salen las chicas con esos elementos fundamentales que ha mencionado Mayte: educación, trabajo, libertad, independencia y dignidad.

—¿Y has estado en Kangemi? —preguntó Laura.

—No, pero Mayte me ha contado la visita que hizo contigo. Esos proyectos son vivificantes para Kenia.

La conversación rodó agradable e interesante, pero yo comenzaba a desear la presencia de Peter para mí sola. Laura, que tan bien me conocía, levantó la reunión, y Peter y yo permanecemos en el porche gozando de la noche templada y contemplando el límpido cielo en el que centelleaban mil estrellas. Al cabo de un instante de silencio, a pesar del riesgo de enfadar a Peter, volví a implorarle:

—Peter, ten mucho cuidado. Ya ves cómo todo el mundo habla de tu buen hacer y cómo, día a día, crece tu popularidad.

—Mayte, *my tea*... —bromeó—. Siempre preocupada... Todo ha ido muy bien en las últimas reuniones. ¡No temas!

—Sé que tú estás confiado, pero siento que nos amenaza un mal soterrado, algo indefinido... pero al mismo tiempo tan real...

—Reflexiona. Mi tío Thomas fue asesinado. ¿Crees de verdad que se puede repetir la historia? Por índice de probabilidades, es muy difícil.

—Pero tú estás haciendo la misma cruzada contra la corrupción. Además, Nicholas teme tu valía y...

—Chiss... Ven aquí.

Y me tomó entre sus brazos, donde permanecí con los ojos cerrados para sentir con más intensidad la fuerza de ese instante.

—Nuestra existencia está plagada de enseñanzas para quien tenga la mente abierta. Aquel que te hiere, te está regalando una inestimable lección.

—Peter, esa filosofía es muy bonita, pero aquí se trata de personas malignas.

—Cada problema, analizado de manera conveniente, puede ser una puerta a una nueva oportunidad.

—Ya lo sé. Tú siempre dices que «la reflexión es fundamental». No todas las dificultades traen desgracias... pero, Peter, convéncete: ni aquí ni en ningún lugar, las cosas son siempre lo que parecen.

—¿No eras tú la que me enseñaste un refrán de tu tierra: «hacer de la necesidad, virtud»?

—Peter, ¡cuídate de aquellos que no soportan tu superioridad! Intenta ser más cauto, esconder tu anhelo, hablar con ellos, y así, estando atento, desentrañar su juego.

—Se pierde tanta energía intentando comprender sus fines...

—Tú ya conoces su debilidad. No la combatas con tanta rotundidad. Espera tu momento.

—He de trabajar por algo positivo, algo que dé frutos para este gran país. Las intrigas me cansan y me roban tiempo que podría emplear en algo más útil.

—¿Será posible que no me escuches cuando solo te pido que seas más cauto? Tu

actitud no es nada inglesa, y tampoco africana. ¿De dónde viene esa filosofía tuya?

Vi que apreciaba el cambio de tercio. Quizá mi insistencia le hacía sentirse acorralado, y él era un ser libre, un águila que necesitaba alzarse a las alturas para poder respirar y ser él mismo.

—Mi tío Tom, que, como sabes, era católico, me enseñó algunas normas de su religión que me han servido de reflexión.

—Sí, pero... —intenté interrumpir.

—Déjame acabar, por favor. ¿Te has parado a pensar en las bienaventuranzas? «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.» Si todo aquel que se dedicara a la política lo hiciera con un corazón limpio, para servir a los ciudadanos, el progreso iluminaría los pueblos.

—Seguro que tus amigos indios también te han influido.

—Así es. De niño frecuentaba sus casas y me gustaba estar en ellas. La estructura familiar, unida y sólida, sus reflexiones sobre la existencia, su manera de encarar la vida, me atraían de forma poderosa.

—Peter, ¿a qué hora te vas mañana? —corté así sus reflexiones—. Cuando vuelvas, ¿vendrás aquí, o irás directamente al museo?

—Sabes que, por tu bien, prefiero que llevemos nuestra relación de manera discreta. Es un momento político delicado.

—¿Ves como mi intuición era atinada? ¡«Delicado»! ¡Estás en un momento crítico!

—No exageres. Tenemos que tener cuidado. Eso es todo.

—¿Entonces...?

—Es posible que tenga que ausentarme unos días. Si quieres, te dejo un mensaje en nuestro fiebre amarilla preferido.

Me gustaba que me dejara románticos mensajes en el fiebre amarilla del hotel Stanley. Desde nuestro encuentro en el Monte Kenia, estaban siempre firmados por Orfeo. Yo me sentía una heroína de leyenda, la Eurídice que, si fuera necesario, sería rescatada por mi héroe de las profundas simas del mismísimo infierno.

Necesitaba sentir su cariño, su proximidad, su contacto, su aroma. Comencé a acariciar sus manos, nervudas, grandes, pero con una piel increíblemente suave. Por fin apartó sus pensamientos y dio rienda suelta a su pasión y su ternura, en una manifestación de su amor que me envolvía como un torrente incontenible, como un fuego que abrasa la piel, un hálito de eternidad que me hacía olvidar tensiones y temores, y que me hacía participar en el palpito de la vida, hundiéndome con placer infinito en la unión de cuerpo y alma.

Nuestros cuerpos se unían en una danza de delirio insondable, y en los momentos de éxtasis, cuando el placer alcanzaba su cenit, me gustaba abrir los ojos y ver su expresión de goce infinito. Entonces me miraba y nuestras almas se anudaban con un

amor sin fronteras.

Después, en ese ambiente relajado, volví a la carga:

—Cris y yo no vivimos ya juntos. Tal vez, podríamos...

—Nada me gustaría más que despertarme y tenerte a mi lado. Yo soy soltero pero tú, legalmente, eres aún la esposa de Cris. Hagamos las cosas con respeto para todos: hacia tu marido, tu hija y tú misma.

—¡Quiero estar contigo! No depender de una llamada para verte.

Me miró con expresión intensa y pidió:

—*My tea*, ¿quieres casarte conmigo?

Así fue su despedida.

Tal como habíamos acordado me acerqué al Stanley, a ver si tenía un mensaje suyo. La habitual animación reinaba en la terraza del Thorn Tree Café, donde el inmenso fiebre amarilla extendía sus largos brazos, como si quisiera amparar a todo aquel que se refugiara bajo su copa. Granjeros con sombreros de ala ancha para protegerse del sol, sólidas botas de cuero para guardarse de serpientes y otros peligros, y unas hermosas mujeres vestidas con ligeros vestidos de algodón charlaban mientras bebían deliciosos gin-tonics, ginger-ale o refrescantes zumos de frutas exóticas.

El tronco ancho y sedoso estaba cubierto de un manto amarillo brillante, que me seguía asombrando después de tantos años en Kenia. Busqué con impaciencia su mensaje. Entre tantos, no me fue fácil.

«¡Cuántas vidas, cuántas historias de amor o desventura habrá contenido este hermoso árbol!», pensé.

Por fin lo vi. Ahí estaba el pequeño mensaje de Peter, escondido en un pliegue de la corteza. El corazón comenzó a latirme con fuerza inusitada. Éramos amantes desde hacía muchos meses, y sin embargo yo sentía la misma emoción cada vez que oía su voz o aguardaba sus noticias.

Leí con avidez:

AMOR DE MI VIDA, ESTA MAÑANA PARTO PARA KISUMU, DONDE ME HAN LLAMADO PARA UN ASUNTO URGENTE. REGRESARÉ PARA LA INAUGURACIÓN. ESTARÁS PRECIOSA Y HABRÉ DE EMPEÑARME PARA QUE MIS OJOS NO TE SIGAN SIN PODER EVITARLO.

ORFEO

Tendría que pasar tres días sin verle ni saber de él. Ese viernes, él estaría en el museo, inaugurando la exposición de jóvenes pintores españoles, como el ministro más prometedor de la Administración. Me miraría con esos ojos inteligentes, llenos de ternura y comprensión. Y yo sentiría una inmensa felicidad, como nunca había sentido en mi vida. En realidad, me seguía pareciendo imposible el hecho de haber encontrado a un hombre tan cercano a mi mente y que colmaba de manera absoluta

mi ser. Y haberlo hallado en el corazón de África, tan extraño a mi origen, tan alejado de mi mundo. Con tantas barreras que superar...

Una súbita angustia se apoderó de mí. ¿Qué sería de nosotros? ¿Qué nos deparaba el futuro? Apartar los malos pensamientos. Aun así, las horas parecían eternizarse. Se deslizaban con una lentitud perversa.

El ansiado día amaneció con un espléndido cielo carmesí y unos jirones de nubes doradas. Hasta el firmamento compartía mi pasión. Pasé la mañana inmersa entre nubes de anticipación, saboreando ya el encuentro. Puse más empeño que nunca al arreglarme.

Elegí un vestido verde esmeralda que realzaba mi pelo oscuro y mis ojos claros. Él me había regalado, como recuerdo del día que nos conocimos, unos sencillos pero maravillosos pendientes de tanzanitas que acaparaban toda la luz que hubiera a su alrededor, prestando a mi rostro fulgurantes destellos.

Mientras me vestía, la canción de *Orfeo y Eurídice* asaltaba mi memoria, y el recuerdo de Peter me hacía temblar como una hoja. Rememoraba su mirada tan profunda, tan veraz; su voz masculina y tierna. Mi piel revivió sus caricias tan sabias, tan dulces... Recordé tanto y tan bien, que me apresuré para coger mi coche y volar a su encuentro. Peter deseaba ser discreto. No quería que nuestra relación fuera pasto de comentarios. Por tanto, prefería que cada uno permaneciera en su casa, y que incluso acudiéramos a las invitaciones por separado.

—Para protegerte —explicaba—. Este es un país complejo. Muchos *wazungus* creen que al llegar a África todo les es permitido. Y se equivocan. El respeto es necesario para la convivencia.

Ya dentro del coche, la frase «¿Quiere casarse conmigo?» me daba alas.

Me emocioné tanto al recordar esa frase que casi me equivoqué de camino. Enfilé la avenida Uhuru, que ascendía hacia el museo. Lo conocía bien, había visitado muchas veces sus salas, y siempre me detenía con placer y curiosidad a contemplar las interesantes e instructivas acuarelas de Joy Adamson, que describía admirablemente las distintas tribus y personajes de Kenia. Sin embargo, era la primera vez que llegaba con la ilusión de una adolescente —iba al encuentro de mi primer amor— y con la pasión de una mujer —sabía bien lo que quería.

Los embajadores me recibieron con el cariño de siempre. Muchos de nuestros amigos asistían a la inauguración; no obstante, yo ansiaba que él llegara, que mi mirada se cruzara con la suya, para volver a sentir la vida palpitante recorriendo todo mi ser.

Pero él no apareció. En su lugar, y con bastante retraso, vino el viceministro para proceder a la inauguración.

Tras la ceremonia, en cuanto fue posible, me acerqué a él.

—¿Qué le pasa a Peter? ¿Por qué no ha venido?

—No lo sé. Me ha mandado llamar para que le sustituyera en este acto oficial. Creo que ha encontrado problemas en la finca.

—¿Qué tipo de problemas? —pregunté sintiendo el amargo sabor de la angustia.

—Antes de partir, me dijo que le habían pedido que se acercara a Kisumu, pues habían surgido obstáculos que debía solventar.

—Algo así me escribió en una nota a mí también.

—No te preocupes, Mayte. Mañana tendremos noticias tuyas. Ya sabes cómo es Peter. En cuanto pueda, avisará.

Sonreía, pero sus ojos estaban velados por una inquietante expresión. Tuve la impresión que intuía algo que le atemorizaba.

Habían pasado ya dos días y seguía sin noticias de Peter. Yo intentaba tranquilizarme con mil argumentos. Era cierto que se encontraba en un momento de mucho trabajo; que las tensiones por el poder eran numerosas, y los varios candidatos, poderosos; y que a veces no era fácil comunicarnos porque él insistía en extremar la discreción, sobre todo por mi bien.

Necesitaba recordar nuestra última conversación:

—Deseo mantenerte al margen de mis problemas —insistía—. No quiero que, en la carrera por la presidencia, puedan utilizarte para hacerme daño. Estoy decidido a ahorrarte ese sufrimiento.

—No estoy de acuerdo. Debería saber lo que te preocupa. Puedes confiar en mí.

—En nadie confío más que en ti. Sé que mi bien es el tuyo, pero, por tu seguridad, es mejor que ignores ciertos asuntos.

Permaneció cabizbajo durante unos instantes. Luego me abrazó y pareció reanimarse.

—*My tea*, ¡nos espera una vida fascinante! Ten paciencia.

Y se dispuso a marcharse al ministerio, donde tenía que ultimar unos documentos. Ya en el vano de la puerta, me gritó con entusiasmo:

—Dejaré a mi amada Eurídice una nota de amor en el árbol del Stanley. —Y me repetía una y cien veces—: ¡Nos espera una vida fascinante!

Aunque releía continuamente la nota para darme valor, la inquietud me asaltaba a cada instante. Esa mañana, dieciséis de abril, sonó el teléfono muy temprano. Era Silvia Dan, la encantadora secretaria de la embajada.

—¿Qué sucede, Silvia?

—Desearía verte. ¿Puedo ir ahora?

—¿Le ha pasado algo a Jimmy?

—No, está bien. Querría hablar contigo. Te lo agradecería.

Aguardé la llegada de Silvia con creciente desasosiego. A medida que pasaban los minutos, la certeza de que algo terrible había sucedido iba creciendo en mi interior. La llamada de Silvia Dan, tan escueta pero preocupada, me había hecho comprender

que iba a personarse para contarme algo decisivo.

—Por favor, Mayte, espérame. No salgas de casa hasta que yo haya llegado. Te lo ruego. He de hablar contigo —insistió.

—Pero Silvia, ¿no puedes adelantarme de qué se trata? ¡Me estás preocupando!

—Ahora no puedo hablar. Lo que debo contarte es privado. Ten paciencia. No tardaré.

En efecto, al poco tiempo aparecía su coche por la entrada de mi casa. El fiebre amarilla del jardín se engalanaba con sus flores de un rojo esplendoroso; el sol brillaba con fuerza en esa preciosa mañana de abril, y mi corazón se negaba a dejar pasar el temor que se había ido adueñando de mi mente.

Al entrar, acompañada de Carmen, la expresión de ambas me dejó petrificada. Estaban desencajadas y era obvio que la noticia era terrible, y que yo iba a saberla al instante. Me temblaban las piernas y sentí que flaqueaba. Me senté al borde del sofá más próximo, como si fuera un autómata.

—Aquí no... —habló Silvia—. Es mejor que hablemos en un sitio retirado. Donde tengamos total privacidad.

—Seguidme, por favor —dije con un hilo de voz.

Una vez en la biblioteca, cerró la puerta y la ventana con cuidado, comprobando que estábamos totalmente solas.

—Mayte... —Le era difícil comenzar—. Quiero que sepas que lo que debo decirte es de suma reserva. Yo lo he sabido porque mis antiguos compañeros de la policía me lo han contado y he querido advertirte.

—Tú dirás. Continúa... ¡Me tienes en ascuas!

—Son malas noticias, y siento un hondo pesar al tener que dártelas.

En ese instante comprendí que era algo relacionado con Peter, aún secreto y que debía ser tratado con la mayor prudencia.

—Mayte, querida Mayte... —Un hondo suspiro se escapó de su pecho.

—¡Sigue, por favor!

No podía soportar por más tiempo la amenaza que gravitaba sobre mí.

—Han encontrado muerto a Peter Mboya.

Mi corazón estalló en mil pedazos, y una ira irracional me empujó a gritar.

—¡No es cierto! ¡Es imposible! Es el mejor hombre de Kenia... ¡El presidente le había mandado llamar! Por eso no pudo asistir a la inauguración.

Los ojos de Silvia se llenaron de lágrimas mientras Carmen tomaba mis manos y me abrazaba con fuerza. Silvia repitió con inmensa ternura:

—Lo siento. Me duele darte esta terrible noticia. Pero he preferido ser yo quien te lo dijera.

El mundo se detuvo a mi alrededor. Me negaba a admitir semejante horror. Mil conjeturas se formaban en mi cabeza, para desbaratarse de inmediato. Ella me dejó

asimilar la muerte, y que fuera yo quien hiciera las preguntas que poco a poco despertaban en mí.

—¿«Muerto»? ¡No puede ser! Hace unos días estábamos juntos en Kisumu...

La miré de nuevo. Su expresión denotaba una gran tristeza. No había duda: era cierto.

—¿Ha sido un accidente? ¿Qué ha sucedido?

—Lo que voy a decirte es terrible. —Carmen me cogió de nuevo de las manos, y haciéndose fuerte ella misma, añadió—: Le han encontrado muerto cerca de su finca de Kisumu. Todo apunta a que ha sido asesinado.

Un rugido de fiera salvaje brotó de mi garganta.

—¡No! ¡Dios mío! ¡No, no! —Y trastornada, añadió—: ¡Mentirosa! ¡Fuera de mi casa! ¡No puede ser verdad!

Dejaron que la tragedia se abriera camino en mi realidad. Yo, por mi parte, me levanté de repente y comencé a recorrer aceleradamente la habitación. Por fin, mirándolas de nuevo, pregunté:

—¿«Asesinado»? ¡No tiene sentido! Un ser tan recto, tan decente... ¿Y por qué? ¿Qué mal había hecho?

—Es muy pronto para saberlo, pero hay varios sospechosos. Puede ser la venganza de Rose, su antigua novia, que le había amenazado; o la rabia de su primo Ngeru, quien le había solicitado un puesto que Peter no quiso darle.

—Pero... ¡Silvia! Esas no son razones para matar a nadie...

—Lo son para algunas personas que no respetan la vida, que no creen en nada y que valoran la venganza como derecho.

El dolor comenzó a adueñarse de mi cuerpo. Roía con fiereza mis entrañas, la cabeza era una amalgama amarga de sangre y pasión, me faltaba la respiración... De repente, la vista se me nubló y en un torbellino imparable, caí al suelo. Recobré el conocimiento en brazos de Silvia, mientras Carmen se afanaba para que yo recuperara el sentido.

Ese día, algo se rompió dentro de mí: la felicidad hallada, al desvanecerse de manera tan brutal, arrancó una parte de mi ser.

Al día siguiente, al ver a Laura en el umbral de la puerta, sentí un momentáneo alivio. Necesitaba un apoyo seguro, pues presentía que la verdad de los hechos resultaría de una despiadada crueldad. La mirada que se dirigieron Carmen y ella me heló el corazón. Quería, y al mismo tiempo rehuía, conocer las circunstancias de la muerte de Peter.

—¿Cómo has dejado a Gorka? —Mi voz sonaba metálica, sin vida.

—No ha podido acompañarme. Era imposible dejar los dos el dispensario. Habíamos reunido a enfermeras locales, para quien esa formación es vital.

—Lo entiendo, Laura. Ese curso puede colaborar a salvar muchas vidas.

Esperábamos a Silvia Dan, que, desde el inicio de esa pesadilla, había desplegado una extraordinaria eficiencia. Su pasada experiencia como policía le procuraba unas magníficas conexiones para indagar la verdad. Tras desaparecer unos minutos volvió acompañada por Paco, el embajador. Tanto él como Carmen se habían convertido en mis ángeles custodios, en este drama que estaba padeciendo.

—No sé si es bueno que conozca toda la verdad —susurraba Silvia a Carmen. Mi fino oído escuchó las últimas palabras.

—¡Quiero saber cómo, por qué y quién mató a Peter! Ha destrozado mi vida.

—¡Es terrible lo que tengo que contarte!

—¡Comienza ya! —ordené con furia.

—El ministro Mboya salió para su finca de Kisumu, el...

—Lo sé —interrumpí—. Me dejó una nota avisándome y concretó que nos veríamos en el museo.

—El viceministro Ngabe esperó su regreso —retomó Silvia—, pero alguien llamó de parte de Peter para decir que se había retrasado y que él inaugurara la exposición en su lugar.

—Así es —comentó Carmen—. Cuando vimos llegar a Ngabe, jamás imaginamos lo que se descubriría después.

—La señora Mboya, madre de Peter, es muy anciana —continuó Silvia—, y su hijo suele llamarla todos los días. Al cabo de dos días sin tener noticias de él, alertó a los parientes y al ministerio, e incluso intentó hablar con el presidente.

No pude contener un gemido; entendía el dolor de la madre.

—Esa anciana señora —aclaró Silvia— había dicho a la policía que estaba muy preocupada, pues no era usual que su hijo no la telefonara.

—Y yo me tranquilizaba pensando que en las últimas semanas acumulaba trabajo y preocupaciones —susurré—. Que estaría ocupado...

Tomé fuerzas y pedí:

—Silvia por favor, cuéntamelo.

—El encargado de la finca estaba con Peter el once de abril, cuando unos hombres vinieron a buscar al ministro.

—¿Quiénes eran esos hombres? —pregunté.

Carmen y Laura guardaron silencio.

—El ayudante dice no conocerlos, pero no sabemos si miente; tal vez por miedo a represalias, si los delata.

—Pero Peter se fue con ellos de buen grado, ¿no? ¿Le forzaron a seguirlos?

—No mostró ningún recelo y se fue con ellos.

La angustia trepaba por mi garganta.

—Y esa noche, ¿a qué hora volvió?

Silvia estaba desolada. Seleccionaba las palabras a fin de mitigar el horror de su relato.

—A la mañana siguiente, el doce, al comprobar que no había dormido en casa — respiró con dificultad—, fueron a casa de su antigua amante, Rose, por si estaba allí.

Me miró para comprobar si yo conocía esa historia.

—Sigue —animé a Silvia—. Conocía esa pasada relación.

—Durante horas, le buscaron por todas partes. Pero no hubo suerte. Cuando despertaron el trece de abril, encontraron una nota que mostraba un apartado lugar, que decía simplemente: «Es de su interés.» Por supuesto, era anónima, y la habían deslizado bajo la puerta.

Se me heló el corazón, pero tenía que saber.

—No les fue difícil encontrarlo. Estaba en una hondonada recóndita, pero bien a la vista.

—La venganza había de ser ejemplar —musité—, para aviso de otros...

—Su cuerpo estaba... —Un sollozo mío cortó el relato de la ex policía.

—Si quieres descansar, sigo en otro momento —propuso Silvia.

—No. Tengo que pasar por esto. Que sea cuanto antes.

Había recuperado cierto valor.

—Su cuerpo mostraba signos evidentes de tortura. Habían querido arrancarle una confesión...

—¿«Una confesión»? —interrumpí—. ¡Si no ocultaba nada!

—Lo sabemos, pero quien instigó el crimen necesitaba un pretexto.

—¿Para qué? —Laura estaba perpleja.

—Peter, con su popularidad y su preparación, representaba un peligro —aclaré—. Yo misma se lo advertí en muchas ocasiones, pero él siempre minimizó el asunto.

Silvia retomó el macabro relato:

—Tenía la mano derecha amputada, varias cuchilladas en muslos, brazos y vientre. A consecuencia de estas heridas, hubiera muerto desangrado.

—Pero no se limitaron a esa crueldad, ¿verdad?

Por entonces, yo intuía ya el alcance del poder al que Peter se había enfrentado. Y la crueldad con la que ejecutaban sus venganzas ejemplarizantes.

—Le hicieron cortes en la cara, pero no tan profundos, para que fuera reconocido.

—Pero con toda la sangre que perdía —mi mente razonaba sobre lo inexplicable—, las fieras... que abundan en ese paraje...

Silvia y el embajador se miraron.

—Necesito saber la verdad para calibrar a qué me enfrento —dije. En realidad, estaba aterrorizada.

—Las bestias salvajes no le tocaron.

—¿Cómo es posible? Yo las he visto allí, y al olor de la sangre...

Un relámpago de la felicidad vivida durante nuestro viaje a Kisumu me conmovió. Paco se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—Mayte, le prendieron fuego...

Un grito ahogó la explicación. Vi el sufrimiento que dicha descripción proporcionaba también a mis amigos. Ellos también le querían. Pero tenían sus vidas. Yo debería continuar con esa ausencia insuperable. Una pregunta me quemaba por dentro.

—¿Está irreconocible?

—No.

—¡No es posible! —exclamé—. El fuego destruye.

Silvia susurró entonces:

—El estudio del cadáver muestra que, mientras aún vivía, le prendieron fuego, y luego lo apagaron.

—¡Dios santo! ¿Por qué?

—Lo quemaron para aumentar su dolor y mostrar un castigo ejemplar.

—¿Y por qué extinguirlo?

Estaba confundida.

—Para dejar patente el horror, y que quedara testimonio de la atroz represalia y el poder de quienes le destruyeron.

Laura y Carmen lloraban desconsoladas. Yo hubiera querido hacerlo, pero mi cuerpo era un ente que habitaba las tierras heladas de la pérdida del ser amado. Pensé que estaba muerta y sentí entonces un gran alivio. Me reuniría con él. En la lejanía oí palabras sueltas: «Hija», «Vida», «Sigue».

Me deslicé por un oscuro túnel, esperando que Peter se hallara al final.

El paso de las semanas agudizó el dolor de la pérdida. Un temor difuso, y a veces concreto ante algunos sucesos extraños, añadía confusión al tormento que me afligía.

Cris, olvidando el mal que le había hecho, vino a casa para consolarme en la tragedia que estaba padeciendo. El tiempo y las circunstancias había conseguido mitigar sus heridas, y ahora lográbamos hablar con serenidad. Pensé que, en un futuro, cabría entre nosotros la amistad.

Se ofreció a llevarse a nuestra hija hasta que yo pudiera mitigar la pena y continuar con nuestra vida. Todos mis amigos repetían esa frase que para mí no tenía ningún sentido, pues la tremenda noticia del asesinato de Peter había destruido mi energía.

Vinieron a visitarme algunas personas que nunca hubiera imaginado que me tuvieran afecto, como Kiki Harden. Debo admitir que fue sensible y cariñosa, y yo le agradecí las palabras de admiración y cariño que dedicó a Peter.

Aturdida por los terribles acontecimientos, no me fijaba en los detalles cotidianos. Sin embargo, Laura y Gorka, que ya habían regresado ambos de Turkana y vivían en

casa, parecían preocupados. Yo lo atribuí a mi situación, pero, una mañana, Laura me pidió que la escuchara con atención, pues observaba que a veces ocurrían hechos extraños.

—Hace una semana me percaté de que alguien había revisado mis cartas y papeles.

—Habrà sido cuando te limpian el dormitorio —dije. No tenía ganas de pensar.

—No es eso solo. Ayer mi cuarto estaba revuelto.

—Le diré a la chica que ponga más cuidado —insistí. Quería solventar ese fastidioso asunto.

—Mayte, por favor, pon atención. Me da la sensación de que inspeccionan la casa cuando salimos al jardín o nos ausentamos.

—¡Es absurdo! ¿Con qué objetivo?

—No pierdes nada por estar atenta. Ahora Cristina está con su padre, lo cual me tranquiliza. Gorka y yo no te dejaremos en un cierto tiempo, pero tenemos que asegurarnos de que nadie te espía.

—¿No me decíais que tenía que reconstruir mi vida? ¿Que mi hija necesita calma y sosiego? ¿Por qué te empeñas en alarmarme?

—No quiero asustarte. Nada más te pido que estés alerta.

—¡Menos mal que Tina aún está con su padre! —me quejé—. Estos vaivenes no son recomendables.

Todo aquello me parecía un dislate, una paranoia sin sentido. El asesinato de Peter nos estaba confundiendo a todos.

Silvia estaba pendiente de mí como si fuera una hermana. Junto a Laura conseguían no dejarme sola un segundo. También Kiki intentaba consolar mi soledad con frecuentes visitas y una dulzura constante que jamás hubiera imaginado.

Silvia, sin embargo, no veía con buenos ojos esa creciente amistad. Yo notaba que deseaba decirme algo, pero luego dudaba y callaba. Un buen día, tras muchos circunloquios, por fin se explayó:

—No te fíes de ella. La aparente mansedumbre es un arma que le he visto emplear otras veces para sus oscuros fines.

—Creo que tus sospechas son exageradas —intervine—. Comparte mi dolor por la pérdida de un amigo, que ella admiraba y quería. Mi sufrimiento ha tocado su corazón y quiere ayudarme.

—Te equivocas. Es fría y ambiciosa. Oculta un temperamento violento que puede convertirla en peligrosa. Lo siento, pero tenía que advertirte.

—Me sorprende que tú, siendo siempre tan generosa, la juzgues de forma injusta —recriminé.

—Mayte, reflexiona. Seguro que ha admitido las muchas cualidades de Peter. ¡Faltaría más!

—No tenía por qué molestarse en venir —interrumpí—. Quizá sentía que yo necesitaba ayuda en este calvario.

—¿Acaso te preguntó por tu vida con Peter, qué hacíais, dónde ibais?

—Sí, y yo le contesté. Me hizo bien recordar los momentos felices.

—Y aprovechando tu pena y tu necesidad de rememorar, ella esperaba recabar información.

—¿A estas alturas? ¡Qué disparate! ¿Qué le puede interesar de nuestras actividades?

—Saber hasta qué punto estás al corriente de los asuntos oficiales, las luchas por el poder, etcétera. En breve: quiere saber lo que Peter te contó.

—Él jamás me habló de esos temas. Decía que era mejor que ignorara lo que se cocía en el gobierno.

—Ella tiene que asegurarse que ese desconocimiento no es una treta.

—¿Y a Kiki qué le importa lo que yo sepa?

—Es muy posible que alguien situado en las altas esferas se lo haya encargado.

—¡Dios mío! Mbot era su rival.

Un fogonazo de pánico me estremeció.

—Tendremos que comentar, como quien no quiere la cosa, la discreción de Peter, lo reservado que era para sus asuntos oficiales... —aconsejó Silvia.

—¡Pero si no sé nada! Me mantuvo en la más completa ignorancia.

—Puede que esa ignorancia te salve la vida.

La ausencia

Una tarde, mientras esperaba a que Tina regresara del colegio, oí unos gritos destemplados que provenían de la entrada de la casa. Salí a averiguar el origen del jaleo, me encontré con una joven africana a la que Muchiri impedía el paso. Esta, al verme gritó:

—Soy Rose, la amante de Peter.

—¿Qué quiere? —dije.

—Hablar con usted —respondió ella, más tranquila.

Al hacerla pasar al saloncito que daba al jardín, noté la inquietud de mi fiel ayudante, que decidió esperar junto a la puerta.

—Está bien, Muchiri. No te preocupes. Si te necesito te llamaré.

Ante mí estaba una mujer africana de notable hermosura. Era alta —podía pertenecer a la tribu luo— y de formas generosas, acentuadas por un ligero vestido de algodón de color rosa muy claro. El tono de la piel era oscuro, la nariz, muy recta y los labios, carnosos y sensuales. Un turbante de la misma tela envolvía su cabeza, con la gracia especial que tienen las africanas para los tocados. Le daba un aire de reina. Sus ojos despedían chispas, no sé si ante la humillación previa, o de rabia hacia mí y lo que yo representaba. Creo que mi aparente sosiego aumentaba su irritación.

Tomó posesión del sillón, como si quisiera establecerse allí para toda la vida.

—Quería conocerla. Saber por quién me había abandonado Peter.

—Él no me dijo eso. Me contó que ustedes ya no se veían.

—Es cierto, pero si usted no hubiera aparecido, seguro que él hubiera vuelto a mí.

—Eso es difícil de saber. —Me fastidiaba asistir a esa escena de rivalidad femenina—. Por desgracia, no podemos rehacer el pasado.

—Y que lo diga... —añadió, otra vez enardecida—. ¡Usted, con su ignorancia, le puso en peligro!

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué insinúa?

Apenas pude contener las lágrimas.

—Usted es *wazungu*. No sabe de nuestras costumbres, de nuestros ritos y rivalidades. Yo hubiera sabido aconsejarle.

—Él no lo quiso así. —Intenté mantener el control—. Le he recibido porque creí que buscaba el recuerdo de Peter, o algo positivo. Pero veo que no tenemos nada más que decirnos.

—Sí que queda algo. Escuche bien, *wazungu*. —Esta vez lo dijo con expresión de

sumo desprecio—. ¡Ya ha colaborado a que maten a un hombre bueno! ¡No añada otro mal con su soberbia!

Muchiri entró en el salón al escuchar ese grito.

—La señora ya se iba. Por favor, acompáñala a la puerta.

Ella se levantó, muy digna, y desde el umbral amenazó:

—Te maldigo, estúpida extranjera. ¡Corres peligro, y tu hija contigo!

Aquella escena me había sumido en una honda desesperación. Yo podía haber tomado decisiones arriesgadas, pero la seguridad de mi hija tenía que estar por encima de todo. Sentí que el pavor me invadía y llamé a Silvia para contarle lo ocurrido y pedir consejo. Acudió con Carmen y fui en seguida al grano. Tras contarles la deplorable conversación, ambas permanecieron pensativas.

—Mayte, creo que deberías venirte unos días a la embajada —ofreció Carmen con generosidad—. Hasta que se aclaren estos extraños sucesos y los que me ha contado Laura.

—Te lo agradezco en el alma, pero la vida de Tina ha sufrido grandes convulsiones. Necesita su casa, sus amigas, que su padre venga a verla cuando quiera... En fin, normalizar su vida.

»Además —añadí—, tengo la compañía de Laura y de Gorka.

—Yo pienso —indicó Silvia— que, en efecto, es bueno que la niña esté en un entorno conocido. Sin embargo, podemos pedir unos *askaris*, o sea, unos antiguos policías, que cuiden la casa noche y día.

—De acuerdo. Me parece bien, aunque tanto Muchiri como Anne se están portando con una increíble dedicación.

—Sí, pero ellos salen y entran, van a hacer recados o a buscar a Tina —apuntó Silvia con acierto—. Necesitas que alguien experimentado controle la casa durante todo el día.

El dolor, tanto tiempo contenido, estalló en una tormenta de lágrimas que no fui capaz de contener. La angustia de poner a mi hija en peligro me carcomía. Me culpaba de todo lo que había hecho, y también de lo que Rose me adjudicaba. Estaba deshecha. Al verme así, Laura, que acababa de entrar, me cogió en brazos, como se consuela a una niña, acunándome en silencio.

—Se me ocurre otra cosa. —Silvia sonreía al hablar—. Si te parece, puedo venirme yo con Jimmy unos días. La gente sabe que fui policía y que mis conexiones son aún buenas. Algo es algo, ¿no?

—Mi buena y generosa Silvia... Cómo te lo agradezco...

La compañía de Silvia era el mejor bálsamo para mis tribulaciones. Conocía su país, la idiosincrasia de sus gentes, y poseía un innato sentido común que le hacía poner cada cosa en perspectiva. Una mañana, mientras desayunábamos sin prisa, pues ese día era fiesta en la embajada, me dijo:

—Te veo preocupada por las amenazas de Rose. —Parecía muy segura—. No le hagas ningún caso. Ella no sabe nada. No es más que la venganza de una mujer despechada.

—Ya, pero tú misma dijiste que tuviera cuidado con Kiki.

—Puedes estar tranquila. Hemos hecho circular por todo Nairobi que, al ser *wazungu*, Peter no te contaba nada.

—Entonces, ¿por qué siguen los registros en mi cuarto y en el de Laura?

—No logro entenderlo. No sé qué buscan. Hay que estar atentos.

Contemplamos el jardín, donde Tina y Jimmy jugaban como dos hermanos. De repente, Jimmy vino muy acalorado hacia su madre, seguido por mi hija.

—Mamá, ¡unos monos han entrado por el balcón del cuarto de Mayte!

En cuanto subimos al piso de arriba y cuando abrimos la puerta, vimos a dos monos colubus revolviendo con fruición en los cajones de mi cómoda. Se miraban el uno al otro como pidiendo aprobación sobre la lencería escogida. Palpaban el tejido con sus deditos y emitían pequeños gruñidos de satisfacción. Al vernos, salieron disparados por la ventana en una algarabía de chillidos, llevándose aquello que habían logrado atrapar. Ante mi estupor, Silvia soltó una alegre carcajada.

—¡Misterio aclarado! ¿A que Laura y tú dejáis las ventanas abiertas todo el día?

—Sí, para airear las habitaciones —respondí, perpleja.

—Pues acabas de sorprender a tus misteriosos atacantes, a aquellos que registraban vuestras pertenencias.

El único faro que debía dirigir ahora la travesía de mi vida era el bienestar de mi hija. Alejarme de Kenia suponía una suerte de traición a Peter, un deseo de abandonar aquella tierra que me había dado lo que tantos anhelan y nunca encuentran: el amor verdadero.

Pero las circunstancias me producían serios temores. El trágico asesinato de Peter, la insistencia de Kiki, las llamadas a la prudencia de Silvia —que conocía su tierra—, la inminente marcha de Cris a Londres, y de Laura a San Sebastián, me convencieron sobre la posibilidad, o tal vez conveniencia, de mi vuelta a España.

Además, Kenia sin Peter ya no era el mismo país. Lo que antaño me pareciera brillante, lleno de vida, fascinante y poético, ahora, sin él, se me antojaba apagado, triste, aburrido y banal. Cris volvería a Londres, para distanciarse del lugar que tanto amaba, pero que le había dado, además de años felices, días de dolor profundo.

Yo me sentía responsable de haberle hecho penar, pero, por más vueltas que daba a los acontecimientos en los que me vi envuelta, o que yo misma provoqué —para qué vamos a engañarnos—, sabía que nunca hubiera podido renunciar a ese amor avasallador.

Una única duda martilleaba mi cerebro: si hubiera entendido la dimensión de la tragedia que se avecinaba... Si hubiera obligado a Peter a abandonar el país antes de

que acabaran con su vida... Pero el tiempo no vuelve atrás. Solo tenemos una oportunidad para tomar las decisiones que pueden trastornar nuestras vidas.

Y ahora tenía que resolver mi futuro, priorizando el bien de mi hija. Mi desconsuelo por la pérdida de mi amante me hacía anhelar el afecto de mi hermana, de los amigos de la infancia y de mi tierra, que creía olvidada y sin embargo me llamaba con insistencia.

Sentía nostalgia de su mar bravío y noble; de sus colinas verdes y luminosas; de sus bosques frondosos; del aroma fresco de sus campos y de la vida sencilla y feliz que fue mi infancia, sin que yo supiera valorarla.

En mis conversaciones con Cristina se deslizaba ese mundo ideal, que yo transmitía a mi hija sin darme cuenta de que ese universo habría cambiado tanto como yo misma. Un buen día, Tina me sorprendió preguntándome:

—¿Por qué no me llevas a San Sebastián? Era muy pequeña la última vez que estuve, y no me acuerdo de nada.

—¿De verdad te gustaría? ¿No echarás de menos tu colegio, a tus amigas?

—No creo. —Ella era siempre prudente en sus respuestas—. Muchas niñas se han ido ya a Inglaterra a estudiar y lo que tú me cuentas de España me da ganas de conocerla.

—Aquí gozas de libertad en estos espacios abiertos, grandiosos. España es mi país, pero para ti es un lugar desconocido. ¿No temes sentir nostalgia?

—Sé que tendré que adaptarme, pero siento mucha curiosidad.

—Necesitarás hacer un gran esfuerzo para estudiar en español.

—Madre, tengo que descubrir esa otra parte de mí.

—Lo entiendo, hija.

Reconocí en Tina esa voluntad de abrir las páginas del libro de la vida que yo, años antes, había seguido. Esa personita que yo adoraba reunía las mejores cualidades de Cris —sentido común, tenacidad, prudencia—, y alguna de las pocas que yo tenía, como el coraje y el entusiasmo por la vida.

Fue entonces cuando decidí darle aquello que era suyo: su país, España.

Laura y Gorka se habían marchado una vez terminada su misión en Kenia. Me apresuré a escribir a mi amiga contándole mi intención de regresar. Ella me contestó entusiasmada, ofreciéndose para buscarme una casa cerca de la suya, trabajo en el Policlínico, colegio para Tina y todo aquello que pudiera ayudarme a volver.

Hablé con Cris y le encontré bien dispuesto hacia nuestros deseos.

—Estaréis más cerca, y yo podré ver a Tina con más frecuencia.

—¡Qué alivio, Cris! —exclamé—. Temía que no te gustara.

—Me parece una gran idea. Tina lo necesita.

Mi sensato y generoso Cris, siempre pensando en el bien de su hija. Sentí de nuevo el remordimiento que me afligía cuando pensaba en él. Lamentar el dolor que

le causé era el *leitmotiv* de mi vida. Permanecí unos instantes callada, y él entonces continuó:

—Quiero que vivas en Donosti con la misma comodidad con la que acostumbrabas en Nairobi. Y seguiré pasando la misma pensión, a menos que ese presupuesto no sea suficiente en Europa.

—Cris, Tina ya es mayor. Yo puedo trabajar... De hecho, Laura me está ayudando a buscar empleo. Así podría mantenerme.

—No quiero que mi hija sufra con el cambio. Al contrario, deseo que le sea provechoso.

Le agradecía su desprendimiento y su señorío en la forma de comportarse. Era el hombre que yo conocía. La mezquindad y el resentimiento, de nuevo, no tenían cabida en su alma.

—¡Dios te bendiga, Cris! ¡Qué buen padre eres!

—Sí, pero no supe ser el marido que tú necesitabas.

La frase se hundió en mi carne como la más afilada de las dagas. Y un sollozo se escapó de mi garganta, sin que yo pudiera contenerlo.

—Mayte, ¿estás bien? —interrogó su voz ansiosa—. Lo siento, no era mi intención...

—No eres tú, Cris. Es mi remordimiento por haberte hecho sufrir.

—Bueno... Cuando estéis en España, nos veremos más a menudo y podremos hablar con la calma que proporciona el tiempo transcurrido.

—Tina está deseando ponerse al teléfono. ¿Quieres que te la pase?

—Sí, por favor. Ya me dirás fechas, cuenta de banco y todos esos detalles prácticos y necesarios.

Nos despedimos con afecto y dejé que mi hija conversara con su padre. Me senté en el saloncito donde las dos trabajábamos en nuestras respectivas tareas. Las ramas de los flamboyanes se entrelazaban como dos amantes, acariciando los cristales de mi ventana.

De pronto, sentí una punzada de nostalgia. Aún no había partido, y ya me dolía dejar esa casa que había acunado mi felicidad y confortado mi desgracia. Adoraba su luz, su intimidad, su magia poderosa. Las casas tienen alma, y la de esta estaba henchida de vivencias que permanecerían adheridas a sus paredes.

Me asomé al balcón para ver el jardín. Una atmósfera tamizada flotaba sobre mi rosaleda, creada con tanto mimo por Arabella y por mí. Una súbita angustia se apoderó de mí. ¿Y si me equivocaba? ¿Nos aclimataríamos a la vida en San Sebastián? ¿Cometía un error al marcharme?

En uno de mis últimos días en Nairobi, quise organizar una despedida simbólica a la esplendorosa naturaleza que nos había regalado tantos momentos de gozo. Así que me fui con Tina, Jimmy y Silvia al centro de acogida de jirafas en Langata. Aquellos

bellos animales, tan elegantes en sus movimientos, de dulce mirar y celosos de su privacidad, eran también unos golosos impenitentes.

Llevaba conmigo sus barritas de cereales favoritas. Ese día, un miércoles, había pocos turistas y pudimos instalarnos pegados a la barandilla de tosca madera. Sacamos las codiciadas golosinas, y al oír el chasquido del papel al abrirlas, acudieron tres o cuatro jirafas, las más osadas. Como si se tratara de un rito, coloqué la barrita entre mis labios y esperé.

Una de ellas acercó su potente cabeza y me miró con sus ojos aterciopelados. El manto sedoso que cubría su cuerpo relucía al sol, y poco a poco, con insólita suavidad en un animal de tal envergadura, tomó con sus suaves belfos el dulce obsequio, posando en mi boca un delicado beso.

Los niños aplaudieron y se prepararon para hacer lo mismo. Entretanto, el éxito de su compañera había provocado el interés de otras y nos vimos rodeados. Tina y Jimmy no mostraban el menor recelo y disfrutaron de lo lindo. Una atmósfera de armonía reinaba entre nosotros. Mas la nostalgia roía ya mi memoria.

—Imagino lo que estás pensando. —Silvia me acariciaba la mano—. Debe de ser duro tomar una decisión así.

—¡No te imaginas cuánto me cuesta!

—Tú te marchas a una vida nueva, a un proyecto, pero yo pierdo algo insustituible, una amiga.

—¡No digas eso! —Abracé a Silvia—. Volveremos a vernos. Tú vendrás a España, y yo volveré.

—Nunca será lo mismo.

—Os esperaremos en San Sebastián. —La pena me abrumaba, pero quería ser fuerte—. Te encantará la mar...

Callé sin más argumentos. Unos brazos me rodearon, sacándome de mi abstracción.

—¡Soy muy feliz! —Al oír la palabra «mar», Tina reaccionaba—. Estaré cerca de papá y veremos la mar todos los días. Como a ti te gustaba cuando eras pequeña...

Las dudas desaparecieron. Habíamos de volar.

Cuando lo tuve todo más o menos organizado, llamé a mi hermana. Su explosión de alegría me conmovió.

—¡He rezado tanto para que tomaras esta decisión!

—¿Qué quieres decir?

—Estaba preocupada con el deterioro de la situación en esa zona del mundo. Me parece que has escogido un buen momento para volver.

Me extrañó lo bien informada que estaba mi hermana dentro del convento. Asombrada también por su clarividencia, le pregunté:

—¿Por qué he de regresar?

—Por el bien de tu hija. —Fue su lacónica respuesta. Ante mi silencio, ella añadió—: Tu llegada me produce una inmensa alegría. Me pondré en contacto con Laura para prepararlo todo.

—Querida Julia, ¡siempre pensando en los demás!

—Bueno, pochola, que te va a salir muy cara la conferencia. Avísame del día y hora. ¡Qué ilusión volver a veros! Besos a Tina.

Esperé a que mi hija llegara del colegio en el jardín, impaciente por comentarle todas las ideas que me bullían en la cabeza. El esplendoroso atardecer de África nos encontró aún paseando entre mis amadas rosas, haciendo planes para abandonar esa tierra que había sido nuestro hogar durante tantos años.

Ya no albergaba ninguna duda. Tenía que ayudar a mi hija a volar.

LIBRO IV

ESPAÑA
1992-2004

He vuelto ahora sin saber por qué a estar
triste en las calles de mi raza.

CARLOS EDMUNDO DE ORY,
En un café

Por su bien 1992-1995

Al llegar a España, permanecemos tres días en Madrid para que Tina conociera la capital del país que poco a poco iba a descubrir. Le sorprendió la animación de sus calles y restaurantes. Tras la bucólica, y a la vez fiera, sencillez de Kenia, el bullicio de la ciudad le impresionó sobremanera.

En verano, las terrazas de Madrid estaban siempre muy animadas, y llevé a Tina a cenar a una que estaba al lado del Parque del Oeste. Recordaba que muchas veces había algún cantante con su guitarra y me pareció el lugar idóneo para mostrarle la alegría de su tierra.

En efecto, pese a ser temprano, había mucha gente. Turistas venidos de las Américas, Europa y Asia recalaban en la capital en sus viajes por varios puntos del país. En ese año, 1992, el optimismo reinaba en España: la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona habían conseguido dar a España mayor presencia mundial y un gran prestigio. Muchos esperaban los réditos de ese esfuerzo.

Los ojos de niña de Cristina se admiraban ante todas las novedades que descubría. De manera muy diversa, y a otra edad con la que yo me abrí al mundo, comenzaba mi hija a desvelar la infinita variedad de su herencia keniana, británica y española. Se la veía contenta, interesada, dichosa.

Por fin apareció el músico, que, armado de su guitarra, comenzó su repertorio con las clásicas canciones de la tuna, alguna ranchera y unas dulces habaneras.

Sin previo aviso, unas notas traspasaron mi corazón. Con voz melancólica, el cantante entonaba la única melodía que podía herirme, el *Orfeo Negro*.

A mi pesar, las lágrimas arrasaban mis ojos, incontenibles, quemando, torturando. Tina se asustó.

—¿Qué sucede, madre?

Sujeté mi pena como pude. No quería estropearle su primer día. De vuelta al hotel, ya en la cama, me costó conciliar el sueño, y cuando lo hice, la añoranza me llevó por los caminos que recorrí junto a Peter. Me desperté sollozando. Mis heridas seguían abiertas. Pero no podía llorar por un hombre cuya existencia mi hija no conocía.

Para colmo, pronto descubrí una cierta incompreensión de regreso en el país que me había visto nacer. Mi vida había sido muy distinta a la de mis amigos o mi propia familia.

La soledad era aún más cruel al haber esperado comprensión, tras las dramáticas situaciones que me tocaron vivir. Me querían, sí. Pero no podían entenderme. Tendría que resignarme. ¡A mí también me parecía extraño el anhelo que me había empujado a volver!

Por otra parte, ahora tenía la oportunidad de devolverle el gran tesoro de amor incondicional que me había otorgado Marichu. Por fin incorporaba a mi madre a la vida de su nieta. Mi madre no era muy mayor, pero la encontré abatida por una persistente fragilidad.

Tina, que al llegar conservaba tan solo un remoto recuerdo de su abuela, había comenzado a tejer una preciosa relación con ella. Ayudada por Laura, encontré un piso acogedor en Ondarreta, donde vivíamos las tres. Julia también había prometido visitarnos con frecuencia. Mi amiga también me recomendó en el hospital en que yo había estudiado, y donde empecé a trabajar de inmediato. Cada tarde, de vuelta a casa, me encontraba a nieta y abuela siempre juntas. Tina, aún vestida con el uniforme del colegio, enfrascadas ambas en los deberes del próximo día, en el comentario del último libro leído, o simplemente viendo una película, una vez terminadas las actividades previas. Y yo cada noche me reafirmaba en mi decisión del retorno.

El encuentro con mis primas, y alguna amiga, me había desilusionado. Yo venía de un universo del todo extraño para ellas. Y además, había infringido una serie de reglas que ellas consideraban infranqueables.

Por eso la visita a Julia que había planeado me llenaba de incertidumbre y, al mismo tiempo, lo deseaba con toda mi alma, sin saber muy bien qué esperaba.

Me dirigía hacia el convento donde ella había ingresado años atrás, y el corazón daba saltos de alegría en mi pecho, a la par que una cierta inquietud se amparaba de mi mente.

«¿Me habrá perdonado? —me decía a mí misma—. ¿Habría olvidado mi ausencia en los momentos difíciles? ¿Habría sabido disculpar mi ansia de felicidad, mi confusión, mi egoísmo?»

Pedí al taxista que pasara despacio por delante de aquella villa que fuera nuestro hogar. No me pareció tan imponente como en la época que allí habitábamos. Las camelias conservaban sus hojas de un verde luciente, pero, dado que era el mes de abril, ya no ostentaban las esplendorosas flores que me parecían realizadas en noches de luna por hadas expertas.

Detrás, la casita de *Hansel y Gretel* seguía representando la dicha sin nubes. ¡Qué pena haber sido entonces tan feliz y no haberlo comprendido!

La felicidad es algo tan escaso que, ahora lo sé, no se puede desperdiciar ni un instante. En aquella época, yo estaba demasiado preocupada por «nuestra situación», que yo creía inferior, para ver que tenía lo más valioso: dos amores, mi madre y mi

hermana, que serían incondicionales. Pasara lo que pasara.

Luego la vida me llevó de aquí para allá, con sus deseos, ambiciones y necesidades, y dediqué escaso tiempo a la reflexión.

El conductor me sacó de mis elucubraciones.

—Hemos llegado. ¿Te encuentras bien? —preguntó.

En ese momento me di cuenta de que dos gruesas lágrimas resbalaban por mis mejillas.

—*Bay, eskerrik asko*. Sí, gracias.

La tarde se presentaba templada, un sol clemente inundaba el parque que se extendía alrededor del colegio. Me preguntaba cómo la encontraría. Cuál sería su actitud después de esos años de silencio.

Una monja joven me condujo a un reducido *parloir*, que me produjo de inmediato una reconfortante sensación de intimidad. Al levantar la mirada del suelo impoluto, allí estaba ella: su estatura siempre le había dado un aire de natural elegancia, pero ahora sus ojos inteligentes desprendían bondad y comprensión sin límites. Cuando extendió sus manos hacia mí, me abracé a ella como si fuera mi ancla de salvación.

—Mayte, hermana, ¡qué inmensa alegría me da tu visita!

—Julia... —comencé yo—, ¿o debo llamarte madre san Ignacio?

—¡Qué bien me hace que me llames Julia! Toda la felicidad de la infancia se agolpa en ese nombre.

Tomándole de las manos, le pregunté preocupada:

—¿Es dura tu vida? ¿Te encuentras bien aquí, entre estas paredes?

Ella sonrió con dulzura.

—Dios me ha dado la oportunidad de conocer un hogar sereno...

La interrumpí:

—¿«Serenos»? ¿Has olvidado todas las privaciones, y el dolor de nuestra madre al ser abandonada?

—Mayte, querida, la forma en que nuestra madre aceptó la voluntad de Dios, en las circunstancias adversas que nos tocó vivir, fueron la mayor enseñanza que podía recibir. Siendo muy joven, comprendí que la felicidad está en nosotros mismos, en el espíritu que nos empuja a superarnos y a ser mejores.

—Pero Julia... ¿y la ausencia del padre? ¡Ese abandono marcó nuestra existencia!

—Tú eres una luchadora, Mayte. Nuestro Señor te ha dado un carácter fuerte, que aspira a solucionar todas y cada una de las contingencias que se presenten. Yo, en mi debilidad, me abandoné a Él.

Lo dijo con tal entrega que tuve la certeza de que era feliz. Extrañada, pregunté:

—¿No echas de menos el amor humano, las actividades del mundo?

—¿El «amor humano»? Mis alumnas del colegio me quieren y confían en mí. Educar a nuevas generaciones, enseñarles el sentido de la vida, prepararlas para sus

avatares, es mi misión. Y las amo en Su nombre.

Me daba la impresión de estar sobrevolando un mundo demasiado espiritual, algo incomprensible para mí. Pero la expresión segura de Julia me indicaba que poseía un secreto desconocido.

Su fino rostro se iluminó; me tomó las manos entre las suyas, y me fijé en ellas. Eran unas manos largas, delgadas y muy blancas, en las que las venas le daban un cierto matiz azulado, muy aristocrático.

La miré. Siempre fue de hermosura particular, pero ahora desprendía un aura de armonía que realzaba sus ojos oscuros, su nariz ligeramente aguileña y sus maneras pausadas.

Entonces, con mis manos entre las suyas, me atreví a hacerle la pregunta que me quemaba el corazón desde hacía tanto tiempo:

—Tu juicio sobre mi vida, ¿es tan negativo como temo?

—Querida Mayte, yo no te juzgo. No soy quién para juzgarte ni a ti ni a nadie. Pero a ti, además, me une el amor de dos hermanas, la complicidad... Conozco tu corazón.

—Es mérito tuyo —respondí—. Tu generosidad hace que me veas mejor de lo que soy. ¡Cuánto me he equivocado, Julia! Si tú supieras...

—Sé de tus ansias de bondad y tu búsqueda de la belleza. Si alguna vez te has equivocado, como nos pasa a todos, has sabido rectificar. Has tenido la humildad de cuestionarte y de volver a empezar.

—Julia... —comencé en un sollozo reprimido—. He destruido mi matrimonio. Cris es un hombre bueno, ¡al que he hecho padecer tanto! He perdido al hombre que amaba, que amo, como nunca creí fuera capaz de hacerlo.

Ella me acarició el rostro.

—Piensa en aquello que has hecho bien; en tu hija Cristina, que es una chica espléndida. Tú tienes parte esencial en esa educación.

—Es verdad. Pero me encuentro perdida, sin norte. No sé qué hacer con mi vida. No quiero volver a Londres; a veces tampoco encuentro sentido en permanecer aquí. No sé qué hacer.

—No te angusties. —Fue su respuesta—. Quédate aquí una temporada. Concédete tiempo para la reflexión. Nos harías tan dichosas...

Abrazada a Julia, le prometí que cumpliría su deseo.

A la vera del padre

Tina estudiaba en el colegio de La Asunción, no tanto por tradición familiar, sino porque mi hermana había regresado del colegio de Auteil, y era una de las profesoras en San Sebastián. Su labor como educadora en París había sido encomiable y ahora le premiaban con el retorno a los suyos. Parecía como si un cierto orden se fuera instalando en mi vida.

Mi hija resultó ser una estudiante aplicada, en absoluto intimidada por el cambio de lengua. Al contrario, ella lo planteó como un reto que estimulaba su mente. Observé con inmenso placer que no solo se habituaba a las costumbres, clima y mentalidad tan diferentes a las que ella había conocido, sino que las disfrutaba a conciencia. Pronto hizo amigas y buscaba planes que a mí de niña me habían parecido un sueño: meriendas, cine y tenis en invierno; playa, vela y chocolatadas en el monte en verano. Mi hija tenía lo que yo no tuve.

Yo continuaba con un trabajo que siempre me gustó y para el que disponía de una cierta habilidad. Pero, además, el hecho de ocuparme de las personas dolientes, en un momento de necesidad, me procuraba una apaciguante gratificación.

La situación en el País Vasco era muy distinta de la que yo había conocido. El nivel de vida era muy alto, la ciudad estaba hermosa y cuidada, pero aún se producían esos asesinatos que, en el nombre de la libertad, cometen los tiranos de todas las latitudes. Aquellos que no permiten otro pensamiento que el suyo. Porque suya es la verdad.

Unos apuntes de nostalgia se colaban de vez en cuando en lo cotidiano. La primera vez que Tina acudió al colegio le llevé en el coche, y a la vuelta, me detuve en Uran Etxea. La preciosa villa que fue para mí el compendio del refinamiento y la alegría de vivir, yacía desarbolada como un barco en desguace; el que fuera palpitante jardín, asilvestrado; la casa estaba vacía y con las persianas cerradas, para que no pudieran escapar los felices recuerdos de su pasada existencia. A la segunda o tercera visita, la melancolía remitió.

Una tarde, cuando llevaba a Tina a las atracciones del Monte Igueldo, pasamos en el coche por delante de la villa en la que comprendí que jamás me tratarían como a una igual. Porque simplemente, a sus ojos, no lo era. Pero la alegría de Tina y sus dos amigas al descubrir ese mundo de ilusión, comenzó a introducirme en mi nueva vida, en la que no había lugar para el rencor. De ella provenía mi fuerza, y a ella había de destinarla.

Mi decisión de volver a San Sebastián y que mi madre viviera con nosotras

supuso, para Marichu, el comienzo de una de las etapas más felices de su difícil existencia. La serena dulzura de su nieta justificaba todos sus desvelos y sacrificios del pasado. Al final, el ejemplo daba sus frutos. Yo también sabía ser una madre consciente.

Doña Solita y Edurne continuaban residiendo en el cómodo piso en el que viviera mi madre, mientras Julia estaba en París y yo en Kenia, pero yo las visitaba a menudo y ellas venían a casa continuamente. Cuando el horario me lo permitía, llevaba a las tres con Tina, a merendar a Otegui, un salón de té a la vieja usanza, donde los cruasanes se fundían en la boca y el chocolate vienés enardecía el paladar. Y ellas adoraban esa invitación.

Una tarde, Tina deseaba que su abuela y doña Solita la acompañaran a ver un vestido. Edurne y yo nos quedamos en Otegui saboreando la merienda.

—Gracias, Mayte.

—No me las des Edurne. Yo también disfruto viniendo aquí.

—No es únicamente por esto. Es por el cariño que me demuestras.

—¡Tú sí que me diste afecto cuando era niña! ¡Tenía tal rabia dentro de mí!

—Te entendía... Yo había sufrido algo similar.

—¿Tú, Edurne?

—Mi padre no quiso casarse con mi madre... Pasamos mucha necesidad. Doña Solita me acogió...

—¡Por eso me protegías, sabías lo que yo sentía...!

Tomé sus manos entre las mías:

—Siempre estaré a tu lado, Edurne.

Laura me había incluido en su grupo de amigos, y salíamos a cenar a los magníficos restaurantes de toda la provincia, con alguna excursión a Francia, o navegábamos en un pequeño velero por esa mar que yo tanto amaba. Poco a poco, las heridas superficiales en mi vanidad se fueron cerrando, y aquellas profundas del arrepentimiento y la ausencia, cicatrizando.

A partir de cierto momento, la relación con Cris se tranquilizó y empezamos a hablar por teléfono con frecuencia. Vino a vernos un par de veces y la actitud de mi madre me dejó asombrada. Le trató como a un hijo, con inmenso cariño, como si deseara compensar el mal que yo le había hecho. Tina pasaba parte de sus vacaciones con él en el *cottage* de Buckinghamshire, donde habíamos pasado tiempos tan felices. O bien se la llevaba a esos viajes que él consideraba, con razón, que eran la mejor escuela para abrir el espíritu.

En una de esas visitas me dijo que tenía algo importante que consultarme.

—Tú dirás, Cris. —Me sorprendió que quisiera pedir mi opinión—. Te escucho.

—Como sabes bien —enfaticó el «bien»—, no deseo seguir viajando tanto a Nairobi. Allí los recuerdos me abruman.

—¿Sigues colaborando con el gobierno keniano?

—Hasta ahora, sí. Pero acaban de ofrecerme un puesto, el último de mi carrera, que me permitirá permanecer en Londres.

Guardó silencio. Era consciente de que le costaba continuar con el motivo de esta conversación.

—Dime, Cris... ¿Qué te preocupa?

—No es una preocupación. Me jubilo dentro de un año, y entonces tal vez sería el momento de que Tina viniera a estudiar a Londres.

¡Era eso! ¡Quería quitármela! Intenté mantener la calma.

—No lo creo necesario. La niña practica aquí con sus clases de inglés, y más tarde, cuando sea un poco mayor, ya veremos.

—No te alteres, Mayte. No quiero quitártela. No es una venganza. Es por el bien de nuestra hija.

—Tiene apenas doce años. Es muy joven para vivir lejos de su madre. —Busqué más argumentos—. Además, para mi madre sería una tragedia.

—Bien. Era solo una idea.

El temor de perderla hizo que valorara aún más su presencia. Me prometí gozar de cada minuto.

Paralelamente, las confidencias entre Laura y yo se hacían más frecuentes. Nos necesitábamos. Hablábamos el mismo idioma. Siendo muy diferentes de carácter, o quizá por eso mismo, nos entendíamos a la perfección. La complicidad de la infancia se había transformado en algo aún más razonado, más arraigado.

Su relación con Gorka se había deteriorado en los últimos años. Sus diferencias en la forma de ver la política los distanciaba sin remedio. Era terrible ver cómo el pensamiento podía destruir, de manera insidiosa, una relación antaño tan sólida.

Los avatares sufridos por su familia daban a mi amiga una versión distinta a la de su marido. Yo asistí a una de las discusiones y, en aquel momento, comprendí que no había encuentro posible. Él consideraba los sucesos acaecidos en nuestra tierra como una guerra.

—¡Que no, Gorka! —respondía ella—. No es así. Aquí no ha habido ninguna guerra.

—Sí, es la lucha de dos visiones distintas —insistía él.

—Pero unos han asesinado a más de novecientas personas, y los familiares de esas víctimas no han cedido a la tentación de la represalia.

—¡Faltaría más!

—No, Gorka, no eres justo. Perder de manera brutal a un ser querido es lo más cruel que puede vivir una persona, y es humano que el dolor lleve a la venganza.

—¡Bonito discurso, y muy democrático! —Él ya estaba visiblemente acalorado.

—Pues sí. Las víctimas del terrorismo han dado una lección de máximo respeto a

la democracia. Ni uno se ha tomado la justicia por su mano.

—No hay manera de hablar contigo —gritó—. ¡La pérdida de la fábrica os ha trastornado!

—Eso es falso. Todos nosotros tenemos profesiones que nos gustan. Yo no echo nada de menos.

—¡Pues yo sí! —Ya estaba trastornado—. ¡Me falta un poco de sosiego y de paz! Me voy.

—Es curioso que seas tú el que hable de paz... —dije con ironía.

—¡Lo que faltaba! Habla la africana. ¿Qué sabrás tú de aquí? —Y se fue dando un portazo.

Laura rompió el silencio.

—Ya ves que el amor no perdura. Menos mal que te tengo a mi lado.

—En efecto. Aunque mi experiencia fue distinta... —Mi voz estaba llena de recuerdos—. Tal vez el tiempo se hubiera encargado de deteriorar también nuestra relación.

—No lo creo. Quizá tú fuiste una de esas raras afortunadas que encuentran su media naranja.

—Peter cubría todas mis expectativas... —La memoria también podía ser un bálsamo—. Había pasión, que es tan importante, pero también destilaba ternura... Y es una combinación tan difícil... Me abrió un mundo nuevo, en su acepción más espiritual, el ámbito del amor al prójimo, al desconocido. Con él aprendí a valorar el amor.

—¡Sí que has sido afortunada!

—Tú también —seguí mi reflexión—. Cuando mi madre vino a vivir con nosotras, a mi vuelta de Kenia, la vida me dio la oportunidad de devolverle algo parecido a su amor incondicional.

—¿Qué quieres decir?

—Tú gozaste siempre de tu madre. Vuestro entendimiento era envidiable.

—Cierto, cierto. En cuanto a Peter... fue un amor muy sensual, ¿no?

—Y algo más. Con él hallé aquello que decía Stendhal: «De vez en cuando, necesito una conversación inteligente.»

—Pero eso también te lo daba Cris.

No quise entrar en un asunto que siempre me culpabilizaba.

—Laura, ¿sabes lo que he aprendido? —cambié de tercio—. La literatura actual incide sobre el amor carnal, pero el ser humano trasciende con su espíritu y puede tenerlo todo.

—¡Uf! Creo que voy a servirme un gin- tonic. Lo necesito para seguir esta conversación.

—Que sean dos.

—¿Quieres picar algo?

—No sé por qué, pero ahora recuerdo una frase que oí en la película *La niña de tus ojos*. Cuando le ofrecen en una recepción unos bocaditos, la señora responde: «No tomo nunca comida entre bebidas.»

—Siempre te gustó el cine. Recuerdo cómo escuchabas los relatos de las películas que yo había visto. ¡Los absorbías!

—Para mí, ese mundo irreal era el más auténtico. —Y susurré—: Hacía posible mis sueños.

—Volvamos al amor, Mayte.

—¡Es tan variado! ¡Tiene tantas vertientes!

—Explícate. Luego te diré lo que pienso.

Era una pura delicia conversar con mi amiga. Su inteligencia ansiaba conocer otros puntos de vista que enriquecieran el suyo. Sabía escuchar. Escrutaba las distintas propuestas y entonces entregaba su propia versión.

—Fíjate en el amor de tu madre y el de Marichu.

—En esa época nos parecía tan normal...

—¡Y no lo era! Porque ese amor incondicional es siempre un milagro.

—Conclusión: el afecto y la ternura nos rodean por doquier.

Su síntesis era perfecta, pero faltaba algo más.

—Sí, pero hay que saber reconocerlo y darle la importancia que tiene.

El sol se ponía sobre la mar, mientras nosotras saboreábamos el gin-tonic y nuestro entendimiento construido a través de los años y las vivencias. Una profunda sensación de bienestar sobrevoló sobre nosotras.

De pronto, recordé cómo me había aliviado saber que Cris había decidido permanecer en Londres. Era consciente del acierto. Por fin Tina había recuperado una familia: una abuela a la que adoraba, su tía Julia, con la que se llevaba de maravilla, y su padre, quien, aunque a dos horas de avión, estaba más cerca que si viviera en África.

Mi hija disfrutaba con esas relaciones, se enriquecía con ellas, pues su falta en Kenia le había hecho valorar su situación presente. En cuanto a mí, parecía que mi vida había empezado a tener sentido. Algunas de las heridas habían empezado a sanarse. Veía el pasado de manera distinta, y esa nueva óptica y la relajante naturaleza del norte originaron una serenidad parecida a la felicidad.

Una sola nube gravitaba, amenazadora, sobre mí. Marichu estaba cada vez más consumida, día a día su debilidad aumentaba. El médico, al que visitábamos con frecuencia, descubrió un corazón fatigado, cosa que a sus ochenta años era bastante natural, y le prescribió un tratamiento con el que mejoró. Pero lo que más nos preocupaba era su inapetencia, y un aire a veces ausente, que ella se apresuraba a disimular, en cuanto percibía nuestra inquietud.

Una noche en la que ella ya se había acostado, Julia me dijo que tenía la impresión de que nuestra madre se estaba despidiendo.

—En sus conversaciones abundan los consejos —me dijo—. Y nos repite lo mucho que nos quiere.

—Tienes razón. Dedicar más tiempo a Tina, y le brinda su sabiduría, como si tuviera miedo a no alcanzar a transmitirle toda su experiencia.

—¡Está tan delgada! —La voz de mi hermana impregnada de tristeza—. Parece un pajarillo recién caído del nido.

—¡Qué pena, Julia! ¡Es el final!

Unas semanas después, Julia había venido a pasar la tarde, y yo había organizado una merienda para que Marichu no se cansara y mi hermana volviera temprano al convento. Estaba muy animada y con sincera expresión dijo:

—Maytechu, ¡cuánto tengo que agradecer vuestra compañía en estos años!

—Claro, madre —bromeé—. Es la vuelta de la hija pródiga, y Julia ha sido siempre la buena.

—Es cierto que Julia ha sido mi constante apoyo —respondió—, pero tú me has hecho también un regalo extraordinario: me has traído la compañía de un ángel. Eso ha sido Tina para mí.

—Madre... —yo estaba realmente emocionada—, tengo que agradecerle que nos haya dado el mejor ejemplo. Yo he cometido equivocaciones, pero aunque no lo he demostrado, sus enseñanzas me han sostenido en los malos momentos.

—Abuela, no me gusta verte triste... —dijo Tina, quejosa, y le acariciaba el rostro con tal ternura, que se me saltaban las lágrimas.

—Tienes razón —contestó Marichu, animosa—. Tengo que estar muy feliz. He tenido una vida hermosa. Gracias a vosotras. Habéis sido mi mundo.

Se fue a la cama y, al día siguiente, tardaba en aparecer para desayunar, ella que era tan tempranera. Fui a su cuarto y la encontré adormilada. Apenas tenía ganas de hablar y, asustada, llamé al médico, que vino rápido como una centella.

—Se apaga, Mayte, se apaga...

—¿Sería bueno llevarla al hospital?

—Tú eres enfermera. Cuando te di mi diagnóstico, comprenderías que tenía para poco tiempo.

—¿Qué hacemos?

—Rodearla de amor.

Llegó Julia, a quien había avisado mi hija. Cuando Marichu la vio, le pidió que rezara con ella. Julia la tomó de una mano, y yo de la otra, mientras Tina le acariciaba la frente.

Nos miró, sonrió y se fue a la casa del Padre.

El desgarró

2000

A los dieciséis años, Cristina se había convertido en una belleza. Era alta y esbelta como mi hermana, y como ella, tenía el rostro fino y ovalado, y la nariz aguileña le daba un innegable aire distinguido. De Cris había heredado unos ojos grisáceos, pero de expresión más viva y decidida que los de su padre. El pelo oscuro y sedoso, y una boca de labios plenos, habían sido mi contribución.

Su carácter sólido y prudente recordaba mucho a su progenitor. Había sido una niña tranquila, que podía también parecerse a su tía Julia, a quien adoraba. Se entendían, razonaban de la misma manera y, sobre todo, poseían la misma visión de la vida, serena y con amplitud de miras. Mi hija había nacido en un país africano, se había educado en España y tenía asimismo raíces inglesas, lo cual le daba un panorama abierto a diferentes culturas. Sin embargo, mi hermana nunca había salido de San Sebastián.

Pese a ello, su mente volaba por encima de lo inmediato, lo cercano. Siempre me había sorprendido su espíritu abierto y respetuoso con la diversidad. Una ternura sutil se instilaba en nuestra relación. La fascinación, teñida de una cierta pelusa, que sintiera por ella durante la niñez se había transformado en un hondo sentimiento de comprensión y profundo cariño.

La delicadeza con que había escuchado el relato de mi vida pasada, tan alejada de sus planteamientos, el afecto con que había consolado mis cuitas, la inteligencia con que había analizado mis perspectivas, habían renovado la gozosa complicidad, que ella se encargaba de alimentar.

El sentido del humor, sobrio e impredecible, de tía y sobrina hacía que nuestras reuniones acabaran muy a menudo con risas saludables. Yo había perdido el amor de mi vida, y esto era para mí un dolor permanente, pero era consciente de estar viviendo con esas dos mujeres una etapa esencial de mi existencia.

El infausto día en que Cristina recibió la noticia de la enfermedad de su padre, se apoderó de ella un contumaz silencio. Yo sabía que Tina acabaría hablando conmigo, pero mi intuición me decía que no me iba a gustar lo que tenía que oír. Por fin, llegó el tan temido momento.

—Madre, quiero que sepas que a nadie quiero en el mundo como a ti.

«Mal asunto si empieza así», pensé. Me armé de valor ante lo que se avecinaba.

—Tina, di lo que tengas que decir. No hagas más dura la espera.

Ella me miró con una pena infinita, pero prosiguió en tono decidido:

—Creo que debo acudir a Londres para cuidar de mi padre.

—Pero será una estancia corta, ¿verdad?

Yo me agarraba a un clavo ardiendo para no ceder ante el vértigo que me invadía.

—Depende de su enfermedad, de cómo evolucione. Cris ha sido un padre cariñoso, un hombre bueno. Y ahora me necesita.

—Es cierto. Su conducta ha sido generosa y comprensiva.

No pude contener unas lágrimas que eran más fruto de la más que segura pérdida de mi niña, que de mi arrepentimiento por lo que había hecho sufrir a Cris. Pero ella lo atribuyó a esto último.

—Mamá... —No me llamaba así desde que era pequeña—. No debes atormentarte por algo que ya no tiene remedio. Sé que mi padre sufrió con tu marcha, pero no te guarda rencor.

Decidí seguir su onda de pensamiento.

—Nunca quise hacerle daño...

—Lo sé, y él también. Deberías venir a verme mientras estoy allí y... podríais encontraros.

Guardamos silencio, hasta que a mí se me escapó un suspiro. Ella preguntó, solícita:

—¿Qué tienes, madre?

—Mi querida niña, ¡cómo te echaré de menos!

El caso es que, ya fuera por los cuidados del médico, o por la presencia curativa de su hija, Cris recuperó su salud y su corazón. La intervención había transcurrido sin problemas, y en adelante podría llevar una vida normal.

—Ni te imaginas la recuperación de *daddy*... —El timbre de voz de mi hija me emocionaba siempre—. Te lo va a contar él mismo.

Cris se puso al teléfono.

—Mayte, quería darte las gracias por mandarme a Tina. Sé lo unidas que estáis y lo mucho que os cuesta separaros.

—Era necesario que estuviera contigo. En cuanto supo que estabas enfermo, ansiaba ir junto a ti.

—Mil gracias.

Aún se cansaba un poco.

—Además —añadí—, se quedará hasta que estés fuerte. Entonces volverá aquí.

Un silencio denso me agarrotó el alma. Conocía demasiado bien a Cris y a nuestra hija para entender la amenaza que escondía.

—Ahora se pone Tina —dijo él, escabulléndose.

—Madre... —Hizo una pausa—. Hemos... —a mí ya me sofocaba el pánico—, hemos decidido que voy a quedarme.

—¿Quedarte? ¡Pero si tienes tu colegio!

—*Daddy* me ha matriculado en un colegio aquí, en Londres. No perderé nada. Quiero estar con él.

La determinación de mi hija era total. Intenté negociar.

—Bueno, hasta que tu padre esté totalmente curado.

—Iré el fin de semana para estar contigo y explicártelo.

Aunque vino, ningún argumento pudo disuadirla, y yo acabé aceptando la situación.

—Madre, me preocupa que te sientas sola, que estés triste.

—No te agobies —dije sin mucha convicción—. Para mí, lo más importante es que hagas lo que sientes que debes hacer. Me gustaría tenerte a mi lado, pero mi mayor deseo es tu felicidad.

—¡Me duele dejarte!

—Y a mí me aterraría saber que te he impedido crecer, recorrer el mundo, poseer todas tus raíces.

—¡Pero tú has vivido únicamente para mí en todos estos años!

—Hice lo que estimé mejor para ti. Pensé que conocer esa otra parte de tu ser, la española, sería útil y formativo.

—Y lo ha sido. Soy de los tres países. Tener tres culturas me enriquece.

—Siempre he detestado la exclusión. Me ha gustado sumar, no restar. Por eso deseo que tu padre se recupere y disfrutéis juntos. Es un buen hombre. Lo merece.

—¿Le quisiste?

—Sí, aunque con un amor muy distinto al que me unió a Peter. Me dolió en el alma, créeme, causarle tal pena a Cris.

Un mitigado sollozo se escapó de mi garganta. El vértigo de la ausencia comenzaba a asfixiarme.

—Madre, ¡no puedo marcharme dejándote así!

—Ve, hija. ¡Construye tu vida! ¡Vuela tan alto como puedas!

Nos fundimos en un interminable abrazo. La memoria me trajo la voz que puso mi madre al comunicarle mi decisión de casarme y quedarme en Londres. Su quebranto infinito adquiriría ahora todo su sentido.

Cristina recogió lo que cabía en dos maletas, y dejó muchas cosas en mi casa.

—Para mi vuelta —dijo.

Yo temía, y sabía, que aquella despedida tenía más envergadura de lo que las dos queríamos reconocer.

En efecto. Tina disfrutaba de su vida en aquella cosmopolita ciudad, y su inteligencia y avidez intelectual apreciaban la calidad y variedad de la oferta cultural. Acabó sus estudios en el colegio con notas espléndidas y luego se matriculó en la London School of Economics. Como su padre, tenía una gran facilidad para los

números, y era una universitaria brillante. Yo me resigné a verla algún fin de semana y en las vacaciones.

Al principio me costó aceptarlo, pero su dicha era como un ardiente rayo de sol que disipaba mi tristeza y me transmitía energía hasta su próxima visita. Me negué a dejarme invadir por la melancolía. Viajé, estudié ruso, que siempre me había atraído, y me forcé a buscar en mi actual situación el contento que en ella podía encontrar.

Así pasaron los años, y una mañana sonó el teléfono. Era mi hija. Me impresionó su voz: había en ella una alegría de repique de campanas, un alborozo de descubrimiento, un revuelo de sonrisa y emoción. Lo supe en seguida; estaba enamorada. Una de mis primeras preguntas fue la nacionalidad del afortunado.

—Charlie es inglés, como *daddy*.

Supe entonces que la había perdido, que su vida se desarrollaría lejos de mí. Me hundí en un pozo sin fondo ni final pero, coherente con mis enseñanzas, la animé a seguir su camino, aunque la apartara de mí. Tras una breve conversación y la promesa por su parte de darme noticias sobre cómo evolucionaría esa relación, se despidió de mí, tan cariñosa como siempre.

El amor de Tina se consolidó y, en una de sus visitas, me anunció el propósito de contraer matrimonio con Charlie.

—¿Estás segura? ¡Eres muy joven y te queda mucho camino por recorrer!

—Quiero recorrerlo con él.

—¿Y dónde pensáis casaros? Podría ser aquí...

—Sabes que adoro esta tierra, pero no conviene que papá sufra tanto ajetreo con viajes de aquí para allá. La ceremonia será en Londres.

—Pero teniendo lugar allí, muchas personas queridas no podrán asistir.

—Los dos queremos algo muy íntimo, muy sencillo. Si os tengo a mi lado a los dos, a tía Julia y a Laura, me doy por satisfecha.

La fecha fue fijada para abril, de nefasto recuerdo para mí. Era como si mi hija, con su dicha, quisiera borrar los jirones de pesar que me envolvían cada mes de abril.

Viajé con mi hermana y nos alojamos en casa de Betty, que vivía en una magnífica residencia y que estaba entusiasmada con el enlace de Tina. La ciudad nos acogió con los narcisos en flor, luminosa y soleada, lo cual era extraordinario. Mi hija tenía un brillo en los ojos que me recordó a su padre la noche en que me hizo su declaración de amor. Pensé que si Charlie no le fallaba, podrían ser de esos seres, muy pocos, afortunados, que se quieren toda una vida.

En efecto fue una celebración sencilla, pero todos los presentes teníamos lazos afectivos intensos con la novia, y la emoción flotaba en el ambiente. Cada palabra, cada gesto tenía un profundo significado.

Las miradas que se dirigían los novios me conmovieron. Mi hija vestía un cándido vestido blanco, muy fluido, que se adaptaba a su esbelto cuerpo, y en la

cabeza llevaba una corona de flores frescas que le hacía parecer aún más joven y delicada. Tenía un cierto aire de doncella medieval.

Hice un gran esfuerzo por contener las lágrimas que pugnaban por brotar. Recordaba mi matrimonio con su padre, y mil pensamientos acorralaban mi memoria. Dirigí la mirada hacia Cris, y vi en él a un hombre de edad avanzada —acababa de cumplir setenta y seis años— pero que luchaba contra el paso del tiempo. Se mantenía erguido y seguía conservando el porte distinguido que siempre le hacía sobresalir, sin él intentarlo. Él notó mi atención y sonrió. Fue un regalo. Abría el camino al entendimiento. Mi alma se serenó al compás de un rayo de sol que entró, potente, por la vidriera de la iglesia.

Volví a San Sebastián regenerada.

Todos esos acontecimientos me habían enfrentado a una reflexión sobre mi pasado. Echaba la vista atrás y me preguntaba qué hubiera sucedido si mis decisiones hubieran sido distintas; si hubiera permanecido con Cris; si no hubiera sucumbido a ese amor que inflamaba mi ser... o si hubiera tenido más paciencia y menos orgullo para esperar a Martín.

Cuando comprendí que esas elucubraciones eran estériles, que nada iba a cambiar, y que solo contribuían a aumentar mi desasosiego, tomé una resolución: mirar al futuro, poner calma en mi vida. Había tenido el privilegio de poder cuidar a mi madre en sus últimos años, y de dar a mi hija una relación de amor incondicional, tan rara de hallar, que había sido un regalo también para Marichu.

Decidí dejarme llevar por mi nueva existencia.

El bautizo

Tomamos el avión para acompañar a Tina en el nacimiento de su hijo. Ella estaba muy tranquila y su marido Charlie la cuidaba con fervor. El pequeño Christopher trajo una inmensa alegría a mi familia. En el bautizo, al recibir el agua, rompió a llorar, marcando ya con fuerza su entrada en el mundo de la luz.

Tina estaba radiante y Cris enarbolaba una expresión de ternura, que me devolvió a tiempos pasados. Julia mostraba la emoción contenida tan propia de ella. Laura no había conseguido venir, pues estaba inmersa en el papeleo de su separación de Gorka.

Cris no había permitido que Julia y yo nos alojáramos en un hotel, y tras la celebración en casa de mi hija, volvimos a la casa de Carlisle Place. En el momento en que entró Cris en el salón, mi hermana se retiró y nos dejó solos. Vi entonces la ocasión para intentar cerrar otra herida del pasado.

—Cris, nunca podré perdonarme lo que te hice sufrir. Te quise mucho.

—Puede ser. Pero no lo suficiente para permanecer a mi lado.

—Tuve que escoger entre dos amores. Y no puedes imaginar la dura lucha que hube de entablar contra mí misma.

—Yo intuía algún peligro, pero mi amor por ti era tan fuerte que superaba la vanidad herida. Hubiera preferido que hubieras callado.

—No va con mi carácter. No quería engañarte.

—¿Ni tan siquiera a aquel que quiere que le engañen?

—¿Tanto me querías? —dije yo, asombrada—. ¿Tan grande ha sido tu nostalgia?

—Me has faltado todos los días desde aquel aciago abril del 1989.

Permanecí en silencio, confusa, asombrada por la franqueza de ese hombre sensible, pero también abrumada por mi culpa, al oír su triste confesión.

—¿Qué vas a hacer, Mayte? —Su voz era suave—. Estás sola en España.

—No es cierto. Tengo a Julia.

—Mayte, no me lo pongas más difícil. Tu hija y tu nieto están aquí. Hace tiempo que te he perdonado. Vuelve.

—Querido Cris... —La generosidad era siempre la llave de mi corazón—. ¿Es posible que me quieras de nuevo a tu lado?

—No lo dudaría ni un instante.

—Mayte, ¿recuerdas cuando leíamos a Valle-Inclán? En la *Sonata de verano*, el marqués de Bradomín asegura que el rencuentro de los viejos amores es digno de ser vivido.

—Cris, ¡ya somos mayorcitos!

—El corazón se mantiene joven cuando pervive la ilusión. Quiero volver a tener una familia.

—Eres admirable. ¡Te hice sufrir y todavía me quieres!

—Los años en Kenia antes de... —Pero se detuvo.

Respeté su silencio y aguardé.

—Aquellos años contigo y con Tina fueron los más felices de mi vida. Ahora te ofrezco que recorramos juntos el camino...

—Cris, no sé qué decir... Nunca pensé que me perdonarías.

—Eres tú quien no te has perdonado. Yo, sí.

Le acaricié la mano que me tendía, y él se estremeció como aquella vez primera que bailamos en Annabel's.

—Piénsalo. Tenemos una hija que nos quiere, y a quien los dos adoramos; y un nieto que verías crecer.

—Tienes razón. Tu ofrecimiento me da mucha paz.

Sin haberlo imaginado, la vida me daba otra oportunidad. Paseé la vista por aquel salón. Recordé la noche perfumada de un verano. ¡Hacía ya tanto tiempo! En el jardín de esa casa... en el dormitorio... cuando había comenzado mi experiencia de mujer...

¿Valdría la pena recomenzar?

De vuelta a San Sebastián, me asaltó otra vez aquella paralizante sensación de vértigo. Me sentía extraña. No podía entender lo que me estaba sucediendo. Era como si mi vida se hubiera vaciado de recuerdos. Y, sin embargo, podía ser el momento de dedicarme a lo que de verdad necesitaba.

Hasta entonces, había destinado gran parte de mi energía a restañar las estocadas del pasado; a mostrar a los demás que yo era tan o más importante que ellos; que a pesar de adúltera, era una buena madre... Ahora tenía la oportunidad de ser yo misma, sin falsos ropajes, desnuda de ambiciones y criterios ajenos. Un ser humano en posesión de su destino.

Mi corazón palpitaba con un anhelo desconocido; se infiltró en mi alma un deseo, que a veces quemaba, y otras instilaba una dulzura sin límites; un afán de bien y de bondad que parecía ser lo único que me daría la paz tan ansiada.

Hasta entonces, mi felicidad había sido mi meta principal, y por tanto el bienestar de aquellos que yo amaba. Pero mi experiencia africana, el conocimiento de tantas existencias desventuradas; de las dificultades cotidianas vencidas con alegría; de ideales valerosos pagados con la propia vida... Poco a poco, todo había penetrado mi corazón. La semilla había germinado, y mandaba un mensaje que yo no lograba descifrar.

La propuesta de Cris, en vez de aclarar mi voluntad, la había confundido. Me debatía entre varias opciones, sin poder decidir cuál era de verdad la que yo prefería.

Y de manera inesperada, una luz se dejó entrever en mi confusa mente. Dios gravitaba sobre mi incierto futuro. Percibía su aliento en un mundo que ya no entendía. Tenía que dedicar una parte de mi tiempo a paliar el dolor que estaba en mis manos remediar. Decidí hablar con mi hermana Julia. Ella lo comprendería.

Mi hermana me acogió como cuando de niña me turbaba alguna pesadilla. Sus manos de tierna caricia cogieron las mías; su mirada profunda que todo lo disculpaba siguió mi explicación sin dejar de mirarme.

—He buscado la felicidad sin temor. Como sabes, me casé con Cris sin estar enamorada. —Hice una pausa, recordando la advertencia que me hiciera mi madre, tan clarividente—. Pero creía que la situación tan placentera, con el tiempo, me proporcionaría algo más que seguridad.

Recordé la estrechez de mi casa, la inseguridad en la que vivíamos, en casa ajena, en una sociedad machista donde una mujer sola lo tenía todo en contra... Al cabo de unos instantes, proseguí:

—Y me encontré con una sociedad abierta, liberal, donde una mujer podía estudiar, trabajar, comer en un restaurante o ir al cine sola, sin que nadie pensara que era una Mata Hari o una peligrosa feminista.

Julia sonreía.

—Tu inclinación a la independencia se vio mimada durante tu estancia en Londres —dijo, y me animó con un gesto a que continuara.

—Así fue. Acabé mis estudios de enfermería, hice prácticas y me sentí útil. —Suspiré—. Aquellos años aprendí deprisa a vivir en el mundo activo y refinado de Cris. Le estaba agradecida. Me había abierto las puertas de una existencia confortable, rica, elegante.

Mi hermana seguía atenta a mi discurso. Los recuerdos se agolpaban.

—Creí ser feliz. Julia, te lo prometo. Cris era cariñoso. Su amor por mí era tan generoso que suplía la falta del mío por él.

La mirada de mi interlocutora se hizo más intensa.

—Lo decía muchas veces —recordé—: «Yo amo por los dos.» —Tomé fuerzas—. Y la estima por mi marido aumentaba día a día, hasta que se transformó en un profundo afecto, que yo deseaba acabara en amor.

Callé, al agolparse los recuerdos y reflexionar sobre el mal que le hice a mi marido.

—¿Y bien? —me animó Julia.

—Tuve que asimilar tantas novedades... Nuestro traslado a Kenia me llenó de temores. Veía peligros por doquier: las revueltas del mau-mau...

Ahí me interrumpió mi hermana:

—Lo entiendo. La revolución de 1982 preocupó mucho a nuestra madre. No conseguía conciliar el sueño.

—No fue tan grave, ya lo sabes. Pero sí una seria advertencia.

Pero yo no quería distraerme del hilo de mi reflexión.

—Como te decía, me aterraban las revueltas, las serpientes, la malaria, las fieras... ¡Todo!

El recuerdo de mi hija me envolvió en una oleada de ternura.

—Cuando nació Cristina, ella se convirtió en la razón de mi existencia. Pensé que, en adelante, todo sería pleno, perfecto, sereno, inmutable. —No pude reprimir las lágrimas—. Pero entonces apareció Peter. ¡Quién me hubiera dicho que un ser de otra raza, de otro mundo, iba a desmoronar mi castillo tan sólidamente construido...!

—Era un castillo de naipes, Mayte. No se puede edificar solo con el deseo.

—Tú no puedes entenderlo, Julia. En un instante todo cambió. La vida no valía la pena si no podía compartirla con él.

—Lo entiendo. A mí me pasó lo mismo.

—Sí. Viste de manera clara que Él era tu felicidad.

Me abrazó.

—¿Sabes, Julia? Yo había vivido centrada en mí misma hasta que nació mi hija. Entonces empecé a pensar en su bien. Y su bien era el mío.

—¿Y con Peter?

—Con Peter fue como si yo saliera de mí misma. Fue, es, un amor que ocupa mis días. —Tras una pausa, continué—: Él me enseñó a pensar en la gente que sufre, sus carencias; la que necesita un inmenso coraje para encarar cada amanecer...

—¿Y los misioneros españoles? ¿Su dedicación, su amor? ¿No te inspiraron nada? —preguntó mi hermana.

—Ahí voy. Ya conocía su trabajo en Kenia, por las visitas que hice a varias misiones. Pero Peter me hizo ver su sentido profundo, la esplendorosa belleza que encierra darse a los demás. Comprendí lo que es el amor con mayúsculas.

—Mi humilde entender me dice que has recibido la llamada del Amor de Dios —aventuró Julia, mirándome fijamente.

Asustada, respondí:

—¡Oye, oye! ¡Que no quiero ser monja!

—Dios tiene muchos caminos para hacer el bien. Tú tendrás que buscar el tuyo.

Epílogo

Acudí a la cita con Martín. Era el reencuentro con mi adolescencia, tan marcada por el desamor, tan insegura, tan dominada por el rencor. Ninguno de esos sentimientos seguía afligiéndome.

Los años habían sido benignos con él. Se conservaba en forma, y sus ojos azules mantenían un cierto brillo de juventud. Algunas canas aquí y allá le daban un aspecto interesante de madurez. Era un hombre guapo.

Me abrazó con afecto, y permaneció observándome como si su vida dependiera de mí. Por fin dijo:

—Todo este tiempo me he preguntado cómo hubiera sido mi vida si hubiera desafiado a mi padre.

Tomó aire y pude comprobar que no era simple nostalgia. En su voz asomaba el arrepentimiento.

—Si te hubiera pedido que te casaras conmigo... Y me desespero, Mayte. ¡Me abrumba mi cobardía! ¡Yo que tanto te quería!

Le tomé de la mano, sintiendo su pesar y su angustia, mientras él proseguía:

—En ese momento te quería con toda la fuerza de la juventud, con toda la ilusión del primer amor...

—Pero no fuiste capaz de luchar por él.

Ya lamentaba mis palabras. Yo sabía bien lo que era equivocarse, y el dolor que producía. No hubiera debido ahondar en su remordimiento.

—Mi padre me obligó a un pacto: esperar un año para estar seguro.

—¿Por qué no lo estabas?

—Yo, sí. Él, no.

Ambos guardamos silencio mientras rememorábamos el pasado.

—Luego tú te casaste con Cris, y yo comprendí que te había perdido.

—Yo te quería, Martintxo —volví a darle el nombre de nuestra infancia—, pero tú hubieras tenido que desafiar los conformismos de aquella época. Tú podías hacerlo.

—Yo cumplía mi promesa... ¡Solo un año! Y luego convencería a mi padre que iba en serio. Pero tú te casaste...

—¡Si va a resultar que tuve yo la culpa!

—Ninguno de los dos la tuvimos.

Su tono templado me tranquilizó. De nuevo, un silencio. Entonces me miró con una expresión que nunca olvidaré, y tomó mi mano.

—Mayte, tenemos una nueva oportunidad.

—Ya no es posible, Martín. ¡Han pasado tantas cosas!

—Escúchame un momento: estás sola, tu hija vive en Londres. Sé lo que sufriste

con el asesinato de Peter... —Y retomó con inesperado brío—: ¡Déjame que te quiera! ¡Quiéreme un poco!

—No sé si...

Él me interrumpió, receloso, no fuera a oír lo que temía.

—¡No me contestes aún! Piénsalo. Ya sé que no será la pasión que viviste con Peter, pero te quiero... Y tú me quisiste.

—Debo serte sincera, Martintxo. No sé si seré capaz de amar de nuevo.

Él besó las palmas de mis manos, y en contra de lo que yo creía, un renovado sentimiento, leve y dulce, recorrió mi ser.

El tiempo. Tenía que pensar. Dejar pasar los meses. Ahora era yo quien necesitaba tiempo. No dijimos nada más, pero nos despedimos con un beso lleno de ternura.

Al día siguiente, Julia y yo paseábamos por los cuidados jardines del Alderdi-Eder de nuestra infancia. Nos sentamos en un banco a la sombra de un frondoso tamarindo a contemplar la mar. De nuevo la inmensidad del océano me procuraba la calma necesaria para tomar una determinación. A Julia no se le escapaba ninguno de mis estados de ánimo.

—Te noto meditabunda, pochola. ¿Qué te pasa?

—Cuando estuvimos en Londres, Cris me pidió que volviera con él.

—Ya lo sabía.

—¿Cómo es eso?

—Me lo dijo Tina. Está muy ilusionada con que vuelvas y veas crecer a su hijo.

—Por eso nos dejaste solos después del bautizo...

Mi hermana sonreía cuando preguntó:

—¿Y qué has decidido?

—¡Uf! Estoy instalada en la confusión.

Ella esperaba.

—Cuando mataron a Peter, Tina se convirtió en mi único objetivo. Pero la propuesta de Cris me ha abierto un nuevo horizonte.

—¿Y por qué lo dudas?

—Quisiera reparar el daño que le hice, pero tengo miedo a que no funcione, que me las arregle para estropearlo de nuevo.

—Debes pensarlo con detenimiento. Pero hay algo más, ¿verdad?

—Sí, Julia. Para terminar de complicarlo todo, hace un par de días salí con Martín a tomar una copa...

—¿Y? —Su voz sonó llena de inquietud—. ¿Qué pasó, Mayte?

—No sé si sabes que él fue mi primer amor. Nunca llegamos a nada porque su padre se opuso.

—Laura me lo contó entonces. Estaba preocupada por ti.

—¿Es que nadie sabe guardar un secreto?

—Laura y yo te queremos. Acudió a mí, quería que estuviera atenta, en el caso en que confiaras en mí, para que te aconsejara paciencia y determinación.

Una cierta añoranza se apoderó de mí.

—Y entonces yo me casé con Cris.

Vimos acercarse a Laura.

—Estábamos en plena confianza, Laura —aclaré, y añadí burlona—. Aunque creo que no hay nada que no sepáis de mi vida.

Esta vez mi amiga fue al grano.

—¿Qué te dijo ayer Martín?

—Me pidió que nos casáramos —susurré.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntaron ambas al unísono.

—No lo he decidido aún.

—La oferta que me han hecho —Julia sonreía beatífica— para supervisar Kawangware y el centro de formación que tiene mi orden en Nairobi es muy alentadora.

—La verdad es que me encantaría volver a Kenia —dijo Laura con entusiasmo—. Es extraño que confluyan nuestras vidas para llevarnos a ti, Julia, y a mí a África. — Y permaneció pensativa.

—¿Y por qué me dejáis a mí fuera del plan? Siempre he tomado resoluciones deprisa. Ahora puedo tomarme unos meses para pensar. Vámonos a aquella tierra y determinaré qué hacer con mi últimos años.

Era una oportunidad extraordinaria. Comenzaba el viaje, pausada, serena, acompañada por mi hermana y mi mejor amiga. La libertad de la que gozaba tenía sus ventajas. Por primera vez, sin la premura de la responsabilidad, podía encarar el futuro con calma, gozar del día a día y dejar que la brisa me llevara como a una leve pluma. Sentí que me deslizaba hacia una nueva época de mi vida, sin angustia ni presiones. Era un viaje de tres amigas, tres cómplices. Julia seguiría con su labor de entrega, así como Laura, que también necesitaba replantear su existencia.

Yo anuncié que mi principal objetivo era madurar una decisión. En realidad, iba en busca de mi pasado.

—¿El futuro? —dije en alta voz—. ¡Quién sabe!

Una de mis primeras visitas, al llegar a Nairobi, fue para la casa del árbol de fuego. Años antes, Cris la había vendido para poder comprarnos a Tina y a mí el piso de Ondarreta. Permanecí en la verja, intentado percibir la acogedora entrada, con el balcón donde tantas tardes observé ponerse el sol que acariciaba con sus rayos flameantes las copas de los flamboyanes.

Pero la vegetación había crecido tanto, que era demasiado densa para entrever la casa. Solo pude divisar las ramas más altas. No sé cuánto tiempo estuve allí,

recordando. No había querido que me acompañaran. Prefería estar sola. Rememoré la ilusión al entrar en aquel lugar que tenía su propia alma; el olor de la tierra empapada en la estación de lluvias; las alegres reuniones con los amigos, tan diversos, venidos de lugares tan distintos; aquel territorio, que llegué a amar como se ama a una persona; la emoción al sentir a mi hija dentro de mí, y luego... el amor devastador que me hizo conocer la gloria, para precipitarme en el más oscuro de los infiernos. Porque el infierno fue el mundo sin él.

Una voz solícita me sacó de mi nostalgia.

—¿Le ocurre algo? ¿Puedo ayudarla?

Era una mujer joven, africana, guapa y muy bien vestida que se había bajado de su coche al verme agarrada a la verja de su casa.

—Estoy bien, gracias —dije, un poco asombrada por la preocupación que percibí en ella—. No me pasa nada.

Entonces noté unos gruesos lagrimones que resbalaban con suavidad por mis mejillas. Las aparté con un gesto rápido y aclaré:

—Discúlpeme. Viví en esta casa unos años muy felices.

—Soy Laika, la actual propietaria. ¿Quiere pasar? ¿Le puedo ofrecer una taza de té?

—No, muchas gracias. Debo marcharme.

—Conozco su historia. Le aseguro que me encantaría que entrase y recordara todo lo que usted quiera evocar.

—Le deseo que conozca la dicha que yo gocé en el que era mi hogar, pero rece para no sufrir mi desdicha.

Me metí en el coche y por el retrovisor pude ver a Laika, observando mi huida con un deje de tristeza. Pero yo no escapaba. Había cerrado una de mis muchas heridas.

La alegría demostrada por Silvia al encontrarnos me emocionó.

—Jimmy —me dijo con orgullo— se ha convertido en un chico responsable. Ahora trabaja en Londres, pero desea formarse para volver a Kenia.

—Quiere decir que lo tendrás contigo muy pronto. ¿Tiene novia? —pregunté.

—Sí, tiene relaciones con una chica de nuestra comunidad... Parece buena, y sobre todo que quiere a Jimmy.

Silvia estaba a punto de jubilarse, y veía con enorme ilusión su futuro. La posible boda de su hijo, y los futuros nietos colmaban su dicha.

Yo sentía su fuerza, su realismo, y me enseñaba todos los días el arte de vivir.

Julia y Silvia se entendieron desde el primer momento. Les unía el sentido común y una inagotable generosidad. Laura, que había sido testigo de la impecable actuación de Silvia en los trágicos sucesos de años atrás, la apreciaba mucho.

En cuanto a mí, conservaba un enorme agradecimiento hacia ella, por el cariño que me demostró, porque la vi sufrir conmigo. Yo, que durante tantos años hui del dolor ajeno, aprendí con ella la grandeza de dar.

Una tarde en que disfrutábamos de una puesta de sol arrebatada de luz, Silvia me preguntó:

—¿Te interesa conocer la tremenda intriga que condujo al asesinato de Peter?

—No sé... No estoy segura...

—Piénsalo. Cuando lo decidas, me lo dices. El gobierno ha cambiado, y aquellos que gozaron de un poder ilimitado están fuera de juego. Ya no podrían hacerte daño.

Pasaron unas semanas en las que Julia, Laura y yo visitamos las misiones para ofrecerles nuestra ayuda. Fuimos recibidas con el entusiasmo lógico del reencuentro y el alivio de contar con tres personas más, para el ingente trabajo que se les acumulaba.

La sequía asolaba el norte del país, y la hambruna originaba desplazamientos de la población hacia el sur, donde nuestros cooperantes no daban abasto. Viajamos a la frontera con Somalia, y en el campo de refugiados contemplamos unas escenas de tremendo dramatismo: niños que morían en brazos de unas madres exánimes; hombres que se apaleaban por una escudilla de arroz; mujeres prostituidas por una botella de agua, para dar de beber a sus hijos...

Trabajábamos tantas horas diarias, y con tal intensidad, que, al caer en el jergón, nos dormíamos sin comentar nada.

Las provisiones escaseaban y decidimos volver a Nairobi, para obtener de instituciones gubernamentales y compañías extranjeras lo necesario para aliviar este drama.

Cada una se empeñó en un sector diverso: Julia con las comunidades religiosas; Laura con las ONG de saneadas finanzas, y yo con el gobierno. Conseguimos la anhelada ayuda, vigilamos que llegara a su destino y fuera repartida entre los refugiados. Una vez cumplido nuestro objetivo, Laura regresó a Turkana y Julia ocupó su puesto en Kawangware. En cuanto a mí, ansiaba visitar a Arabella. Me pidió que pasara unos días con ellos en Naivasha, pues Archie no estaba bien del todo y para ella era difícil acercarse a Nairobi. Temía también ese encuentro. Pero la visita a los Carter me produjo un manso sosiego, como de fina lluvia acariciando la piel.

La ternura que experimenté al ver a Archie atrapado por los años fue estimulada por el inalterable dinamismo de Arabella. Parecía que sus actividades, en vez de producirle cansancio, le inoculaban dosis ingentes de energía. Recorrí los lugares en los que había vivido aquellos años inolvidables; me seguía conmoviendo con los paisajes de Kenia, con su magnitud, sus infinitos horizontes... La cercanía de la naturaleza me insuflaba una visión más real de las situaciones.

Yo, que viví inmersa en un torbellino, hallaba en aquellas tierras, poco a poco, la

paz que anhelaba. Arabella me sugirió que llamáramos a Cris y a Tina. La placidez de mi voz sorprendió a mi hija.

—Madre, estás feliz, ¿verdad?

—Algo parecido.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé. Depende del trabajo de Julia y Laura. He pedido la jubilación adelantada. Quiero dedicarme a vivir.

—Tal vez te dé una sorpresa y me presente ahí. ¿Te gustaría?

—Nada me haría más dichosa.

Pero un pensamiento recurrente me rondaba: ¿debería aceptar el ofrecimiento de Silvia y descubrir los datos de la intriga que me había arrebatado a Peter? Al tomar la resolución de saberlo, me invadió un sentimiento ambiguo de alivio y temor.

Me reuní con Silvia al día siguiente. Traía un sobre en la mano.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No, prefiero estar sola. Gracias por todo, Silvia.

—Llámame si necesitas cualquier aclaración, o si quieres que te acompañe.

Eran unos cuantos folios de apariencia inofensiva, y sin embargo, esas pequeñas letras encerraban un secreto terrible.

Comencé a leer, sin poder controlar un ligero temblor de mis manos.

Querida Mayte:

Creo que es bueno para ti que puedas neutralizar todo el mal que sufriste en el pasado, que abras las puertas que ocultan la verdad.

Al marcharte, me dije a mí misma que no descansaría hasta reunir todos los datos que aclararan el asesinato de Peter, para que, algún día, pudieras concluir ese capítulo de tu vida. A través de personas amigas, que en su momento callaron por miedo, y que aún desean permanecer en el anonimato, he podido recuperar tres conversaciones que ponen luz en las tinieblas. Ahora esta investigación paciente está en tus manos, porque así lo has decidido. Y estoy convencida de que te ayudará a entender.

Con todo mi cariño,

SILVIA

Iba a desvelar, muchos años después, la conversación que tuvo lugar en uno de los despachos del poder, mientras, esa misma noche, yo sellaba mi destino.

*Palacio Presidencial,
anochecer de noviembre de 1988*

Uno de mis compañeros de mi época en la policía, entrenado para recordar datos con suma precisión y conocedor de mi amistad contigo, decidió contarme esta conversación que oyó en el palacio presidencial. Es de agradecer porque, a pesar de que esos gobernantes ya no tienen ningún cargo político, conservan cierto poder que les hace peligrosos.

Me contó que, un atardecer, tenía que llevar un documento al secretario del presidente. Tras atravesar varias salas, llegó a una que estaba a oscuras. Pero, por la rendija de una puerta, se entreveía una débil luz. Al acercarse, escuchó estas frases:

«En la última reunión en Naciones Unidas —la voz era de un hombre joven—, tanto el primer ministro británico como el secretario de estado norteamericano tuvieron varios apartes con Mboya.»

«¿Sabes de qué hablaron?», oyó decir a un hombre de más edad.

Mi amigo entrevió a dos personas: eran el ministro de Industria y el presidente. Asustado se escondió, por si venía alguien y le sorprendía allí.

Mbott se apresuró a contestar:

«Se lo pregunté a Peter, pero su respuesta fue evasiva...»

Tras un breve silencio, el ministro comentó:

«La trivial conversación que me refirió no puede haber sido la que en realidad mantuvo.»

«Tú le consideras ambicioso, ¿no es cierto?», preguntó el presidente.

«Además de ambicioso, se cree libre de toda mancha. Dice odiar la corrupción... Se cree superior a los demás. ¡Ah! Habrá que ver lo que en realidad trama.»

«Nicholas, es útil que un miembro del gobierno ataque la corrupción en público. —Tras reflexionar unos instantes, el presidente añadió con cinismo—: Siempre que después no haga nada. Nos da buena imagen.»

«¡Pero él en verdad está dispuesto a perseguirla! —Y Mbott continuó furioso—: ¡Se tiene por hombre puro...! Y los puros son peligrosos.»

Entonces el presidente dijo:

«¿Qué sugieres, rafiki?»

«Vigilarle. Averiguar a quién ve, con quién habla, de qué se queja, qué murmura, adónde va... Todo.»

«De acuerdo. Hazlo.»

«Sí, señor presidente. Así lo haré.»

Y el presidente ordenó:

«Escoge policías eficientes, que pasen desapercibidos. Él no debe percatarse.»

«A sus órdenes, presidente.»

El ministro abrió la puerta y la luz se posó sobre él. Mbott parecía satisfecho.

Mi confidente sintió gran temor. Era un plan maligno, que acababa de tomar el rumbo deseado. El veneno de la sospecha había sido inoculado.

Comencé a leer la segunda carta. De ella se desprendía que, en aquella época, mientras yo era feliz con Peter, se preparaba nuestra desgracia. Lo que tampoco imaginé es que unos cuantos encuentros me habían proporcionado una ardiente defensora. Silvia ponía, de nuevo, luz en las sombras del pasado:

Una buena amiga, lo era también de Anne Mbott, me refirió las confidencias que le hizo la propia señora Mbott. Según ella, le contó que estaba preocupada por una decisión que su marido estaba calibrando; que podía tener perjudiciales consecuencias y que estaba intentando impedir a su marido llevarla a cabo. Paso a describirte la escena como mi amiga me la relató.

*Domicilio del ministro de Industria,
enero de 1989*

Anne intuía los designios de su marido y había intentado hablar con él, hacerle razonar. Pero fue en vano. Él se resistía.

Pero esa tarde Nicholas estaba de buen humor. Había estado jugando con su hija de dos años, por la que sentía una especial debilidad. Era el momento oportuno. Cuando los niños se fueron, Anne decidió atacar. Ella sabía que el tiempo apremiaba.

«Nicholas, tengo que consultarte algo muy urgente.»

«Tú dirás —soltó, visiblemente irritado—. Pero ten en cuenta que abarco muchos problemas, ¡y acuciantes! Estoy cansado. No me disgustes.»

Anne buscó las palabras adecuadas. Ella conocía mejor que nadie el carácter violento de su marido y no quería desatar su furia, obteniendo lo contrario de lo que ella perseguía. Por tanto, prosiguió con cautela:

«Nicholas, sospecho qué te causa tanta tribulación, y deseo advertirte que me preocupan, ¡y mucho!, las consecuencias.»

«¿De qué estás hablando, *wazungu* imprudente?»

«De ti, y de la venganza que puede tornarse en tu contra.»

Al mirarla su marido con curiosidad, comprendió que le daba permiso para hablar.

«Olvida a Peter, ¡te lo ruego! Tu inteligencia es superior y nadie en el gabinete tiene tu poder. Él no es enemigo de tu talla. ¡Déjale en paz!», rogó ella.

«No puedo hacerlo. Ni quiero. Es un arrogante y conspira con nuestros adversarios.»

«Nicholas... —insistió Anne—. Peter está demasiado ocupado con sus

recientes amores. No representa ningún peligro.»

«¡Esa es otra! —atacó él de nuevo, furioso—. ¡Una *wazungu* indiscreta, que habrá metido las narices en nuestros asuntos!»

Anne me contó que tuvo miedo. Pero sentía simpatía por esa española enamorada de un keniano. Le recordaba a ella misma, cuando había tenido que enfrentarse a los prejuicios y traspasar fronteras raciales. En su país, con los suyos. Y también al llegar a Kenia. Era la extranjera, la *wazungu*.

En un intento más, dijo ella a su marido:

«¡Dadle un buen susto! ¡Que aprenda! Y espera a ver cómo se desarrolla vuestra próxima visita a Gran Bretaña.»

«El aviso ya ha sido dado. Veremos cómo se comporta en ese viaje oficial...»

Ella le interrumpió:

«Es por ti, Nicholas, por el futuro de tus hijos. La venganza genera venganza.»

Anne estaba segura de que, aunque no le gustaba oírlo, él sabía que el argumento era válido. Había presenciado muchos ajustes de cuentas para recordar lo arriesgado de esas situaciones.

«No sé...»

Anne me dijo que entonces aprovechó las dudas de su marido para insistir e intentar proteger a Mayte.

«Ella no sabe nada. Es solo una mujer enamorada, sencilla, sin ambiciones. No le hagáis daño. No vale la pena. Además, es española. Podríais tener problemas...»

«¿Es una amenaza? —interrumpió su marido, colérico—. ¡Haré lo que tenga que hacer! ¡Pese a quien pese!»

Anne percibió que su observación había hecho diana. Mezclar a otro país sería una complicación innecesaria. Decidió rematar el argumento:

«¡Este odio te aniquilará!»

«¡Te equivocas! ¡Muerto el perro se acabó la rabia!»

En ese terrible año 1989, yo intuía que, en la sombra, se movían fuerzas oscuras. Lo que no había imaginado es que conseguirían destruirnos. Pasaron los años, volví a Kenia y el poder había cambiado de manos. Ahora tenía en mi poder el tercer documento.

Mayte:

Ahora que vas a leer este último informe, quiero que sepas que esta conversación de Peter con su adversario Mbott le fue narrada por el propio Peter, su amigo y compañero, al viceministro de Planificación. Este último sufrió

sutiles, y no tan sutiles, amenazas de muerte y calló durante años.

Hace unos meses, me refirió este enfrentamiento, que aclara de manera definitiva el drama en el que estuvisteis inmersos.

Peter no quiso que tú lo supieras, pues sabía que tu intuición había sentido el peligro que os acechaba, y no deseaba preocuparte más aún.

Creyó firmemente que podía controlar las temibles fuerzas que se agitaban a su alrededor.

Ministerio de Industria, marzo de 1989

Los ministros de Industria y Planificación se habían reunido para ultimar algunos detalles del viaje oficial a Gran Bretaña. Al inicio, todo iba bien, pero al disentir Peter del parecer de Nicholas, este se mostraba contrariado y hacía esfuerzos para contener su ira.

«¡Peter, exageras! Esta obsesión tuya por la democracia, la transparencia... Acabará trayendo problemas.»

Al parecer, Peter intentó calmarle:

«Nicholas, escúchame, es la única manera de conseguir el progreso.»

«¡Te equivocas! Crees que esas utopías que acaricias se pueden hacer realidad. —Se ahogaba en su propia furia. Tomó aire y continuó—: Este país sufre un peligro latente: la diversidad de las tribus, y el reparto de poder entre ellas, origina tensiones que pueden resultar nocivas, si no se controlan con mano férrea.»

«Nicholas, esta tierra no es la que heredó Kenyatta. Los jóvenes son instruidos y no les engañarás con tanta facilidad. Debemos cortar la corrupción...»

No le dejó continuar.

«¡Ah! Con que ahora soy yo el corrupto...»

Peter intentó explicarse pero Nicholas no escuchaba y sus palabras surgían a borbotones, casi como si las escupiera.

«¡Claro! Tú eres el puro, ¡el in-so-bor-na-ble!»

«No es eso, Nicholas. Te repito que creo que el gobierno debe permanecer como está constituido, pero que es necesario que hagamos unas reformas que nos acerquen a la plena democracia.»

«Yo creo que lo que tú buscas es una bandera de enganche que te proporcione el apoyo de tus amigos británicos y americanos, ¿verdad? ¡Y que ellos te sitúen en la cumbre del poder!»

Peter intentó defenderse:

«¡Qué disparate, Nicholas! Créeme si te digo...»

«No solo no te creo, sino que te advierto: recuerda cómo murió tu tío.»

¡También él pensaba estar en posesión de la verdad!»

Cuando acabé de leer la carta, se apoderó de mí una profunda tristeza. De nuevo la realidad me aclaraba el que había sido mi fatal destino. Ya no quedaban sombras en mi pasado. Había regresado para poner esperanza en mis días.

La misma alegría, la misma visión optimista del mundo, envolvía a aquellas gentes. Los niños seguían sonriendo con determinación, el mismo esfuerzo era compartido por todos ellos para hacer un mundo mejor. Allí no era una utopía de país rico. Era una realidad.

Me sentí muy pequeña. Sentí que mis problemas, mis desdichas, no debían anclarme en el pasado; que tenía que mirar a mi alrededor, para ofrecer la ayuda que yo pudiera conceder. Y una brisa fresca me rodeó, elevándome a las alturas, donde creí ver el rostro de Peter, animándome a hacerlo, a ser parte de ese milagroso mundo del olvido de sí y la aceptación del otro. Y el espíritu de Peter entró en mí. Supe que siempre permanecería conmigo.

Ante mí tenía de nuevo aquella tierra roja, símbolo de vida y fertilidad, que tanto me impresionara a mi llegada a Kenia.

La existencia me había ofrecido seguridad junto a un hombre cuyo anhelo era dármele. Pero yo había preferido la incertidumbre de un amor devastador, de un amor que me insuflaba energía e ilusión de vivir, de un amor por el que hube de romper costumbres y barreras. No me arrepiento. Conocí el Amor con mayúscula, aquel que me hizo vibrar con toda la esencia de mi ser, que me hizo generosa, porque me producía tal plenitud que la necesidad de dar era total. El amor que traspasa el corazón como un rayo, produciendo el fragor de mil tormentas, porque es vida palpitante, más necesaria que la propia vida...

Ahora lo sé: lo más importante en la existencia es el amor.

Ya no está aquel que me hizo sentir ese sentimiento embriagador, esa locura como de hechizo que es la pasión.

Y esa separación fue el mayor dolor que he tenido que soportar.

Pero he aprendido a valorar las pequeñas cosas de cada día. ¡Qué grandes resultan a veces! El aroma del café recién hecho; el beso a un hijo; el avistar el alma candorosa de un nieto; la contemplación del paisaje enmarcado por dos castaños dorados, tras los cuales la niebla desdibuja contornos y colores mágicos; el rumor cantarín del agua que brota de la fuente; el sentir la creación que Dios ha dispuesto en nuestro entorno.

No sabía lo que me depararía el futuro.

¿Permanecería en esa tierra roja y fecunda de penetrantes aromas y gentes

sonrientes? ¿O volvería a Londres junto a mi hija y mi nieto?

¿Entraría de nuevo Cris en mi vida? ¿O acudiría a la llamada del recuerdo de mi juventud, personificada en Martintxo?

Una suave lasitud se apoderó de mí. No quería hacer planes. Me dejaría llevar. Miré los flamboyanes de la entrada de mi antiguo hogar. Una suave brisa estremeció sus hojas. Me sentí flor, tierra, hoja, árbol, cielo... y comprendí que yo era también brisa. El alma de África habitaba en mí, y me hacía ver la naturaleza circundante como una extensión de mí misma.

Amaría a Peter el resto de mis días; recordaría el inmenso regalo que me hizo con su presencia, con su pensamiento, con sus caricias, con su pasión. Pero me encontraba serena, tenía que apreciar y aceptar el presente. La existencia se encargaría de enseñarme el camino. Me dejaba llevar.

No era feliz, pero me encontraba bien conmigo misma. Estaba donde quería estar. Hacía lo que debía hacer. Un rayo de sol me acarició la cara. Había hallado la paz.

*Terminado el 27 de junio en El Quejigal.
Día de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro*

Breve razón de una obra

Año 1989. Todavía me estremezco al recordarlo. Inició con el accidente mortal de un querido amigo; siguió el asesinato de mi hermano en Beirut, y se cerró con la muerte de mi madre. Ocurrió cuando estábamos en Kenia.

Hubiera sucedido tal vez, estando en Brasil, París o Hong Kong, pero pasó mientras vivíamos en Nairobi.

La vida nos depara extrañas sorpresas.

Acudía yo, ilusionada, en octubre de 2010, a la presentación de mi novela *La Roldana* en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Los presentadores eran de postín: Gonzalo Anes, director de la Real Academia de la Historia; Covadonga O'Shea, presidenta del ISEM y Ana Romero, analista internacional del diario *El Mundo*.

Los tres me prestaron su valiosísima y generosa ayuda en esa tarde. Ana, según yo entendí, iba a hablar de Cádiz en la época que describe la novela. Ella, como gaditana, buena conocedora del lugar, daría una magnífica visión de esa tierra extraordinaria. Sin embargo, yo no estaba preparada para lo que vino después.

Ana se refirió a mi familia, en concreto a mi hermano Perico, de manera tan emotiva y cariñosa, que no pude contener las lágrimas. Disimulé como pude y continuamos con la presentación.

En aquel momento, una idea comenzó a germinar. Comprendí que la pena, a pesar de los años transcurridos, seguía ahí, viva, hiriente. Resolví iniciar mi catarsis con un libro que mostrara la esperanza que puede surgir tras el drama.

Y la acción habría de desarrollarse en el país donde padecí tanto dolor: Kenia.

Supe que tenía que neutralizar el pasado y cerrar heridas que permanecían abiertas.

Los acontecimientos recientes han vuelto a mostrar a los ojos de Europa la tragedia que tiene lugar, ahora y durante demasiados años, en los campos de refugiados en el norte de Kenia. Este libro quiere ser también un recuerdo a esos miles de seres que solo conocerán la miseria. Una miseria que nos debe avergonzar.

Así, esta historia es mi CATARSIS.

Pero es asimismo, el viaje de Mayte, la protagonista, una mujer independiente, vital, celosa de su libertad, a través del mundo y de un profundo amor.

Más importante aún: es el tránsito de un ser humano que busca la seguridad material, el goce y la riqueza.

Acabará hallando la pasión arrolladora, la dificultad, y, al final, la espiritualidad. La Paz. Yo he hallado la mía.

PILAR DE ARÍSTEGUI

15 de octubre de 2011,

día de santa Teresa de Ávila

Sucinto diccionario de *swahili*

Akuna matata: sin problemas

Asacari: guardia de seguridad privada

Chui: leopardo

Habari: ¿cómo está?

Hatari: peligro

Harambee: todos juntos

Jumbo sana: buenos días

Karibu: bienvenido

Kayambas: maracas

Makuti: porche abierto

Mensab: señora

Panga: machete de hoja ancha

Rafiki: amigo

Shamba: choza

Twiga: jirafa